

LINDEN MACINTYRE



EL ENVIADO
DEL OBISPO

Plata

Annotation

El padre Duncan MacAskill, también conocido como 'el Exorcista', lleva años ayudando a desaparecer a curas cuyo comportamiento poco cristiano podría haber sido motivo de escándalo. Ahora, cuando los periódicos comienzan a revelar distintos casos de abusos a menores en el seno de la iglesia canadiense, MacAskill es destinado a la pequeña parroquia de Creignish en espera de que la tormenta mediática se calme. En el helado invierno de aquel páramo, a escasa distancia de donde él mismo nació y se crió, el enviado del obispo traba amistad con la familia MacKay, lo que lo lleva a ser testigo de una terrible tragedia. Y, torturado por ciertos recuerdos de su estancia como misionero en Honduras, azotado tanto por la tentación como por la culpa, MacAskill no tardará en descubrir que se enfrenta a un enemigo mucho más temible que la prensa: su propia conciencia.

LINDEN MACINTYRE

El enviado del obispo

Traducción de Alejandro Palomas Pubill

Urano, S.A.

Sinopsis

El padre Duncan MacAskill, también conocido como 'el Exorcista', lleva años ayudando a desaparecer a curas cuyo comportamiento poco cristiano podría haber sido motivo de escándalo. Ahora, cuando los periódicos comienzan a revelar distintos casos de abusos a menores en el seno de la iglesia canadiense, MacAskill es destinado a la pequeña parroquia de Creignish en espera de que la tormenta mediática se calme. En el helado invierno de aquel páramo, a escasa distancia de donde él mismo nació y se crió, el enviado del obispo traba amistad con la familia MacKay, lo que lo lleva a ser testigo de una terrible tragedia. Y, torturado por ciertos recuerdos de su estancia como misionero en Honduras, azotado tanto por la tentación como por la culpa, MacAskill no tardará en descubrir que se enfrenta a un enemigo mucho más temible que la prensa: su propia conciencia.

Título Original: *The Bishop's Man*
Traductor: Palomas Pubill, Alejandro
Autor: MacIntyre, Linden
Editorial: Urano, S.A.
ISBN: 9788492919031
Generado con: QualityEbook v0.87

Linden MacIntyre

El enviado del obispo

TÍTULO original: The Bishop's Man
Traducción: Alejandro Palomas Pubill
1.ª edición Octubre 2010
© 2010 by Ediciones Urano, S.A.
Copyright © 2009 by Linden MacIntyre
ISBN: 978-84-92919-03-1

Para Carol

Agradecimientos

QUIERO dar las gracias a muchos amigos y colegas por sus aportaciones y por los consejos que recibí de ellos a medida que esta historia fue tomando cuerpo. Debo un agradecimiento especial a mis agentes, Don Sedgwick y Shaun Bradley, por los años de fidelidad que mostraron en el proyecto, y especialmente a Don, que leyó el manuscrito y me ofreció valiosas críticas durante las diversas versiones. Mi esposa, Carol Off, me proporcionó su aliento y su guía durante todo el proceso, y nuestro amigo Scott Sellers de Random House Canadá apreció la valía del proyecto prácticamente terminado cuando hasta yo dudaba de él. Mi editora, Anne Collins, incorporó a la historia la tierna lucidez y disciplina editorial que necesitaba para trascender mis innumerables flaquezas literarias.

LIBRO PRIMERO

OH, HIJOS de los hombres:

¿Cuánto tiempo más seguiréis teniendo de vergüenza mi gloria?

SALMOS

LA NOCHE antes de que las cosas empezaran a desmoronarse, dediqué un buen rato a hacer inventario de mi situación general y llegué a la conclusión de que, a pesar de todo, no tenía motivos de queja. En ese fugaz instante de tranquilidad, me sentí bien. Me faltaban pocos años para cumplir los cincuenta, un umbral psicológico ligeramente menos desalentador que la propia muerte, y no me sentía demasiado distinto de cuando tenía cuarenta o incluso treinta años. Si en algo había cambiado, era en que había ganado en salud. La última década del siglo anterior, que era también la del milenio, se anunciaba menos estresante que la octava —definida por ciertos acontecimientos que habían tenido lugar en Centroamérica— y que la novena, ensombrecida por la nube de escándalos acontecidos aquí, en mi tierra.

Fui sacerdote en una época que no ha sido especialmente benevolente con el clero. En cualquier caso, había logrado lo que a mi entender era una espiritualidad sostenible y una capacidad para explayarme sobre este particular haciendo uso de un mínimo de hipocresía y de falsa piedad. Había llegado incluso —y esto no me parece en absoluto un logro desdeñoso— a aceptar cierta sórdida oscuridad sobre mis orígenes familiares en un lugar donde la gente celebra los detalles más tediosos de sus ancestros.

Soy hijo bastardo. Mi madre era una mujer extranjera que murió mucho antes de lo que le tocaba, derrotada por la decepción y por la tuberculosis.

Fui, en el sentido más literal de la expresión, un hijo de la guerra. Según mis cálculos, mi concepción tuvo lugar apenas unos días antes de que la unidad de mi padre embarcara desde Inglaterra con destino a las hostiles costas de Italia, exactamente el 23 de octubre de 1943. Entre sus papeles figura una críptica referencia a un juicio sumario y a una multa (la paga de cinco días) por ausentarse de su unidad la noche del 17 de octubre. Nací en Londres, Inglaterra, el 15 de julio de 1944.

¿El aislamiento? Aunque quizá de un modo no del todo perfecto, había conseguido domesticar el celibato, esa negación institucional de la más humana de las transacciones. He estado y estoy —hasta cierto punto— excluido del grupo de mis propios congéneres, de mis hermanos en el sacerdocio, por complejas razones que muy pronto quedarán desveladas. Sin embargo, en aquel entonces creía haber descubierto una importante verdad universal: que el aislamiento, voluntariamente elegido, se convierte en el regalo de la soledad; que la disciplina ennoblece la carne.

En ese fugaz instante de tranquilidad, me sentí bien. Veo ahora ese instante como si formara parte de otra vida, como si el hombre que fui se hubiera convertido ahora en un perfecto desconocido.

Había pasado el fin de semana en Cape Breton, exactamente en la | parroquia de Port Hood, sustituyendo a Mullins, que se había ausentado para reunirse con sus carismáticos o para jugar al golf. En otras palabras, que había decidido buscar una vía de escape. A Mullins le gusta dosificarse. Yo había planeado alargar un día más mi visita y pasar el lunes leyendo y meditando. El pueblo de Port Hood es un lugar hermoso y tranquilo. De hecho, me crié en la zona, aunque los vínculos personales que mantenía con la región eran limitados. Podría fácilmente hacerme pasar por un desconocido, un papel que me resulta cuando menos agradable.

Mullins y las buenas hermanas instaladas en lo alto de la carretera habían dotado a la

parroquia de una confortable pulcritud. Cualquiera podía sentirse cómodo allí. La sensación era como la de estar en un motel bien atendido. La parroquia tiene magníficas vistas del golfo y de un pequeño puerto pesquero enclavado en la costa, conocido como Murphy's Pond. Resultaba un cambio agradable del ruido y del incesante trajín de la universidad, situada a más o menos una hora de allí y donde yo ejercía las funciones de decano. La verdad sea dicha, como decía mi finado padre en uno de sus infrecuentes arrebatos irónicos, lo mío en la universidad no era tanto un empleo como una posición, ya que eran otros quienes se encargaban de la mayor parte del trabajo. Me limitaba pues a ocupar una suerte de limbo pastoral mientras me recuperaba —ostensiblemente— de varios años en un desagradable y duro destino.

El teléfono me apartó de mis cavilaciones ese lunes por la mañana en Port Hood, dando lugar a la narración a la que, no sin cierta reticencia, debo dar comienzo.

—El obispo quiere verle.

—¿Y qué es lo que quiere ahora? —pregunté.

—No lo ha dicho. Sólo ha dicho que vaya a verle esta tarde. A palacio.

Ahora sé que estaba intentando demorar el momento de mi visita cuando decidí acercarme en coche a Little Harbour, otro pequeño puerto de pescadores al que se llega por una carretera secundaria desde el extremo más al sur de la parroquia.

El puerto parecía desierto. Entre los vividos detalles que conforman esa mañana de octubre de 1993, recuerdo una garza azul sumergida hasta las rodillas y totalmente absorta en algo que había visto en el agua calma e inmóvil como el aceite. Acto seguido oí el rugido de un motor de gasóleo y en ese instante pude ver una alta antena de radio montada sobre lo que bien podía haber sido una cruz. Se movía despacio sobre la cresta de un profundo surco abierto en el agua no muy lejos de allí. Habríase dicho que la cruz móvil y el suave rugido no guardaban relación alguna hasta que de pronto un barco asomó por el dentado extremo de una escollera. Era un barco de pesca de unos cuarenta pies de eslora, coronado por un mar de antenas y provisto de una amplia zona de trabajo detrás de la cabina. El nombre del barco, *Lady Hawthorne*, bien podía haber sido un presagio, o quizás eso es lo que pienso ahora, con la claridad que da la distancia.

El muchacho que estaba en proa tendría unos dieciocho años. De su gran mano izquierda colgaba despreocupadamente un cabo. Iba vestido con el uniforme propio de la costa: vaqueros, un suéter descolorido y deshilachado en los codos y botas de goma hasta las rodillas. Tenía una densa mata de pelo largo que le oscurecía la frente y el cuello, y el rostro bronceado. Aunque miraba fijamente al frente, se volvió y me saludó con un movimiento de la cabeza en un instante de distraída curiosidad al tiempo que el barco se deslizaba por la larga garganta del puerto y la roda dibujaba un limpio y susurrante surco en el agua.

Serían cerca de las ocho. La sanguínea luz rojiza del sol apostado tras de mí había levantado una ligera neblina que mantenía justo encima de la superficie. Sentí el primer suspiro de la brisa. Algo en aquel barco —quizá su nombre y el porte del chico— me llevó a aparcar la ansiedad que me acosaba. No era frecuente ver a alguien de esa edad tan inmóvil y sombrío. De pronto me di cuenta de que ese joven era excepcional simplemente a causa del lugar y del momento. Quizá cualquiera habría sido como él en esas circunstancias. Silencioso. Aun así, fuera como fuese, el muchacho captó mi atención y vinculó aquel instante a tiernos rincones de mi memoria. Hombres y muchachos condenados: en la claridad que sólo otorga el recuerdo, todos ellos muestran esa misma quietud.

El hombre que estaba al control del barco tendría probablemente mi edad y era alto y corpulento. En ese instante, viéndoles avanzar a toda velocidad por el estrecho pasadizo y pasar por delante de una cobijada hilera de barcos similares, ambos se me antojaron casi imprudentes.

Sin embargo, justo delante del muelle se produjo un rugido de aceleración inversa y el *Lady Hawthorne* pareció pivotar en un pequeño círculo para adentrarse con suavidad en el espacio existente entre otros dos barcos, aunque mirando hacia el mar. El muchacho saltó alegremente a la orilla, cabo en mano. El mayor de los dos hombres estaba ya en popa, enrollando otro cabo que segundos más tarde lanzó a tierra.

Los dos pescadores descargaban en el muelle grandes cajas de plástico mientras yo volvía al coche. Supuse que eran padre e hijo. No parecieron reparar en mí.

El hombre mayor habló cuando yo ya casi había llegado al coche.

—Qué mañana tan pérfida, ¿eh, padre?

Me volví.

—Nunca olvido una cara —dijo—. El padre MacAskill, ¿verdad?

—Sí —respondí.

Se acercó entonces a mí, ofreciéndome una mano enorme. Parecía ligeramente falto de equilibrio. El muchacho había vuelto al barco y había desaparecido de mi vista.

—Dan MacKay —dijo—. Me han dicho que viene usted del otro lado del estrecho.

—Sí. ¿Y usted?

—Yo soy de los MacKay de la carretera de la costa.

Un puñado de canas emblanquecía su cabello de color rubio arenoso. Un nombre se abrió paso en mi memoria.

—Danny Ban —dije—. Solían llamarle Danny Ban, creo.

Se sonrojó.

—De eso hace muchos años. No quiero ni pensar en lo que habrá podido oír decir de mí, padre. Probablemente, Danny Bad sea un mote más apropiado.¹

Me reí.

—Pero ya no vivo aquí. Ahora vivo en Hawthorne. Ya hace años que me mudé. Construí mi propia casa después de que naciera el muchacho.

—Hawthorne —dije—. Ya he visto... el nombre en su barco.

—¿Conoce el lugar?

—He oído hablar de él, pero no he estado nunca allí.

—Debería ir algún día. Pase a vernos.

—Quizá lo haga.

El muchacho se alejaba ya hacia su furgoneta, ignorándonos.

—Encontrará el nombre en el buzón que está al pie del camino —dijo el padre del chico—. MacKay. Somos los únicos allí arriba.

—Gracias.

Se volvió de espaldas y se dirigió él también hacia la furgoneta, donde el muchacho le esperaba al volante. El motor rugió impacientemente hasta volver a la vida. Me desconcertó una vez más su forma de andar insegura. «Demasiadas horas en el barco —pensé—. Piernas de marino.»

La furgoneta arrancó cuando Dan apenas acababa de cerrar la puerta al subir y las ruedas traseras resbalaron sobre la grava. El vehículo se detuvo brevemente donde el camino del muelle tronca con el asfalto. A juzgar por el ángulo de inclinación de las cabezas, los dos ocupantes del vehículo estaban hablando. Utilizaban su lenguaje secreto, el dialecto de la intimidad: palabras sueltas y frases oscuras comunicando cantidades ingentes de información.

«Soy de los MacKay de la carretera de la costa», había dicho. Una breve biografía y, para aquellos que conocen el lugar, una genealogía, todo lo que hay que saber resumido en una única

frase. En su día quizá me habría sentido un poco celoso, pero en algún punto del camino la identidad ha dejado de importar. Ahora mi lugar de origen me resulta del todo indiferente. Me he convertido en la sotana que me cubre. Y no es necesario que nadie sepa nada más.

«Pase a vernos algún día —había dicho el hombre—. Venga a hacemos una visita.»

Y así fue cómo empezó todo. Con un cúmulo de necesidades disfrazadas de hospitalidad.

Había en el canal un trasbordador oxidado que técnicamente mantenía nuestra condición de isla. El puente colgante situado en un extremo del kilómetro y medio de calzada estaba abierto y un montón de coches y de camiones abarrotaban la carretera, impacientes por llegar a sus destinos en el continente. Me alegró el retraso. El obispo siempre tiene algún motivo cuando llama. Siempre algún trabajo «especial» en mente.

A menudo he intentado recordar cómo empezó, cómo me convertí en su... ¿qué? ¿Qué es lo que soy realmente? Supongo que todo es una cuestión de perspectiva. Lo diré de otro modo: para otros sacerdotes, no soy una presencia bienvenida.

Las primeras llamadas del obispo me habían resultado claramente inocuas. A estas alturas, he olvidado los detalles de esas convocatorias, sin duda oscurecidos por recuerdos mucho más sombríos, aunque sí recuerdo sus palabras:

—Le he pedido que venga porque tiene usted la cabeza bien puesta sobre los hombros.

Quería que me ocupara de un asunto delicado. Así es como se referiría a todos ellos. Asuntos que eran delicados. Cuestiones que requerían una buena cabeza y mano firme. Probablemente estábamos a finales de la década de 1970. Yo acababa de regresar de mis dos años en Honduras.

—Después de todo lo que ha vivido en el sur —dijo—, es muy posible que esto le parezca un asunto digno de Micky Mouse. Pero aquí las cosas están empezando a salirse de madre. Nuestro querido Juan XXIII, que Dios le tenga en su gloria..., no tenía ni idea del lío en el que nos estaba metiendo.

Recuerdo que le escuché atentamente, intentando adivinar dónde quería ir a parar.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Hay un joven sacerdote... Es probable que usted le conozca.

Probablemente sí le había conocido, aunque en otra época.

Preferiría no mencionar el lugar exacto. Limitémonos pues a imaginar una de las múltiples pequeñas y raídas comunidades enclavadas en los cientos de bahías y ensenadas que en su día fueron poseedoras de cierta integridad gracias a su aislamiento. El sacerdote en cuestión y su Joven asistente se habían convertido en objeto de las habladurías de los lugareños. Recuerdo que la mujer tenía un rostro hermoso de ojos cálidos y huidizos y una boca de labios | carnosos que tembló cuando le pregunté si el padre estaba en casa.

Sin embargo, lo que mejor recuerdo era la actitud del culpable. Su autosuficiencia y su silente aire de superioridad. Su patente certeza de que había trascendido las mentiras y las posturas que nos habían atrapado a los demás —a nosotros, sacerdotes inferiores— en nuestra estéril inhumanidad. Desde entonces he vuelto a ver esa estampa en repetidas ocasiones.

—Su asistente parece estar engordando —dije. Sonreí con frialdad, o al menos ésa fue mi intención.

Él se rió.

—Sé por qué ha venido. No nos andemos con rodeos.

—Usted primero —le invité, sorbiendo mi té.

Me dijo que «con toda sinceridad», la situación le había vuelto mejor persona. De hecho, estaba convencido de ello. Confieso que tuve ganas de abofetearle. Creo que dispuse para él un periodo de reflexión en Toronto y que se marchó al cabo de unas semanas. A ella la convencí para

que durante un tiempo intentara no llamar la atención. Le dije que la vida está plagada de ausencias temporales. Era así de simple. Aunque eso fue sólo el principio, un triste ensayo para las desafiantes misiones que estaban aún por llegar.

Estaba descompuesto cuando por fin llegué al recinto universitario. Es difícil saber exactamente por qué. ¿Quizá debido a la referencia a Hawthorne? ¿Por el muchacho del barco? A juzgar por lo que sé ahora, podría haber sido cualquiera de las dos cosas..., Sin duda alguna se debía, al menos en parte, a la llamada del obispo. El obispo nada más llama cuando hay algún problema.

—¿Está al corriente de lo del obispo? —me recordó Rita.

—Sí.

—Y tiene usted una cita esta tarde a las tres. Se trata de un incidente que ha tenido lugar durante el fin de semana.

—¿Un incidente? ¿Qué clase de incidente?

—La policía del campus ha encontrado a un tipo en el tejado de la capilla. Creen que debe encargarse usted. —Sonrió. Quise pensar que la suya era una sonrisa compasiva.

Supongo que una parte de mí aceptaba que me había convertido en un auténtico especialista en administrar disciplina. Técnicamente, compete a las funciones del decano, y eso es lo que yo era. En realidad, yo carecía de la formación académica y profesional necesarias para ese puesto. Debía conformarme tan sólo con el temperamento y, por defecto, con la experiencia práctica. Era un cura destinado a una pequeña universidad nominalmente católica porque mi obispo no sabía dónde colocarme. En el momento cumbre de mi utilidad fui adjunto del tribunal superior diocesano, aunque no tardé en resultar demasiado controvertido incluso para ese ajetreado lugar. Supongo que el término «tóxico» no resulta exagerado. Mis colegas están al corriente de mi historial, de mi experiencia desentrañando perversiones, impartiendo disciplina a otros sacerdotes —y a veces también a alumnos— cuando los casos son particularmente sensibles. «El Exorcista», así es como me llaman. A mis espaldas, por supuesto.

—¿Un alumno en el tejado de la capilla?

—Tenía una sierra.

—¿Una sierra?

—Vaya a ver.

El obispo me esperaba a las siete. Decidí ir andando. Reinaba la tranquilidad en la ciudad. Normalmente los lunes por la noche los alumnos no salen porque no tienen un céntimo o porque tienen resaca, o ambas cosas. Los aburridos camareros esperaban de pie delante del silencioso *pub* mientras el humo de sus cigarrillos caracoleaba como la niebla a su alrededor en el aire quieto de octubre.

—No falta mucho para que llegue el invierno —comenté al pasar.

Tiempo atrás, la respuesta habría sido breve y respetuosa. «Sí, padre.» Una mano rápidamente elevada hasta la gorra. «Ya se nota la nieve en el aire. Buenas tardes tenga usted, padre.» Ahora simplemente se limitan a mirar. Chicarrones de brazos cruzados con sus gorras de béisbol. Somos una especie en decadencia. Hombres extraños vestidos de negro, anquilosados por el peso de nuestros secretos. Sonrió. ¿Qué ocurriría si supieran toda la historia?

Intento recordar todas las veces que he recorrido el mismo camino por la ciudad para ir a ver a mi obispo: pasando por delante de la amenazadora catedral, la bolera, él y lo que, en mi época de estudiante, había sido un restaurante llamado el Brigadoon. En aquel entonces había normas que cumplir. Las luces se apagaban a las once. De pie y levantados a tiempo para llegar a misa de

siete. Ni alcohol ni mujeres en las habitaciones. La virtud era la esencia del statu quo. La virtud era la norma, o eso era lo que nos enseñaban.

Los tiempos han cambiado.

Busco el rosario en el bolsillo del abrigo. La recitación automática siempre ayuda a calmar la ansiedad.

El primer misterio doloroso. La agonía en el jardín. Las suaves y pequeñas cuentas sobre las yemas de los dedos son todo un bálsamo.

El palacio del obispo queda ligeramente apartado de la calle Mayor, semioculto entre oscuros castaños. No sé por qué le llaman palacio si no es más que una casa, sin duda grande y también elegante. La designación de «palacio» probablemente tuviera más que ver con la autoridad del anciano que la habitaba que con la arquitectura del edificio.

Me recibió en la puerta. A pesar de que había imaginado que sería recibido por los agradables aromas de la cocina de la casa, ésta parecía limpia y vacía, en cierto modo como la catedral de la calle Saint Ninian.

—Lo olvidé —dijo el obispo—. Hoy es el día libre de la cocinera y yo soy un absoluto inútil en la cocina. No ha comido, ¿verdad?

—No.

—Bien. Yo me estoy muriendo de hambre. Pida una pizza. Yo invito. ¿Le apetece un trago?

—Si insiste, no le digo que no —dije.

—Sírvase usted mismo. Estoy al teléfono. Encontrará el menú de una pizzería que trae la comida a casa encima del escritorio.

El obispo volvió a desaparecer y me dirigí al aparador de su estudio, donde guardaba los distintos güisquis en botellas de cristal. Me serví una copa. Luego descolgué el teléfono, oí que alguien hablaba en la distancia, pulsé rápidamente otra línea y marqué el número del servicio de comidas a domicilio local antes de sentarme a esperar. Nuestro Salvador, colgado del gran crucifijo sobre el escritorio, me miraba desde las alturas. Parecía decir. «¿Tú otra vez? ¿Y ahora qué ocurre?» Ojalá lo supiera. Creí oír la voz del obispo procedente de la otra habitación. Hablaba a voz en grito. Aunque de pronto distinguí lo que pareció una risa.

Obviamente el obispo no mostraba semejante informalidad con todo el mundo. Yo gozaba con él de un estatus especial debido a mi inusual historia. Supongo que mi vida adulta podría medirse a partir de los intervalos que marcan mis visitas a esa pequeña oficina. ¿Cuántos años han pasado desde la primera vez que me senté allí siendo apenas un estudiante en los albores de mi vocación, rebosante de piedad y determinación? Todavía puedo verle, serenamente sentado bajo aquel crucifijo.

—Creo que quiero ser sacerdote —le dije con el corazón latiéndome con furia en el pecho.

El me escuchaba en silencio, pero con la actitud de quien sabía mucho más de lo que yo decía. Sonreía, aunque sus ojos no eran en absoluto alentadores.

—¿Y por qué desea ser sacerdote?

No estaba preparado para la pregunta. Suponía que la Iglesia era como el ejército en tiempos de guerra, siempre en busca de reclutas.

—Puede que necesite un tiempo antes de responder —dije con cautela.

—Bien. Tómese el tiempo que crea necesario. La respuesta es importante. Puede que algún día de ella dependa la salvación de su alma.

No volvió a preguntarlo, y me alegro de que no lo haya hecho, porque ni siquiera ahora estoy seguro de cuál sería mi respuesta.

Despacio, mis ojos volvieron a posarse en el crucifijo. El rostro del Salvador exhibe una

suerte de cansancio con el que fácilmente puedo identificarme. «A fin de cuentas, ya no tengo estómago para seguir dedicándome a impartir disciplina entre sacerdotes descarriados y estudiantes borrachos», pensé.

De pronto se abrió la puerta. Desearía poder decir que el obispo «hizo su entrada» en la estancia, evocando así en la imaginación el siseo de las vestiduras y el polvo medieval elevándose alrededor de sus sandalias. Calzaba zapatillas de deporte, y vestía pantalones de pana y un cardigán. Llevaba despeinado el pelo canoso. Se dirigió directamente al aparador y se sirvió una copa bien cargada. El obispo se había criado en un lugar llamado Malignant Cove y es obvio que le encanta observar la reacción que semejante declaración provoca en sus interlocutores. Nos reímos como si no lo hubiéramos oído cien veces antes.

—Así que ha pasado el fin de semana en Port Hood.

—Sí —respondí—. Mullins llamó de improviso.

Se estaba sirviendo con largueza.

—Casualmente, estaba al teléfono tratando un asunto relacionado de forma indirecta con Port Hood. Y con usted.

Intenté imaginar de qué podía tratarse.

—¿Se acuerda del padre Bell..., el distinguido Brendan Bell?

—Sí —respondí con recelo al tiempo que pensaba: «Así que de eso se trataba. De Brendan Bell. ¿Qué querrá ahora?»

—Uno de sus antiguos clientes —dijo.

—Lo recuerdo.

Supuestamente, Bell debía ser el último. «La última estación de nuestra vía dolorosa», habían sido las palabras exactas del obispo. De hecho, lo había prometido. Aquel caso sería el último, había dicho. Quizá sea ése el motivo por el que recuerdo ese encuentro en particular con tanta claridad.

El día en que le conocí, Bell estaba sentado exactamente donde lo estaba yo en ese preciso instante. Era el invierno de 1990. Bell era un hombre impresionante: un angloirlandés originario de Newfoundland, un poco más bajo que yo, aunque eso sea bastante común. Tenía el pelo de un tono castaño oscuro que llevaba sujeto con una diminuta cola de caballo y mostraba una sonrisa aparentemente genuina. Nada había en su actitud que revelara las desgraciadas circunstancias que le habían enviado a nosotros. Sin embargo, no tardé en descubrir que estaba metido en problemas. El obispo de Saint John's nos pedía un pequeño favor.

Sugerí a Mullins, en Port Hood.

—Le gustará Port Hood —dije—. Pero recuerde que allí no se andan con chiquitas.

Bell me sonrió y asintió con la cabeza.

—Mensaje recibido.

—Probablemente sabrá usted que Bell estaba en Toronto —dijo el obispo al tiempo que olisqueaba su copa.

—Ése era el destino que le esperaba después de Port Hood —respondí.

—Su Brendan ha solicitado la laicización. Era con Toronto con quien estaba al teléfono. Quería saber si pondríamos algún impedimento. Quiere que se la concedamos con carácter de urgencia.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunté.

—Dice que se ha enamorado.

—¿Que se ha enamorado de qué?

—Según dice, va a casarse.

—¿Casarse? ¿Brendan?

El obispo asintió con la cabeza. Una tensa sonrisa contrajo las comisuras de sus labios.

—¿Casarse con una mujer? —dije, incrédulo.

—Eso es lo habitual. Aunque en Toronto nunca se sabe.

—¿Y qué piensa hacer? —pregunté.

—He dicho que haría lo que estuviera en mi mano. Brendan casado..., un buen golpe de efecto, ¿no le parece?

Por fin llegaron las pizzas y pasamos a la cocina. El obispo llevaba las copas y una botella de Balvenie sin abrir. Dispuso dos sitios a la mesa y arrancó un par de manteles de un rollo de toallas de papel.

—MacAskill, ¿cuánto hace que se ordenó? Veinticinco años, si no me equivoco, ¿verdad? —Hablabla con la boca llena.

—Aproximadamente.

—¿Tiene planeado hacer algo..., una pequeña celebración con la que honrar tan especial onomástica?

—No.

—Supongo —empezó, masticando pensativamente— que no tiene usted familia. Seguramente las cosas serían distintas si estuviera en una parroquia.

—Puede ser.

—Debe de preguntarse a veces por qué no tiene una parroquia propia.

Me encogí de hombros.

—Me lo ha dicho en más de una ocasión. Si no me equivoco, solía usted llamarlo mi «asimétrica» historia familiar.

—En su día fue usted cura.

—Ayudante.

—Bueno, eso no importa. Le envié a Centroamérica. En 1975, ¿verdad?

—Sí.

—En aquellos tiempos podía disponer de buena mano de obra. —Negó con la cabeza y me estudió durante un instante.

—Pero no fue exactamente una decisión que atañera a la «mano de obra», ¿verdad? —observé, aunque convencido de que pasaría por alto el comentario.

—Pasó usted por una dura prueba, es cierto —dijo—. Sin embargo, sirvió para definir sus especiales dotes. A pesar de que odio citar a Nietzsche..., ya sabe a qué me refiero. Es usted un hombre fuerte. Un superviviente. Siempre lo he sabido.

Asentí sin ocultar mi incomodidad.

—Considero ese periodo como un pequeño... aparte... en lo que de otro modo habría sido un sacerdocio ejemplar. —Dio un pequeño sorbo a su copa, reflexionando, supongo, sobre mi servicio ejemplar—. El ministerio adopta muchas formas. Tegucigalpa reveló la suya. Los métodos del Señor no siempre son obvios para nosotros, los mortales.

—Supongo —concedí, intentando esbozar una sonrisa irónica.

Después de tres copas y cuando había dado cuenta de más de la mitad de la pizza, el obispo por fin me comunicó cuál era el motivo de mi presencia allí. Dijo que, después de todos esos años, quería que me ocupara de una parroquia. Un lugar pequeño. Nada demasiado extenuante.

—¿Yo?

—Es hora de sentar la cabeza —dijo—. Entiendo que está usted preparado para asumir nuevos desafíos. ¿Qué le parece Creignish?

—Creignish —repetí.

—Sí.

—No lo veo. No tengo ni idea de lo que podría hacer allí. Y estoy totalmente feliz en la universidad.

Sin embargo, yo sabía que él estaba decidido. Tenía esa expresión pesadosa que a veces muestra cuando ejerce la autoridad de Dios.

—Hace ya tiempo que tener a nuestros sacerdotes semiempleados en la facultad se ha convertido en un lujo que no podemos permitirnos. Sobran profesores y administradores laicos. No tiene más que mirar a su alrededor.

—Pero ¿qué me dice de la impronta católica de la universidad? Padres de todos los rincones del país mandan aquí a sus hijos para que reciban lo que esperan que sea una educación católica.

—Nos preocupa más el espíritu católico de las zonas rurales, los sólidos enclaves como Port Hood y Creignish. O Malignant Cove.

Yo sabía que se suponía que debía reírme.

—Pero...

Alzó una apostólica mano demandando silencio. Luego se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—Escuche —dijo por fin—. Le considero un clon mío, de modo que le seré sincero. —Cogió la botella y llenó las dos copas—. Creía que ciertos... asuntos... habían quedado olvidados. Pero ha habido algunos acontecimientos.

—¿Acontecimientos?

—Nada de lo que deba usted preocuparse todavía. Pero el que viene puede ser un año duro. Muy duro.

De inmediato, media docena de nombres parpadearon ante mis ojos.

—¿No se referirá a Brendan Bell?

—No, no, no —respondió sin ocultar su impaciencia—. Eso es ya pasado. Al parecer, estamos entrando ahora en la segunda fase. Los abogados están empezando a actuar. Me gustaría apartarle de la primera línea de fuego.

—¿Qué línea de fuego?

—Simplemente le quiero lejos. Nunca se sabe con qué pueden salir los abogados. Y creo que Creignish es un lugar perfecto. Territorio de difícil acceso.

Seguimos sentados en silencio durante un minuto entero al tiempo que la vieja casona crujía a nuestro alrededor.

—Tendrá que decirme de quién se trata —insistí—. De quién hablan.

Alargó la mano y tomó mi copa, que seguía aún medio llena.

—Permita que se la llene.

—Escuche, me conformaría con una simple pista..., simplemente para hacerme una idea de hasta qué punto debo preocuparme.

—Se trata de todos y de ninguno. Puede usted relajarse.

La expresión de su rostro y el tono de voz no bastaron para convencerme. Seguimos sentados, mirándonos.

Por fin, dijo:

—Han mencionado su nombre.

—Han mencionado mi nombre.

—Ya sabe usted cómo son hoy esas cosas. Todo es una conspiración. Una maniobra de encubrimiento. Usted, yo. Ahora parece que somos nosotros los tipos malos. ¿Qué ha sido de la

confianza y del respeto, por no hablar de la fe?

—¿Mencionado por quién?

—Por los malditos abogados que insinúan cosas.

—¿Qué es lo que insinúan?

—Se trata sólo de especulaciones sobre el modo como resolvemos ciertos asuntos. No dejan de insistir sobre eso que algunos llaman «responsabilidad indirecta». ¿Ha oído alguna vez algo semejante? —Echó atrás la cabeza y miró al techo, arrugando los labios—. Indirecta desde cuándo. —A continuación suspiró y se llevó la copa a los labios—. Se ha convertido usted en mi roca. Es como si la providencia desvelara sus fortalezas ante mis ojos justo en el momento en que le necesitaba. Pero ha llegado la hora de que se pierda en la labor parroquial y de rezar para que esto estalle sin llevarnos a la quiebra.

—Pero ¿Creignish?

—No tendrá el menor problema para encontrarse a gusto allí. Usted es de la zona. Sabrán qué clase de hombre es usted, por mucho que puedan o no oír.

Le miré fijamente a los ojos. Pensé: «Está soñando». Aun así, sabía que cualquier discusión era inútil.

—¿Cuánto tiempo?

—Tanto como sea necesario.

En la puerta, cuando ya me iba, el obispo se mostró de pronto entusiasmado. Según dijo, me encantaría la labor parroquial. «Sobre todo en Creignish. Buena gente como la de antaño. Hará usted una estupenda labor. Se convertirá en un sacerdote de verdad, para variar. Si alguien va a buscarle, eso será lo que encontrará. Al pastor de Dios que atiende a su rebaño.»

—¿Cuándo quiere que me vaya? —pregunté.

—Cuanto antes.

—Me iré en primavera.

No pareció muy convencido.

—A menos, claro está, que el alguacil venga ya de camino.

No reaccionó a mi ironía. Se limitó a decir:

—Como quiera..., pero hasta entonces intente no llamar demasiado la atención. —Antes de cerrar la puerta a mi espalda, añadió—; Me he enterado de lo del chico que la otra noche subió al tejado de la capilla. ¿Qué han decidido hacer con él?

Me encogí de hombros y esperé.

—Dicen que llevaba una sierra o algo así, que se dirigía hacia la cruz...

—He decidido darle un respiro.

—Bien. Ya sabe usted quién es su padre.

Y cerró la puerta.

Mientras regresaba a casa esa fría noche de octubre, apenas reparé en la ciudad, en los pequeños grupos de jóvenes cabizbajos que deambulaban por las calles. Una fina llovizna quedó fugazmente iluminada por los faros de una furgoneta que pasaba en ese momento. Una luz fluorescente parpadeó en una oficina y otra ventana quedó sumida en la oscuridad. Estaba desorientado. Entendí que a causa del talante que había observado en el obispo. Su cordialidad era falsa. «Algo importante le tiene ofuscado. Vuelve a mandarme lejos. ¿Dónde empezó todo esto?»

Y entonces volví a 1968 y me vi de nuevo en esa misma calle, avanzando decididamente en dirección contraria, hacia la estación de tren con una maleta y un maletín, la suma de todas mis pertenencias seculares. Andaba con la cabeza alta hacia un lugar que hoy no me atrevo a nombrar

por temor a remover un trauma que es mejor mantener en el olvido. Era junio, una tarde de junio endulzada por el aroma de las primeras lilas y envuelta en el murmullo de esperanzadas voces hablando de política. Junio del 68, una suerte de renacimiento, al menos para mí. Había vuelto a nacer, sí, convertido en sacerdote.

Ah, sí. También en esa ocasión el obispo me manifestó que me encantaría el lugar, ese lugar que ahora no me atrevo a mencionar, durante la madurez.

—Y, por cierto —dijo—. Le acompañará un viejo amigo. Supongo que se acuerda usted del doctor Roddie..., su viejo gurú de filosofía. Estará también allí. Dice que no le quitará ojo. Pueden pasar las largas noches de invierno leyéndose mutuamente la *Summa*.

—¿El padre Roddie?

—Sabía que le gustaría. El padre ha decidido tomarse un pequeño año sabático. La enseñanza universitaria le tiene agotado. Podría haberse ido a cualquier parte, es cierto... Le ofrecí Roma, pero él insistió en ayudarme en alguna parroquia durante un tiempo. ¿No le parece típico de él?

La calle estaba casi vacía. La llovizna se calentaba bajo mis ojos, deslizándose como un reguero de lágrimas a ambos lados de mi nariz. El padre Roddie. Casi le había olvidado. Una aprensión hasta entonces adormecida ardió en mi interior y enseguida, tan pronto como había aparecido, se desvaneció. «No puede ser el padre Roddie. Debe de rondar ya los ochenta años.» Me reí.

—Padre Roddie. ¿A esto ha llegado?

Un alumno que pasaba en ese momento a mi lado con paso cansino se detuvo y se volvió a mirarme.

—¿Perdón? —dijo. Me alejé a toda prisa.

El recinto universitario estaba tranquilo, salvo por el zumbido de música procedente de los edificios de las residencias universitarias. Como me encontraba cerca de la capilla, me volví hacia la escalera de piedra que llevaba hasta su puerta de doble hoja. Encontré las puertas abiertas. Sumergí los dedos en el agua bendita y tomé asiento con sigilo en uno de los bancos más próximos a la parte posterior. El resplandor parpadeaba junto al altar. Alguien practicaba escalas con un clarinete en algún lugar del auditorio situado en el sótano. El desafinado lamento de una nota dio cuerpo a las sombras que me rodeaban hasta que por fin me sentí envuelto en un velo sofocante, perdido en la infinita carnicería de los días desde que me embarqué en ese viaje a la ambigüedad. Resulta irónico cuando pienso en ello: la belleza del sacerdocio solía radicar en la promesa de sus certezas.

El clarinete vaciló. Un estudiante de música bregando con un difícil fragmento de Rhapsody in Blue. El viento arreció en el exterior, repiqueteando contra una ventana.

Toe, toe, toe.

—Hola..., ¿está usted ahí?

Toe, toe, toe.

—¿Padre Roddie?

La puerta está abierta de par en par. Oigo un ruido. Alguien se mueve.

«Entre sin más —había dicho—. Mi oído ya no es lo que era.»

Así lo hago.

El santuario de un viejo sacerdote, oscurecido por los cortinajes, los sonidos amortiguados por montones de libros, tomos antiguos que encierran la promesa de la sabiduría de los tiempos.

—¿Padre Roddie?

Está sentado delante de su escritorio con una fría expresión de calma en el rostro.

—Y qué puedo hacer por usted.

No es una pregunta, sino un comentario.

—Quería hacerle una pregunta...

—¿Sobre qué?

Entonces veo al visitante, al muchacho, paralizado. Pálido de culpa.

Creo que debí de quedarme dormido en la capilla durante un rato. Era ya tarde cuando volví a mi cuarto. Fue entonces cuando me acordé: Creignish. Conservaba una imagen mental del lugar, la ladera de una montaña baja con el mismo nombre, a unos cuantos kilómetros de donde me había criado. En fin.

Volví los ojos hacia una estantería y detuve la mirada en el lomo negro de un libro. Existencialismo de John Macquarrie. Lo cogí del estante y leí la pulcra escritura de la primera página del volumen: «La tragedia y la limitación son parte de lo que implica ser humano...» Y, a continuación: «Bienvenido de tu año sabático. He encontrado este libro en Boston. Quizá nuestros caminos no tarden en encontrarse. RM.»

Y después, la firma garabateada: Roddie MacVicar. Diciembre de 1977.

Cerré el libro y después los ojos. Las imágenes eran abrumadoras.

—No me importa lo que crea haber visto.

El cuello del obispo palpitaba, como palpitaba también una pequeña hinchazón violeta en el centro de su frente. La indignación le había encendido la nariz, teñida de pronto de una pátina rosada.

—Sé lo que he visto.

—Cree que lo sabe.

—Lo sé.

—La vista nos juega malas pasadas.

—Lo sé.

—No sabemos nada. Creemos. Tenemos fe. Esa es nuestra única fuente de esperanza. Pero ésa no es la cuestión. Usted no tenía por qué haber espiado.

¿Espiar? Le miré, presa de la incredulidad.

—Le mandé para que les ayudara, no a fisgonear.

Aparté la mirada de su indignación y estudié el crucifijo que colgaba sobre su escritorio.

—Está usted hablando de un santo —dijo más tranquilo. La ira había quedado reemplazada por la herida—. Un santo. Un príncipe entre los hombres. Le conozco bien. Le conozco desde que éramos estudiantes. Debería usted aspirar a poder compararse con él algún día.

El obispo, por fin más calmado, declaró que era mi «educación asimétrica», mi «disfuncional vida familiar» lo que estaba en la base de mis deficiencias. Era eso lo que me llevaba a ver lo peor en cada uno, dijo, y a mostrar una desmedida inclinación a leer cosas y a llegar a conclusiones evidentemente equivocadas. Según me dijo, yo no entendía la dinámica familiar, y hasta que eso ocurriera, jamás sería párroco.

—Una parroquia es la familia ideal —añadió.

—¿Qué intenta decirme?

Agitó en el aire una mano impaciente.

—No nos pongamos demasiado analíticos. Digamos simplemente que necesita usted experiencia específica de campo. Y ésa es precisamente la razón de que estemos pensando en mandarle lejos durante un tiempo.

¿Estemos? ¿Nosotros?

—Hemos pensado en algún destino del Tercer Mundo, donde las cosas son sencillas y directas. Un buen lugar para que pueda experimentar la riqueza de la familia y de la vida parroquial y la inquebrantable fe del común de los mortales.

¿El Tercer Mundo?

—Casualmente, hemos cerrado un acuerdo con la archidiócesis de Tegucigalpa...

—¿Cuándo?

—Le esperan la semana que viene.

Me serví un güisqui y tomé un par de sorbos. Había sido Tegucigalpa entonces y era Creignish ahora. «Aunque, en cierto modo, esta vez es más fácil», pensé. Nada en mi vida, ni lo que había ocurrido desde entonces ni lo que me quedaba aún por vivir, podría ser jamás como Tegucigalpa. Y esta vez tendría unos meses para prepararme mentalmente para el cambio. «¿Y quién sabe? Las cosas cambian. Quizás en primavera todos nos hayamos convertido en personas distintas.»

Recorrí con la mirada mi diminuta habitación. «Y si me voy, no es mucho lo que me llevo. Libros, sobre todo. Algunas fotografías. Un armario frugal. Esa es una de las ventajas de mi profesión: viajamos ligeros de equipaje.»

EL SOL tardó en llegar en el año 1994. Las banquisas procedentes del golfo de Saint Lawrence prolongaron su estancia hasta muy avanzado el invierno, bloqueando el avance de la primavera en algún punto cerca de Montreal. El viento seguía soplando frío, a mi alrededor las colinas eran un manto marrón salpicado de ensimismados árboles de hoja perenne.

Al cruzar el paso elevado fui presa de una repentina necesidad de ir al lavabo y me acordé entonces de que había uno en la oficina de información que habían instalado hacía muchos años en la parte del canal que pertenecía a la isla, justo después de que hubieran terminado de construir la vía de acceso al continente. Sin embargo, el lavabo estaba cerrado con llave, a la espera del verano y de los extranjeros, para los que funcionaban tanto el lavabo como los aseos. Rodeé el extremo del edificio y me alivié allí, acurrucándome contra una chimenea de piedra para evitar llamar la atención de los coches que pasaban y al abrigo del viento del sudeste.

Al otro lado del canal, la lluvia ennegrecía la piedra del flanco ahuecado del cabo, de donde habían extraído las rocas necesarias para la construcción del paso cuarenta años antes. Las aguas malvas del canal despedían destellos plateados al viento. El olor a sulfuro y el penetrante hedor de la salazón impregnaba el aire. Inmensos penachos de vapor volaban a merced del viento gélido, inclinados sobre la planta de celulosa que ha transformado el lugar.

En la base del cabo hay ahora un gran muelle, y ese día un enorme carguero de la compañía Canada Steamship Lines estaba allí amarrado, cargando piedras. Según me han dicho, con la roca que procede del cabo se fabrica un pavimento excelente y la piedra se emplea en la construcción de carreteras en lugares remotos. En su día creí que serviría para construir la carretera que traería hasta aquí todos esos lugares. O para pavimentar la senda que me alejaría de aquí para no volver.

1975. 9 de noviembre, he salido de Miami hada las 3 en el vuelo de taca número 801. una escala, en san pedro sula. frondoso paisaje: montañas, plantaciones verdes como campos de golf, bananales salpicados de bocas de riego por aspersión y el humo de pequeñas hogueras elevándose en el aire... lo llaman el tercer mundo, pero es como un jardín, y el olor me recuerda al de casa, humo y descomposición, casi familiar.

Una brusca ráfaga de viento me salpicó la cara con un rocío frío y salado. Me volví hacia el coche. La calzada se divide en tres en su punto más elevado: el pueblo a la derecha, Creignish en un brusco desvío a la izquierda y, siguiendo unos cuantos kilómetros por el centro, una especie de tierra de nadie llamada el Long Stretch, donde me crié. Se trata básicamente de un camino rural. Mi vieja casa sigue allí. Aparte del recuerdo, es mi única conexión con mi pasado. O casi mi única conexión. Existe un vecino, John Gillis, con el que comparto una inquietante historia. El hecho de que estuviera brevemente casado con mi hermana es sólo parte de ella.

Mi hermana se llama Effie y es mi única familia. Effie y su hija, cuyo nombre es Cassandra y que, con el tiempo, se ha convertido en toda una jovencita. No creo que la reconociera. Viven en Toronto.

Detuve el coche en cuanto disfruté de la primera panorámica clara de Creignish y desde la distancia estudié con atención la vieja y austera iglesia, con su modesta cúpula y su cruz dominando lúgubrementemente la refulgente bahía y el lejano continente. No era fácil reparar en Creignish antes de haberlo dejado atrás. Un puñado de casas se repartían a lo largo de la falda de una montaña baja junto con una vieja iglesia y su terreno adyacente, situados aproximadamente a

medio camino de su rocoso flanco. La parroquia recibe el nombre de Stella Maris. La Estrella del Mar.

La mirada se ve al instante atrapada por la gran superficie de la bahía de Saint Georges, que se extiende ante los ojos, estrechándose a medida que se acerca al estrecho de Canso por el sur y expandiéndose hacia la invisible isla de Prince Edward por el noroeste. La oscura silueta de Antigonish County define la orilla del continente.

Creignish. Crezg significa «roca». También significa Pedro. «Sobre esta roca —dijo Jesús— construiré mi iglesia.» Y allí se elevaba la iglesia de Pedro, firme como una roca, en las pedregosas orillas de Creignish, símbolo visible de autoridad y de permanencia, como la propia Madre Iglesia. Impermeable a la muerte, al tiempo y a los vientos de la historia.

Me di cuenta de que había aparcado en la entrada de un camino privado. Sobre una loma baja situada en lo alto del camino había una vieja casa que parecía haber caído en el olvido desde la última vez que la había visto, muchos años atrás. Intenté acordarme del nombre, algo parecido a Maclsaac. Fui entonces consciente de que en un tiempo había conocido a la mayoría de la gente de la zona. En aquel momento, sin embargo, los lugareños y yo éramos unos perfectos desconocidos, separados por el sacramento que había abrazado en 1968.

La vieja rectoría estaba situada a la derecha de la iglesia, al final de un empinado camino privado. A la izquierda, un pulcro cementerio rodeaba una colina coronada por una gran cruz. La puerta del porche estaba pringosa y tuve que empujarla con el hombro para abrirla. Al entrar me dio la bienvenida un olor húmedo y familiar a trementina y a detritus. El olor de la historia. Los olores de mi infancia. El hedor del Tercer Mundo. Humo de leña y queroseno. DDT. Té hervido y ropa vieja. Podredumbre.

La puerta de la cocina estaba semiabierta. Cuando la abrí de par en par dejó a la vista un estéril interior. Paredes blancas. Un suelo de baldosas formando un diseño de cuadrados blancos y negros. Un Salvador de plata colgado de un crucifijo negro encima del marco de una puerta que comunicaba con el resto de la casa. La puerta de una despensa, roída en las esquinas por los ratones. Un calendario cuyas páginas nadie se había molestado en pasar: enero de 1991. Habían pasado más de tres años desde entonces. Lo arranqué.

Seguí allí de pie, inmóvil en la gélida cocina, durante lo que se me antojó una eternidad, intentando conferir un poco de calor al momento imaginando aquel lugar convertido en mi casa. Aun así, no encontré el menor atisbo de consuelo en el recuerdo. Sentí la presencia de todos los hombres solitarios que, antes que yo, habían estado allí de pie, contemplando un futuro solitario. Probablemente suplicando ser capaces de aceptar su destino.

Me arrodillé.

«Jesús. Aunque no he sido yo quien ha pedido esto, ayúdame a sobrellevarlo lo mejor que pueda.»

Busqué en el bolsillo de mi chaqueta las gastadas cuentas de madera de mi rosario.

el aeropuerto de tegucigalpa es un lugar infecto, lleno de hombres ceñudos y armados, recelosos inspectores doblegándose al ver mi cuello de sacerdote, alfonso me esperaba, llevaba un pequeño cartel de papel con algo parecido a mi nombre escrito con letras claramente visibles. PDR MACKASGAL.

Me asomé a echar una mirada a la penumbra que reinaba en lo que sería mi estudio. «El otro peligro es el silencio», me dije. Estaba demasiado acostumbrado a los ruidos de las vidas de la gente que me rodeaba en la universidad: los ancianos sacerdotes tosiendo y arrastrando los pies en las habitaciones contiguas, a la espera de su recompensa eterna. El chirrido de las puertas y los

portazos. Alum— nos entrando y saliendo en tromba. El incesante estruendo de los equipos de música. El tráfico incansable de la calle West. Todo eso se había acabado, sustituido por el silencio. Debía verlo como un cambio bienvenido. Aprender a trabajar con el silencio, el mismo que bien puede convertirse en una vía de acceso a lugares mejores.

Subí por una crujiente escalera. «Esta debe de ser la habitación del obispo», pensé al asomarme a un gran espacio sumido en la oscuridad. Toda rectoría cuenta con una habitación destinada a alojar al obispo. Reinaba allí un ligero olor a papel pintado mohoso. Vi la difusa silueta de una cama y una cómoda con una jarra grande y una palangana. No me costó percibir la humedad que, debido a la falta de uso, impregnaba la habitación. Me dirigí hacia un rayo de luz y descorrí las cortinas negras, dejando a la vista una ventana. Entre los cristales, puñados de moscas muertas. El sol había empezado a brillar con debilidad contra el cielo transparente. Pequeños barcos de pescadores salpicaban el mar gris y encrespado. En el interior de la habitación, la anémica luz reveló el rostro de un descolorido Jesús que colgaba de la pared. En otra de las paredes, la Virgen María con la mano en alto en señal de saludo y cargando en el brazo izquierdo con un bebé con el rostro de un hombre muerto.

Prendí una vela que encontré en la mesita de noche con la esperanza de vencer el olor a soledad. Abrí entonces un cajón pringoso. Más moscas muertas.

Un dormitorio más pequeño en el pasillo. Un baño. Otro dormitorio grande. La puerta del armario abierta de par en par, un amasijo de perchas metálicas. Un descolorido ejemplar del *Blue Boy* en una pared y otro crucifijo encima del colchón desnudo.

De nuevo en la planta baja, en el estudio, encontré una gran caja fuerte, absurdamente cerrada con llave. La combinación estaba enganchada con celo en la puerta y dentro había un montón de libros de registros: nacimientos y bautismos, matrimonios y muertes. Las finanzas de la parroquia. Y fotografías de ancianos vestidos con trajes negros y atuendos litúrgicos.

«No tenía usted ningún derecho a espiar...»

Estudí con atención un rostro adusto y anónimo que asomaba por el alzacuellos. Pío, ligeramente arrogante. Llevaba sombrero, pero resultaba obvio que estaba a cubierto. ¿Ocultaba quizás una calva? ¿Acaso una mal disimulada señal de vanidad? ¿Era uno de esos hombres cuya secreta debilidad había minado la Roca como nada había logrado hacerlo hasta entonces?

Quizás el padre Roddie y él habían sido compañeros de clase. Era probable que se conocieran. Ancianos, supuestamente libres de las tentaciones de la carne.

Cerré la caja fuerte.

«Aquí no está mi lugar.»

«Aunque así es el sacerdocio. Esto es lo que elegiste.»

«Pero no es por eso por lo que estoy aquí.»

Había una radio encima del escritorio. La encendí y la casa se llenó de pronto de una lúgubre música estilo *country*. Saqué de la maleta las pocas fotografías que había llevado conmigo de mis habitaciones en la universidad. Una ha viajado conmigo a todas partes. La fotografía mostraba a dos hombres uniformados. Uno de ellos era mi padre. Había un tercero con ropa de trabajo, un rifle de caza en la mano y un ciervo muerto atado al guardabarros de una furgoneta. Una inscripción al dorso decía así: «Octubre, 1941. De regreso a casa desde Debert». Tres hombres, décadas más jóvenes de lo que yo lo era en ese momento, con los rostros todavía definidos por la inocencia y la curiosidad, esperando a ser reescritos por obra de la experiencia. El nombre de mi padre era Angus. Esos eran sus mejores amigos: Sandy Gillis, con su uniforme del ejército, y Jack, el hermano de Sandy, sujetando la cabeza del ciervo, cuyo rostro sin vida mostraba una expresión de profunda sabiduría. Me la había dado Effie. En su día había pertenecido a John, que no la había

querido cuando habían roto su matrimonio. El rifle que Jack llevaba en la mano era el que su hermano Sandy había utilizado en el año 1963.

En cierto modo esa foto es mi biografía: tres hombres que moldearon lo que ha terminado siendo mi vida, que crearon la que fue mi familia. Mi hermana Effie, brevemente casada con John Gillis, el hijo único de Sandy. Y Sextus Gillis, el hijo de Jack, en su día más que un hermano para mí, dura y brevemente castigado, como su primo, por mi hermana.

En otra foto, aparecía Effie de niña. El pelo rojo despeinado e indomable. Y había aún otro retrato más reciente y formal: el de la doctora Effie MacAskill Gillis, o Faye, u *Oighrig nic Ill-Iosa*, como a veces se refería a sí misma desde que se había convertido en una erudita. La profesora de historia de afilada lengua, con una sonrisa poco frecuente en ella ante la cámara de un desconocido.

Y estaba luego la fotografía de Puerto Castilla. Tres personas normales de vacaciones. Yo cuando era más joven, alto y más enjuto, con el pelo más largo. Jacinta en medio, más baja, con los brazos abiertos para rodeamos los hombros, juntándonos. El moreno Alfonso a su izquierda, yo a su derecha. Sonreíamos.

En una de las siete cajas llenas de libros encontré mis diarios.

1975.26 de noviembre, las pesadillas, la humedad y el canto de los gallos me sacan de la cama temprano, los amaneceres son aquí de color rosa y cubiertos de neblina, los lugareños emergen como sombras de la oscuridad con sus fardos y sus niños, chucherías, fruta y verduras para la venta, familias andando pesadamente hacia la luz del día. una andana cocina sobre un anafre lleno de carbones encendidos, por las puertas veo a mujeres agachadas sobre hornillos en el suelo y sobre las tortillas, todos se muestran amigables con el nuevo sacerdote y los perros ladran a los gallos, la anciana que cocina en el anafre me llama «padre pelirrojo».

Cerré el diario y lo puse con los demás encima de un estante vacío. El diario incluía doce volúmenes. Detallados y codificados registros de mis años de ministerio. El registro de mi sórdido servicio a Nuestra Santa y Eterna Madre, una fuente de autocrítica, aunque también de seguridad. En la universidad, los dejaba prominentemente a la vista. Recordatorios de quién soy y de para quién trabajo. Quienes me visitaban los miraban sin ocultar su nerviosismo. En la rectoría no significarían nada, excepto para mí.

Ordené cuidadosamente los diarios por año. Luego coloqué las fotografías en la repisa de la chimenea tapiada. «Están tan fuera de lugar como yo —me dije—. Todos somos aquí extranjeros. Extraños procedentes de un pasado muerto.» Helado como estaba, encontré por fin un termostato, hice girar el dial y oí el distante ronroneo de una caldera.

En la casa en la que me crié, conservo una fotografía en la que aparezco retratado justo antes de esa primera misión en Honduras. Sin embargo, hace años que no he vuelto a verla, la recuerdo al detalle: la expresión soñadora, la piedad de la inocencia. Un día simplemente pudo conmigo. Recordatorio de todas las contradicciones. La metí en un cajón. No podría dar con ella por más que quisiera.

Mi hermana Effie fue la única que se dio cuenta de que había desaparecido. Fue durante una de sus escasas visitas a casa.

—¿Qué has hecho con esa preciosa fotografía, el retrato de tu ordenación?

—Le guardé no sé dónde.

—Yo aún conservo la mía —dijo—. La tengo en Toronto, en la oficina. Todo el mundo la comenta cuando la ve.

Creo que era la inocencia lo que me molestaba. La madurez me ha despojado de mi paliativo

optimismo.

me llaman pelirrojo, padre pelirrojo², padre rojo, debido al color de mi pelo, aunque dice alfonso que tendrían que tener cuidado al llamar rojo a alguien en este lugar, en el salvador es así como me llamaban, rojo, por eso estoy aquí, jacinta parece preocupada, tiene unos ojos verdes poco comunes.

La débil luz del día menguaba deprisa a medida que caía la noche. «Quizás haga menos frío en la iglesia», pensé.

Encontré la iglesia sumida en la penumbra y no tardé en ser presa de una suerte de paz. Las sombras absorbían los límites del edificio, magnificando las posibilidades y haciendo parecer los espacios huecos y abovedados mayores de lo que yo los recordaba. Las superficies y los rincones se tornaban suaves a la vista. En las sombras parpadeaba la llama de un cirio solitario. Me di cuenta de que no estaba solo. Entre las ondulantes sombras acechaba una forma oscura e inmóvil: alguien agachado en oración delante de las filas de cirios a la derecha del altar. Me quedé al fondo del templo. A juzgar por el pañuelo, se trataba de una mujer. Seguí sentado sin moverme, conmovido por su devoción.

En su día una baranda separaba a los fieles del altar. Más bien se trataba de una pequeña verja. Las mujeres no tenían permitido traspasarla, salvo para cambiar la ropa blanca y fregar los suelos. Las recuerdo con la cabeza cubierta, trabajando en silencio, eficientemente, a fin de minimizar su tiempo en el espacio prohibido. Y recuerdo también que los domingos los fieles se arrodillaban fuera del santuario con los codos apoyados en la tela almidonada de la barandilla que rodeaba el altar, con el rostro oculto en las manos reseca y nudosas. Los fieles se ponían en fila para recibir el Sagrado Sacramento con los ojos colmados de emoción y de esperanza. Cape Breton, Honduras... Los rasgos de todos ellos se velan ahora en mi memoria. Pueblos en los que la fe y la adversidad han perfilado un carácter común.

Hubo de pronto un destello de luz en la parte delantera de la iglesia. La mujer estaba prendiendo cirios. ¿Una expresión de su agradecimiento? ¿De ansiedad? La luz parpadeó entonces en un receptáculo rojo, proyectando sombras rosadas a su alrededor. El halo de la fe y de la esperanza.

Ví elevarse una sombra. Oí el tintineo de una moneda. Una segunda luz destelló brevemente. Otro cirio. Otro movimiento cuando la mujer se santiguó.

«Debe de ser una anciana», pensé. Una anciana encendiendo cirios, rezando por un pequeño indulto.

La iglesia crujió cuando en el exterior sopló un viento frío. Un silencio sofocante se desprendió desde los oscuros rincones del techo oculto del edificio al tiempo que oí soplar las frías corrientes de aire sobre mi cabeza. La mujer se dirigió presurosa hacia la salida con la cabeza gacha y los brazos cruzados y pegados al pecho como si acunara a un bebé. No me vio. La puerta principal de cristal se cerró con un suave susurro a su espalda.

De regreso en la rectoría, encontré una hogaza de pan recién hecho y una bolsa de pastas de té en la mesa de la cocina. Y una nota.

«De haber sabido que venía, le habríamos preparado una tarta...»

Habían dibujado pequeñas notas musicales alrededor de las palabras. Recordé vagamente una vieja canción. Y a Ethel Merman cantando: «¿Cómo está usted, cómo está usted, cómo estáaaaa?»

«Esta hogaza de pan deberá bastaaaar.»

Firmaba la nota Bob O.

Bobby O'Brian apareció más tarde para disculparse personalmente por la falta de preparación y por el evidente descuido que reinaba en la rectoría. Según dijo, las mujeres estaban fuera de sí. El nuevo sacerdote por llegar y las camas sin hacer. Le dije que no se preocupara. Dijo que había sido presidente del consejo parroquial, pero que como no habían tenido párroco residente desde hacía un par de años, el consejo se había deshecho. Aunque, según apuntó, sólo temporalmente. Falta de personal. Empero, estaban dispuestos a volver a retomar su actividad con mi llegada. No tenía más que pedirlo. Su esposa había hecho el pan para compensarme por el estado de la rectoría. Una de las prioridades del lugar era construir una nueva casa para el párroco.

Volví a decirle que la casa estaba bien.

—¿Ha probado el pan?

—Sí —mentí—. Fabuloso.

—Se lo diré a mi mujer. Hace el mejor pan del condado. Sonreí.

Bobby era un hombre de mediana edad, con una calva prematura y sobrepeso. Declaró que era fantástico volver a tener a un cura en la parroquia. Ver una luz en la ventana del viejo caserón.

—No fue fácil acostumbrarse a la ausencia de párroco. Después de tantos años, estábamos convencidos de que iban a cerrar la *iglesia* definitivamente. ¿Podrá creer que hubo un tiempo en que éramos la única iglesia de la zona? En aquella época éramos Saint James.

Asentí con la cabeza y sonreí al tiempo que le decía que lo sabía.

—Naturalmente —dijo—. Se me olvidaba que nació usted en esta región de los bosques. He hecho mis tareas. Se crió usted en Port Hastings. En el Long Stretch.

—Espero que no se haya esforzado usted demasiado en sus tareas —respondí con una nueva sonrisa.

«La ira que ha de llegar...» Ahora que lo pienso, esas desapacibles palabras de absolución lo dicen todo. La lúgubre advertencia en las plegarias funerarias. Creo que fue con motivo de un funeral en el año 1970 cuando la inocencia empezó a desvanecerse bajo el azote de la lluvia. Recuerdo un tormentoso día, los penetrantes vapores del incienso bañándome el rostro, el tintineo del incensario en sus cadenas, los riachuelos de agua deslizándose alrededor de los bordes del césped artificial que oculta la enfangada evidencia de nuestra mortalidad.

Pobre Jack Gillis. Su muerte fue tan poco notoria como su vida. Cayó fulminado una noche mientras visitaba a mi padre.

Su único hijo tenía los ojos velados por las lágrimas.

—¿Y qué coño significa esto? —dijo Sextus, gesticulando visiblemente enfadado hacia el ataúd—. ¿Así se acaba todo?

La repentina muerte de Jack le había pillado por sorpresa. Jack era relativamente joven. Demasiadas cosas por decir, por hacer. La muerte debería tener un sentido y no dejar tras de sí esa sensación de traición, de algo interrumpido. Sextus repitió las típicas frases de confusión tras una pérdida inesperada, pero más tarde, calmado por los efectos del alcohol, se mostró más analítico. Contó que su padre, que viajaba por trabajo, había estado casi siempre ausente de su vida; que su infrecuente coexistencia siempre transcurría bajo el estigma del sufrimiento provocado por la separación anticipada. Así era como la mayoría de la gente se criaba allí, en aquel lugar dejado de la mano de Dios, luchando por sobrevivir.

—No tienes por qué contármelo —le tranquilicé.

Por fin terminó por reconocer cuál era la ansiedad que le atenazaba: la muerte de un padre revela la espantosa tragedia de la conciliación pospuesta.

—No me refiero a la reconciliación —dijo visiblemente encendido—, sino a lo más básico. Me refiero a eso que tú conoces tan bien.

Me limité a escucharle. «Es mi trabajo», me dije. Asentí con la cabeza y le tomé de los hombros, intentando consolarle.

—Lo superarás —le dije. De eso estaba convencido.

Sextus no tardó en recuperarse, como es propio de él. No pasa mucho tiempo hasta que logra encontrar algún indecoroso analgésico. Así fue como lo vi en aquel entonces. Con qué facilidad nuestras necesidades más bajas se imponen y reconducen el corazón para alejarlo del dolor. Les veo aún ahora, a Sextus a un lado de la tumba abierta de Jack, a mi hermana y a John, su marido, cerca, aunque en cierto modo desconectados, al otro lado. El rostro de John era una máscara de dolor. Adoraba a su tío Jack. O quizás es que podía ya sentir el otro vínculo. Tal vez veía lo que el futuro anunciaba.

Vuelvo a oír las espantosas palabras: «Me embarga el temor y tiemblo a la espera del juicio y la ira que ha de llegar».

—«Ese día, un día de ira, de destrucción y de miseria, un magnífico día, y de excesiva amargura. Cuando vengas a juzgar al mundo en un mar de llamas.»

Mis sacerdotales palabras flotando a merced del viento. Observé la mirada furtiva de mi hermana, su fantasmal sonrisa.

—Soy desesperadamente infeliz —me había dicho.

—Bendije tu matrimonio —había sido mi respuesta—. Encontrarás la fuerza necesaria. John y tú, juntos.

Se rió.

—Concédele el descanso eterno, oh, Señor. —Y, bajo la fuerte lluvia, los presentes murmuraron su respuesta—: Y que la luz perpetua brille sobre él.

Quizá John fuera aún consciente de la muda transacción que estaba teniendo lugar entre su primo y la mujer de éste. Lo cierto es que eso es algo que veo ahora, sabiendo cómo sé lo que ocurrió después, la monstruosa traición que ella justificaría más adelante llamándola compasión.

—Sextus me necesitaba —fueron las palabras de mi hermana—. Mi marido, no.

Después de la misa que di mi primer domingo en el pueblo, almorcé en el salón con la Liga de Mujeres Católicas. A algunas las reconocí del instituto: tímidas muchachas que el tiempo había transformado en piadosas y rechonchas matronas. Me pregunté si me recordaban como yo a ellas. Querían saber si les daría mi apoyo en una campaña para recuperar la práctica del rosario diario. «Por qué no», pensé.

—Ahora lo necesitamos más que nunca —dijeron. Asentí con la cabeza.

Les dije que el rosario solía rezarse para pedir la paz y que quizá podríamos concentrarnos en los Balcanes o en Oriente Medio. Especialmente, en Tierra Santa. Parecieron incómodas con mi sugerencia y propusieron la integridad de la familia y la santidad de la vida. Deberíamos rezar contra las fuerzas que se empeñan en destruir las estructuras tradicionales del hogar. Y de la propia vida. Ahí es precisamente donde empiezan los problemas, incluidos los crímenes y las guerras.

Más tradición, más religión, más tribalismo... «Justo lo que Yugoslavia necesita», pensé.

—Deberán ustedes prestarme su ayuda —suspiré, levantando las manos en un gesto de patente impotencia—. No tengo demasiada experiencia parroquial.

—Oh, nosotras cuidaremos de usted —dijo una, flirteando ligeramente.

Las demás se rieron como las niñas que habían sido.

Me di cuenta de que la del flirteo me resultaba vagamente familiar, aunque no logré recordar

su nombre. Un instante más tarde, volvía a ponerse seria.

—La familia que reza unida se mantiene unida. Debemos retomar esa idea. En cuanto lo hagamos, los demás problemas se resolverán por sí mismos.

Según dijo, se llamaba Pat. Su nombre evocó una imagen distante. Habíamos caído ambos en el olvido en algún punto del pasado, y ella y Sextus estaban juntos. Un nocturno cielo azul sobre el negro resplandor del mar. Intenté recordar hasta que por fin cejé en mi empeño y prometí mencionar el rosario desde el altar en breve.

Cuando se iban, las oí susurrar sobre mí:

—Bueno, es un hombre distinto —dijo una.

Las otras murmuraron, manifestando su asentimiento.

Sextus apareció sin avisar un domingo de mayo por la tarde. Dijo que había vuelto a casa desde Toronto con la intención de quedarse durante un buen tiempo. Me costó disimular mi sorpresa y sospeché que algo ocurría porque me abrazó. Entró con paso firme y con los brazos abiertos, y me estrechó entre ellos.

—Tienes un aspecto fantástico —declaró—. Quizás haya a fin de cuentas algo de verdad en eso del celibato. Debería probarlo. —Estaba nervioso y no podía dejar de moverse, repasando con los ojos los magros contenidos de mi lúgubre habitación—. Bendígame, padre, porque he pecado... Han pasado al menos diez años desde mi última visita...

Sonreía con una rodilla ligeramente doblada y la cabeza algo inclinada a un lado. Dijo que era increíble que nada parecía haber cambiado en el viejo vecindario. Se había alojado en el Long Stretch, la propiedad del viejo Gillis. Temporalmente.

—La vieja casa.

—Sí —dijo—. John y yo, dos viejos enanos preparándonos el té el uno al otro.

Supongo que mi expresión reveló mi escepticismo.

—Sé lo que estás pensando —comentó—. Effie y yo deberíamos comprobar si hay armas de fuego dentro antes de atrevemos a entrar. Pero John y yo dejamos atrás toda esa basura hace ya tiempo.

Por fin confesó que había tenido un pequeño susto relativo a la salud.

—Unos asuntillos médicos —fue lo que dijo exactamente. Estaba de pie delante de la estantería y sacó uno de los volúmenes.

—Entonces, ¿han pasado diez años desde la última vez que volviste? —le pregunté.

—Casi once —dijo con aire ausente—. Macquarrie, ¿eh? Vaya un nombre para un existencialista. Creía que todos eran alemanes o franceses. —Se sentó y abrió la cubierta—. Mil novecientos setenta y siete. Eso es justo después de que regresaras de... ese lugar. ¿Quién era RM?

—Un viejo sacerdote. Antiguo profesor de filosofía.

—Existencialismo, ¿eh?

—Uno de mis intereses —fue mi respuesta.

—También el mío, últimamente.

—No me había dado cuenta.

Suspiró.

—Un día un médico paqui te mete un dedo en el culo y lo sabes al verle la cara. En términos existenciales, malas noticias.

Se produjo un largo silencio.

—Así que ése fue el susto de salud —dije, a fin de quitarle hierro.

—Estoy bien. Fue sólo una falsa alarma.

—Da gracias a Dios.

—Eso fue lo que hice —respondió—. Resulta sorprendente lo poco que tardamos en recuperar la fe.

Antes de marcharse, se quedó un rato de pie delante de la repisa de la chimenea, contemplando la foto de mi hermana.

—Ahí la tienes.

No fui capaz de captar el tono.

—Por increíble que pueda parecer, fue de una gran ayuda durante aquel tiempo en que estuve... hundido.

—Me alegra oírlo —dije.

Entonces cogió mi fotografía de Puerto Castilla.

—¿Quién es? —preguntó, señalando a Alfonso.

—Un tipo al que conocí —respondí.

—¿Y la chica?

—Otra amiga.

Luego fue la fotografía de nuestros padres con su tío Sandy.

—Si no me equivoco, esto fue en la vieja casa —dijo.

—John se la dio a Effie cuando se separaron. Y ella me la dio a mí.

—¿Sabías que tío Sandy tenía una foto de Gracie Fields de la misma época, justo antes de marcharse al extranjero? Me pregunto de dónde pudo salir. Estaba autografiada. Probablemente ahora tenga algún valor. Al dorso, Gracie escribió: «Deséame suerte mientras me dices adiós». Luego firmó con su nombre. Bueno, garabateado, pero se distingue perfectamente, claro como el agua.

—No, no lo sabía.

—Siempre me he preguntado de dónde la sacaría. Vaya hombretón estaba hecho el tío Sandy, ¿eh? No me sorprendería que hubiera tenido una aventura con la vieja Gracie. ¿Te acuerdas de cómo era?

—Desde luego.

—Y mira a mi viejo. Pobre Jack. —Negó con la cabeza—. No tenían la menor sospecha. Aunque, claro...

—No sabía que volvías a casa.

—A punto estuve de llamar —dijo con una sonrisa—. Pero ya sabes cómo son las cosas. El tiempo pasa y no nos damos cuenta.

—Lo sé.

Ahora que me he convertido en un hombre de mediana edad, las noches me resultan siempre difíciles. Intento adoptar distintas posturas en la cama, esperando despierto, pero sólo consigo desvelarme más. Cuando logro por fin quedarme dormido, los sueños me convencen de que sigo despierto. He llegado a pensar que quizá necesite somníferos. Sextus me ha dicho que durante un tiempo los tomó para combatir el insomnio. Y que eso es normal a nuestra edad. Sobre todo en épocas de estrés. Y, naturalmente, el estrés aumenta con el paso de los años. De todos modos, él se niega a seguir medicándose y ha empezado a fumar marihuana. Me ha dicho que puede conseguírmela cuando quiera. En el pueblo la hay por todas partes. «A la larga, es mucho mejor para la salud», dice.

Una vez fumé marihuana. Alfonso tenía. No tengo ni idea de dónde la consiguió. Me acuerdo de que no podía parar de reír, presa de un inocente arrebató de histeria. Tumbado aquí solo, bañado en el húmedo silencio de la vieja casona, pienso en Alfonso con la misma frecuencia con

que pienso en Jack, en Sandy Gillis y en mi padre. ¿Qué pasa por nuestras cabezas cuando de pronto tenemos que enfrentarnos a lo inevitable? ¿La muerte impuesta o la muerte elegida? A veces, las preguntas me sacan de la cama. Me levanto y salgo, en un intento por sacudirme la sensación de desesperación. Me gustaría saber hasta qué punto la fe es un gran consuelo al final de la vida. Me pregunto si a ellos les ayudó.

A veces llego arrastrando los pies al cuarto de baño, estudio mi rostro en el espejo: las bolsas bajo los ojos, la piel fina y marchita. Pronto el cuello y la barbilla se convertirán en un continuo de piel colgante. Los estragos de medio siglo quedan expuestos durante la noche. El tiempo, el gran vampiro, extrae el jugo de la juventud mientras dormimos. Imagino a las mujeres que acuden a nuestras pequeñas y fervorosas reuniones y las veo en esa suerte de solitarios momentos. Delante de sus espejos. A los ojos de sus maridos. La noche y el tiempo son aún más duros con las mujeres.

Las mujeres me llamaban Pelirrojo.

Mi pelo rojo ha adquirido una pátina polvorienta, perdiendo brillo y vida como todo lo demás. Tengo un protuberante michelín debajo de las costillas. Y, a partir de ahora, eso no hará más que empeorar. Después de los cincuenta.

16 de diciembre, alfonso riñéndome hoy otra vez por culpa de mi español, o por mi carencia de él. dice que aquí soy inútil sin él. dice que la única palabra que he aprendido es «pelirrojo» y que va a dejarme en manos de jacinta. «gracias», le he respondido, cosas mucho peores podrían ocurrirme.

El médico me dijo en una ocasión: «No se quede ahí tumbado. Levántese. Haga algo». Y, muchas noches, durante ese verano, seguí su consejo y salí de casa para disfrutar del aire fresco y húmedo, de la fragancia de la montaña. Oía el susurro del mar mientras avanzaba por la oscuridad hacia la silenciosa iglesia para arrodillarme ante la hilera de cirios. Y pensaba entonces en Jacinta, preguntándome dónde estaría. Y rezaba también por Alfonso, acordándome de su destino. Preguntándome qué le pasaría por la cabeza, si es que algo le pasaba por la cabeza.

jacinto trabaja en el hospital, es especialista en desnutrición y trabaja con niños, hermosa en su modestia, un pelo muy oscuro acentúa el verde de sus ojos, los niños son otra cosa, rostros vacíos, oscuros, silenciosos y apesadumbrados; bocas salpicadas de huecos, narices cubiertas de mocos secos, pelo muy fino del color de la arcilla, cabezas cubiertas de costras, costillas asomando bajo la piel de papel, uno se pregunta cómo llegan a estar así. jacinto me enseñará a hablar español... con fluidez, según me ha dicho alfonso.

Jacinta. Mi jardín secreto, el lugar donde florece la comprensión.

A PRINCIPIOS de julio, Effie llamó para decir que venía a casa de visita. A punto estuve de comentarle la curiosa coincidencia de que, tras sus largas ausencias, tanto Sextus como ella hubieran decidido regresar. Según me dijo, el propósito de su misión era celebrar mi cumpleaños. Mi cincuenta cumpleaños.

—Eso tengo que verlo —dijo.

Me reí y le dije que la edad no es más que una cifra, una comodidad para los administradores, los burócratas y los contables.

—En ese caso, celebraremos tu buena salud, tu riqueza y tu sentido común.

Le ofrecí la habitación del obispo, pero ella me dijo que había pensado alojarse en la vieja casona. En casa.

—Si no te importa, claro.

—No creo que vayas a estar muy cómoda —dije—. Sigue siendo muy primitiva.

—Tengo previsto poner remedio a eso.

Le indiqué dónde estaba la llave. Debajo de una piedra en la entrada.

—Sé lo que estás pensando —dijo.

—Hace años que no has visto la casa. Y yo no he hecho prácticamente nada desde entonces.

Me ignoró por completo.

—En aquel tiempo la casa parecía perfectamente sólida y sin signo alguno de desperfectos. Nada que no pueda repararse con un poco de cariño.

—Toda tuya —dije.

Effie había regresado una vez antes de eso. Brevemente, en 1987, durante su primera repatriación desde el cruel abandono que había cometido con John y la indecorosa huida con Sextus tras la muerte del padre de éste. Habían pasado diecisiete años desde entonces. No dio explicaciones sobre su larga ausencia ni tampoco sobre el inesperado final de la misma. Simplemente dijo que quería visitar la vieja casona en el Long Stretch. Nuestro viejo hogar.

—¿De verdad...?

—¿Me acompañarás?

Era lo último que yo deseaba.

—Por supuesto —dije.

La tensión creció esa vez en 1987 a medida que nos aproximábamos al caserón. Effie iba sentada en silencio, cruzada de brazos. De vez en cuando yo la miraba a hurtadillas, pero su expresión era hermética. Y entonces llegamos, detuvimos el coche a un lado del camino y estudiamos la achaparrada estructura que había sido en su día nuestra casa.

—Tiene buen aspecto —comentó—. Parece casi nueva con el laminado lateral de vinilo. ¿Cuándo lo pusiste?

—Hace años. A mi regreso de Honduras. Estuve a punto de poner tejas, pero...

—Me alegro de que no lo hicieras —dijo—. Me gusta cómo ha quedado. Da la sensación de que fuera..., no sé.

—¿Plástico?

Se encogió de hombros y frunció el ceño.

Cuando bajamos del coche, Effie vaciló.

—Nuestra casa. Esta era nuestra casa. —Suspiró hondo.

Se quedó ligeramente rezagada mientras yo abría la puerta, mordisqueándose el labio inferior y todavía cruzada de brazos.

—Quizá sea demasiado intentar asimilarlo de una vez. ¿Por qué no esperamos? —dije.

Ella negó con la cabeza.

—No te negaré que me siento realmente extraña.

Siguió de pie junto al coche durante un paralizante minuto más. Luego echó a caminar despacio, cavilosamente.

En cuanto entró, se separó de mí, con expresión tensa. La dejé a su aire, imaginando lo que podía estar pensando. Poco después, oí sus cuidadosos pasos y entendí que deambulaba en dirección a la habitación que había ocupado cuando era niña al tiempo que sus tacones repicaban lentamente sobre el entarimado desnudo del primer piso. Después llegó el silencio. Me senté a la vieja mesa de la cocina, recorriendo las paredes con la mirada.

—Es extraño no acordarte de tu madre. Es como si en tu vida hubiera un gran agujero —dijo.

—Quizá sea mejor así —respondí—. Recordarías sobre todo enfermedad y pesar.

—Puede ser. Pero creo que siempre es mejor conservar recuerdos... de algo, lo que sea. Bueno o malo.

—Quizá.

Estaba de pie en la puerta de la diminuta habitación.

—La recordaba más grande —observó, adentrándose en el espacio vacío. Se detuvo y se volvió a mirarme—: Te has deshecho de mi cama.

—Tenía los muelles oxidados. Y el tamaño era muy poco común. Me fue imposible reemplazar el viejo colchón. Así que la tiré a la basura.

Me sonreía.

—No tienes que darme explicaciones.

—Creía que quizá...

—No. —Se detuvo delante de la ventana durante un instante y se digirió después al rincón más alejado del lugar donde había estado su cama—. El estaría aquí. Todavía recuerdo el resplandor de su cigarrillo.

—Vámonos.

—No pasa nada. Hace años que no había vuelto a pensar en eso.

La estudié con atención. Mi hermana. Tan desapegada de nuestra historia familiar y a la vez tan consumida por ella. En un intento por distraer su atención, pregunté:

—¿Recuerdas algo de nuestra madre?

—Siempre ha sido un fantasma.

—¿Y de nuestro padre?

Se rió.

—Recuerdo el día en que nos mudamos aquí. Yo debía de tener..., ¿qué edad? ¿Cuatro o cinco años?

En el recuerdo, oigo el repentino traqueteo del tren a nuestro alrededor. Nos envuelve el aire acre del humo de la locomotora procedente del exterior y el humo de los cigarrillos de los hombres que fuman dentro. Nuestro padre está apoyado en una ventanilla, mirando fuera. Recuerdo su cuerpo fluido, moviéndose con suavidad con el balanceo del vagón. Hay un somnoliento ritmo en el clic-clac del hierro rodando sobre el acero. De vez en cuando alcanzo a distinguir un alarmado aullido procedente de algún lugar delante de nosotros. El tren chilla al paisaje desierto y a los árboles ceñudos. Y de nuevo soy consciente de la distancia cada vez más amplia que nos separa del montón de tierra que dejamos atrás en el campo de piedras altas y

blancas y de que los cuatro somos ahora tres.

El motor de un camión traqueteó junto a la casa. Miré por la ventana. Era John Gillis.

—¿Es quien creo que es? —preguntó Effie.

—¿Irás a verle mientras estés aquí?

—No lo creo. —Estudió mi rostro, buscando en él algún juicio o quizá consuelo—. Siento la presencia de papá en la habitación —dijo por fin—. Nunca le tuviste miedo, ¿verdad?

—¿Al viejo? No. Me desagradaba. Le juzgaba. Y con el tiempo, lo superé... Pero tú ya no le odias, ¿verdad?

Sonríó.

Esta vez fue John quien me dijo que Effie había llegado. Llamó un miércoles por la mañana.

—Anoche vi luz en la vieja casona. Me extrañó.

—Effie debe de haber vuelto —dije—. Me dijo que vendría.

—Ah. ¿Y cómo está nuestra querida Effie? ¿O se hizo llamar Faye cuando se marchó?

—Vuelve a ser Effie.

—Me alegro. Lo de Faye era un poco... falso. O al menos a mí me lo pareció.

—Deberías ir a verla. Pasa a saludarla.

—Puede que lo haga.

A media mañana del día de mi cumpleaños, que cayó precisamente en ese viernes, sonó el teléfono. Yo estaba de pie delante del ventanal, contemplando la inmensa y lisa bahía, interpretando las ondulaciones que surcaban el azul oscuro de su superficie en un intento por predecir el tiempo.

—Felicidades —dijo Effie—. Te espero a las siete.

—¿Que me esperas dónde?

—En casa. ¿Dónde iba a ser?

—¿Desde dónde llamas?

—Estoy en casa de John. He pasado por aquí para invitarles a él y a Sextus. Me ha parecido que debía recordártelo.

—Creo que paso —dije.

—No lo olvides. A las siete en punto.

El teléfono enmudeció.

Quizá deseoso de terminar cuanto antes, me presenté temprano. La vieja casonaapestaba a fluidos de productos de limpieza, un olor en parte modulado por el de la cera encendida. Las velas parpadeaban y las cortinas estaban corridas para impedir la entrada de la luz del crepúsculo, o quizá para evitar mostrar los cambios que Effie estaba haciendo en la casa.

—¿Tomarás una copa de vino, o prefieres algo más fuerte?

—Algo más fuerte —fue mi respuesta.

Me sirvió un güisqui solo.

—Un pequeño brindis por nosotros. Antes de que lleguen los demás.

—Ya. Los demás.

—No te preocupes por eso —dijo besándome con suavidad en la mejilla.

John fue el primero en llegar. A pesar de que era más joven que yo y aunque su cuerpo mostraba una delgadez adolescente, enseguida me di cuenta de que el pelo se le había vuelto casi blanco. Al parecer, salía a correr con mucha frecuencia para estar en forma y también para

mantenerse cuerdo. Tomó la mano de Effie en la suya e inclinó la cabeza hacia la de ella. Las mejillas de ambos se tocaron. Effie tenía los ojos firmemente cerrados.

En ese momento Sextus irrumpió en la habitación, cantando un simple «Cumpleaños feliz». A punto estuvo de tirarme al suelo con su abrazo osuno. «Esto, estos abrazos, se están convirtiendo en una costumbre.» Llevaba una botella de vino en cada mano. Las oí tintinear peligrosamente a mi espalda. Me soltó por fin y las puso en el armario con un floreo. Luego estrechó la mano de Effie con fingida formalidad, acompañando el gesto con una ligera inclinación de cabeza. Ella pareció encogerse y un leve resplandor rosado le tiñó el rostro. Luego él la rodeó entre sus brazos y empezó a bailar con ella un lento vals alrededor de la habitación al tiempo que cantaba a voz en grito:

—«Podría bailar este... vals... el resto de mi vida...»³

John les observaba atentamente con las cejas arqueadas y las comisuras de los labios ligeramente contraídas en un intento por parecer divertido.

—Ya veo que has salido con ventaja —dijo Effie.

Mi hermana preparó bistecs a la parrilla, una ensalada sencilla y, mientras comíamos, remontamos las corrientes del vino a través del tiempo hacia lugares en los que nos encontrábamos a salvo. John, que sólo tomaba agua, apenas habló.

En una ocasión, preguntó sin más:

—¿Ésta es la misma mesa de siempre?

Effie respondió:

—La misma, sí.

—Si pudiera hablar... —dijo. Y soltó un gruñido.

Después de eso todos guardamos silencio durante unos instantes, cada uno sumido en un mar de recuerdos que consideramos mejor no comparar. Creo que en alguna parte sonaba la música, una música instrumental de hechizantes acordes. Irlandesa, me parece recordar.

Entonces Sextus rompió el silencio.

—No se lo has dicho, ¿verdad? —Le hablaba a John.

—¿Decirles qué? —preguntó su primo.

—Mi noticia. Me quedo, al menos durante un tiempo. Me mudo a un apartamento del pueblo. John está destrozado. —Lo señaló con el dedo y se rió.

Tras otras tantas copas de vino, volví al güisqui. En algún momento, Effie propuso un brindis.

—Aquí estamos —dijo—. Brindo por el cumpleaños del chico. Y por los años de felicidad que han de llegar. Por los cincuenta. Dicen que son los nuevos cuarenta.

Bebimos.

—Y por todos mis chicos —continuó, sonriendo a sus dos ex maridos y elevando delicadamente su copa de vino. También ella estaba ya entonces un poco achispada. Ambos siguieron sentados a la mesa con una expresión ligeramente estúpida en el rostro.

Y recuerdo que más tarde le solté a Sextus:

—¿No te parece que todo esto es un poco raro?

—Por supuesto que es raro —respondió bajando la voz y acercándose a mí—. Es retorcido. Pero ¿qué coño importa?

Asentí con la cabeza, entendiendo la sencilla lógica de su argumento como sólo lo hace posible el alcohol.

—Además —añadió—, lo retorcido es la nueva normalidad. —Luego se rió y me hizo una llave de lucha, cogiéndome por la cabeza. El contenido de mi copa se derramó por completo

sobre mis rodillas.

Intenté zafarme de su abrazo.

—Suéltame —grité, presa de un arrebato de furia.

—Pase lo que pase —dijo soltándome—, somos familia, por el amor de Dios.

Y sentí en ese instante un detestable arrebato de consuelo barato.

El resto de mi cumpleaños es un vacío.

Aun así, sé que la cocina estaba recogida y bañada en una pálida luz azul cuando desperté en el salón. Me llevó un instante recordar dónde estaba y fue entonces como si el viejo estuviera de nuevo allí. Una sombra acechando junto a la puerta del extremo más alejado de la cocina, donde había estado la cama de Effie.

Encontré mis zapatos. Emergí con ellos en la mano a la deslumbrante luz de la mañana.

Fuera, el aire era fresco y húmedo y el trino de los primeros pájaros lo llenaba todo. Desde algún punto de la distancia llegó el sonido de un camión de grandes proporciones, cuyas llantas resonaron sobre el frío asfalto.

Cuando salí del jardín marcha atrás, vi que todavía quedaban allí dos vehículos aparcados. El coche de alquiler de Effie y la furgoneta roja de Sextus.

Agosto llega a lomos de frías mañanas, aunque suele ser más benigno al caer la tarde. Un soleado domingo, justo después del almuerzo, me relajaba en el porche con un *Bloody Mary* al tiempo que repasaba las palabras de mi homilía matinal presa de cierta satisfacción. Había descubierto que una parroquia era una plataforma. Artículo cuarto del *Persbyterorum ordanis*—. «... apliquemos la perenne verdad del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida».

Pat me abordó al término de la misa y retuvo mi mano en la suya un poco más de lo necesario, o al menos ésa fue mi impresión. Pat estaba divorciada. La gente habla. Sin embargo, mentiría si dijera que me molestó sentir el calor y el grácil contacto de los dedos de una mujer.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo.

Vi sinceridad en sus ojos, y fue esa sinceridad la que provocó en mí algo parecido a la satisfacción. Llegué incluso a preguntarme: «¿Puedo atreverme a pensar que estoy empezando a sentirme más positivo? Quizá sea eso lo que ocurre al llegar a los cincuenta».

Esa mañana, mientras trabajaba en algunas parábolas inspiradas en imágenes esculpidas, logré hilar ciertas argumentaciones sobre la comunidad y sobre cómo, en la ausencia de una comunidad, nos convertimos para los demás en auténticos desconocidos, y por ende, parte de la alienación universal (sin utilizar esas palabras exactas). Alienados de nosotros mismos, intentamos encontrar nuestras identidades en lo que yo llamo los Superdesconocidos, esas ridículas personalidades y modas propias del comercio y la celebridad. Los falsos ídolos del mundo moderno. Mencioné los nombres de Michael Jackson, de Michael Jordan y de muchos otros Michaels. «Los arcángeles de la inmoralidad esparciendo una vulgaridad universal y pobre», dije. ¿Dónde, si no, habría podido hablar así y haber sido escuchado con absoluta seriedad? En la universidad no, desde luego.

—No está bien la mezcla de propaganda comercial con toda esa otra basura que aparece en la televisión —dijo Pat.

El domingo anterior mi sermón había sido una conferencia precariamente disfrazada sobre la basura que se acumula en las cunetas de las carreteras. El desorden en el paisaje revela el desorden del alma, dije. La verdad perenne y las circunstancias concretas. La declaración de mi misión.

Según me han dicho, el padre Chisholm de Saint Joseph a menudo habla de justicia. Sin embargo, cuando pienso en la justicia, pienso en Alfonso. «La justicia para Aguilares», diría él

con una sonrisa tímida. Esa era su auténtica vocación y resultó ser también su destino. Desde entonces para mí es una palabra hueca. El padre Roddie diría que ése ha sido siempre mi problema, esa reacción emocional a la palabra que es asimismo parte de un banal endiosamiento. Alfonso lo expresó mejor: las palabras sin actos no significan nada. Algún día también yo me atreveré a decir eso.

Aunque el verano empezaba a remitir, esa tarde temprana de domingo de agosto el cielo era de un profundo color azul mineral y la vasta extensión de agua lo absorbía al tiempo que la luz del sol rebotaba inquieta sobre su superficie.

Pat vivía con una hija adolescente y con su madre viuda. Llegó de hecho a invitarme a salir en una ocasión. Una invitación «platónica», la llamó ella. Me pregunté si realmente conocía el significado de la palabra.

—Mamá es de una gran ayuda —dijo—. Pero tenerla en casa limita en cierto modo mi vida social, no sé si me explico. Así que voy a las reuniones que la asociación de Padres Sin Pareja celebra en el pueblo, básicamente para tener compañía. Podría venir alguna vez. Podría ser mi acompañante. —Y al decirlo se echó a reír.

—Por qué no —repuse.

—Estoy siendo mala. Pero, en serio..., me gustaría llevarle alguna noche para que conociera a nuestro grupo. Quizá le daría ideas para empezar algo aquí.

—¿Tanta gente sin pareja hay?

—Le sorprendería. Toneladas. Hay hasta gente casada que vive como si no lo estuviera... No sé si me entiende.

Me di cuenta de que mi copa estaba prácticamente vacía. Sentí el mareo. El almuerzo había consistido en unos sándwiches que habían sobrado de un evento social celebrado en la vicaría la noche anterior. Podía pasar la tarde del domingo simplemente contemplando el deslumbrante brillo del agua. A lo lejos vi un pequeño barco que se acercaba desde el norte, deslizándose despacio junto a la afilada lengua de tierra que da su nombre a Long Point.

Quizás otro *Bloody Mary*.

De regreso a la cocina con mi segunda copa, cogí los prismáticos que un ocupante anterior había dejado en la casa. Algún pastor, sin duda. Los prismáticos de algún pastor anterior. Una frase difícil de pronunciar después de un tercer *Bloody Mary*. Desde que me había convertido en un predicador habitual de homilías había descubierto que se me daban bien las palabras. Las ideas aparecían como por encanto con sorprendente fecundidad y las palabras simplemente las seguían, como la estela de un barco. Allí de pie, mirando con los prismáticos hacia el lugar donde creía que debía de estar el barco, se me ocurrió que la clave era mantener un nivel de lenguaje muy sencillo. Hablar como lo hacía tu congregación.

Se trataba de un típico pesquero Northumberland, elegantemente inclinado desde el alto mástil a la traviesa, con esa popa típicamente amplia para el faenado. Lo cierto es que en esa época yo no habría sido capaz de distinguir un Northumberland de un kayak. Eso es algo que he aprendido con el tiempo. Había un chorro de espuma gorjeando en popa que dejaba tras el barco una elegante estela como el velo de una novia. Pude contar a cinco personas: dos hombres sentados en las tablas de lavar y tres mujeres que parecían instaladas en sillas de *camping*. Los hombres tenían botellas oscuras en las manos. Bocas silenciosas moviéndose. Las mujeres, echando atrás la cabeza, envueltas en una nube de risas silenciosas, con el pelo al viento. Los hombres con camisas de golf y los brazos bronceados. Los hombros morenos de las mujeres. Largos cuellos femeninos. Sentí una inesperada punzada. «Podría disfrutarlo yo también», pensé. El barco. El agua. Hay ahí fuera algo pristino, allí donde, si hay que creer a Darwin, se originó la

vida. Fui presa de una sensación cercana a la envidia.

Intimidación.

Esa es una palabra que Sextus utilizaba constantemente. «Es lo que todos buscamos en algún momento de nuestra vida —decía—. Luchamos por conseguirla, porque la necesitamos.»

En la pista de tenis situada junto a la vicaría alguien golpeaba una pelota contra la verja metálica, persiguiéndola para volver a golpearla. Dirigí los prismáticos hacia aquel sonido. Una mujer con unos pantalones cortos diminutos correteaba tras la pelota de tenis. Sola.

Sonreí. Pantalones cortos diminutos en las pistas de tenis. Un campo de *softball*. Una nueva vicaría. Alguien desde luego había logrado allí ciertas mejoras. ¿Cuál de mis predecesores había sido? El pueblo había prosperado mucho desde los años cincuenta y el padre Donald Rankin. ¿Qué se necesita para movilizar a la gente?

Ése era el sueño de Alfonso. Movilizar a la gente, pues ahí es donde radica el auténtico poder.

¿Y qué pasa con el Espíritu Santo?

Sí. Pero ¿dónde crees que habita el Espíritu Santo? En los corazones de los pobres.

«No quedan muchos pobres en Creignish», pensé. Relativamente hablando. No como en Honduras. Ni siquiera como en tiempos de mi padre. En aquel entonces eran muchos los hombres que habían tenido que irse, como el pobre Jack Gillis, siempre persiguiendo un jornal, dejando en casa a sus hijos cultivando sus propias ansiedades. Mi padre en casa, anestesiado por el alcohol.

«La mujer de la raqueta de tenis corre como un ciervo», pensé. Sus dientes blancos destellaban como la estela de espuma del barco a lo lejos, persiguiendo la bola con largas y suaves zancadas. Me pregunté: «¿Estará casada?» Las imágenes volvieron a aparecer y sentí el suave movimiento en el pecho. Eso explicaba que los poetas se concentraran en el corazón.

Volví a apuntar con los prismáticos a la bahía, localicé el silencioso pesquero y me pregunté adónde podía dirigirse. Hombres y mujeres fusionados en sus silenciosas intimidaciones, dirigiéndose a ninguna parte en particular. El paso elevado que emerge del continente bloquea el estrecho. El canal, con su puente giratorio, complica el paso en barco. Esos barcos no son más que un incordio cuando tienes que esperar en la larga cola de tráfico a que pasen. Aunque entendí perfectamente por qué la gente se enamoraba de ellos.

Ví de pronto a un hombre y a una mujer de pie junto a la popa. Él le había pasado el brazo por el hombro, el rostro de ella pegado a su cuello.

En su día, en el pueblo había habido barcos y también un muelle, antes de que se construyera el puente y la carretera que comunicaba con el continente. Los grandes buques se deslizaban, silenciosos y libres, en dirección a las entrañas de Norteamérica. Y había también pesqueros descubiertos, desprovistos de cualquier instrumento, con el motor instalado en el centro de la embarcación que emitía una especie de chasquido al arrancar. En otoño, barcos de mayor envergadura que parecían goletas llegaban desde la isla Prince Edward cargados con sacos de patatas y cubos de arenques en salazón. Durante la pesca de la langosta, aparecía una gran lancha motora. Los hombres vivían de la pesca. Recuerdo que el muelle olía a pescado podrido, a creosota y a arpillera, y recuerdo también el olor malsano a sudor rancio. Y a licor. Y el ruido de los hombres hablando en el barco que venía a comprar la langosta.

Y un hombre me preguntó si yo era Angus MacAskill.

Le respondí que sí.

«Venga —dijo—. Acompañeme y conocerá a algunos hombres que estuvieron en la guerra con su padre.»

Unos hombres sentados alrededor de una pequeña mesa en la cabina de proa clavaron en mí

sus oscuras miradas.

Este es Angus MacAskill.

Siguieron mirándome y por su mirada entendí que sabían algo que yo desconocía. En el centro de la mesa había una botella de licor negro.

Uno de ellos cogió la botella y la sostuvo en alto. ¿Qué tal una copa para el muchacho?

Parecía hablar en serio. Decliné cortésmente el ofrecimiento.

Si hubiera salido a su padre, podría chupar ron del culo de una vaca.

A mi espalda alguien se rió. Luego todos se rieron.

El hombre y la mujer del barco se abrazaban.

Ese verano, el último domingo de las vacaciones de Effie, decidí que la sorprendería yendo a visitarla. La encontré delante de la encimera de la cocina, intentando manejar una cafetera nueva. Sextus estaba de pie tras ella con los brazos alrededor de su cintura y el rostro hundido en su cuello.

—No he oído tu coche —dijo Effie visiblemente impaciente, retocándose el pelo. Tenía el rostro teñido de escarlata.

—No he querido sobresaltaros.

—He preparado café. ¿Cómo lo tomas?

—Con leche. Sin azúcar.

«Claro —pensé—. Vuelve a acostarse con él.» Sonreí.

—¿Qué? —preguntó, agresiva. Desequilibrada.

—Nada.

—Cualquiera lo diría.

Sextus volvió a llenar su taza.

—¿Y qué tal el apartamento nuevo? —pregunté.

—Perfecto —respondió—. Deberías pasar. Todavía me estoy mudando.

—Ya veo.

Pat habla mucho sobre la necesidad. La importancia de la compañía.

—¿La compañía?

—Es algo que sólo puede entender quien ha tenido que sufrir su pérdida —dijo—. En ese aspecto, envidio a los curas y su libertad de compromiso emocional.

El golpe hueco de una pelota de tenis. Hay algo de triste en el hecho de jugar al tenis contra una valla. Las piernas desnudas y bronceadas se desdibujaron cuando corrió tras la bola fugitiva, con el consiguiente bamboleo de la parte delantera de su blusa blanca. Bajé los prismáticos.

De pronto dejó de parecerme una buena idea estar allí de pie tomando *Bloody Marys* y contemplando en secreto blusas bamboleantes y a gente que disfrutaba de sus momentos de intimidad en los barcos.

¿Realmente hacía tan sólo un día que John había llamado para decirme que mi hermana se había ido? No me había sorprendido. Effie siempre había sentido aversión a las despedidas.

—No vi luces anoche. No es que la vigilara ni nada de eso. Simplemente me llamó la atención.

—No tienes que darme explicaciones.

—Admiro el valor que tiene al alojarse allí. La casa está plagada de recuerdos. Y no todos son buenos.

—Creo que ha tenido... compañía... la mayor parte del tiempo.

—Aun así.

—Desde luego —dije.

—Un día de éstos..., un día de estos deberíamos comparar apuntes.

—Ya lo creo.

Ví que la solitaria jugadora de tenis caminaba en dirección a un coche. El barco estaba junto a un pequeño saliente situado al sur de donde yo me encontraba.

Me desperecé presa de un repentino escalofrío... ¿La tarde que se fundía ya con la noche? ¿O quizás era simplemente el primer albor de la irrelevancia? Según dicen, eso es lo que casi todo el mundo teme: llegar a los cincuenta. Aunque ¿cómo puede un sacerdote volverse irrelevante? Las necesidades son eternas. Cada uno de los rostros visibles ante mí, mirándome desde los bancos, es una opaca ventana de un pozo sin fondo de ansiedad. Yo representó su esperanza. ¿Cómo podía sentirme entonces excluido? Tuve la certeza de que, si me atrevía a preguntar, hasta Bobby O. tenía problemas. Quizá dependiera de mí. A lo mejor se trataba simplemente de invadir su indeseada intimidad. Quizás estuvieran a la espera de recibir alguna prueba de que me preocupaba por ellos... Quizás estuvieran deseando que fuera yo quien diera el primer paso.

Una última mirada con los binoculares. El barco casi había desaparecido al otro lado de la lengua de tierra. El hombre y la mujer se habían separado sobre la popa y estaban de pie el uno frente al otro, con las manos unidas como si intercambiaran juramentos. De pronto me asaltó el recuerdo de otro barco, de un padre y su hijo. Y me acordé de lo que el padre había dicho: «Debería pasar a vemos algún día. Háganos una visita».

Le había contestado que así lo haría. Algún día.

«QUIZÁ no sea tan mala vida», pensaba mientras conducía con la cabeza zumbándome a medida que el vodka se metabolizaba. La gente exprime su experiencia infantil a fin de comprender sus consecuencias existenciales. El pesar, la pobreza, el desastre. Nuestra historia personal vivida en Long Stretch podría haber sido un valioso hallazgo exculpatorio si hubiera sido eso lo que estábamos buscando: una mina de excusas para todos nuestros fracasos adultos. Sin embargo, todos nosotros parecíamos en cierto modo haber sobrevivido a lo ocurrido. Effie incluso había logrado mantener intactas la personalidad y la curiosidad hasta el punto de haberse convertido en una experta en antiguas culturas celtas. No pude evitar la sospecha de que de algún modo su misión era la de dignificar nuestra mancillada herencia. Mi misión, en cambio, no estaba tan clara. Aunque eso no parecía ya importar. Me había convertido en... la sotana.

Me reí en silencio.

Todo depende del modo en que miramos las cosas. En un día soleado las nubes carecen de importancia, incluso si los expertos afirman lo contrario.

Percibí que Bobby O. era alguien a quien realmente debía conocer si albergaba la menor esperanza realista de llegar a ser de alguna utilidad en el lugar. Su optimista generosidad hacía de él un hombre fuera de lo común. Decía que hay que preocuparse del mañana cuando llegue, si es que llega. Tendría que haber una docena de hombres como él. Era como el cultivo de bacterias para producir yogur: la fuente de una vida mejor. Con unos cuantos más como Bobby O. la comunidad estaba asegurada. Quizás a través de él podría continuar lo que mis predecesores habían empezado. Obviamente, alguien había tenido la secreta capacidad de movilizar a la gente, de lograr que los lugareños se preocuparan por la parroquia en una época de distracciones seculares. ¿Qué esperaban de mí? ¿Debía erigirme en catalizador? ¿O quizás el papel del cura había pasado a ser más pasivo: simplemente un intermediario simbólico hacia un lugar mejor..., la confirmación de que el aquí y el ahora no es más que un principio?

Se celebró un nuevo consejo parroquial: mujeres implicadas en la sacrosanta lucha por la familia, tanto por sus miembros vivos como por los que todavía estaban por llegar. Ceñudas conversaciones sobre una publicación parroquial, que quedaría bajo mi responsabilidad. Editor y también censor. Les dije sin demasiados preámbulos que prácticamente carecía de experiencia parroquial, con excepción de un breve período en Honduras, que no contaba. Lo que no les dije fue por qué no contaba ni tampoco mencioné mi primera misión pastoral, el punto de partida de mi sacerdocio y también cuando por poco concluye. Les aseguré que, en muchos aspectos, era un novicio.

—Y es obvio que no soy una monja..., aunque entienden a lo que me refiero.

Una nube de risillas llenó el aire de la sala.

Nada de lo que había aprendido en el seminario ni tampoco después me había preparado para lo que me esperaba allí a diario: el arte de compaginar una opaca teología con las circunstancias contemporáneas, buscar mi guía en las cavilaciones de las grandes mentes medievales, del todo ininteligibles, salvo en parábolas transparentemente manipuladoras, al tiempo que las viejas promesas y amenazas diseñadas para convencer a los supersticiosos habían quedado vacías. Pensé en Pat y solté una carcajada. Me acordé de Sextus y de mi hermana. Nada había en mi experiencia pastoral ni personal que pudiera ayudarme a lidiar con esas realidades.

En cualquier caso, todo apuntaba a que eso no parecía tener demasiada importancia. Al

parecer, bastaba con que estuviera allí. Según me dijeron, les dolía cuando un lugar perdía su escuela, la oficina de correos, la identidad. Perder la iglesia sería sin duda el golpe último y definitivo. Estuve de acuerdo en todo. La iglesia es la guardiana de la propia vida, un solitario centinela. No les dije lo que pensaba en realidad: que la aguja ha sido sustituida por la parabólica. No me atreví a decirles lo que pensaba del derecho a la vida.

De todos modos, no me habrían escuchado.

De pronto me di cuenta de que conducía hacia el norte, sin rumbo definido. Quizá podía aparecer sin avisar y pasar una hora con Mullins en Port Hood. Mullins era un hombre carente por completo de intransigentes ansiedades. No había en él nada que no pudiera manejarse en el tiempo que se tarda en meter una pequeña bola de golf en un agujero ligeramente mayor dieciocho veces durante una tarde de sol. Sí, podía pasar a ver a Mullins. Ponerme al día de los chismes. Mullins me había ayudado con uno de mis éxitos. Con Brendan Bell. El fugitivo de Newfoundland. Podría haberle enviado a cualquier parte, pero al parecer Mullins le tenía cierto afecto. Dios, si hubiera sabido por qué Bell estaba allí, al santurrón de Mullins le habría dado un ataque.

¡Mullins no habría sabido diferenciar entre unas bragas y unos pantalones de deporte!, al menos eso era lo que alguien había dicho en un reciente retiro sacerdotal.

Gran carcajada general.

Luego Brendan se marchó como se había decidido. El daño se había evitado. Probablemente a esas alturas estuviera casado. Su nuevo disfraz.

Casado.

Santo Dios.

Volvió a visitarme la imagen. Los patéticos miembros de Padres Sin Pareja aferrados los unos a los otros en un baile lento, intentando recuperar aquello que les había arrebatado el miembro de la pareja ausente. Gente herida cojeando hacia un refugio momentáneo en una cama. Quizá sólo recordándose mutuamente el frágil júbilo que creían permanente en aquel remoto instante cuando todos se balanceaban y sudaban y cantaban: «¿Podría bailar este vals el resto de mi vida?»

De hecho, Pat intentó convencerme de que me uniera a ellos en la pista de baile.

—Ni hablar —me negué horrorizado entre risas.

Caramba. ¿Qué es esto? Una señal que hasta entonces no había visto indicaba un desvío. Hawthorne Road, una estrecha carretera secundaria cubierta de grava que desaparecía de la vista en una curva. Reduje la velocidad y giré, dejándome guiar por una influencia sobrenatural. O por el alcohol. Aun así, seguía sintiéndome como un intruso.

«Pase cuando quiera», había dicho. Danny Ban, al que a menudo llamaban Danny el Malo. Quizás había llegado la hora de visitar Hawthorne. Averiguar por qué.

Pregunto a mi padre:

—¿Dónde está Hawthorne?

Él sólo me mira fijamente.

—¿Está lejos?

—Está lejos, sí—dice.

—¿Cuánto?

—¿Quién hablaba de Hawthorne?

—Nadie.

—Bien. No quiero volver a oír a hablar del condenado Hawthorne, está claro.

—Sí

Entré por el camino privado franqueado por el buzón con el nombre de MacKay con la plena intención de recular, dar media vuelta y regresar a la carretera por el camino de grava, pero en ese momento apareció ante mis ojos una gran casa de dos niveles con dos coches y una furgoneta aparcados en la parte delantera. Había pequeños campos a ambos lados del camino de acceso cuyas esquinas estaban invadidas por achaparrados abetos. Probablemente hubieran sido en su día vastas praderas, encogidas con el paso del tiempo por el avance del bosque.

De pronto me acordé, vívidamente, del montículo de tierra húmeda y de las flores muertas esparcidas, aunque estábamos tan sólo Effie, mi padre y yo de pie a un lado de una estrecha carretera que circundaba una deteriorada parte del pueblo. La inmensa y caótica siderúrgica escupía humo y ceniza y un fino polvo rojo.

—Aquí es donde ella estará siempre —dijo papá—. Acordaos cuando seáis mayores. Siempre sabréis que podéis encontrarla cerca del humo.

Effie llevaba en la mano una muñeca harapienta. Tenía una sombría expresión en el rostro.

—Y allí. Esa será vuestra abuela —dijo papá, señalando.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¿Era de aquí?

—No.

—Entonces, ¿de dónde?

—De Hawthorne.

—¿Dónde está eso?

—No importa.

La casa era relativamente moderna. Justo detrás, un granero se elevaba peligrosamente inclinado, con una firme viga apoyada contra una de sus paredes para impedir que se derrumbara del todo. Cerca se elevaba optimista lo que parecía ser el casco de un barco nuevo, envuelto en una lona.

Danny Ban descendió de un porche visiblemente elevado situado en la parte delantera de la casa. Se movía con cautela, con una mano aferrada a la barandilla. El receloso perro no se apartaba de su lado.

—La esclerosis múltiple es un condenado «fastidio» —anunció.

—¿Tiene esclerosis múltiple? —pregunté, sorprendido.

—Síiii —respondió con visible impaciencia—. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto, aparte de llevarlo lo mejor posible. Vivir tranquilos. Para mí es un gran cambio. —Y se rió—. Me alegro de que haya venido.

—Es mi primera vez. De hecho, quizá tenga algún vínculo familiar con este lugar.

—¿Ah, sí?

—Mi abuela.

—¿Cuál era su nombre?

—Para serle sincero, no estoy seguro.

—Entiendo. —Apartó la mirada durante un instante. Luego, en un intento por romper el inesperado silencio, añadió—: Venga. Le enseñaré algo. —Y me condujo hacia el barco nuevo.

Según dijo, había comprado el casco de fibra de vidrio en el continente. El muchacho y él estaban construyendo la cabina y acabando el interior del barco con sus propias manos.

—Será como un yate. Utilizaremos sólo la mejor madera y los mejores accesorios. No hay

nada de malo en disfrutar de un poco de confort mientras se trabaja.

Dentro de la casa conocí a su esposa Jessie.

—Le conozco de la iglesia —dijo ella—. Ha sustituido usted un par de veces al padre Mullins.

—Le estaba contando a mi esposa que le conocí esa mañana en el puerto —explicó Danny.

—Supongo que es usted aficionado a los barcos —dijo Jessie.

—No mucho —respondí, y me reí.

Se habían conocido en Toronto, donde él había estado trabajando en la década de 1960. Ella era secretaria. Él había aceptado trabajos duros en distintos almacenes, había trabajado de peón en algunas obras y había cavado también diques. Creía que mejoraría su situación cuando empezó a trabajar en la fábrica de pintura Glidden. En vez de eso, fue la esclavitud lo que encontró allí. Pero entonces entró en el sindicato de trabajadores del hierro y empezó a ganarse bien la vida. Trabajó en el complejo de edificios del CD Centre y en la Torre CN. Un trepador nato, decían de él. No le daban miedo las alturas. Pero cuando se enteró de que había un tipo que vendía su equipo de pesca en el este, barco y licencias incluidos, decidió volver a casa. Se lo compró todo al viejo Gillis de Hawthorne. Su billete de vuelta.

Todo fue como la seda durante más de veinte años. El nacimiento del muchacho fue la guinda del pastel. Y entonces, cuando todo parecía perfecto, las cosas se torcieron.

—¿Acaso no es así siempre? —dijo.

Jessie nos dejó disfrutando del té con pastas mientras él me explicaba su enfermedad: había sentido una repentina pérdida de energía hacía unos años, pero había creído que eran cosas de la edad hasta que una mañana al despertar no pudo ver nada.

—Me había quedado completamente ciego —dijo—. Casi mancho los calzoncillos, disculpe el lenguaje. Me dieron la noticia en Halifax. De hecho, para mí fue casi un alivio. La ceguera fue temporal. A pesar de que la esclerosis múltiple era permanente, no podía ser tan mala como quedarme ciego. Al menos, eso es lo que pensé... en aquel entonces. —Guardó silencio mientras tomaba un sorbo de té.

Se oyó una fuerte pisada procedente de una escalera que salía de la parte inferior de la casa y segundos después apareció el muchacho. Parecía más alto, más corpulento.

—Ah, estás aquí —comentó su padre—. Sírvete una taza, anda.

El muchacho llevaba una gorra de béisbol en la mano.

—Creo que voy a salir —anunció.

—Muy bien —respondió su padre. Su tono me pareció esquivo—. Éste es Danny. Danny Beag. Te presento al padre MacAskill.

—Llámame Duncan —dijo—. Hace tiempo que dejaste de ser *beag*.

—Beag significa «pequeño» —aclaró su padre.

—Lo sé —respondí.

—Por supuesto —dijo Danny Ban—. Se me olvida que está hecho usted todo un hombre de pueblo.

El muchacho no tenía nada de pequeño. Me estrechó la mano en silencio con cierta frialdad en su expresión. Parecía interesado, aunque ligeramente receloso.

—El padre está en Creignish —comentó el viejo.

—Creo haber oído su nombre en alguna parte —dijo el chico—. ¿No estaba usted en la universidad?

—Así es.

—Creo que conocía a Brendan Bell.

Sentí que me sonrojaba.

—Un poco —fue mi respuesta.

—Estoy seguro de que él le mencionó alguna vez. Estuvo un tiempo aquí. Creo que en algún momento dejó caer su nombre. MacAskill. No es un nombre muy común. Por alguna razón él le conocía.

—Es posible.

Era imposible leer en su rostro. En ese momento se volvió a mirar a su padre.

—Puede que vuelva tarde.

Recuerdo que pregunté, casi como un robot:

—¿Y conociste bien a Brendan?

El muchacho se limitó a encogerse de hombros y a desviar la mirada.

—Todo el mundo conocía al padre Brendan.

Entonces se marchó. Creo que olvidé despedirme de él. Me costó un gran esfuerzo concentrarme a causa de esa otra presencia invisible que poblaba la habitación. Oí rugir el motor de la camioneta cuando el muchacho se alejó a toda velocidad.

Después de eso la visita perdió fuelle. Al salir, mientras buscaba a tientas un tema de conversación seguro, pregunté a su padre:

—¿Cuándo espera botar el barco nuevo?

—Antes del otoño. Le instalaremos el motor muy pronto. Queremos hacer algunas pruebas y asegurarnos de que flota a la perfección y de que todo funciona adecuadamente. No queremos llevarnos ninguna sorpresa en primavera.

—¿Y qué han hecho con el barco en el que les vi cuando nos encontramos esa mañana en la orilla? ¿El *Lady Hawthorne*?

A pesar de que la pregunta no era más que una simple formalidad, provocó en él un entusiasmo renovado.

—Está a la venta —respondió—. En el puerto. Es un magnífico barco pequeño.

Quizá respondí algo como que siempre, desde que era un chaval que merodeaba por el puerto, había deseado tener un barco.

—¿De verdad? —fue su respuesta.

Intenté dar marcha atrás y desmarcarme de su obvio entusiasmo, pero él ya había empezado a comentar que se estaban restaurando muchos barcos de pesca antiguos para reconvertirlos en embarcaciones de recreo, y que si estaba interesado, él estaría encantado de hacerme un precio especial.

Avergonzado, me batí totalmente en retirada.

—Santo Dios, no sabría qué hacer a bordo de un barco.

—Le sorprendería lo sencillos que son —dijo Danny Ban—, No hay nada como uno de esos buenos barcos antiguos de madera.

Brendan fue el último. Ésa había sido la promesa del obispo y la había mantenido. Una última pequeña misión. Un caso fácil, comparado con muchos de los anteriores. Un favor especial al obispo de Saint John's: librarles del tipo en cuestión durante un tiempo, encontrarle algún trabajo que hacer, algún lugar donde pudiera mantenerse alejado de cualquier problema y apartado de las miradas.

Port Hood fue idea mía.

El obispo me advirtió:

—Cuanta menos gente esté al corriente, menos riesgo corremos de tener que lamentar algún desliz. Simplemente haga que parezca que le está haciendo un favor al padre Mullins y a su

parroquia. La renovación carismática ha supuesto un incremento de su volumen de trabajo..., eso servirá para aliviar la presión. En cualquier caso, Bell no supone un gran riesgo. Al parecer hubo sólo un único lapso, cierto toqueo bajo los efectos del alcohol. Al menos, eso es lo que ha trascendido. Comparado con algunos de los demás, Bell es poca cosa. De lo contrario, a estas alturas estaría en la trena, que es donde debería estar. Básicamente es un problema con la bebida. Estoy seguro de que ése es el problema de todos ellos.

—El padre Mullins no es exactamente abstemio. Aun así, tiene poca tolerancia con los excesos. De hecho, con todo, salvo con la santidad. Y con el golf, claro.

El obispo esbozó su sonrisa torcida e infantil.

—Port Hood es una idea brillante. Mullins se me antoja sin lugar a dudas como la perfecta institutriz.

La imagen nos hizo reír a los dos.

No hubo constancia de un solo escarceo durante todo el tiempo que estuvo allí. Monitoreé escrupulosamente la situación. Reconozco que fui presa de un momento de ansiedad cuando me enteré de que Bell había formado un grupo juvenil. Insinué a Mullins:

—Brendan tuvo un problema con el alcohol en Newfoundland. Esperemos que sea responsable con los jóvenes.

—Estaré alerta —prometió—. Pero no me parece que haya motivo de preocupación. Nunca le he visto con más de un par de copas de vino en las comidas. Y los muchachos le adoran. Tiene con ellos una mano maravillosa.

Y eso fue todo. Ni rastro de la menor sombra de comportamiento inadecuado.

Esa noche, cuando regresaba en coche a Creignish, reflexioné sobre la conducta del joven MacKay. ¿Había sido insinuación lo que había visto en esos ojos de color miel?

Quizá me inquietó más la expresión que había visto en el rostro de su padre cuando no había sabido darle el nombre de mi abuela. Había sido un instante de revelación involuntaria de mi parte. ¿No conocer a tu propia abuela? Aquí, la mayoría de gente de mi edad es capaz de recitar los nombres de cuatro o cinco generaciones a la menor señal de interés. El nombre original que se utiliza para referirse a ello es *sloinneadh* (patronímico): parte de la herencia cultural en vías de desaparición y, a mi entender, una pérdida de escasa relevancia.

Encontré encendida la luz de la rectoría cuando llegué a casa. Había conectado una lámpara a un temporizador desde que Bobby O. me había dicho que les gustaba ver señales de vida en la casa, como ocurría con la luz del sagrario que estaba encima del altar. Aunque yo lo hacía sobre todo por mí. Algo en las casas sumidas en la oscuridad provocaba en mí recuerdos desagradables.

«Usted conocía a Brendan Bell», había dicho el muchacho.

Demasiado bien, estuve a punto de responder. Y me di cuenta de que no hacía falta. Esos ojos penetrantes podían leer en mi mente

La bahía se extiende lisa como un interminable mar de estaño bajo la luna creciente. Hipnótica. Siguiendo el ejemplo del obispo, había terminado por aficionarme al Balvenie. Justificaba el gasto manteniendo bajo mi consumo. Sentado en el salón, con el pequeño charco ámbar en el vaso de cristal, la mente revive el sabor del fuerte ron oscuro en los tazones de café.

Quizá fuera el ron. Algo que fomentaba la sinceridad. Aparte del obispo, Alfonso era la única persona que conocía la razón de mi presencia en Tegucigalpa. Me escuchaba como un niño, confuso, sin juzgarme.

—¿Ese viejo sacerdote... estaba con un niño?

—Sí

—¿y está usted seguro de lo que vio?

Me reí. El obispo me había hecho la misma pregunta, aunque él se había mostrado desafiante: «¿Cómo sabe que vio lo que vio? Reconoce que la habitación estaba a oscuras. ¿Qué es usted? ¿Un gato?»

Yo me había hecho la misma pregunta, y en más de una ocasión. ¿Cómo podía estar seguro? No quería que fuera verdad. El padre Roddie. El doctor Roddie. Mi mentor, mi gurú, el gigantesco intelecto que me tomaba en serio. Pero no había lugar a dudas. Cuando me crucé con el niño que se alejaba apresuradamente hacia la puerta, le vi la verdad escrita en el rostro.

—Entonces, por eso estás aquí. Exiliado de la verdad.

—Sí.

Recuerdo la risa amarga de Alfonso.

—¿y tú?, pregunté.

Agitó una mano en un gesto despectivo y cogió la botella de ron.

—cierto modo, por algo muy parecido. Intentaba hacer algo por gente inocente a la que estaban jodiendo.

Tomé un trago de Balvenie, luchando contra la tristeza que me embargaba siempre que pensaba en él, cosa que últimamente me ocurría con más frecuencia.

RECUERDO que era un viernes por la noche de finales de agosto, muy poco después de mi visita a Hawthorne, cuando alguien llamó a mi puerta. Era el joven Danny MacKay. Llevaba una chaqueta deportiva. Alcancé a percibir el olor a loción de afeitarse.

Le invité a pasar.

—Mi padre me ha dicho que estaba usted planteándose comprar el barco.

Me reí.

—Eso es un poco exagerado. —Le ofrecí una cerveza. La rechazó con un gesto de la mano.

—Estaba por la zona —dijo—. Y he decidido pasar. El viejo mencionó el barco.

Sonreía. Tenía los ojos de su madre, oscuros y entornados, unos ojos propios de alguien que le doblaba la edad.

—Qué lugar más agradable tiene usted aquí —comentó.

—No está mal. Aunque un poco grande para una persona sola. Lo construyeron en una época en la que teníamos servicio y desde luego muchas más visitas que ahora.

—Me gustan las casas viejas. Esto es exactamente lo que me gustaría tener algún día. —Recorría la habitación con los ojos, estudiándola al detalle—. El viejo, mi padre, me decía que estaba usted interesado en el viejo barco..., y como estaba por la zona...

—Ah, bien —repuse, presa de un repentino pánico—. Pero creo que será un poco difícil. ¿Qué piensas tú?

—Lo que usted diga. Pero si se decide... podríamos arreglarlo. —Había empezado ya a marcharse, visiblemente nervioso.

—No sabría qué hacer con un barco.

—Está tirado. Yo podría enseñarle.

—Te lo haré saber —dijo, y casi al instante borré la noción de mi cabeza.

Una fría noche de octubre, mientras conducía por Little Harbour, vi que el *Lady Hawthorne* seguía aún allí, bañado por la mortecina luz que pervive cuando el sol se ha puesto ya. Había algunos barcos en tierra, apoyados de pie sobre barriles de gasóleo vacíos y sobre tablones de madera: criaturas ciegas de anchos hombros en plena hibernación.

Esa noche de octubre los silenciosos barcos evocaban algo irresistible. Ni siquiera ahora sé lo que era. Quizá fuera el recuerdo de aquel domingo por la tarde de agosto y de la calidad de vida que había visto desplegada sobre un barco.

Esa misma noche llamé por teléfono.

Me digo y me repito que fue un simple capricho. Unos cuantos miles de dólares por un pasatiempo. Danny me dijo que el motor solo ya valía unos diez mil. Simplemente quería sacárselo de encima y al mismo tiempo le hacía feliz la idea de que alguien disfrutara de él. Según comentó, sería divertido para él y para el muchacho ayudar a un aficionado a aprender a llevar un barco.

—Creí que había dicho que no era difícil —protesté.

—Qué va, basta con pillarle el truco a un par de cosas.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

—Nada complicado. No hay frenos y el timón está en la parte trasera. Es como una carretilla. Me dije que sería como redescubrir el lugar. La bahía era un mundo nuevo, un santuario en

potencia.

—Y probablemente al muchacho le haría bien conocerle —dijo Danny.

«Yo en su lugar no estaría muy seguro», pensé.

Le dije que estaba dispuesto a pagarle lo que pidiera. «Un barco vale exactamente lo que uno cree que necesita», respondió. Cuatro mil era más que suficiente. Cerramos el trato en diez minutos.

El día siguiente fue caluroso y soleado. Me quedé en el muelle estudiando mi adquisición, jugueteando con la llave del motor en el bolsillo de la chaqueta. A pesar de llevar toda la vida rodeado de barcos, de pronto me fijé en detalles en los que hasta entonces no había reparado. Los cabos amarrados de un modo particular, su relación con los barcos de alrededor. La auténtica dimensión. ¿Cómo ponerlo en marcha? ¿Cómo sacarlo de puerto? Y, más importante aún: ¿cómo volver a meterlo en un espacio tan limitado? ¿Cómo iba a lograr detener el maldito aparato si no tenía frenos?

El joven Danny estaba a mi lado.

—¿Le gustaría sacarlo?

—Hoy no —me apresuré a responder—. Tengo que volver a casa. Espero una visita.

No era una mentira. La joven con la que había hablado por teléfono había dicho que quería verme y yo le había preguntado si podía pasar esa tarde. A pesar de que reconocí el nombre, no supe ponerle cara.

—Pues cuando le apetezca —dijo Danny—. Aunque no debería esperar demasiado. Pronto empieza la temporada de tormentas.

—No veo la hora —dije. Y de pronto lo creí.

Al llegar a casa me preparé un sándwich de pan tostado con queso y un té. Abrí una lata de espaguetis. Vi el telediario de la noche. El mundo era blanco de nuevos horrores. Bosnia. Ruanda. Palestina, siempre Palestina. Ya no se hablaba de lo que ocurría en el sur. Nada de Nicaragua, Guatemala o El Salvador. Ya nada sobre Honduras. Al parecer, los yanquis habían perdido el interés por la zona cuando la Guerra Fría había menguado. Todas esas pequeñas guerras por delegación que tenían lugar allí habían dejado de tener importancia y habían terminado misteriosamente. Mejor así. Demasiados recuerdos dolorosos. Alfonso y su trágica misión justiciera. Y Jacinta. ¿Dónde estaría en ese momento? En los meses siguientes a mi regreso, me había vuelto adicto a las noticias. Cualquier información sobre las luchas por la liberación que tan alto precio habían costado a mis amigos. Y entonces... las noticias se volvieron insoportables demasiado cercanas a casa. Boston. Newfoundland. Demasiados secretos sucios burbujeando bajo la superficie, amenazando con quedar expuestos a los ojos de los medios. Demasiados Brendan Bells.

Silencié el sonido del televisor y llamé a Sextus.

—No vas a creer lo que he hecho hoy.

Sin embargo, Sextus se mostró tan sólo ligeramente sorprendido.

—Tiene sentido, la verdad. Un barco y tú.

Me reí

—No he tenido nada que ver con un barco en toda mi vida.

—¿Ah, no? Recuerdo que cuando éramos pequeños siempre estabas merodeando por el muelle. De todos modos, necesitas algo así Una vía de escape. Ya que no puede ser una buena mujer, quizás un viejo barco sirva. Al menos, el barco no te volverá loco con su cháchara.

A las siete y media llamaron con toques tímidos a la puerta. Cuando abrí, reconocí de

inmediato a una joven que había visto en la iglesia todos los domingos desde mi llegada. «Extrañamente piadosa para su edad», pensé. Su nombre era Sally. Una Maclsaac. Dijo que yo conocía a su padre y le dije que así era, aunque no fuera cierto. Todavía me cuesta recordar los nombres y los rostros.

—Es usted de esta zona, ¿verdad?

—Sí y no —respondí.

Sé rió.

—¿Cómo pueden ser ambas cosas?

—Este lugar no es lo que era. El lugar en el que nací ha desaparecido. Ha quedado enterrado bajo todo lo nuevo que ha llegado después.

Pareció satisfecha con la explicación.

—¿Y qué te trae por aquí en una fría noche como ésta? —pregunté.

Se pasó una fina mano por el pelo y desvió la mirada.

—Tengo novio. No pertenece a esta parroquia. Quiere casarse.

—Muy bien. ¿Qué fecha teníais en mente?

—Oh, aún tardaremos un par de años —dijo.

—Entiendo. ¿Y tu novio es... católico?

—Sí.

—Bien —dije—. En ese caso, no veo que pueda haber ningún impedimento. Como debes de saber, actualmente insistimos en que toméis algunas clases de orientación prematrimonial. No sé por qué, la verdad. ¿Qué puedo saber yo sobre el matrimonio?

Nos reímos.

—Además, de aquí a un par de años pueden pasar muchas cosas.

—Desde luego. Por eso quería hablar ahora. —Tomó unos sorbos de té, ligeramente nerviosa. Le pregunté si quería más—. No, no —respondió. Luego me sostuvo la mirada durante lo que me pareció un buen rato.

Mi rostro era probablemente el patente retrato de mi confusión.

—No tengo ninguna duda —dijo entonces, y sonrió.

—Muy bien —respondí, todavía a la espera.

—Pero a veces no estoy segura de lo que él piensa... o de conocerle lo suficientemente bien como para pasar con él... el resto de mi vida.

—¿Cuánto hace que le conoces?

—Oh, desde siempre. Fuimos juntos al colegio. Aunque él ha cambiado en los últimos dos años. La gente me dice que me estoy equivocando.

—¿Qué gente?

—Mi familia. Mis amigas.

—Entiendo.

—He creído que quizá podría darme consejo. Me han dicho cuál era su trabajo en la universidad. Era usted decano o algo así. Quizá conozca usted mejor a los chicos que yo.

—Todo el mundo cambia durante la adolescencia —dije.

—Nunca he tenido otro novio, así que sólo puedo hablar de mi experiencia con él.

En ese momento me pareció que se avergonzaba y supe que lamentaba haber ido a verme.

—Quizá le esté dando demasiada importancia.

—Mira, siempre que quieras hablar, aquí estaré. Aunque sólo sea para tomar una taza de té. Tráele contigo algún día.

—Sí —dijo poniéndose en pie—. Dicen que le pasó algo. Una mala experiencia que le

afectó.

—¿Qué clase de experiencia?

—No lo sé. Pero he pensado que... quizás hablaría con alguien como usted. Alguien en quien pueda confiar.

—Tendría que ser él quien tomara la iniciativa.

—Sí

—Supongo que no conozco a ese joven —dije.

—A decir verdad, sí. Creo que hoy le ha comprado usted un barco. A su padre, para ser más exactos.

Durante una semana, bajaba en coche al puerto y me quedaba mirando el barco hasta que me daba cuenta de que la gente me observaba. Por fin llegó el día en que arranqué el motor, aunque la idea de desatar los cabos y alejarme de la orilla me llenó de terror, de modo que me limité a quedarme allí de pie, acelerando el motor de gasóleo, presa del éxtasis y del temor. Normalmente había dos o tres hombres de pie en el extremo más alejado del muelle, observándome en silencio con las manos en los bolsillos.

—Un día de éstos —les decía yo al marcharme.

—Seguro que sí —era su respuesta—. No hay prisa. —Sonreían.

Después de unos diez días, el joven Danny me llamó y preguntó por el barco. Le dije que creía que todo iba bien. El motor parecía funcionar correctamente. Todo estaba cómo debía estar.

—Debería sacarlo a dar una vuelta —dijo—. Cargarle la batería. Y, antes de guardarlo, quizá sería aconsejable que le cambiara el aceite. Le enseñaré cómo.

—¿Guardarlo?

—Para el invierno.

—Ajá.

—De hecho, mi padre me ha dicho que debería enseñarle algunas cosas que le ayudaran a manejarlo.

—Probablemente sea una buena idea.

—¿Qué hace mañana?

Me levanté temprano y el día amaneció caluroso. Tomé el café fuera y me acerqué a lo alto del camino de acceso a la rectoría desde el que se dominaba la bahía, que se extendía negra y uniforme hasta donde alcanzaba la vista. Vi un coche cerca de la pista de tenis y bajé.

La mujer no debía de haber cumplido los cuarenta. Era delgada y supongo que hermosa: el pelo de color miel, ojos grises e inquisitivos y una difusa nube de pecas. Llevaba un pantalón de chándal de tela fina, un suéter sin mangas con cuello de pico encima de una camisa blanca y botaba con suavidad una pelota de tenis. Cuando me vio de pie junto a la verja metálica, me gritó un saludo y se acercó. Fue entonces cuando me acordé de que era la misma mujer que había visto en agosto. La de la blusa blanca que jugaba al tenis con la valla.

—Creo que me han dado plantón —dijo—. Estaba esperando a alguien. ¿Le apetece jugar un partido?

Me reí.

—No sabría cómo.

—Es muy sencillo. Yo golpeo la pelota y se la envío y usted me la devuelve. Si la golpeo más a menudo que usted, gano.

Su rostro me resultó familiar. Había algo en sus ojos que creí reconocer, aunque tenía la certeza de que no nos habíamos visto antes.

—Soy Duncan MacAskill —me presenté.
—El padre MacAskill.
—Llámeme Duncan.
—En ese caso, llámeme Stella.
Me reí. Stella. Stella Maris.
—Sí, lo sé —dijo, y alzó los ojos para mirar a la iglesia—. Es un viejo chiste. Soy prima
lejana de Roger, el viejo jugador de béisbol.
—Entonces, ¿su apellido es...?
—Fortune.
—Sonreí.
—Es una larga historia —dijo, poniendo los ojos en blanco.
Y pensé; «¡Dios mío!» Me quedé callado durante unos instantes;
Por fin:
—No la he visto en...
—No —se apresuró a responder—. Lo de Stella es lo más cerca que estoy de identificarme
con la Iglesia últimamente. Supongo que por una simple cuestión de género. No me siento...
bienvenida.
—Vaya. Lo lamento.
—Estoy segura de que eso es algo que oye usted **constantemente**.
—Pero vive aquí.
—Sí—respondió—. Subiendo por la carretera de la montaña. La casa nueva. Me sorprende
que no lo sepa.
—¿Debería haberlo sabido?
—Creo que mi pareja de tenis es amigo suyo. Sextus Gillis.
—Ajá.
—Nos conocimos hace años en Toronto. Luego volvimos a coincidir en el pueblo en una
reunión de divorciados y separados. Los heridos andantes.
—¿Sextus va a esa clase de encuentros?
—Ambos fuimos. Una vez. Los dos estamos... solteros. Al menos eso es lo que dijo. —Se
rió.
—No me cabe duda —contesté, aunque eso no era del todo cierto.
Se hizo otro largo silencio mientras nos observábamos con atención. La verja que se
interponía entre nosotros me proporcionaba cierto grado de tranquilidad. Me di cuenta de que me
había quedado sin palabras y que deseaba marcharme, pero no quise parecer brusco.
—¿Cómo suele llamarle la gente? —preguntó.
—Padre. Pero estoy intentando romper esa costumbre.
Si bien su rostro estaba plagado de preguntas, se limitó a decir:
—Muy bien, Duncan.
—Estoy seguro de que nos veremos por aquí.
—Si alguna vez sube la montaña, pase a tomar una taza de té.
—Lo haré.
—Siempre estoy en casa por la noche y durante los fines de semana.
En ese momento sonrió y fui presa de esa incomodidad que siempre provoca que me sonroje.
—Por cierto —dijo—. Creo que conoce a mi hermana.
—¿Ah, sí?
—Jessie MacKay, de Hawthorne. Casada con Danny. Me han dicho que les ha comprado

usted el barco.

Sonreí.

—Supongo que aquí no hay secretos.

—Mejor será que lo crea.

Mientras subía la colina, oí arrancar el motor de su coche.

24 de enero, todo parece indicar que voy a tener que poner fin a mis clases de español o buscarme otro profesor, hay algo en la actitud de alfonso. creo que sospecha algo o que está celoso, no estoy seguro de cómo manejarlo, y, que dios me perdone, reconozco que en parte disfruto con sus especulaciones.

El joven Danny esperaba en el puerto con el motor en marcha. Soltó amarras y nos alejó de un empujón del muelle flotante.

—Bien —dijo—. Póngalo en marcha adelante.

Vacilé y tiré de la palanca equivocada. El motor rugió, pero no hubo ningún movimiento. Imaginé a una multitud en el muelle, sonriendo ante el espectáculo.

Enseguida Danny estuvo a mi lado, tiró del acelerador y empujó la palanca de marchas. El barco se desplazó ligeramente hacia delante. Intenté manejarlo, pero pareció encabritarse momentáneamente, como si fuera consciente de que un desconocido estaba al mando de los controles. Luego giró a regañadientes la proa..., aunque demasiado y de pronto nos vimos lanzados hacia la borda de un barco grande y caro. Danny volvió a pasar amablemente por mi lado y corrigió el rumbo antes de volver a retroceder y cruzarse de brazos. Yo sudaba mientras nos movíamos despacio junto a la hilera de barcos amarrados al muelle hacia lo que parecía ser un canal imposiblemente estrecho que salía del puerto.

—Lo está haciendo genial —comentó.

En cuanto salimos de la bocana, volví a tirar del acelerador y mi corazón se aceleró al mismo tiempo que el motor. El barco se lanzó hacia delante.

—Excelente —dijo. Luego se volvió, se dirigió a proa y se sentó, mirando a su alrededor.

Navegamos hacia una isla que parecía estar a unas cinco millas de la costa.

—La isla de Henry —gritó, señalándola con el dedo. El rugido que llenaba la cabina era ensordecedor. El barco parecía firmemente decidido a no seguir una línea recta, y cuando viraba para sortear el viento, era zarandeado violentamente por las olas coronadas de espuma. Después de una media hora di media vuelta y el barco se deslizó a partir de entonces más suavemente. Danny se puso al timón y yo salí a cubierta, y me dirigí a proa ayudándome de la barandilla que había en el techo de la cabina.

El silencio que me recibió allí me dejó perplejo. El viento era gélido y me castañeteaban los dientes. Quizás a fin de reducir mi exposición al frío, me tumbé con la cabeza asomando por la borda, viendo desde allí la corriente. Espumosos y burbujeantes surcos quedaban limpiamente dibujados desde la proa acampanada al tiempo que el mar se abría a su paso como un campo recién arado. Me pareció oír un triste y extraño murmullo, una voz que no había vuelto a oír en años. «¿Qué me estás diciendo?»

Cuando nos acercábamos a la bocana del puerto, Danny abrió una ventana y me gritó si quería entrarlo. Negué con la cabeza. A duras penas había conseguido sacarlo a mar abierto. Ni siquiera me atrevía a imaginarme maniobrando para volver a entrarlo y mucho menos para atracarlo. Danny se las ingenió para hacerlo todo a la vez sin apresurarse. Hizo virar el barco y lo atracó suavemente junto al muelle, saltó a tierra, aseguró los dos amarres y luego apagó el motor. Yo me limité a observarle.

Una vez en tierra, sentí que me timbraban los oídos y notaba el rostro encendido. Aunque helado hasta los huesos, sólo tenía ganas de reír.

Justo antes de que se marchara, le dije:

—Así que conociste a Brendan Bell.

Se encogió de hombros.

—Más o menos. Todo el mundo le conocía. ¿Dónde fue a parar?

—Según me han dicho, está en Toronto. Y creo que ha dejado el sacerdocio.

Nos miramos durante un largo instante. A continuación, dijo:

—No me sorprende. Siempre pensé que no estaba hecho para un lugar como ése. —Sonreía y su sonrisa me desarmó.

—¿Formaste parte del club juvenil? Asintió con la cabeza.

—¿Y qué impresión tenías del padre Brendan? —pregunté. Se encogió de hombros, desvió brevemente la mirada y me preguntó:

—¿Cuál era la suya?

—Apenas le conocí. Coincidimos una vez en Antigonish. Y un par de veces aquí, cuando pasé a ver al padre Mullins.

—Mullins —repitió con tono despectivo. Opté por hacer una pequeña concesión.

—Bueno, Mullins puede ser un poco calleach. ¿Sabes lo que es eso?

Se rió.

—Una vieja. Aunque, si quiere que le diga la verdad, a mi entender Mullins es un poco gilipollas.

Una vez más, sentí el repentino calor en la cara.

—Digamos que no te he oído decir eso —dije.

—Digamos que me importa una mierda si lo ha oído.

A pesar de que yo había desviado la mirada, entendí por su tono de voz que me miraba fijamente. Así que me volví, le miré a los ojos y esboqué una sonrisa gélida. A fin de cuentas ésa era mi especialidad.

—Quizá podrías sustentar tu afirmación. Podrías decirme qué problema tienes... con Mullins.

El fuego que iluminaba sus ojos parpadeó hasta extinguirse. Bajó entonces la mirada, se aclaró la garganta y escupió.

—No debería haber dicho eso. En realidad, no tengo ningún problema con Mullins. Probablemente no tenga nada que ver con él.

—¿Se trata de algo de lo que quieres hablar?

—No —se apresuró a contestar.

—Y, si no se trata de Mullins, ¿de quién se trata?

—Da igual —dijo, alejándose.

—¿Se trata de Brendan Bell? —pregunté.

—¿De quién?

—De Brendan Bell.

—Qué va —respondió, concentrando la mirada en su pie, que en ese momento abría un pequeño hoyo en el fango—. Bueno, será mejor que me pise. Tengo cosas que hacer, y supongo que usted también.

—Sí.

—Volveremos a salir en barco antes de guardarlo para el invierno, ¿eh?

—Eso espero.

—Escuche —dijo—. Yo...

Pero se volvió bruscamente de espaldas y se marchó.

Me quedé sentado en el coche un buen rato antes de irme. ¿Qué es exactamente lo que atrae a los Bells? Los sacerdotes de antaño eran figuras paternas. ¿Qué ha ocurrido desde entonces?

Bell me dijo una vez en confianza:

—La gente ve en un sacerdote lo que necesita ver en él. Un padre, un salvador, un mentor, un mediador, un psiquiatra. Hasta un amante. Ahora que la gente ya no necesita realmente a los sacerdotes, no nos ven.

—Está usted diciendo que hemos quedado obsoletos —dije.

—Diría más bien que somos invisibles.

—¿Por qué entonces se hizo sacerdote?

Se encogió de hombros.

—Opciones de futuro profesional limitadas. Piedad infantil. Necesidad de complacer. ¿Quién sabe?

—¿O quizá por la invisibilidad?

Se me ocurrió que la mofa le desarmaría.

—Eso también —contestó con una sonrisa.

A punto estuve de añadir: «Conocí a un hombre que se hizo sacerdote para salvar al mundo. Su mundo, al menos. A su gente. Un hombre que creía que el sacerdocio era una agencia de la justicia». A punto estuve de decirlo y el momento se me antojó el adecuado. Pero habría supuesto devaluar un recuerdo precioso. Y habría sido una invitación a la intimidad.

—¿Y usted? —preguntó Bell.

—No lo sé —respondí por fin.

—No me diga más —dijo.

—¿Qué hará después de esto?

Pareció pensarlo durante un instante y a continuación se encogió de hombros. Recuerdo que estábamos sentados a la mesa de la cocina de Mullins.

—Quizá simplemente me quede aquí. Estoy encariñándome con la gente. Tengo una sensación muy parecida a la de estar en casa.

Y sonrió de oreja a oreja.

Ese otoño salimos una vez más. Era un día gris y triste. Danny Ban nos acompañaba. En esa ocasión fui yo quien alejó con suavidad el barco del muelle, y salí por la bocana del puerto sin la menor señal de vacilación y sin ayuda de ningún tipo. Ya en mar abierto, el barco cabeceó y se encabritó sobre las rápidas y entrecortadas olas. Y me acordé entonces del consejo que Alfonso me había dado el día que yo había montado a caballo por primera vez en Honduras.

—Cabalga con él —había dicho—, no encima de él. Conviértete en parte de su movimiento. —Eso podía aplicarse también al barco.

Activé el acelerador y miré a mi alrededor. El joven Danny y su padre estaban de pie junto a la proa, sonrientes.

El viento soplaba con fuerza y la cabeceante popa arrojaba chorros de agua helada sobre la cabina. Los dos Dannys se adelantaron para evitar el viento y las brucas salpicaduras y se volvieron a mirar sobre la proa. Danny Ban temblaba acurrucado en su abrigo.

Viré, trazando un gran semicírculo, y puse rumbo a puerto.

—Hace demasiado frío —grité.

—¿Frío? —gritó a su vez Danny Ban—. ¿Llama frío a esto?

Dejé que el joven Danny entrara el barco a puerto y, mientras

lo amarraba al muelle, su padre preguntó:

—¿Cómo ha pensado llamarlo?

—¿Llamar a quién?

—Al barco. Danny va a poner al nuevo el nombre del viejo. No se puede tener dos barcos llamados *Lady Hawthorne*. Puede ponerle el nombre que quiera. Quizás el de alguien especial. Como el de su madre. —Se frotó la barbilla, caviloso.

Caminando a nuestro lado, el joven Danny dijo:

—Siempre puede llamarlo *Sinbad*, como el marinero del cuento de hadas.

—¿Qué?

—O quizá podría llamarle *Sin*, coma, *Bad*^A. —Se detuvo y sonrió levemente.

—Muy gracioso —apuntó amargamente su padre cuando el muchacho se volvió de espaldas, riéndose de su propio chiste. Luego se dirigió a mí—: Tómese todo el tiempo que necesite para pensarlo. El nombre de su barco es importante.

—*Jacinta* —dije, recordando la voz.

—¿El *Jacinta*? ¿Y qué es eso?

—Simplemente algo que se me acaba de ocurrir. Es muy parecido al nombre de una flor en español.

—Español, ¿eh?

—Trabajé durante un tiempo en Centroamérica. Allí aprendí un poco de español.

—Sí. Me han dicho que algunos sacerdotes de aquí hacían eso.

—Creo que lo llamaré *Jacinta*.

—Eso sería distinto —observó—. *Jacinta*.

Sentí que me sonrojaba por haber pronunciado el nombre en alto.

—Así es como suelen aparecer las mejores ideas —sentenció—. Se nos ocurren así. Sí, el *Jacinta*. Un buen nombre. —Y, tras un silencio—: ¿Qué le parece la vida allí arriba, en Creignish, padre? Debe de ser todo un cambio viniendo de la universidad.

—Sí, un gran cambio —respondí, todavía saboreando el nombre que por fin podía pronunciar sin peligro alguno.

—Todos esos jóvenes en la universidad. Debe de ser un gran cambio encontrarse de pronto en Creignish.

—Era el momento de un cambio.

—Oiga —dijo bajando la voz—, ¿y ha podido hablar con el muchacho?

—La verdad es que no. No parece muy dado a hablar.

—En eso también ha cambiado. Antes no paraba. ¿Recuerda la pequeña broma que ha hecho con eso de llamar *Sinbad* al barco? Así era siempre. No paraba de bromear y de hacer payasadas.

—Todos cambiamos. Es parte de hacerse mayor.

—Qué va. Es más que eso. Para empezar, es imposible conseguir que cruce la puerta de una iglesia. Santo cielo, pero si era más devoto que yo. Ayudaba durante la misa casi todos los domingos. Si Mullins necesitaba a alguien, así, de improviso, para una boda o para un funeral, allí estaba él. Y cuando apareció ese joven de Newfoundland..., ese Brendan no sé qué..., allí estaba Danny todo el tiempo.

—¿Ah, sí?

—Entonces, puf, lo dejó. Quizá si pudiera hablar usted con él...

—Intentaré acercarme a él —dije.

—Lo sé, lo sé. —Luego se rió y, poniendo una enorme zarpa sobre mi hombro, dijo—: Quizá podría pedir por todos nosotros la próxima vez que hable con el Altísimo.

Le prometí que así lo haría.

—Date prisa —le gritó su hijo al tiempo que saludaba con la mano.

Me volví hacia donde él estaba y le vi de pie junto a la furgoneta.

—No veo el momento de que vuelva el verano —le grité.

—Habrá muchos veranos —me gritó a su vez.

Ése es uno de los recuerdos a los que ahora me aferro a fin de contradecir a quienes dicen que era sólo una cuestión de tiempo. Él mismo me lo dijo y aún puedo oírle: «Habrá muchos veranos». Y sonreía cuando lo dijo. No habría mentido. A un sacerdote no.

UN VENDAVAL procedente del sudeste que tuvo lugar a finales de octubre despojó a la montaña de su color. Luego llegó noviembre. Los días otoñales arribaron colmados de lluvia que alisó los campos para convertirlos en fango. El agua limpió la ladera de la colina, dejándola desnuda, a la espera de la llegada de la nieve. Hojas de color chocolate, escarlata y lima se amalgamaban y aglomeraban en el camino de acceso y en el escalón de la iglesia. En esa época del año el campo se centraba en la actividad económica. Los placeres habían tocado a su fin y todos los turistas habían desaparecido. Desde el altar pedí sugerencias, actividades parroquiales que pudieran involucrar a la gente. La mitad de la población parecía vivir de algún tipo u otro de ayuda: pensiones al llegar a la vejez; jubilaciones anticipadas de la planta papelera. Según palabras de Sextus: «Gente con mucho tiempo que matar antes de que el tiempo les mate a dios».

Sin embargo, mi solicitud de ideas prácticamente no encontró respuesta. Alguien mencionó el bingo. Me negué.

—Quizá podríamos empezar algo aquí... para los católicos separados y divorciados — sugirió Pat.

—Si cree que lo necesitamos...

—De hecho, la mayoría de la gente prefiere irse a la ciudad —fue su respuesta.

—Las cosas llevan su tiempo —me dijo Bobby O'Brian.

Danny llamó un domingo por la tarde.

—No quisiera molestarle, pero creo que quizá necesitamos consejo.

—Muy bien.

—Quizás esté sacando las cosas de quicio. Al fin y al cabo, tampoco nos conocemos tanto... Puede ser sincero conmigo y decírmelo claramente si...

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—El muchacho. Se ha metido en un pequeño lío.

—¿En serio?

—Al parecer, anoche salió por ahí y perdió la cabeza. Hubo un partido de *hockey* y creo que terminaron celebrando el resultado con demasiada exaltación. Cogió la furgoneta y la ha dejado un poco maltrecha.

—¿Él está bien?

Se rió.

—Ya lo creo, pero su madre está muy enfadada. Nos preguntábamos si podría usted interceder por él.

—¿Interceder por él? ¿Ante quién?

—Ante el padre Mullins.

—¿Ante Mullins?

El joven Danny se había metido con la furgoneta en el jardín de la parroquia de Port Hood. Había levantado el césped y había tumbado también el cartel en el que se especificaban los servicios dominicales, y a punto había estado de destrozar la hierba delante de la rectoría cuando las ruedas de la furgoneta se habían hundido en el fango. Mullins le había pillado con las manos en la masa. Sentado al volante, haciendo girar las ruedas enloquecidamente. Según su padre, a punto había estado de quemar el embrague.

Mullins se mostraba implacable y había llamado ya a los agentes de la Policía Montada. Estaba dispuesto a darle un gran bombo al incidente.

—Usted no conoce al muchacho como yo —dijo con voz cansada cuando le llamé—. Se está convirtiendo en un auténtico dolor de cabeza. Quizás una temporadita de libertad vigilada le haga bien. Y no es que quiera verle entre rejas ni nada de eso, pero puede que necesite un poco de tiempo para calmarse. Sinceramente, creo que su verdadero problema es el alcohol. Y quizás incluso las drogas.

Le escuché con atención, mostrándome de acuerdo en que lo sucedido tenía que tener sus consecuencias. Se me ocurrió, sin embargo, que la mancha de una ficha policial quizá fuera una medida demasiado extrema para castigar el daño a la propiedad.

—Daño a la propiedad —farfulló Mullins—. Estamos hablando de la propiedad de la parroquia. De la iglesia, por el amor de Dios.

Reconocí su tono astringente y me acordé entonces de la palabra que el chico había utilizado para referirse a él: «gilipollas».

—Bueno. No es más que césped.

—Esta vez ha sido el césped. Pero ¿qué vendrá después? En cuanto nos demos cuenta, estarán echando abajo el tabernáculo. Se oyen cosas así constantemente. Puro vandalismo.

Prometí entonces hablar con Danny y quizá convencerle para que pagara por los desperfectos. Que compensara por los daños con una indemnización.

Mullins no pareció impresionado. Aun así, me aseguró que lo pensaría y que retendría los cargos durante irnos días.

—No es un mal chico —dije—. Tuve que bregar con muchos como él en la universidad.

—Tiene usted mucho que aprender —me advirtió Mullins—. Estos no son los típicos muchachos de la universidad. Son las sobras.

Ese domingo no reparé en ella hasta poco antes de terminar, cuando había empezado a anunciar que quería que los adolescentes de la parroquia vinieran al centro parroquial para celebrar allí un breve encuentro el siguiente miércoles por la tarde. Quería saber cuáles eran sus intereses y si, juntos, se nos podían ocurrir algunas actividades en las que pudieran desear implicarse. Cualquier cosa menos el bingo.

Nos miramos y ella sonrió levemente. Cuando me coloqué junto a la puerta, estrechando la mano de los asistentes al servicio, ella se acercó y le dije que me sorprendía verla allí. Su respuesta fue que había acudido simplemente por curiosidad. Además, quería expresar su agradecimiento por lo que yo había hecho para ayudar a la familia. Supongo que mi rostro mostró cierto grado de confusión.

—Me refiero al joven Danny —dijo—. Lo que hizo usted fue de gran ayuda. Él no es así. Fue algo totalmente excepcional.

Me acordé entonces de que ella era su tía. La hermana de su madre. Stella.

Me reí y dije algo así como que todo el mundo parecía estar emparentado con los MacKay y ella respondió:

—Bueno, usted es de por aquí, de modo que debe saber cómo es esto. Poco o mucho, todos somos familia

—Entiendo.

—Buena suerte con los jóvenes. Aunque va a ser una ardua batalla. A menos que pueda usted permitirse un regimiento de aparatos de vídeo.

—Seguro que no es para tanto.

—Aquí la vida social gira en torno al colegio. El colegio está en el pueblo. Esa es ahora su

comunidad. Aquí simplemente comen y duermen.

—Quiero cambiar eso —aseguré.

—En ese caso, quizá no debería descartar el bingo.

Sus ojos brillaron.

—Si puedo serle de ayuda, hágamelo saber —dijo.

La vi marcharse y pude observar una elegancia casi descarada en el modo en que se movía. Cuando subía al coche, se volvió, esbozó una extraña sonrisa y se despidió con un discreto gesto de la mano.

2 de febrero, anoche jacinta me confesó que debe esforzarse por no olvidar que soy sacerdote, se reía cuando lo dijo, no supe qué pensar.

Esperé en la parroquia el miércoles por la tarde. La cafetera gorgoteaba. Les había citado a las ocho, pero no vino nadie. A las ocho y cinco desde fuera llegó el sonido de un coche al pisar la grava, pero tras un minuto de silencio oí cómo se alejaba. «No ha cambiado nada», pensé, acordándome de que a nadie le gusta ser el primero. Nadie quiere mostrarse entusiasmado.

A las ocho y media olí que el café se estaba quemando.

En Honduras acudían simplemente a escuchar las historias de lo que ocurría a su alrededor. Esperaban encontrar un rayo de esperanza en las noticias que traía Alfonso. La agitación en Nicaragua. La reforma rural en El Salvador, de donde él era. Las comunidades cristianas, gestionadas por laicos, asumiendo las labores de los sacerdotes. Los sacerdotes asumiendo las responsabilidades de los laicos para luchar contra la represión, enfrentándose a los poderosos. Los sacerdotes metidos en política. La gente corriente y sus sacerdotes por fin haciendo frente a las élites, ese puñado de familias acaudaladas que parecían ser dueñas de todo. El pueblo arriesgando la vida por lograr justicia. Éxodo, 3, les recordaba Alfonso una y otra vez. Está todo ahí.

Y el Señor dijo: He visto sin duda la aflicción de mi gente que está en Egipto y he oído también su llanto a merced de sus capataces... Conozco bien sus sufrimientos.

Alzaos contra el Faraón, había dicho, y ellos habían asentido cuidadosamente con la cabeza. El Señor entiende nuestra aflicción. El Señor está de nuestro lado. Sabiendo que el Señor está con nosotros, todo se vuelve posible.

«Quizá sea ése el problema —pensé—. A este lugar le falta peligro. Este lugar está malbaratado por la comodidad y la complacencia.» A las nueve, apagué la cafetera y las luces y me marché. Bobby O'Brian me dijo que no debería perder el sueño por eso. Que empezaban a perder a sus jóvenes en cuanto dejaban los estudios.

—Ya no podemos separarlos de los chicos de la ciudad. Sabe Dios lo que a estas alturas entienden por «comunidad».

—Eso me han dicho —fue mi respuesta.

El mensaje que encontré en mi contestador automático era de Danny Ban.

—El muchacho tiene algo para usted —decía.

Estaban sentados a la mesa de la cocina. El chico estaba enfurruñado y se miraba sus manos grandes y toscas. Un mechón de cabello le ocultaba parcialmente los ojos.

—Sácalo —dijo Danny Ban.

El muchacho se metió la mano en uno de los bolsillos de la camisa sin apartar los ojos de la mesa y me arrojó un cheque que cayó delante de mí.

Lo cogí.

—Mil doscientos. Bien...

—Hicimos una estimación —explicó Danny Ban—. Y ésa es la cantidad que calculamos.

—Se lo dará usted a Mullins —dijo el joven Danny.

—Al padre Mullins —le corrigió Danny Ban.

El muchacho soltó una carcajada contenida.

—Creo que deberías dárselo tú mismo.

Me miró y en ese momento entendí que lo que hasta entonces había tomado por desafío era en realidad desesperación.

—Prefiero no hacerlo. No quiero verle.

—No puede ser tan terrible —dije—. Será bueno para los dos.

—No me gusta ese hombre.

Su madre pareció perpleja.

—Danny.

Me reí.

—No tiene por qué gustarte. Simplemente tienes que darle el cheque y decirle que lo sientes.

—¿Que lo siento?

—Bueno, eso es lo que dice la gente después de haber cometido un... error.

Negaba con la cabeza.

—No pienso decirle que lo siento.

—Testarudo —gruñó su padre—. Jodidamente testarudo.

—En fin —dije—. ¿Y si voy contigo?

Me miró, claramente sorprendido, y entendí que a pesar de su corpulencia seguía siendo un niño.

—¿Qué te parece?

—Puedo hacerlo solo —me aseguró.

—De acuerdo.

—Pero mi camioneta sigue en el garaje. Si pudiera llevarme, se lo agradecería.

—Claro.

—¿Cuándo le parece bien?

—¿Qué tal ahora mismo?

Me miró, desconsolado.

Durante el trayecto hablamos de barcos y de cómo, a esas alturas del año, la mayoría de las embarcaciones estaba ya en tierra, a la espera del invierno. Y de si tendríamos mucha nieve ese año, y de las perspectivas de pesca en primavera. Él estaba repantigado contra la puerta del acompañante, mirando al frente e intentando evitar cualquier signo de compromiso, pero yo seguí hablando.

—Hay mucha especulación pesimista sobre la pesca.

Soltó una amarga carcajada.

—¡No me diga!

—¿Qué opinas tú? —pregunté, intentando animarle a hablar.

—Están intentando matar este lugar—dijo por fin—. EIDFO⁵..., los oficiales de las explotaciones pesqueras, que supuestamente están de nuestro lado, están tratando de cerrar los embarcaderos menos importantes, lo que impediría la pesca a los pequeños barcos y despejaría el camino a los grandes pesqueros de arrastre y a la gente con pasta. Y los norteamericanos y los alemanes están comprando la tierra con lo que suben los precios y los impuestos para que los

locales no tengamos ninguna posibilidad de comprar. De no ser porque mi viejo tiene un barco y unas cuantas licencias, hace tiempo que me habría largado. Probablemente algún día herede la casa. Si no...

—A juzgar por lo que dices, el panorama parece realmente desalentador.

—Lo es. —Y, tras un largo silencio, proclamó—: Quizás haya llegado el momento de una revolución.

Mullins se mostró muy poco amable. Cogió el cheque y empezó a soltar una pequeña homilía sobre la responsabilidad personal, pero le lancé una mirada y guardó silencio.

—No era una cuestión de dinero —dijo, doblando el cheque—. Simplemente quería que fueras consciente de lo que has hecho, ¿de acuerdo? Debemos responsabilizarnos de nuestras elecciones. Espero que hayas aprendido algo.

Danny asintió con la cabeza.

—Me alegro de que ya haya pasado —dijo cuándo nos marchábamos.

Mientras subíamos por la carretera de Hawthorne, le comenté que algo sabía sobre la tensión de la juventud. Y le animé a que viera en mí a alguien con quien podía sincerarse.

—Eso es difícil de creer —dijo al tiempo que abría la puerta del coche, dispuesto ya a bajar. Sonreía.

—¿Qué es lo que te resulta difícil de creer?

—Usted y la tensión. E imaginarle de joven.

Me reí.

—Siempre he oído que en esa época las cosas eran más sencillas —dijo.

—También teníamos nuestras preocupaciones —respondí, aunque consciente de lo poco convincente que sonaba mi respuesta.

—Supongo que sí. —Me miraba presa de un nuevo interés—. La gente cree que criarse aquí, en Hawthorne, es sólo... *bonach* y suero de leche.

A punto estuve de decir: «Yo me crié en un sitio como éste. Creo que incluso puedo entender lo que intentas decirme sobre Hawthorne». Pero no estábamos hablando de mí.

—Una buena forma de expresarlo —dije—. Los tiempos del *bonach* y del suero de leche han quedado atrás.

—Lo sé. Mis padres vivían en Toronto y dicen que volvieron aquí porque supuestamente es un lugar más seguro para criar a los hijos.

—¿No te lo parece?

—Ya ningún lugar es seguro. Eso, si alguna vez los hubo. —Había bajado del coche, pero se volvió para decirme que sentía curiosidad por algo—. Si no le importa que se lo pregunte, ¿es cierto que fue usted quien hace unos años se deshizo de todos esos curas maricones?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Simple curiosidad. He seguido las noticias. Eso que está empezando a salir a la luz en Newfoundland y en Estados Unidos. Alguien me ha dicho que usted tuvo algo que ver con eso aquí.

Desvié la mirada al tiempo que sentí esa antigua y agotada tristeza.

—Eso es algo de lo que no me está permitido hablar —me limité a responder.

—Supongo que no. Aunque le admiro. Yo en su lugar habría estado tentado de haber actuado mucho peor.

LIBRO SEGUNDO

ALEJAOS de mí, obreros de la iniquidad;
pues el Señor ha oído la voz
de mi llanto.

SALMOS

BOBBY O'BRIAN me recordó un domingo de principios de diciembre que la gente esperaba de mí un esfuerzo especial durante la temporada de Navidad. Un pesebre. Luces. El paquete completo. Por si lo había olvidado, después de haber pasado mis últimos años en la universidad, donde eran otros los que se preocupaban de esa suerte de cosas mundanas.

—Aquí todavía se toman la Navidad en serio —dijo.

El desafío me animó.

Bobby y su mujer esperaban la visita de su hijo durante las vacaciones. Según me explicó Bobby sin ocultar su orgullo, el chico estaba en su último año de facultad. Yo recordaba vagamente a un callado y solitario muchacho llamado O'Brian que deambulaba por el recinto universitario, o al que veía sentado a solas durante la noche en algún *pub* cuando salía a pasear entre la melé de estudiantes para calmar los ánimos. Luego Bobby me advirtió:

—Quizá pase a verle. Para tener un pequeño intercambio de impresiones. Está intentando decidir qué hacer cuando termine la carrera.

—Mándemelo —dije—. Para eso estoy aquí.

El 15 de diciembre el parte meteorológico fue, como de costumbre, impreciso. Según las predicciones, tendríamos tan sólo cinco centímetros de nieve. Empezaría a nevar hacia mediodía. Cuando regresaba del pueblo vi las primeras cuentas de humedad en el parabrisas. El cielo, de un color gris plomizo, se cernía a escasa altura sobre la sofocada bahía. Oí el susurro del viento cuando llevaba las bolsas de la compra, junto con los periódicos y el licor, desde el coche a la casa, y sentí un repentino escalofrío que me caló hasta los huesos. «Prepárate», decía.

En cuanto dejé las bolsas en la cocina, miré el contestador automático y, presa de una sorprendente punzada de ansiedad, vi que no había llamado nadie durante mi ausencia. Me dije que debía estar agradecido. Aun así, no pude evitar una curiosa sensación de vacío al mirar la parpadeante luz del aparato.

Hacia media tarde, la colina que se elevaba sobre la casa había empezado a desaparecer tras la violenta nevada. «Una tormenta justifica mi desidia —pensé—. O mi falta de propósito. Quizá debería plantearme fundar un club para jubilados. Este lugar está lleno de pensionistas desde que la planta papelera empezó a reducir su plantilla con jubilaciones anticipadas. Demasiada gente perfectamente capacitada con nada que hacer, salvo hablar o pensar en hacer diabluras. No me resulta difícil identificarme con eso. Mejor olvidarme de los jóvenes.»

Stella, que trabajaba con jóvenes con problemas en el sistema educativo, estuvo de acuerdo. Había asistido a misa con la frecuencia suficiente como para hacer algunas observaciones precisas sobre lo que ella llamaba la «demografía» de los domingos por la mañana.

«Su núcleo de población fundamental es gente de mediana edad o incluso mayor —me dijo—. Debería trabajar con eso en mente.»

Según los rumores, a mi congregación le gustaban mis homilias, que eran cortas y no se andaban con demasiados rodeos, pero también se decía que yo resultaba demasiado distante y hosco. Otros sacerdotes irrumpían en las cocinas de sus fieles sin la menor vergüenza, invitándose a almorzar o buscando simplemente un poco de compañía. Era su forma de mantener el contacto con su rebaño, o al menos eso decían. Aunque en mi opinión no eran más que molestias, Stella me aseguró que a la gente le encantaba la espontaneidad que entrañaban esas visitas inesperadas. Entendí que realmente hablaban en serio cuando me invitaban a pasar a verles. Atrás quedaban los

días en que la llegada del cura era sinónimo de problemas: enfermedad, muerte, alguna tabulación matrimonial, demanda de dinero. Tenía que empezar a salir más.

«Debería saber jugar a las cartas —dijo Stella—. Al *cribhage* o al cuarenta y cinco. Si todavía no sabe, yo me ofrezco a enseñarle. Soy un as jugando al *crib*.—»

Desde que yo me había implicado con sus parientes de Hawthorne, Stella había empezado a visitarme regularmente en la rectoría.

—La gente no parece necesitar demasiado a los sacerdotes —comenté en una ocasión.

—Le sorprendería saber hasta qué punto se equivoca. —Había cierta malicia en el modo en que arqueó su ceja izquierda.

Distraje su atención preguntándole si había visto últimamente a su sobrino Danny y su sonrisa se desvaneció.

—Esa es otra historia totalmente distinta.

Esperé a que elaborara su explicación.

Lo único que dijo fue:

—Por cierto..., no haga usted planes para el día de Navidad... después de que todo haya acabado.

—¿Qué pasa?

—Mejor que no se comprometa con nadie.

Fuera, la oscuridad pareció espesarse. Una cortina de copos grandes y dentados se arremolinaba al otro lado de la ventana y perfiladas ráfagas centelleaban al pasar delante de la farola situada al pie del camino privado. Una invisible máquina quitanieves pasó envuelta en un rugido. Se fue la luz en mitad del telediario de la noche.

Sextus me había advertido sobre el invierno. «Es la prueba por excelencia», había dicho. Le recordé que había pasado allí muchos más inviernos que él, pero él comentó que un invierno viviendo a solas en un viejo caserón me descubriría una suerte de aislamiento que pondría en jaque cualquier capacidad de supervivencia que creyera poseer. Quizás incluso mi fe. Supuse que bromeaba.

—Tendrás que buscarte una novia —dijo entre risas—. No serías el primero.

Me aseguró que no percibiría la soledad probablemente hasta mediados de febrero. Esa noche, con la tormenta martilleando la casa, la sensación de vulnerabilidad era abrumadora. Y tan sólo estábamos a mediados de diciembre.

¿Es eso lo que hace enloquecer a los sacerdotes? ¿Existe acaso un vínculo entre el aislamiento y la desviación? ¿De cuántos ministros desviados oímos hablar entre los protestantes? Effie y Sextus lo atribuyen todo al celibato. Alfonso habría estado en desacuerdo. «La soledad, habría dicho él, es el temor natural a la extinción. Es así de sencillo. Es la Resurrección la que nos libera de la soledad y no la procreación ni la sociedad. La desviación es una pérdida de fe.»

Recuerdo que le dije:

—Intenta explicar eso como lo crees realmente.

Me miró fijamente con una leve sonrisa en los labios.

—Y tú no lo crees —dijo.

No era una pregunta.

Hoy le preguntaría: «¿Y qué hay de la desidia? ¿Qué ocurre con la tóxica mezcla de desidia y soledad? ¿Es ahí donde anida el germen de la desviación?»

Mullins se fingió sorprendido cuando le dije que me costaba mantenerme ocupado.

—Siempre que se aburra, venga a verme. Aquí hay mucho por hacer. —Su mejor año había sido cuando Brendan Bell había estado allí—. Me ayudaba en una docena de pequeñas cosas.

Aliviaba el trabajo más pesado. Por favor, siéntase usted como en su casa —dijo—. Mejor aún, siéntase usted como en su propia parroquia.

—¿Alguien le ha dicho que Brendan ha colgado los hábitos? —pregunté—. Se ha ido. Para casarse.

—No me sorprende en absoluto. Nuestro Brendan Bell era un animal demasiado social para tanta algarabía como hay aquí.

Según declaró, la verdad de la cuestión era que no había mucho que hacer a menos que uno se esforzara por ser útil. Sobre todo en un lugar como Creignish, donde no había escuelas, cárceles ni hospitales. Es decir, un lugar que carecía de una masa crítica de desgracia. De modo que la única alternativa era salir y codearse con los lugareños para averiguar cuáles eran realmente sus necesidades. El aburrimiento era sin duda un lujo.

—Aunque no me sorprende que esto le parezca tranquilo —dijo—, sobre todo teniendo en cuenta todo el drama en el que se ha visto implicado hasta ahora.

La lacerante nieve oblitera el recuerdo de un clima más benigno. «¿Habrá un nuevo verano?» Intenté imaginarme al *Jacinta*, en ese momento en el dique seco, orgullosamente apuntalado entre sus hermanos y desafiante, con la proa apuntando a los afilados vientos del norte. Sentí un auténtico alivio al imaginarlo fuera del agua, a salvo del caprichoso y acelerado mar. Supongo que el mar es como una amante: impredecible en sus estados de ánimo y en sus necesidades físicas. Nunca sabemos cuándo va a golpearnos con el peso de una nueva demanda de atención o de legitimidad. Empero, tampoco es que sea un experto en amantes. Ni en mujeres en ninguna de sus variantes. Tampoco lo soy en barcos.

Sin embargo, el nombre era perfecto. *Jacinta*.

8 de febrero, quinto domingo tras la epifanía, el padre a. habla esta noche de su infancia, tres hermanos y cuatro hermanas, muy pobres, trabajan un pequeño terreno para poder subsistir, coloca en perspectiva mi propia niñez, pero quiero saber más sobre ella, es un misterio, dice él. viene de las montañas de el salvador, cree que probablemente debió de estar casada en su país.

Había empezado a profesar un reticente respeto por el viejo Mullins. El aislamiento no parecía molestarle. Quizá se daba cuenta de que yo tenía demasiadas cosas en la cabeza. Quizá pensaba que era uno de esos pobres tipos que piensan demasiado. Que se refocilan en las lamentaciones. Me dijo sin rodeos que el decanato exige comprender los sentimientos de mucha gente, que eran tiempos difíciles para todos nosotros y que existían muchos sentimientos encontrados sobre cómo se habían llevado las cosas. Me dijo también que no me tomara como algo personal los pequeños detalles, como mis misteriosos contactos con el obispo, mi misteriosa relación con ciertas... desapariciones.

—¿Sabe cómo le llamaban? —preguntó.

—Sí —respondí.

Se rió, negando con la cabeza.

—En ese caso, entiende a lo que me refiero. Pero no se preocupe. Algún día todo eso jugara a su favor. ¿Monseñor MacAskill, quizá? Suena bien, ¿no le parece?

Pero ¿qué habría pensado Mullins de haber sabido lo que me había ocurrido esa misma mañana? Mientras caminaba por el centro comercial, debatiéndome contra la oleada de histeria propia de la temporada, reparé en una joven que se acercaba a mí entre una multitud de compradores. Aunque nuestras miradas se cruzaron un breve instante, la reconocí enseguida. Ella se sonrojó en el acto, desvió la mirada y pasó sin detenerse por mi lado. Llevaba a un niño de la

mano. El pequeño me miraba fijamente mientras ella tiraba de él, alejándose ya. Me di cuenta entonces de que, allí de pie, era presa de una suerte de parálisis. Seguí caminando, sonrojado y tembloroso, sin estar ya seguro de qué hacía allí. Como resultó que estaba junto a la tienda de licores, decidí entrar.

El dependiente pareció conocerme y también creí percibir algo familiar en su rostro. Su nombre, sin embargo, no me dijo nada.

—Usted es de Long Stretch, ¿verdad?

—Así es.

—Conocía a los Gillis. Eran también de allí. ¿No será familiar suyo?

—No. Éramos vecinos.

—Gillis es un nombre muy común por aquí. Uno de ellos acaba de volver después de mucho tiempo.

—Sextus, sí.

—¿Le conoce?

—Sí.

—Menuda pieza, el tal Sextus.

—Supongo.

La mujer y el niño me esperaban fuera cuando salí con la bolsa y las tintineantes botellas.

Estaba cruzada de brazos. Tenía los ojos bien abiertos y secos, pero sus labios se habían contraído en un pequeño y tenso mohín, presumiblemente en un intento por impedir que le temblara el labio inferior. Tenía la cabeza inclinada a un lado.

«Ya no es hermosa», pensé. Sus rasgos habían sufrido la erosión que la vida le había infligido desde —¿qué año era exactamente?—, justo después de Honduras. ¿Era 1977 o 1978? Me acordé del nombre del sacerdote y de que yo nunca había llegado a saber el de ella, ni siquiera entonces. «La vida está plagada de ausencias temporales», creo que le dije.

—Cuando me di cuenta de que él no volvería de donde usted le había enviado, supe que tendría que deshacerme del bebé —explicó—. He creído que le gustaría saberlo.

Miré fijamente al pequeño.

—Es el hijo de mi hermana —dijo—. Sólo tiene cinco años. —Y añadió entonces—: ¿Acaso ha creído que...? Por el amor de Dios, mi pequeño tendría ahora casi dieciséis años. —Me miraba fijamente. Parte de la aparente furia parecía haber desaparecido.

—Lo siento. El tiempo pasa tan...

—Eso es patético —me espetó.

Y entonces simplemente se dio la vuelta y se marchó con el niño trotando tras ella.

Es en momentos así, en esos instantes de angustiosa desidia, cuando oigo en mi cabeza el zumbido de plegarias recordadas. La ausencia de estímulos externos produce un vacío que debe llenar la memoria y la imaginación. Oímos las voces internas cuando no hay más sonido que el de la conciencia. Siempre intento acallarlas con la oración. Viejas fórmulas que moran en el recuerdo, palabras fusionadas a base de repetición en rítmicas estrofas. Una suerte de poesía.

La mente angustiada revolotea como la nieve, reorganizando bancos de memoria.

¿Qué pensaría nuestro padre si pudiera ver ahora la vieja casona? La cocina es de un color amarillo solar. Alfombras orientales cubren el suelo. La antigua habitación de Effie, pegada a la cocina, es ahora una oficina. Hay una mesa de madera rústica y una silla. Un archivador. Sus libros y manuscritos, que llegaron en cajas desde la ciudad, se apilaron de cualquier modo cuando estuvo aquí el pasado verano.

Un día le pregunté:

—¿Y qué ha sido de los fantasmas? ¿Dónde quedaron los recuerdos?

—Lo sabes tan bien como yo —respondió con esa interrogante sonrisa que ilumina su rostro.

—Admiro tu fuerza —le dije.

—Adquirimos la fuerza de la resistencia, deberías saberlo. Luchar por la supervivencia nos hace invencibles. Eso, naturalmente, si logramos sobrevivir. —Me acarició la mejilla—. ¿Qué ocurre? Pareces a punto de echarte a llorar.

—Oh, vamos. ¿Llorar? ¿Yo?

El viento, la escarcha y la humedad de las ventanas forman exquisitos diseños como el encaje, impresos hehechos de cristal dotados de detalles faciales humanos. La tormenta, cada vez más intensa, estropea el hipnótico silencio, desatando los fragmentos de toda una vida.

Recuerdo que la llamada del obispo en 1980 fue del todo inesperada. Quería que nos reuniéramos en el palacio para discutir un asunto urgente de cierta delicadeza. Supuse que se trataba de otra asistenta embarazada o de algún idiota que había decidido casarse. Existe cierta inestabilidad en mi generación de sacerdotes, quizás en parte debida a las nociones liberadoras de Juan XXIII, el gran humanista, que había abierto las puertas a los románticos, a gente con una nebulosa concepción de la teología, imbuidos de impulsos adolescentes sobre el amor. En el seminario, mi clase estaba llena de ellos. Místicos jipis con confusas nociones sobre la caridad y la santidad que no sabían distinguir entre los impulsos camales y el altruismo. Destinados al desastre. Aunque era algo que se olía a la legua, no se podía hacer nada al respecto. Son los mismos que empezaron a abandonar el barco en la década de 1970 para casarse y procrear como lo hacen los buenos católicos.

Sin embargo, en cuanto llegué al palacio supe que se trataba de algo más serio. Lo vi escrito en el rostro del viejo.

Cuando me lo dijo, insistí en que no tenía estómago para lo que me estaba contando ni para lo que quería que hiciera. Sin duda debía de recordar por qué me había desterrado al Tercer Mundo.

—Maldita sea, yo no le desterré a ninguna parte —protestó con el rostro encendido—. Quiero que lo entienda de una vez. —Desvió la mirada, de pronto arrepentido por haber blasfemado.

Seguí sentado, esperando. Un punto a su favor.

El sacerdote en cuestión era un antiguo compañero de clase del Sagrado Corazón. El obispo me aseguró que yo era el único hombre que tenía con los arrestos necesarios para encargarse del asunto.

—¿Arrestos?

—Esa es una de las cosas que sin duda tiene usted. Arrestos, cojones. Llámeme como quiera. Jamás le había oído hablar de ese modo.

—Tiene lo que hay que tener —dijo, apuntándome con el índice al estómago—. Soy capaz de reconocer a un hombre fuerte a un kilómetro de distancia.

—Además, tengo experiencia práctica. ¿No es eso de lo que se trata, a fin de cuentas?

—No sé a qué se refiere. —Realmente parecía hablar en serio. —Seguramente se acordará usted de...

—Esto es distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—Esa vez se equivocó. Del todo. Pero no volvamos a eso. Lo que tenemos entre manos es una situación totalmente diferente.

—¿Qué es lo que es diferente?

—Un laico se ha quejado. Alguien intenta causar problemas. —De acuerdo —dije, cansado

—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—En primer lugar, tendremos que hablar con la familia y convencerles de que nos estamos tomando el asunto en serio y que adoptaremos las medidas apropiadas. Eso es básicamente lo que deben saber. Que vamos a tomar claras medidas en el asunto.

—¿Qué clase de medidas?

—Eso lo descubriremos a medida que avancemos. No es algo para lo que exista un protocolo determinado. Y Dios no permita que tengamos que volver a enfrentarnos con una cuestión semejante en el futuro.

Recuerdo que en ese momento me pregunté: «¿De verdad lo cree? ¿De verdad cree que me equivoqué?»

El obispo dijo que la ley canónica era clara: «No bajar nunca la guardia».

—Debe pensar en ellos como si fueran desconocidos —añadió antes de que me marchara del palacio esa noche—. Utilizarán cualquier cosa: la camaradería, la hermandad de la sotana. No lo olvide: están descalabrados y también desesperados, pero usted tiene que hacer su trabajo.

Debió de ser la expresión de sus ojos lo que me recordó a Calero, el policía de Honduras. Antiguo soldado, hablaba del asesinato con una autoridad impresionante. Sonreía con suavidad, aunque con una aterradora intensidad en los ojos. «Jamás vacilar —decía Calero—. No se debe permitir jamás el contacto visual como yo lo estoy haciendo ahora. Ni decir nada. Hay que acercarse rápidamente. Hacerlo. Soltar el arma. Marcharse. Cerrar el corazón y sellarlo del hecho en sí.» Le brillaban los ojos. «Esto es útil para muchas situaciones. Librarse de un mal empleado, de una novia problemática o simplemente para eliminar a un enemigo peligroso. Es lo mismo.» Sonreía.

Recordé también que Alfonso se marchó de la habitación en silencio.

—¿Qué le pasa? —preguntó Calero.

Me encogí de hombros.

Se rió.

—Esto no es exactamente matar. Es más bien reprogramar un poco el calendario. A fin de cuentas, todos tenemos que morir algún día.

El obispo dijo:

—No dude en utilizar todo el ceremonial de la autoridad. Póngaselo todo: traje negro, alzacuellos y estola. Y la casulla, si es necesario. Cuélguese el crucifijo. Estoy bromeando, naturalmente. Pero atraiga la atención sobre la institución. Y no olvide que es la integridad de la institución la que está en juego, algo mayor y más importante que todo lo demás y que todos nosotros.

Una sola mirada al hombre que salió a recibirme a la puerta durante esa primera e incómoda visita a la familia en cuestión me convenció al instante de que los consejos del obispo eran correctos. Se trataba de un tipo de hombros anchos y tripa prominente. Según el archivo, un operario de equipos pesados. Obviamente hostil. Quizás había esperado un encuentro con otro pervertido en potencia. Sin embargo, en presencia de un hábito, las líneas de su curtido rostro enseguida se suavizaron para recomponerse en una máscara de dolor y confusión.

—Pase —dijo.

El chico estaba en el salón con su madre, que fumaba un cigarrillo y cuyo rostro era una máscara de desprecio.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté.

Su padre respondió.

—Hará unos cinco años. Cuando servía como monaguillo. En aquel entonces no sospechamos

nada. Nos hemos enterado hace poco. En el colegio, gracias a la ayuda de un psicólogo.

—¿Qué edad tenías? —pregunté, dirigiéndome directamente al chico.

—Sólo tenía once malditos años —respondió la madre.

—Probablemente conozca usted al tipo —dijo el padre—. Debía de tener su edad.

—¿Te sentirías cómodo contándome lo que ocurrió? —insistí amablemente, ignorando a los padres.

El chico se encogió de hombros, levemente sonrojado.

—Adelante —dijo el padre, encendiendo un cigarrillo.

—Fue él quien vino a verme —explicó el muchacho—. Estábamos sentados hablando. Muy cerca el uno del otro. Entonces empezó a hablarme de cosas sexuales. Me dijo que no tenía por qué sentirme mal si me..., ya me entiende. Y que los curas también se empalman a veces. Y me cogió la mano para enseñármelo y yo no le di importancia. Era un cura, ¿no? Pero entonces empezó a...

Sentí en ese instante que una sustancia líquida me recorría las entrañas.

El padre le interrumpió.

—Siempre supe que había algo raro en ese tipo. Bastaba con ver la cantidad de jovencitos que frecuentaban la rectoría. Les regalaba cosas y hasta les prestaba el coche. Ahora he sabido que hasta les dejaba beber.

—Sólo cerveza —dijo el muchacho.

—Les ofrecía alcohol —le corrigió el padre.

—¿Podrías decirme hasta dónde llegó? —pregunté—. Te tomó la mano.

—Preferiría no hacerlo —respondió el muchacho, mirando nervioso a su padre.

—He conseguido que lo escribiera. —El hombre me dio un grueso sobre—. Esto se prolongó durante bastante tiempo. Aquí está todo.

—Bien —dije—. Lo leeré. Podemos volver a hablar. Mientras tanto...

—El muchacho quería ir a la policía —anunció el padre—, pero se lo impedí. Supuse que no tenía mucho sentido. ¿La poli persiguiendo a un cura? No me parece muy probable, ¿eh? He pensado que lo mejor era que el obispo se encargara del asunto.

—Ha hecho usted lo correcto —dije.

—Quiero ver a ese bastardo entre rejas —soltó el muchacho con los ojos de pronto llenos de lágrimas.

—Cierra la boca —se apresuró a replicar su padre—. Sigue siendo un cura.

Continué sentado durante un largo instante con la cabeza gacha y las manos entrelazadas delante del rostro, luchando contra la vergüenza y la náusea. La habitación estaba en silencio. «Ayúdame con esto —pensaba—. Ayúdame a encontrar las palabras y la sabiduría para navegar por esto.» Entonces sentí la ira apoderándose de mí al tiempo que imaginaba al idiota que se había expuesto, a él y a todos nosotros, a esa dificultad potencialmente letal. Y fui presa de una inesperada oleada de resentimiento dirigida al lloriqueante adolescente que estaba delante de mí, sacando a la luz toda esa basura para desviar la atención de sabe Dios qué crisis en su desgraciada vida.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dije santiguándome.

El padre, la madre y el hijo bajaron sus rostros al instante y entrelazaron las manos.

—Señor, danos consuelo en este momento de dolor y de pesar. Y concédenos la sabiduría para comportarnos guiados por un espíritu de justicia y de sanación.

Seguimos así sentados durante medio minuto. Luego me levanté, con el maldito sobre en la mano, y me acerqué al muchacho. Le tendí la mano y estreché la suya.

—Leeré esto. Ha sido muy acertado ponerlo por escrito. Pero deberías saber que no tengo duda, la menor duda, sobre la verdad de lo que me estás contando. Te creo. El obispo tendrá noticia de esto. Se adoptarán medidas correctivas. No hay nada que la policía pueda hacer en este momento, pero si eso cambia, te prometo que no ahorraremos el menor esfuerzo para asegurarnos de que nada parecido vuelva a ocurrir.

—Yo no fui el único —dijo el muchacho.

—Eso da igual —intervino el progenitor—. El padre acaba de decirnos que se ocupará del asunto.

—Que Dios les bendiga —dije, acompañando mis palabras con un breve gesto de bendición.

Ya en la puerta, el hombre confesó que el muchacho estaba pasando por un momento difícil. Le iba mal en el colegio. Hacía poco que habían encontrado ciertas pastillas en el bolsillo de su abrigo. Resultó que eran calmantes. Se las había robado a su abuela, que tenía un tumor cerebral. Siempre habían sido una familia abierta que hablaba las cosas. Había supuesto que lidiarían con el problema de las pastillas con toda normalidad. Fue entonces cuando aparecieron las historias sobre el sacerdote.

—Creo al muchacho —dijo el padre—. Aunque algo me dice que todo esto forma parte de algo mayor.

Estuve de acuerdo con él.

—Están en lo cierto —le dije más tarde al obispo—. Creo que ocurrió algo de mayor envergadura.

—Siempre sospeché de ese tipo —dijo el obispo—. Siempre organizando actividades «juveniles» fuera de la parroquia. Un gran aficionado a los deportes. ¿Qué cree que harán?

—No creo que hagan nada. ¿Qué hay de la carta?

—Yo me ocuparé de eso. ¿Y qué hay de nuestro amigo? ¿Qué deberíamos hacer con él?

—Dígamelo usted.

—Nos desharemos de él —dijo.

—¿Cómo?

—Ya se me ocurrirá algo. Por ahora, su misión ha terminado.

—¿Por ahora?

—Será mejor que sea usted quien le comunique la noticia. Son de la misma promoción, ¿me equivoco?

Mientras regresaba cruzando la ciudad al recinto universitario, no dejaba de preguntarme cómo no lo había visto en su día. Habíamos ido juntos al seminario. Le había visto una docena de veces desde que nos habíamos ordenado. ¿Estaba ciego acaso? ¿O quizás era que el sacerdocio le había cambiado? El obispo dijo que se alegraba de mi desconcierto. «Una buena señal», declaró.

Debería haberle preguntado por qué, según él, mi desconcierto era en esa ocasión una buena señal. La última vez que me había visto así me había enviado lejos. Entonces me acordé de lo que había dicho a la familia sobre la justicia. Algo sobre la justicia y la sanación.

«Has envilecido la palabra, me dije. ¿En qué clase de sacerdote te has convertido?»

—¿Qué hay de nuevo por la iglesia? —preguntó mi padre.

Una pregunta sencilla, sin ánimo de mofa. Sostenía una taza de té delante de su rostro, el codo sobre la mesa. Cuando se llevó la taza a los labios, fue cuando vi el temblor.

—He hablado con el padre después de misa.

—Oh, vamos. Espero que no le hayas hablado de mí. —Cuando se rió, se le escapó un hilillo

de té de la comisura de la boca.

—Hemos estado hablando de lo que haré después de graduarme el año que viene.

—Ah, sí. ¿Crees que te graduarás?

—¿De qué parte de Escocia era mi madre? —pregunté, y su rostro se ensombreció.

—¿Y a quién le importa eso?

—Necesito saberlo. Necesito mi partida de bautismo. Y también tengo que saber dónde naciste y dónde te bautizaron. Y cuándo. Además de los nombres de tus padres.

Desvió la mirada.

—¿Y qué interés puede tener el cura en nuestro árbol genealógico? —dijo, velando su mirada.

—Yo necesito saberlo.

Se encogió de hombros.

—Tengo una Biblia arriba. Se la dieron a tu madre. Cuando se marchó de su casa, en el viejo país. La buscaré. Creo que contiene una página de nombres.

—¿En serio?

—En cuanto a mí... —Se rió—. Bueno..., quizá lleve un poco más de tiempo.

—Me dijiste que eras adoptado.

Me dedicó una penetrante mirada, como si estuviera a punto de hablar. Luego apartó los ojos, tomó un tembloroso sorbo de la» taza y la dejó encima de la mesa. Empezó entonces a liar un cigarrillo.

—¿Dónde naciste? —insistí.

Suspiró.

—Allí atrás —respondió tras una larga pausa.

—¿Allí atrás dónde?

—¿Qué más da eso?

—¿Y si importa?

—¿Por qué iba a importar?

—Creo que quiero ser sacerdote.

—¿Cómo?

—Tienen que saber esas cosas. Seguro que hay un registro de adopciones.

Se rió.

—¿Registro de qué? Mi madre se deshizo de mí. Nunca volví a verla. Ni siquiera podría decirte cómo era. A menudo decían: «Nunca tuvo madre. Fue su tía quien le tuvo». Cómico, ¿eh? Eso es lo que he tenido que soportar.

—Pero...

—Di a quien quiera saberlo que no es asunto suyo, demonios.

—Una vez me dijiste que tu madre era de un lugar llamado Hawthorne.

—¿Yo te dije eso? —Esperaba rabia, pero sus ojos reflejaban sólo tristeza.

Le miré fijamente.

Él se levantó, desvió la mirada y se dirigió hacia la puerta. Justo antes de cerrarla, se volvió y dijo:

—Jamás serás sacerdote.

Seguí sin apartar los ojos de él.

—En el sacerdocio los hijos de los bastardos no son bienvenidos.

Pregunté a Alfonso:

—¿Por qué te hiciste sacerdote?

—*Porque soy un cobarde —fue su respuesta.*

Vio la confusión en mi rostro.

—*El sacerdocio fue mi disfraz —dijo—. Mi seguro de vida. Aunque, desafortunadamente, tenía esta necesidad de hacer algo.*

—*¿Qué alternativa tenías?*

Se rió.

—*¿Un Ak cuarenta y siete quizá?*

Volví a oír en mi cabeza las palabras del obispo: «Son hombres desesperados. Utilizarán cualquier argucia». El policía de Honduras lo había dejado muy claro: había que ser raudo y limpio. Y así file como lo hice. Recuerdo que se le iluminó la cara al verme de pie delante de su puerta. Su viejo compañero de clase del Sagrado Corazón. No sonreí. Una vez dentro, no vacilé.

—Estás metido en un buen lío.

Sollozó. Los sollozos se convirtieron en espasmos.

—Esto matará a mi madre —dijo—. Su única ilusión era ver ordenado sacerdote a alguno de sus hijos. Yo era el menor de siete hermanos. Su última oportunidad. Se dejaron la vida para que pudiera salir adelante. ¿Y ahora?

Batallé para mantener al policía hondureño en primera línea de mi cabeza. «No le escuches. La desesperación proporciona gran fuerza a los condenados.»

—Fuimos juntos al seminario...

Le corté.

—Tu madre no tiene por qué enterarse. De hecho, de eso se trata. Nadie tiene que saberlo.

—Lo sabrá.

—Deberías haberlo pensado hace años. Comportate como un hombre por una vez.

Su mirada fue de incredulidad. ¿Cómo un hombre?

—Que Dios te perdone —dijo.

¿Perdonarme? ¿A mí?

El obispo sonreía cuando le informé sobre cómo habían ido las cosas.

—Puede relajarse sobre su pobre y anciana madre —dijo—. Le hemos destinado a Boston. Supongo que, con los irlandeses y con los italianos que hay allí, se mantendrá limpio si sabe lo que le conviene.

Recuerdo que me embargó un inesperado sentimiento de éxito.

—Debemos ser cautelosos —dijo el obispo, pasándome un brazo por los hombros en un gesto de claro compañerismo—. Y no quedarnos con la parte relativa a la homosexualidad implícita en la cuestión. En la repulsión natural. —Hizo una mueca para reforzar su argumentación—. Tiene que controlar la imaginación y dejar a un lado sus prejuicios. Esto no tiene nada que ver con ser raro. Sería lo mismo si se dedicaran a ir detrás de las mujeres. De lo que se trata aquí es de la violación de un voto sagrado. Es un acto de rebeldía personal que desafía los cimientos de la Iglesia, poniendo en peligro la fe de la gente común. Escándalo, Duncan. Se trata del escándalo, de la Santa Madre Iglesia víctima del escándalo por obra de simples hombrecillos, débiles e inadaptados. Debemos deshacernos de ellos. Si esta basura llega a saberse..., es difícil imaginar cuál puede ser el impacto. Usted sabe muy bien hasta qué punto le afectó lo que sólo creyó ver. Imagínese lo que puede haber sentido alguien que haya pasado realmente por eso.

¿Realmente?

Me reí. Fue tan sólo una expresión refleja de sorpresa. El obispo esperó que mi ánimo cambiara.

De pronto la habitación se me antojó pequeña y sofocante.

—No tiene usted buen aspecto —dijo.

—Estoy bien —fue mi respuesta.

Alfonso me dijo que era el primero de su familia que había pasado de quinto curso en el colegio.

—Yo también —dije.

Según me explicó, la gente estaba maravillada.

—¿Te había dicho que mi padre era mestizo? ¿Qué todos creían que yo no llegaría a nada?

Un mestizo... descendiente de los Pipil.

—¿Los qué?

—Los Pipil, una antigua comunidad.

—Un hombre de los Pipil —dije.

Desvió la mirada y suspiró.

—Muy original —se limitó a decir.

—Difícil —dije—. Me hago cargo, créeme. En mi caso, viniendo de donde venía, nadie confiaba en que yo llegaría a nada. Mi padre era... hijo ilegítimo. Un borracho. No me querían por su culpa.

Tomó mi mano en la suya.

—Somos hermanos —dijo—. Ni a ti ni a mí nos han querido nunca.

—Una vocación —sería una auténtica bendición para la parroquia —dijo el padre—. El último caso data de antes de mis días. El padre MacFarlane, creo.

Le escuché atentamente.

—De modo que, cuando vea al obispo, haga hincapié en su propia determinación. En la pureza de la llamada que ha oído. Menciónale incluso las voces.

Asentí con la cabeza.

—¿Ha oído las voces?

Negué con la cabeza.

—A veces ocurre. Todos los santos oyeron voces. Es una inconfundible señal de santidad.

Sí.

—Así que, cuando vea a su excelencia, deberá usted maquillar ciertas... manchas familiares. Por parte de padre.

—Sí, padre.

—Haga hincapié en su dedicación a la gran familia. A su auténtica y Santa Madre Iglesia.

—Sí.

—Entonces, ¿está claro?

—Del todo.

Le dije al obispo:

—Los registros se perdieron en un incendio. Ya sabe cómo son estas cosas. Las viejas iglesias de madera arden con frecuencia. En esos días ocurría constantemente.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana, envolviéndole en un halo de beatitud. El propio Dios de todos los cielos veía divertido la escena. Casi se oían suspiros celestiales, aunque decían: «¡Mirad quién quiere ser sacerdote! ¡Escuchadle!»

Su excelencia asentía con la cabeza. Era nuestro tercer encuentro. Según dijo, le sorprendía verme de nuevo allí.

—¿Un incendio? —preguntó—. Supongo que habrá un registro de ese... ¿fuego?

Pasé por alto la pregunta.

—Durante el invierno se cubrían las estufas con cenizas la noche antes de la misa. Algo solía sobrecalentarse. Las chimeneas prendían. —Me encogí de hombros.

El obispo suspiró.

—Era espantoso —murmuró—. La destrucción, debida en gran parte al descuido.

Pensé entonces: «Se lo está tragando».

—Los documentos de la mitad del resto de la diócesis han desaparecido —dije—. Supongo que podríamos conseguir un affidavit.

—Un affidavit, ¿eh? Debería estudiar usted derecho canónico —dijo medio en broma. Lo tomé como un intento de animarme.

Todavía puedo verle allí sentado, debajo del reluciente crucifijo, con las manos entrelazadas sobre el estómago. Sonriendo, caviloso.

Se sacudió, como en un intento por debatirse contra el aburrimiento.

—Normalmente necesitamos algún tipo de documentación. Para probar al menos que es católico. Que está bautizado. Confirmado. También nos gusta saber algo sobre la calidad de la vida familiar. No estoy seguro de que un affidavit sea suficiente. Ya sabe la opinión que merecen los affidavits.

—No.

—Un tipo miente y el otro jura sobre su afirmación.

—Tienen ustedes mi partida de bautismo. Mi madre murió. Tienen su certificado de defunción. El resto deberá ser una cuestión de... fe.

Sonrió, cogió un documento de encima de la mesa y lo estudió con atención.

—Tuberculosis —dijo, negando con la cabeza—. Qué espanto la masacre que provocó en esta zona. Como en el Tercer Mundo. Igual.

—Mi madre era escocesa. De una isla de las Hébridas. He escrito a una parroquia de allí, pero llevará algún tiempo. En cualquier caso, según tengo entendido, allí todo el mundo es católico. Me refiero al lugar de donde era originaria. Me gustaría empezar el otoño que viene.

El obispo no parecía escuchar.

—Pero ¿no sabe usted nada sobre la familia de su padre?

—Cómo le he dicho, los registros se han perdido.

—¿Y él no puede decirle nada?

—Sufre de trauma de guerra —dije.

—Conoció a su madre en el extranjero.

—Sí. En Inglaterra. De hecho, yo nací allí.

—¿Su padre estuvo en los CBH? —dijo por fin.

Asentí con la cabeza. Sí. En los Cape Breton Highlanders.

—¿Sirvió en Italia?

—Y en el noroeste de Europa. En Holanda.

—Y no ha podido trabajar desde que volvió de la guerra. Asentí de nuevo.

—Yo serví en los North Novies, pero era muy joven. Ya faltaba poco para el final y no pude entrar en acción. Lo más cerca que estuve de la primera línea fue Camp Borden. Siempre me he arrepentido. Me perdí el mayor acontecimiento de mi vida. —Suspiró—. Así que no tiene ni idea del lugar del que procede la familia de su padre.

—He oído hablar de un lugar llamado Hawthorne. En la parroquia de Port Hood.

—MacAskill no es un nombre muy común en esta zona para un católico. Por eso pregunto.

Podría haber... impedimentos. ¿Me comprende?

—Por supuesto. No pueden admitir al primero que se presente.

—Palabras más sabias no fueron nunca pronunciadas —dijo.

Fue al final de la cuarta visita cuando el obispo me dijo:

—Voy a darle el beneficio de la duda. Consideraremos la genealogía de su padre una pequeña... laguna, como decimos nosotros. Un pequeño desajuste.

Lo pronunció «desajuste», como solía hacerlo mi padre. Y de pronto me sorprendió reparar en la semejanza que existía entre los dos.

—No se arrepentirá —prometí.

Por la mañana me despertó el rugido de una máquina procedente del camino de acceso a la casa. La tormenta había terminado, probablemente a altas horas de la noche a juzgar por la nieve acumulada en los campos. Por la ventana vi a Bobby en su tractor con la pala en el suelo, cavando grandes agujeros en los suaves mantos de nieve que bloqueaban el camino. Se movía metódicamente, atacando la profunda barrera blanca que durante un breve suspiro había ofrecido una excusa para mi aislamiento.

LA NAVIDAD ocupa temporalmente la memoria. Y la memoria torna agridulce la Navidad. Cada uno de nuestros sentidos almacena año tras año impresiones idénticas. Oímos los mismos sonidos, vemos los mismos colores, aspiramos las mismas fragancias. El lenguaje de la Navidad es inmutable, colmado de falsa celebración y de histérica buena voluntad. Personalmente, preferiría pasar la Navidad en el Tercer Mundo.

—¡El Tercer Mundo! —Stella se reía de mí.

Había llamado por teléfono hacía dos días. Íbamos a celebrar la Navidad en Hawthorne, en casa de Danny. Quería que fuéramos todos, incluso Sextus. Ellos se conocían desde que eran jóvenes y trabajaban en Toronto. «Necesita el apoyo de los amigos —pensé—. Está batallando contra la enfermedad. Siente su propia mortalidad.»

Le dije a Stella que esperaba la llegada de mi hermana, que había decidido pasar las vacaciones conmigo.

—Pues tráigala con usted —sugirió—. Me encantaría conocerla. Sextus me lo ha contado todo sobre ella.

«Lo dudo», pensé. Aunque me limité a decir:

—Se lo haré saber.

—Prepararé una habitación —comuniqué a Effie en cuanto me anunció sus planes.

—No te molestes —fue su respuesta—. Creo que me quedaré en el pueblo.

No insistí. Sabía a qué se refería.

—¿Y qué hay de Cassie? —pregunté. Cassie es la hija de Effie, mi sobrina.

—Está planeando sus propias vacaciones. Ella y unos amigos periodistas se van a México, creo. Ya sabes, Navidad con calor. La verdad es que yo no puedo ni imaginármelo, pero es su elección. Así que, en vez de pasar las vacaciones sola, me he decidido. Un pequeño arrebato.

—Supongo que alquilarás un coche.

—No. Sextus irá a recogerme al aeropuerto.

Stella dijo que me recogería a las cinco. Habían planeado cenar temprano. Hacía calor en el coche y el aire estaba ligeramente perfumado. «Su habitación probablemente huele así», pensé. La música murmuraba desde un disco en el equipo del coche. Era un clásico tema navideño. La oscuridad resultaba cada vez más densa a medida que avanzábamos. Suaves sombras de luz roja, verde y blanca convertían en una golosina la nieve acumulada delante de las casas refulgentes que encontrábamos a nuestro paso. «En un día tan inusual como éste —pensé—, podemos creer que todo es armonía y amor en esas inescrutables viviendas, a pesar de que la experiencia nos lleve a afirmar lo contrario.» Una vez pasado Long Point, una luna rechoncha brillaba sobre la inmensa bahía.

Avanzamos en silencio, concentrados en la carretera, sin embargo en una ocasión miré a hurtadillas a Stella y vislumbré una leve sonrisa en su rostro.

Cuando subíamos por la carretera de Hawthorne⁶, dijo:

—Siempre me había tenido por una persona de mar. Pero aquí arriba hay algo especial. No sé si sabe que este lugar se llama así por el escritor norteamericano.

—No, no lo sabía.

Asentía con la cabeza.

—Creía que era por el árbol —dije—. Según he oído, la corona de espinas que Cristo llevó en la cabeza procedía del espino.

—No me sorprendería. El árbol de las espinas. Entonces llegamos a casa de Danny.

Sextus y Effie ya estaban allí. El parecía haber sido nombrado el camarero de la velada y tras servir una copa me la dio, al tiempo que lanzaba una mirada salaz a Stella.

—Creo que la conoces —dije—. Del tenis.

—¿Stella? Ah, sí. La maravillosa e impenetrable Stella.

—¿A qué te refieres?

—Una mujer plagada de misterios. Si eres capaz de superar eso, eres mucho mejor hombre que yo. Tiene un revés mortífero.

Me guiñó el ojo y yo me reí, restando importancia al comentario.

Mientras esperábamos para cenar, Danny y Sextus divertieron a los invitados con sus tremendos relatos sobre sus fechorías durante sus años de juventud lejos de allí. Yo vigilaba al joven Danny, intentando ver cómo reaccionaba a las exageradas anécdotas. Tenía el rostro encendido y sonreía, dando muestras de un afecto tolerante. Se me ocurrió que la suya era la expresión de alguien que es poseedor de sus propias historias.

—Así que es usted el nuevo párroco de Creignish —dijo un hombre de mediana edad sentado a mi lado.

—En efecto —respondí, intentando recordar su nombre. William algo... No estaba seguro. El primo de Stella, que vivía con su tía. Era un tipo alto, aproximadamente de mi estatura, con una gran tripa, un rostro coloreado y ojos acuosos que apuntaban a un historial de buen bebedor.

—Willie Beaton —dijo tendiéndome la mano.

Se la estreché brevemente.

—Me parto al pensar en las historias que no tardarán en explicar —dijo al tiempo que asentía con la cabeza hacia Danny Ban—. Menudo par de piezas estaban hechos esos dos, pero no se crea usted ni la mitad de lo que cuentan. Si le llamaban Danny Bad sería por algo.

Me limité a sonreír.

—Aunque supongo que todos tenemos nuestras historias que contar, ¿eh, padre? —añadió con una insinuante sonrisa.

De pronto la habitación se me antojó excesivamente calurosa. Había una espantosa igualdad en todas las escenas. Todas las habitaciones parecían oler igual y tener el mismo aspecto. Colores pastel. Muebles pesados, probablemente comprados a algunos de esos fabricantes de pago a plazos que anunciaban sus mercancías a gritos en sus televisores de tamaños desmesurados. Estufas de leña suecas. Habitaciones excesivamente caldeadas. Largos silencios. En un primer momento, me sentí confundido por la tensión, que terminé por atribuir a la vergüenza que embargaba a aquellos a los que llamábamos las «víctimas».

A pesar de lo mucho que he aprendido desde entonces, sigo dándole vueltas a esa palabra. «Víctima.» ¿Qué es lo que en realidad representa? ¿Incertidumbre? ¿Culpa? ¿Víctimas de quién? ¿Del depredador? ¿De sus propias debilidades? ¿Qué compleja urdimbre de circunstancias oculta ese profiláctico término?

—Eso no es asunto suyo —dijo el obispo—. ¿Circunstancias? Eso hay que dejárselo a la policía y a los abogados. A nosotros nos corresponde poner en orden estas cosas antes de que esa gente se vea involucrada.

—¿Y si es dinero lo que quieren?

—Lidiaremos con eso llegado el caso.

—Mi esposa tenía cita con el médico —dijo el hombre, dándome un tazón de café—. Está en

tratamiento desde que empezó toda esta mierda.

Estaba sentado delante de mí, al otro lado de una mesa baja. Había un gran libro de arte junto a un cenicero de cristal rojo. Recuerdas los oscuros detalles. Amortiguan el conjunto de odiosas realidades. Era un empresario. Llevaba vaqueros nuevos y apergaminados, aunque sin lavar. Ni mi traje formal ni mi alzacuellos significaban nada para él. Las circunstancias nos convertían en iguales.

—El chico está en el colegio. Me ha parecido que debíamos hablar de esto de hombre a hombre.

—Bien. No obstante, me gustaría verle.

—Y le verá. Llegará dentro de un par de horas. ¿Qué tal el viaje hasta aquí?

A pesar de que era una distancia que podía hacerse en dos horas, yo había tardado tres. A esas alturas ya había desarrollado una patente aversión hacia esa suerte de desplazamientos. Había hecho un alto en un pequeño restaurante, donde me había quedado a tomar el té mientras pude soportar las miradas y la atención que provocaba mi traje negro y el alzacuellos.

—No es fácil hablar de esto —dijo el hombre—. Pero vayamos al grano, será lo mejor. Quiero que ese hombre se largue de aquí ahora mismo. Me da igual dónde vaya, pero lo quiero lejos. Preferiblemente, fuera de la Iglesia.

—Lo entiendo —dije.

—Si no fuera usted un maldito cura, le pegaba un tiro, y espero que me disculpe por mi lenguaje. —El desprecio que asomó a su rostro era absoluto—. Se lo diré sin rodeos y no quiero que se lo tome como algo personal, pero simplemente tenerle aquí sentado me causa un problema. Eso es lo que ha conseguido. Eso es lo que ese hombre me ha hecho, por el amor de Dios. No quiero pensar en el muchacho ni en cómo se siente. —Agitó en vano una mano en dirección a mí y a continuación desvió la mirada—. Ese alzacuellos... Dios, yo mismo fui monaguillo. Ese alzacuellos significaba mucho. De hecho, había en él más autoridad que en una placa. ¿Y ahora? Podría... arrancárselo.

—Si cree que eso ayudaría, yo mismo me lo...

—No, no. Santo Dios. No lo haga. Lo siento.

Ya entonces era una historia harto conocida. Una familia devota. Los niños sirviendo en misa los domingos. Excursiones. Ni la menor sospecha de nada. Luego un cambio de personalidad. El niño parece de pronto introvertido, comunicativo, y da muestras de ciertos signos de rebeldía. En un principio creen que algo le duele. Luego encuentran marihuana o pastillas y durante un tiempo eso lo explica todo. Leen que el uso excesivo de cannabis les vuelve malhumorados y que provoca un detrimento del rendimiento escolar. Se produce una confrontación. Por fin, la lacrimógena y descorazonadora alegación.

—Supongo que es como si te dispararan —dijo el padre—. Mi padre estuvo en la guerra. Le hirieron en Francia, pocos días antes del día D. Dijo que en un principio no te enteras. El dolor llega después, gradualmente.

Dije que lo entendía.

—A Dios gracias que no está aquí para verlo —suspiró—. Papá era de la vieja escuela.

Tomé un par de sorbos de mi café y esperé. Tienen que sacarlo.

—Lo que me tiene así es que a menudo oía hablar de este tipo de cosas y siempre les restaba importancia. Decía que era un caso aislado. La manzana podrida que hay en cualquier barril. O de pronto te enterabas de algún caso que se había prolongado durante años. Me preguntaba entonces: ¿Cómo es posible que alguien sea una víctima durante años? De algún modo tienen que ser cómplices. Eso es lo que piensas. Se te olvida que son sólo niños, obligados a lidiar con el

máximo representante de la autoridad moral. —Pareció hacer una pausa, apartándose durante un instante de la línea de fuego de la amargura. Negó con la cabeza—. Entonces te pasa a ti. En tu propia familia.

—No se equivocaba del todo al creer que se trata de «incidentes aislados». Debo asegurarle que esto...

—Ya, claro —me interrumpió. Tenía el rostro encendido cuando levantó una mano admonitoria—. Ya somos mayores. No nos engañemos. He estado siguiendo lo que ocurre. En Newfoundland. En Estados Unidos. Lo que dicen los indios sobre esas escuelas.

Se levantó y se llevó mi tazón de café hasta la cafetera para rellenarlo. El espasmo de enojo pareció remitir.

—Es un niño estupendo —dijo, negando despacio con la cabeza—. Desde el día en que nació, sabíamos que iba a ser un niño especial. Dulce. Inteligente. Espiritual de un modo que no suelo apreciar en el resto de niños.

Percibí que volvía a embargarle una oleada de ultraje.

Encendió un cigarrillo y le dio unos golpecitos con el dedo para tirar la ceniza antes incluso de que hubiera aparecido.

—Esto era lo último que esperaba. Uno está preparado para las pequeñas fechorías, los cambios de humor, el alcohol y la marihuana. Quiero decir que tampoco hace tanto que yo era joven. Y ya pasamos por eso antes con su hermano mayor. Creí que había perdido la chaveta. Me refiero al alcohol. Incluso pensé en las drogas. Pero nada como esto.

Oportunidad táctica.

—¿Y dónde está ahora?

—¿Quién?

—Su hijo mayor.

—En Saint Mary's. Quizás haya oído usted hablar de él. Juega en el equipo de fútbol.

—Ah —dije sonriendo e insinuando así que en efecto había oído hablar de él.

—Pensábamos enviar al pequeño a Saint FX. Es ahí donde está usted, ¿no?

Intenté leer la insinuación en su rostro, aunque en vano.

—¿No intentó usted jugar al fútbol? Creo recordar...

—Hockey. Tiene buena memoria. De hecho, lo intenté en el equipo de Winnipeg. Cuando todavía existía la Asociación Mundial de Hockey. Pero echaba demasiado de menos esto. Estoy impresionado de que alguien lo recuerde. ¿Qué tal está el café?

—Bien —dije.

Durante un instante reinó un silencio sanador. Supuse que había vuelto brevemente a Winnipeg.

Por fin, dije:

—Me gustaría que me contara lo que le apetezca. Y quiero que entienda que todo lo que diga quedará entre nosotros. No tenemos duda alguna respecto a lo que ya nos ha dicho. Quiero que le quede claro. Nuestra única preocupación es el bienestar de su hijo. Y, por supuesto, y por eso quiero hablar con él... La existencia de cualquier otras posibles... víctimas. Tenemos que conocer el alcance de esta... situación.

Si bien es cierto que supe que por el momento la ira de aquel hombre había quedado contenida, supe también que cuando llegara el momento tendría que volver a enfrentarme a ella. Cuando llegara la hora de las lágrimas. Es más fácil encauzar la rabia cuando hay lágrimas a mano para extinguirla.

—De acuerdo —dijo antes de inspirar hondo—. Jesús, esto no es fácil.

—Recemos durante un momento. En silencio, si así lo desea. Pidamos al Señor que guíe nuestros pasos. Y que administre justicia. A fin de cuentas, ése es nuestro fin último.

Asintió fervientemente, bajó la cabeza y a continuación se cubrió el rostro con las manos. Menos de un minuto más tarde, sollozaba.

Cuando nos sentamos a cenar en Nochebuena, me pidieron que bendijera la mesa y, en cuanto terminé, vi que el tal William me sonreía. Sus ojos, al menos en mi imaginación, se me antojaron colmados de información secreta.

Stella estaba sentada delante de mí. Me guiñó un ojo.

La anciana señora que tenía a mi lado era la madre de William, la tía Peggy.

—Supongo que le alegra que por fin se . termine la Navidad —dijo dándome un suave codazo—. Siempre he sentido lástima por los pobres sacerdotes durante la Navidad.

Sonreí.

—No estamos tan ocupados como antes.

—Supongo que no —respondió, y se volvió a mirar su plato.

Más tarde, la anciana señora, Peggy Beaton, volvió a propinarme un ligero codazo. Luego se inclinó sobre mí y dijo:

—Supongo que conservará usted también el gaélico.

—¿El qué? —pregunté, confundido.

—Su hermana habla un hermoso gaélico —dijo señalando a Effie con un movimiento de la cabeza.

—Ah, sí. No, me temo que lo he perdido casi por completo. Como todo lo demás —añadí, intentando reírme.

Chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Es como la fe. Totalmente aguada. O desaparecida. Deben de ser los tiempos en los que vivimos.

Suspiró.

Me sorprendió sobremanera la juventud del muchacho. O quizás es que aparentaba ser mucho más joven de lo que era en realidad, allí de pie, empequeñecido por su padre, que le llevó a la habitación con su enorme brazo rodeándole los hombros.

—Éste es el padre MacAskill —dijo—. Le envía el obispo. Hemos estado charlando largo y profundo. El padre quería conocerte;

Era un niño tímido. Su apretón de manos se me antojó vacilante y blando.

—Hola, padre —saludó con un hilo de voz.

La narración de los hechos fue delicadamente expuesta. El primer incidente había tenido lugar durante una visita a Halifax con motivo de una fase de clasificación de hockey. Se habían alojado en un hotel. El padre Al había entrado tarde a la habitación del chico. Según dijo, para comprobar que todo estuviera en orden y que los muchachos no habían salido. «No quisiera perder a ninguno de vosotros por el camino», anunció, bromeando. El padre les hacía reír.

Pero no se marchaba. «Pareces triste —había dicho al chico—. Creo que necesitas un abrazo.» Todo parecía de lo más normal.

Cuánto se equivocaba.

¿Y por qué no había hablado antes?

No supo qué responder. Se limitó a encogerse de hombros y a mirar a su padre.

Los tres hicimos lo que pudimos para sedar lo peor de lo acontecido con alusiones clínicas. Trasero. Pene. Ano. El muchacho conocía esas palabras, pero desconocía por completo las palabras adecuadas con las que describir los actos propiamente dichos, de modo que por fin

empezó a balbucear y guardó silencio.

Cuando empezó a sorber, su padre perdió el control.

—Maldita sea —gritó, estampando de pronto el puño contra la pequeña mesa que estaba situada delante de mí.

—Por favor, papá —suplicó el chico.

Después de cenar, Effie me susurró:

—Ya veo que tía Peggy y tú habéis hecho buenas migas.

—¿Tía Peggy?

—La tía, Peggy. He estado hablando con ella.

—Ah, sí. Le has causado una impresión estupenda.

—Puede incluso que seamos familia —dijo encantada—. Le he pedido que me hiciera su *sloinneadh*. Hemos encontrado varios apellidos que me resultan familiares.

—Caramba —dije—. ¿Desde cuándo eres tú una experta en el árbol familiar?

—Oh, vamos, para ya. Tienes tanta curiosidad como yo.

—¿Sobre qué?

—Nuestro posible parentesco con la familia Gillis. Peggy era, originalmente, una Gillis. Cree que quizá nuestra abuela también lo fue.

—Sólo conozco una relación con los Gillis que realmente parece importarte —dije, jocoso.

Me dedicó una mirada desdeñosa y se alejó, cruzada de brazos.

Sextus se percató de la tensión. Sus ojos dijeron: «¿Quééé?»

Y entonces el insinuante William estaba allí de pie con una taza de té temblándole en la mano. Miraba fijamente a Effie mientras ella se alejaba.

—Hermosa mujer, su hermana, si me permite decirlo.

—Sí, supongo que así es.

—La he oído hablar en *ghaidhlig* con mi madre. Ha sido precioso oírlas.

—Obviamente, también usted lo habla —dije.

—Bueno..., *beagan droch ghaidhlig*, como solía decirse. Naturalmente, luego decían que el «mal gaélico» no existe, ¿verdad?

—Eso decían, sí.

—Según su hermana, quizá seamos familia, aunque muy lejana.

—¿Ah, sí?

—No ha especificado exactamente cuál puede ser el posible vínculo. Creo que a través de su abuela.

—He oído decir que por aquí todo el mundo es en mayor o menor grado pariente —dije, y él asintió con la cabeza.

Hubo una repentina conmoción en la cocina. Saludos a voz en grito y una ráfaga de vítores acompañada de una ráfaga de aire gélido. Luego Sextus entró al salón para informarnos de que había llegado un violinista, uno de los músicos de la nueva hornada local que había empezado a labrarse un nombre lejos de allí. Había todavía en él cierta inocencia infantil, una calidez que nacía en sus ojos y que complementaba una sonrisa sobrada de dientes. A su lado estaba Sally, la novia de Danny. El violinista, según me dijo, era su hermano Archie. Después de presentárnoslo, Sally se fue a buscar a Danny.

—He oído hablar de usted —dijo Archie—. Aunque no voy a misa tanto como debiera. Paso mucho tiempo en la carretera. Pero dicen que está dando un nuevo aire a este lugar.

Me reí y me encogí de hombros. Luego reparé en su amigo, que parecía un poco mayor que él. Me dijo que su nombre era Donald,

—Donald O'Brian —dijo—. Conoce usted a Bob, mi padre. De Creignish.

Había algo en el tono áspero típicamente adolescente de su voz que me resultó familiar. Quizá del confesionario.

—Recuerdo haberle visto por la universidad, pero no creo que usted se acuerde de mí —dijo—. Vivo en el centro.

Le dije que me acordaba de él.

—Tu padre es el alma de la parroquia.

Sonrió de oreja a oreja.

—El viejo debería haber sido cura. Aunque... ¿qué habría sido de mí entonces?

Nos reímos. ¡Desde luego!

Enseguida Sextus empezó a servir más copas y el joven O'Brian se sentó muy tieso a un viejo piano de pared que había en el salón. El violinista se instaló en una silla de cocina junto a él y la música se transformó en un ente vivo que bailaba entre nosotros.

Después de eso, Peggy, la anciana señora, pidió a su hijo que cantara una canción.

—Vamos, Willie. *Gabh oran*. Sólo una.

Willie se mostró tímido y se negó, pero Peggy insistió y los demás guardamos silencio.

—Cantaré sólo una —dijo por fin.

Me di cuenta de que entendía las palabras. Se me ocurrió entonces que la edad reabre lugares olvidados en la memoria. Luego sorprendí mirándome al joven Danny MacKay. Su postura se me antojó agresiva. Tenía un codo apoyado en una rodilla y la mejilla sobre una mano. La otra sobre el muslo.

—¿Qué te ha parecido la canción? —le pregunté después.

Me contestó con un gesto burlón.

Instantes después el cantante estaba de cuclillas junto a su madre, hablando en voz baja, y ella empezó a ponerse de pie.

Stella se movió rápidamente.

—No estaréis pensando en marcharos —dijo dando muestras de una exagerada desaprobación.

—Se ha hecho tarde —fue la respuesta de tía Peggy—. Y empieza a nevar otra vez. Willie se está poniendo ansioso.

—Pero si no es tarde —intervino Stella—. Y vivís aquí encima. En cualquier caso, no es más que una simple nevisca. Veo la luna.

—No, no —insistió William, que ya conducía a la anciana señora fuera de la habitación con la tensión escrita en el rostro.

La tía Peggy se detuvo junto a la silla de Danny, que se levantó para darle un fugaz y cariñoso abrazo. William mantuvo las distancias, observándolos en silencio.

Cuando se marcharon, Sextus comentó:

—He ahí una clara argumentación contra la templanza. Pregunté a qué se refería.

—Mejor en otro momento —respondió—. ¿Sabes de lo que se jacta William?

—No.

—De no haber cruzado jamás el paso elevado. —Inclinó la cabeza y arqueó las cejas, mostrando así una muda desaprobación.

—Dime, ¿conoces bien a Stella? —pregunté.

—No lo suficiente. La conocí cuando llegó por primera vez a Toronto. Deberías haberla visto.

Stella apareció fugazmente en la cocina, sonrió y volvió a salir.

—Ooooh, sí —dijo Sextus—. Luego volví a verla en una reunión de solteros del pueblo.

—No sabía que estabas tan necesitado como para ir a ligar a esas reuniones de solteros.

Me miró con una ligera expresión de hostilidad en el rostro.

—Por cierto, Effie y yo estamos pensando en marcharnos pronto. ¿Qué vas a hacer tú? Quizá quieras esperar. Obviamente, ya tienes a quien te lleve. —Asintió con la cabeza en dirección a Stella.

—Iré por mi abrigo —dije.

Esperamos brevemente junto a la puerta mientras Willie y su madre cogían sus abrigos y se ponían las botas. Al salir, la anciana señora se detuvo y tomó mi mano en la suya.

—Venga a visitarme, se lo ruego. He estado hablando con su hermana Effie. Dice que quizá seamos familia. Y dice también que tiene usted muchos Gaidhlig...

Me reí y le respondí con un guiño:

—Veremos.

De pronto fui presa del agotamiento. Tras meses de inactividad, los días antes de Navidad se habían convertido en interminables horas encogido en el confesionario y en tediosas visitas a quienes estaban confinados en sus casas. Misa la vigilia de Navidad. Misa del gallo. Dos misas esa mañana. Fui de pronto consciente de un enorme peso sobre mis espaldas. Ansiedad y agotamiento. O quizá se tratara de un anhelo.

Stella pareció leerme el pensamiento.

—¿De verdad tiene que marcharse?

—Sí.

—Menudo acompañante está usted hecho —dijo apretando juguetonamente un dedo contra mis costillas.

«Es el vino —pensé—. Es el vino el que le vuelve los ojos así de verdes.»

Un instante después fue el joven Danny el que estaba delante de mí con una copa en la mano.

—¿Puedo traerle algo, padre?

—No. Creo que voy a marcharme.

—Pero si esto no ha hecho más que empezar.

Su afecto me pareció sincero y se me ocurrió que quizás era ésa su esencia, la base de la amistad que existía entre su padre y él.

—El otro día hice una cosa —dijo—. No quería molestarle, pero había una vieja lona en el granero y la utilicé para cubrir el casco de su barco y protegerlo de la nieve. La nieve es perjudicial para los viejos barcos de madera. Supuse que no le importaría.

—No, claro que no. Gracias.

Parecía existir cierto debate tras la expresión ligeramente divertida de su rostro, como si quisiera decir algo, pero no encontrara las palabras adecuadas.

—Usted es distinto —dijo por fin, envalentonado por el alcohol—. No es la clase de cura al que estoy acostumbrado.

—Supongo que eso es bueno —respondí, quizá demasiado rápido.

—Estoy habituado a Mullins —dijo, y se rió.

—Mullins no es un mal tipo —apunté, midiendo las palabras.

—Supongo que no. Si se le da la oportunidad, probablemente no. —Volvió a quedarse callado, con la mirada fija en el contenido de su copa—. Aunque no creo que se pueda hablar con él... de ciertas cosas. ¿Entiende a lo que me refiero?

Esperé a que siguiera hablando.

—Lo intenté una vez..., hablar con él. Fue un gran error.

—Lo siento mucho —murmuré.

—Usted, por ejemplo. Supongo que se puede hablar con usted de todo, ¿verdad?

—Eso espero.

—Quizás un día de éstos...

—La puerta está siempre abierta.

—Perfecto —repuso, de repente incómodo en su actitud y en sus movimientos.

Señalé con la cabeza a los dos músicos, que en ese momento charlaban en voz baja. La música había terminado por el momento.

—Veo que conoces bien a esos dos.

Se limitó a mirarme antes de levantarse.

—Reconozco que soy algo anticuado. Esos dos son un poco demasiado modernos para mí.

La sonrisa había desaparecido.

—Caridad —dijo el obispo—. Tengo agujeros en las rodillas de los pantalones de tanto rezar por caridad. Es algo de lo que siempre he andado corto. No me importa reconocerlo. Intelectualmente, sé que las cosas salen bien. Se marchan. Se replantean las cosas. Dan gracias al Altísimo por una segunda oportunidad. Después volverán a nosotros, preparados para servir..., a menudo convertidos en mejores sacerdotes, dispuestos a enfrentarse a sus debilidades. Mejor capacitados para comprender las debilidades en los demás. Recuerde a san Agustín.

»Pero está aquí dentro —dijo, señalándose su pecho huesudo—. Es aquí donde tengo el problema. Me cuesta un esfuerzo tremendo olvidar los detalles más sucios. Y me cuesta no juzgar.

—Quizás el juicio sea legítimo —apunté midiendo mis palabras—. Quizá sea necesaria la condena. Si fuera yo quien estuviera a cargo de esto, me apartaría, desviaría la mirada y dejaría que fueran las autoridades pertinentes las que se encargaran de ellos.

La reacción fue instantánea.

—¿Las autoridades... pertinentes? ¿Cree acaso que la policía y los fiscales son las autoridades pertinentes? ¿No ha visto lo que ha estado ocurriendo en otros lugares? Ese frenesí cada vez mayor..., todos los enemigos del catolicismo quitándose sus ridículas máscaras ecuménicas, encantados con el malestar de la Madre Iglesia. Los seculares aprovechando la menor ocasión para echar mano de sus propios intereses a expensas de nosotros, soltando estupideces sobre el celibato. Por el amor de Dios. Como si el celibato fuera la fuente de todas las perversiones. Tiene usted que quitarse esas ideas de la cabeza, muchacho. Ahí fuera hay un mundo horrible. Tenemos que ocuparnos de esto nosotros. Mantener al enemigo alejado.

—No estoy en desacuerdo con usted. Pero no deberíamos olvidarnos de... las... otras partes implicadas. De los jóvenes.

—Vamos, adelante. No se amilane y pronuncie en voz alta la palabra —se burló—. ¿Las «víctimas»? ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Llámelos como quiera. Simplemente veo el daño que están sufriendo.

Agitó en el aire una mano desdeñosa.

—Lo superarán. Son jóvenes. Si no hubiera sido esto, habría sido otra cosa. Las drogas. Los coches. La promiscuidad. La vida es perjudicial, pero no debemos jamás olvidar los poderes curativos de los sacramentos. Los sacramentos mitigan el daño. No podemos permitir que una pandilla de desadaptados y de quejicas minen los sacramentos.

Y lo admito ahora. En aquel entonces, sus palabras tenían sentido.

Fuera, la nieve impoluta, una luna amenazadora y las aceradas estrellas iluminaban la noche. El aire era puro y penetrante, aunque me pareció impregnado del especiado aroma a marihuana. Effie y Sextus estaban en el coche. Esperaban con el motor en marcha.

Me detuve durante un instante, palpándome los bolsillos como si buscara las llaves. Un subterfugio instintivo. Luego miré a mi alrededor.

—Se marcha ya, padre —dijo el violinista. Vi el resplandor del cigarrillo en su mano.

—Así es.

Archie estaba relajado, pero Donald O'Brian parecía asustado, oculto entre las sombras.

A pesar de que a punto estuve de neutralizar el instante y desarmarles haciéndoles saber que había visto el humo, decidí contenerme. «Demasiado pronto para semejante familiaridad», pensé.

Me dirigí hacia el coche. La nieve crujió bajo mis pies. «Demasiado modernos», había dicho Danny. Sonreí.

El camino de regreso a casa me dejó inquieto. Sentado solo en el asiento trasero del coche, fui consciente de una sensación no muy distinta de un desaliento típicamente infantil. «Es mi puritanismo primario —pensé—. La gente me toma por un mojigato.» «De los de la línea dura», había dicho Effie.

20 de febrero, esta noche he tocado su rostro, no he podido evitarlo. simplemente le he puesto la mano en la mandíbula, tiene la mejilla suave y caliente, aunque enseguida he visto que le molestaba. me retiró la mano, pero la sostuvo fugazmente en la suya. Confieso —y, que dios me perdone— que no lo lamento.

Sabía que no tenía ninguna posibilidad de conciliar el sueño, de modo que me serví una copa bien cargada. En la televisión daban *Cuento de Navidad*, y caí en la cuenta de que no la había visto hasta entonces, así que me instalé a disfrutar de la película. «El sí que sabía» —pensé—. «El viejo Dickens. Su análisis de la Navidad, la unidad del pasado, el presente y el futuro, y la posibilidad de la liberación a través de la generosidad.»

Como Alfonso decía una y otra vez: «El Espíritu Santo habita en cada uno de nosotros, pobres y ricos por igual».

El Fantasma de las Navidades Pasadas recordaba a Scrooge la felicidad olvidada cuando el teléfono me devolvió a la realidad. Era Effie.

—Nada más quería saber cómo estabas —dijo—. Espero no haberte despertado.

—No, no. ¿Todo bien?

—Claro. Es sólo que me siento un poco culpable. He estado cortante contigo. Y luego, cuando te he visto entrar solo a esa casa tan oscura... Creo que debería haberme quedado contigo.

—Oh, vamos. La soledad me alimenta.

—Ya. Eso es lo que yo creía.

Se hizo un largo silencio. Pude oír al fondo una música lenta.

—¿Alguien ha hablado hoy con John? —pregunté.

—Hemos intentado llamarle esta mañana. Para ver qué hacía. No ha habido respuesta.

—Ah.

—Sextus cree que hay una mujer. Y yo lo espero, la verdad. Estáis demasiado solos. No es bueno para ninguno de los dos.

Pasé por alto el cargado comentario y seguimos como estábamos, sentados cada uno en su extremo de la efímera conexión, preguntándonos qué hacer o qué decir a continuación.

Por fin, Effie dijo por enésima vez que esperaba que la Iglesia cambiara de registro y permitiera tener pareja a la gente como yo, que no podía esperarse de nadie que viviera emocionalmente aislado sin sufrir algún perjuicio por ello.

—No me parece que haya salido demasiado perjudicado por ello... todavía—dije.

—Si me permites decirlo, no he podido evitar pensar en lo... natural que me ha parecido veros llegar juntos a Stella y a ti.

Inesperadamente, tuve ganas de oír más. ¿Qué aspecto teníamos llegando juntos? ¿Amigos? ¿Una pareja? ¿Un escándalo a la vista?

—Siempre has sido un poco romántica, Stella.

—Cuando quieras hablar, aquí estaré.

—Deberíamos dormir un poco.

—De acuerdo. Sólo quería saber si estabas bien.

—Gracias —dije—. Buenas noches.

28 de febrero, escribo esto en un estado de humillación y de penitencia. lejos de ella no parezco capaz de concentrarme en nada más.

SEGÚN lo recuerdo ahora, esos lúgubres días inmediatamente posteriores a la Navidad de 1994 revelaron las siniestras sombras de la duda reincidente. Por fin sólo podía hallarse una reafirmación de peso en las palabras de Pablo a los Corintios: «Aquel que carece de esposa se muestra solícito con todo lo que es propiedad del Señor y con cómo complacer a Dios». Cierto. Se refería con sus palabras a que si no nos distraen las necesidades de las mujeres y de los niños, seremos libres para dedicar todo nuestro tiempo a homenajear al Altísimo. Por consiguiente, nos convertimos en una forma de vida más elevada. Sin embargo, en ese momento me vino a la memoria el rostro encendido y ebrio de aquel soltero, el tal Willie— como-quiera-que-se-apellido de Hawthorne. ¿Qué porcentaje de su tiempo había empleado en complacer a Dios? La experiencia me dice que los hombres solteros como él han sido pioneros a la hora de inventar mil modos retorcidos de autocomplacencia. Incluso los hombres solteros que han jurado fidelidad a Nuestra Santa Madre, nuestra apostólica institución. El acoso a los jóvenes vulnerables es sólo una parte de ello.

La lucha no cesa jamás..., la batalla entre la fe y la razón.

—¿Usted no se ha... descarriado... nunca?

La pregunta fue formulada con la confianza propia del condenado. Al hombre ya no le quedaba nada que perder. De hecho, le había liberado de una patética, corrosiva y engañosa sensación de seguridad personal. Antes de que yo apareciera, él había llegado a convencerse de que había logrado pasar desapercibido. Puse fin a eso. Le dije que el muchacho había hablado y que yo le creía. «Aquí no se trata de él-dice-yo-digo, sino de controlar el daño infligido.»

Su rostro reveló todo lo que yo necesitaba saber. De pronto había recurrido al instinto esencial. «Acusar al acusador», una de las mejores tácticas empleadas por ellos.

—Apostaría a que también usted tiene sus propios cadáveres a sus espaldas —dijo.

—No creo que eso nos vaya a ser de ninguna ayuda.

Débil, débil respuesta. Lo sé. De hecho, hasta patética. Aunque en semejantes circunstancias no debemos permitirnos caer en sus trampas. Lo que quieren es atraernos hacia un lugar en el que no existen las certezas y en el que no rige ninguna regla. Un lugar donde las batallas se ganan a base de una diestra creatividad.

—Dígame —insistió—. Y olvídense de las evasiones y de los subterfugios. Dígame mirándome a los ojos que jamás, ni siquiera una vez, ha sentido el calor de la tentación. Con otro hombre, una mujer, un niño, un animal..., algo, en algún lugar, debe sin duda de haber despertado el impulso más natural en su frígido ser.

—La cuestión es que hemos hecho una elección consciente —fue mi respuesta.

—Oh, vamos —dijo, agitando en el aire una mano impaciente.

Explícitamente. Había que elegir entre los deseos del mundo y la vida de sacrificio y servicio. Nadie había dicho que fuera fácil. De hecho, nos avisaban de que sería duro. Y dábamos un paso adelante..., aceptábamos la orden...

—Pero no nos dijeron que las cosas pueden ser tan duras —argumentó.

Intenté leer la expresión de su rostro, buscando en ella la conciencia del doble sentido de la expresión que acababa de utilizar. Tenía los ojos de un jugador de póquer. Decidí ignorar el comentario.

—En cualquier caso —repliqué—, lo que importa realmente no es el derecho canónico. Estamos hablando del Código Penal. Podría encontrarse en una situación mucho peor de la que está en este momento, aquí, de pie delante de mí. Dé gracias de que no soy abogado ni policía. Peor aún... Espero que el padre del muchacho no llegue a ponerle la mano encima. Debería estar usted condenadamente agradecido.

Se rió al tiempo que se daba una palmada en la frente en un gesto exageradamente teatral.

—Ah, vaya. Ahora lo entiendo. Estamos ante una situación que bien podría solucionarse con una paliza, o quizá con un par de años en Kingston Pen. Y usted, gracias a su compasión innata, va a ahorrarme todo eso. Simplemente va a hacerme desaparecer. Como un mago. Puf. Ah. Un millón de gracias.

Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, abandonándose a esa suerte de autocompasión que siempre termina disolviendo la integridad de la lógica.

Me limité a fijar en él la mirada, dejando que asimilara todo lo que habíamos hablado.

—De acuerdo —dijo por fin—. Seamos realistas. No es que yo sea gay ni nada parecido. No soy maricón, de modo que esto no va a ser un problema a largo plazo.

—¿Qué demonios tendrá que ver ser gay con esto?

—Oh, vamos. Así que de repente nos hemos convertido en el Señor Progresista. El Señor Políticamente Correcto. Venga ya. No ha sido más que un error estúpido. Lo siento.

—Han sido muchos errores estúpidos.

—No fastidie, por el amor de Dios... El muchacho buscaba algo y casualmente yo estaba allí. Estaba pasando por una mala época, mentalmente hablando. ¿Quién es aquí la víctima?

—Santo cielo, no es más que un chiquillo —estallé—. Era prácticamente un niño cuando usted empezó a acosarle. Se aprovechó usted de él.

—¿Aprovecharme de él, dice? ¿Que yo me aproveché de él? ¿Se hace usted una idea de cómo empezó todo? Le di un abrazo y a partir de ahí empezó todo. Pero fue consensuado. Usted le ha visto. Es un hombre hecho y derecho, por el amor de Dios..., qué más da la edad que tenga. Empezó con un abrazo. Doy abrazos a muchas personas cuando creo que los necesitan. A aquellos que crecen como lo hice yo, sin el calor ni el amor que necesitan en casa. Y de ahí pasamos a masturbarnos. No todo el mundo es obviamente tan afortunado como lo fue usted. No todo el mundo ha podido crecer en un entorno seguro..., bien alimentado, abrazado. Lleno de certezas morales.

—Que le den —solté antes de poder recuperar el control. Apartó la cara, aunque antes pude ver en ella una sonrisa.

Si miro desde el salón veo la colina que se extiende hasta llegar, justo al otro lado de la carretera, al nuevo salón de actos que alguien construyó para sustituir la vieja estructura de madera semejante a un granero donde hace ya muchos años hacíamos realidad nuestras fantasías infantiles, canalizando los más profundos anhelos y deseos en la disciplina del baile. Y no estoy hablando de la simulada cópula que hoy en día entendemos por baile. La música del violín daba alas a las pasiones y la energía física de los saltos y de los giros alejaba a los demonios. El baile era simplemente una forma de diversión.

—¿Usted no se ha... descarriado... nunca?

La respuesta encuentra su eco en la memoria. Vuelvo a sentir el temblor.

Sextus vino a verme y me dijo:

—¿Ves a esas dos chicas de allí? Las tengo a punto.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—¿Hacer? Lo que te diga la Madre Naturaleza.

En el coche, con el hombro de la chica firmemente pegado a mi sobaco, siento una extraña suerte de debilidad que raya en la náusea. Recuerdo que pensé: «Esto es exactamente lo opuesto a estar excitado».

Sextus dijo:

—Calcula que tardaré al menos una hora. Todo lo demás depende de ti.

Se despidió con un guiño. En la radio del coche, Presley cantaba una nueva canción, «*Treat Me Like A Fool*», como si realmente el mensaje del título no fuera con él.⁷

La chica que estaba con Sextus agarraba una manta como una niña y me sonreía. Y entonces se alejaron por la orilla.

¿Y si aquel cerdo estaba en lo cierto? Quizás el problema fuera el celibato. Quizá lo que ocurre es que el celibato es antinatural y provoca un comportamiento antinatural. El Nuevo Testamento resulta terroríficamente inútil. Apenas unas vagas referencias que pueden utilizarse para argumentar ambas posturas. Uno de los «clientes» llegó incluso a intentar discutir conmigo. Recuerdo que agitó un libro en el aire como si hubiera estado esperando mi visita.

«La procreación es una función fundamental y un derecho inalienable... que ningún voto debe extinguir.»

Parecía estar absolutamente seguro: intentar extinguir las necesidades básicas puede provocar la enfermedad mental, o como poco un comportamiento desviado.

No tuve respuesta a eso. Simplemente una carpeta con su billete de avión, la carta de presentación al rector de Toronto, las consignas para llegar a un lugar llamado Braecrest. Quizá no pude responder porque parte de mí estaba de acuerdo con él.

«Esto es peligroso», pensé entonces.

Cuando estuvimos solos, ella se inclinó acercándose a mí y, con rostro serio, me dijo:

—Me han dicho que quieres ser sacerdote.

Sentí que me ardían las mejillas. Ella olía a perfume y a Juicy Fruit.

—No lo sé —fue mi respuesta, perplejo al oírme formular esa falsa ambivalencia—. ¿Cómo te has enterado?

Ella apartó la mirada, atraída sin duda por la oscuridad de la noche, el suave murmullo del agua deslizándose sobre la piedra o el crujido de la grava.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté, refiriéndome a su vida.

—¿Por qué no me besas? —dijo.

La miré fijamente, cavilando. Eso debía de estar bien. No implicaba ningún riesgo. Y me incliné sobre ella.

Su nombre era Barbara.

Todo pareció muy espontáneo, predeterminado como por algún código primitivo. Los besos, dónde poner la mano. La respiración acelerada. Movimientos inquietos y susurrantes, los cuerpos encogiéndose hasta formar ancestrales configuraciones, como programados por una energía superior.

—Barbara —susurré.

—Mmmm —dijo.

«Esto es natural —pensé—. Así es como empieza todo. Todas las formas de vida. Así es como la especie ha soportado todos los desafíos de la historia humana. Es lícito y correcto que me permita conocerlo por experiencia propia. Lo suprimimos por nuestra cuenta y riesgo.»

Pero en ese momento oí un jadeo que era casi como un sollozo. Y una brisa fresca se coló entre los dos como una barrera. Un instante después, Barbara estaba sentada de nuevo y miraba por la ventanilla del coche. Me pareció confundida. La noche de agosto estaba envuelta en un manto azul celeste.

—¿No has oído algo? —preguntó.

—Diría que no —mentí.

Volvió a guardar silencio, atenta.

—Supongo que estás enfadado conmigo —dijo por fin.

—No, no, no —respondí.

—Todo el mundo piensa... automáticamente... que yo...

—Yo no.

—Sí, tú también. Sé lo que todos dicen de mí. Por eso nos habéis traído aquí. ¿Qué crees que están haciendo ahí fuera? —Me estudiaba con una expresión de absoluta tristeza en el rostro—. Ojalá fueras realmente un sacerdote.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad?

—Porque podría confiar en ti. O al menos podría hablar contigo.

El pesar llega en oleadas del mismo modo que la línea de la costa suspira y murmura mucho después del paso de un barco en la distancia. Busco en la estantería los viejos diarios, esos viejos guardianes de mis secretos. Cojo uno. Lo abro al azar.

22 de abril, después ella lloró y lloró y lloró, pero cuando intenté consolarla, me dijo que era feliz, «las lágrimas son signo de felicidad», dijo...

Llamaron a la puerta y Bobby O'Brian gritó desde la cocina. Salí a reunirme con él. Estaba allí con su hijo Donald. Me dio un paquete.

—Tarta de frutas —dijo—. Mi esposa se la manda. Es de las de toda la vida, con brandy. Ya prácticamente nadie las hace como ella. Creo que conoce a este joven. Donald.

De todos modos, volvimos a darnos la mano. Sonreía. El nerviosismo que había percibido en él la última vez que le había visto había desaparecido.

—Me preguntaba si tendría unos minutos —dijo Bobby—. Hay algo que queremos hablar con usted. Algo que necesitamos de usted.

Les dije que me siguieran al estudio.

—Habla tú —dijo Bobby a su hijo, que se aclaró la garganta y hundió las manos en los bolsillos.

—He estado dándole muchas vueltas —empezó—. Sobre cómo quiero pasar mi vida. Lo que quiero hacer a largo plazo. Y estoy convencido... de qué quiero ser sacerdote. O al menos intentarlo.

Traté por todos los medios de disimular mi sorpresa. Estaba más acostumbrado a verles abandonar o a animarles a hacerlo antes de que se convirtieran en una molestia para todos nosotros.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Es algo que siempre he tenido presente.

—Siempre ha sido distinto del resto de los muchachos de su edad —declaró Bobby sin ocultar su orgullo—. Nunca le he animado a que escogiera este camino ni ningún otro. Esto es algo con lo que uno siempre sueña, pero por experiencia sé que no se puede ejercer ninguna influencia llegado el caso.

—Estoy seguro de que lo has sopesado cuidadosamente —le dije a Donald.

—Así es —respondió fervorosamente.

—Pero debes de tener preguntas.

—Cientos. Quizá podamos volver a hablar. Los dos a solas.

—Podemos tener todas las charlas que quieras —le prometí.

Necesitaba una carta de presentación para el obispo. Le dije que se la escribiría y volvimos a estrechamos la mano.

Cuando se marcharon, estuve un buen rato sentado con la mirada perdida en los campos helados. El día lúgubre y lechoso se desvanecía por fin. En esa época del año podía verse cómo la turbia oscuridad se elevaba como el sedimento, ensuciando el día. ¿Qué le diré a Donald O'Brian? ¿Cuánto puedo revelar sobre el aislamiento y sobre la lucha contra la especulación que bebe de la inactividad? ¿O, peor aún, sobre el dolor que bebe de la impotencia personal? ¿O sobre la esterilidad del poder moral en la era de la celebridad secular? Batallas que yo desconocía antes de convertirme en sacerdote, o que conocía nada más de un modo abstracto que podía minimizar y dilatar: vivir solo y a la vez sin privacidad. La carga que supone la confianza sin llegar a la intimidad. Ver elevarse las noches interminables de las cenizas desparramadas de un sinnúmero de días solitarios. La batalla contra cientos de fantasías espoleadas por lo cotidiano.

¿Cuánto debía el muchacho saber de todo eso, o nosotros de él y de sus más íntimos desafíos?

Me serví una copa.

Y me acordé entonces del padre Roddie, el filósofo, y de las palabras que me había dedicado la semana antes de mi ordenación. «Nadie es perfecto, no en esta vida, pero tenemos que demostrar con el ejemplo cómo hay que lidiar con las imperfecciones.»

Pero el padre Roddie no me reveló el arma secreta que me ayudaría a lidiar con la imperfección. Eso es algo que debí aprender por mi cuenta. Tuve que aprender la hipocresía a solas.

Stella llamó el día de fin de año. Quería saber si tenía planes para esa noche. Me reí. Ningún plan. «Mañana es domingo. Día laborable.»

—Si no tiene nada mejor que hacer, podría pasar por aquí a tomar una copa —dijo.

Le respondí que lo pensaría.

Nochevieja. Fin de 1994. Después de la misa nocturna decidí ir dando un paseo a casa de Stella. A punto estuve de atajar por el campo que está detrás de la iglesia, pero decidí no hacerlo al ver que había muchas posibilidades de neviscas. Opté pues por el camino más largo, siguiendo por la carretera principal y subiendo después por el camino de la montaña durante un kilómetro más o menos. Años atrás, en otro país, había andado también así, todavía inocente y ajeno a los peligros que moran en la percepción ajena, dirigiéndome hacia el calor de la hospitalidad, inconsciente de la amenaza de cualquier peligro potencial.

Stella estaba viendo la televisión. Tenía junto a ella una copa de vino, pero había también una botella de güisqui en el armario. Me serví un vaso, finalmente irritado por el nerviosismo que siempre me atenaza en momentos así. Envidiando a la gente como Sextus, con todas sus certezas. Llené el vaso más de lo habitual.

—Esperaba una fiesta —dije, e inmediatamente me arrepentí de mis palabras.

—Salud —respondió Stella, alzando su copa—. La fiesta somos nosotros. Espero que eso no le ponga nervioso.

Llevaba unos vaqueros y un voluminoso suéter de cuello vuelto e iba descalza. ¿La ocasión del pecado? Vimos la televisión en silencio. Durante una pausa comercial me explicó que hacía

mucho tiempo había llegado a la conclusión de que odiaba las fiestas de fin de año y toda esa falsa alegría.

Le dije que estaba del todo de acuerdo con ella.

El programa volvió a empezar.

El alcohol me ayudó a combatir la tensión.

Pasamos así la noche, sentados y tomando copas, riéndonos de vez en cuando con la televisión. Aventurándonos brevemente en amplias especulaciones y evitando zonas de desacuerdos en potencia. «Hay calor en su casa —pensé—. Un calor vivo que procede en parte del modo en que la tiene decorada. De los muebles. De la luz. Las alfombras. Un calor suave y pleno.»

¿De verdad podía ser así? Me propuse no enturbiarlo.

—Me gusta su casa —dije.

—Gracias.

—Al parecer, vamos a tener una nueva parroquia.

—Eso me han dicho. ¿Qué le parece?

—No me importa demasiado, la verdad. Probablemente no esté aquí el tiempo suficiente para apreciarla.

—¿Qué quiere decir con eso? —se apresuró a preguntar. Y reconozco que me sentí extrañamente encantado con la ansiedad que creí adivinar en su voz.

—Ya sabe cómo es esto. Como el ejército. Nos trasladan cada cierto tiempo.

—No necesariamente. Los fieles esperamos cierto grado de compromiso.

—¿Desde cuándo le importa a usted el compromiso del cura?

—dije con ánimo juguetón.

—*Touché* —respondió, levantando su copa.

A medianoche brindamos por el año nuevo y durante un instante a punto estuve de tomarla entre mis brazos. De un modo absolutamente fraternal, naturalmente. Pero lo pensé mejor. Temor al malentendido. Puede desatarse con algo tan sencillo como un abrazo.

—Por el año que empieza y por todo lo que traiga con él.

—Toda suerte de alegrías —dijo—. Mil novecientos noventa y cinco me da muy buenas sensaciones.

Antes de marcharme, mencioné que había recibido la visita de los O'Brian. Bob y Donald.

—Ah —dijo—. Así que han ido a hablar con usted.

—Sí. Obviamente, conoce el motivo.

Se hizo un largo y deliberado silencio mientras Stella estudiaba los restos de su copa.

—¿Una última copa antes de irnos a dormir? —propuso con una sonrisa.

—Por mí no, gracias.

Suspiró.

—En Nochebuena Donald me dijo que esperaba poder hablar con usted. Estaba nervioso.

—¡Nervioso! —Me reí—. No entiendo por qué.

—Porque le pilló fumando un canuto —contestó.

—Pero ¿es que acaso cree que, después de todos los años que he pasado en la universidad, me escandaliza oler un poco de hierba?

—¿Ah, no? ¿Y qué más puede ser?

Me estudió durante un instante y a continuación clavó de nuevo los ojos en la copa de vino. Luego la inclinó e hizo girar el contenido con gesto caviloso.

—Probablemente es gay.

Me reí

—¿Qué le hace pensar eso?

Se sonrojó.

—Es simplemente una intuición.

—Ah, bien. Todos tenemos nuestros pequeños desafíos.

Todavía puedo verla: el modo en que ladeó la cabeza, escéptica, para después desviar la mirada y sonreír como si hubiera una tercera persona invisible en la habitación.

Era hora de marcharme. A pesar de eso, me detuve al llegar a la puerta.

—Me alegro de que haya venido —dijo—. Lo he pasado bien... De hecho, ha sido la mejor Nochevieja desde hace años.

—Sí —respondí—. Desde hace años.

Y quise decir más. Pero le tomé la mano brevemente y se la solté antes de dar media vuelta y marcharme.

Encontré un mensaje en el contestador automático cuando llegué a casa. Effie y Sextus. Me felicitaban el año. También preguntaban si había sabido algo de John.

Sentado a solas y a oscuras en el salón, contemplando la negra bahía con mi segundo gran vaso de güisqui en la mano, me di cuenta de que llegaría el día en que tendría que contarles todo. Probablemente por mi propio bien.

29 de abril, esta mañana, después de misa, un hombre hacía preguntas sobre alfonso. un tipo agradable, bien vestido, le veo en misa a menudo, de hecho, viene a diario, habla un inglés perfecto. dice que en su día fue representante local de coca-cola, hablamos de lo mucho que admira a alfonso por sus homilias sobre la justicia, calero, se llama, dice que después se hizo oficial de policía. debido a los derroteros que ha tomado el destino del país.

EN ENERO se vuelve imposible postergar la realidad del invierno y sus casuales traiciones. Se impone entonces la sensación de que el verano y su hermosa hermana, el otoño, quizás hayan desaparecido para no volver. Impera esa sensación de abandono personal. Es en ese momento cuando nos encerramos en nosotros mismos, con la esperanza de encontrar allí algún consuelo.

Ese fue mi mensaje el 1 de enero de 1995. Me pareció una reflexión apropiada sobre el significado del nacimiento de Cristo y la esperanza eterna que supuso su llegada entre nosotros. La extraordinaria promesa que nos ayuda a superar los días de oscuridad hasta que llega la iluminación del Pentecostés y el renacer de la primavera. Y la promesa de que algún día conoceremos un verano eterno. Etcétera.

Después el joven Donald O'Brian me dijo que le había parecido maravilloso.

Cuatro días después de Año Nuevo, Sextus me llamó para decirme que había pensado acompañar a Effie de regreso a Toronto tras sus vacaciones navideñas.

—Ahora lamento no haberlo hecho. Me había acostumbrado a tenerla conmigo. La casa no es la misma sin ella. No puedo imaginar cómo te las arreglas aquí, tan solo. Esto no es bueno para ninguno de los dos. Ni para mí, ni para ti, y mucho menos para el colega instalado en la vieja casona. —Y tras una breve pausa, añadió—: Por cierto, si tienes la oportunidad, quizá deberías echarle un ojo a John. Creo que ha empezado a darle a la botella.

Oí que alguien llamaba educadamente a la puerta antes de que tuviera tiempo de reaccionar. Era el joven O'Brian. Le dije a Sextus que le llamaría.

—Mañana vuelvo a Antigonish —empezó Donald—. y me preguntaba si...

—Ah, sí. Llegas en el momento oportuno.

De hecho, acababa de escribir su carta de recomendación para el obispo. Dos breves párrafos. Donald era miembro de la parroquia, estaba bautizado y confirmado, tenía un currículo académico y moral impecable, una familia sólida, un padre muy activo en los asuntos de la parroquia, etc.

Le invité a pasar y le pedí que tomara asiento.

—Cuando regreses, llama a la oficina. El obispo te espera.

—Ah.

Parecía sorprendido.

—Cuando estaba en el ejército —dijo el obispo—, los que lo tenían peor era una pareja de bichos raros que iban siempre juntos a todas partes. Llegó un momento en que todo el mundo estaba al corriente de lo que pasaba con ellos. Nunca les veíamos hacer nada, pero lo sabíamos. Podíamos oler la química que había entre los dos.

En ese momento yo simplemente escuchaba.

—Es curioso cómo se les nota. Hay gente que puede oler a un rarillo a un kilómetro de distancia. Siempre he pensado que no encierran ningún peligro. Aun así, es comprensible que haya a quien le provoquen asco, incluso hostilidad. Esos dos pobres tipos del ejército... tuvieron que aguantar mucho. —Hacía girar el vaso en la mano, de pronto absorto en la progresiva desaparición de los cubitos de hielo—. Un lugar muy extraño en el que encontrarlos. El ejército, me refiero al ejército. —Se rió entre dientes—. Por supuesto, estábamos en guerra.

—¿Y qué me dice del sacerdocio? ¿Esperaba encontrarlo alguna vez en el seno del

sacerdocio?

—Aaaah. No me gusta pensar en ello. Supongo que estadísticamente es inevitable. Y supongo que teóricamente no importa, ¿no cree? En cualquier caso, aquí todos somos más o menos eunucos.

Me fue imposible saber si bromeaba.

—¿Y por qué estamos hablando de esto? —De pronto, y durante un instante, pareció realmente confundido.

—Hablábamos de O'Brian. Aunque no estoy seguro de entender la relación... con esos tipos del ejército.

—Sí. O'Brian. Le he visto —dijo el obispo—. Tocando el piano. ¿No cree que parece un poco... afeminado? ¿Qué pierde un poco de aceite? Claro, ya sé que eso no quiere decir nada.

—Yo no le daría demasiada importancia, la verdad.

—Tiene talento, sin duda. Lo suyo es la música. Nos iría bien un poco más de eso aquí.

—Su padre es el alma de la parroquia.

—Bien. ¿Qué es lo que necesita?

—Tengo que reconocer que todo esto me tiene un poco nervioso —comentó Donald.

—Yo no me preocuparía demasiado —dije—. No es ningún crimen cambiar de opinión a mitad de camino.

No respondió.

—Quizá ya me lo has dicho, pero ¿cuándo supiste de verdad que tenías vocación?

—Hace años que lo pienso. Dígame una cosa. Usted es sacerdote desde hace... ¿cuántos años exactamente?

—Dentro de poco hará veintisiete.

—Ha visto usted a toda clase de sacerdotes. ¿Alguna vez ha visto a alguno que se acercara al... ideal?

—Sí. Una vez.

Supongo que esperaba que me explotara. Al ver que no lo hacía, prosiguió:

—Me alegro. Es usted afortunado.

primero de mayo, alfonso no está, esta noche Jacinta ha venido a verme para nuestra sesión de conversación en español, no se ha dado cuenta de que estábamos solos, le he pedido que se quedara, no sé qué me ha ocurrido, ella se ha quedado perpleja, soy un idiota infantil.

John estaba sentado a la mesa de la cocina. Llevaba una gruesa chaqueta y tenía la mirada perdida al frente. Estaba pálido e iba sin afeitarse. Tenía el rostro surcado de profundas arrugas y los ojos hundidos en sombras. Había envejecido desde la última vez que yo le había visto, el día de la fiesta de cumpleaños. Se volvió despacio a mirarme y pareció enfocar en mí la vista. Yo estaba de pie en la puerta.

—Hombre —dijo. Esbozó una cálida sonrisa—. Estaba pensando tomarme una copita. — Había un paquete de cigarrillos abierto encima de la mesa—. Quizá te apetezca una.

La cuidadosa declaración y sus exagerados gestos dieron clara muestra de que ya se había tomado más de una copita. No me moví.

—Bueno, ¿piensas entrar o vas a quedarte ahí?

—La gente está preocupada —dije.

Me miró fijamente durante un instante y se rió.

—No me jodas.

Me quité el abrigo.

—Voy a preparar una tetera.

—Siéntete como si estuvieras en tu casa. O en la mía. O lo que sea. —Y alargó una mano temblorosa hacia la botella que estaba en el centro de la mesa. Luego dejó escapar una ventosidad, larga y ruidosa—. Perdón.

—No te preocupes.

—Para el viejo, esto era lo más parecido al humor —dijo.

—¿Cuánto hace que estás así?

—Soltaba uno y decía: «Mejor fuera que dentro». O: «Habla otra vez, oh, mi venerable desdentado».

—John, ¿cuánto hace que estás así? —repetí.

La fetidez impregnaba el lugar y el fregadero estaba lleno de cuencos sucios. Obviamente había estado sobreviviendo a base de cereales, tostadas y güisqui.

—Venga ya —respondió—. Es Navidad.

—Hace dos semanas que pasó la Navidad.

—Vaya, primera noticia. —Alzó el vaso—. Por las chicas de Toronto... Dicen que son unas estrechas...

Fui a cogerle la mano para quitarle el vaso, pero él la movió rápidamente.

—No —dijo. Y durante un instante vi a su padre allí sentado en vez de a él; Sandy Gillis, oscuro y peligroso.

Me volví hacia la cocina para dejar pasar el instante.

—Me han dicho que ha vuelto a pasar aquí la Navidad. La famosa Faye de Toronto —dijo por fin.

—Hace mucho tiempo que dejó de ser Faye. Y sí. Esta vez se ha alojado en el pueblo.

—Supongo —insistió, dándole una calada al cigarrillo— que costaba demasiado abrir la casona en esta época del año.

—No creo que sea lo más indicado para salir a correr —dije, señalando al humo con un movimiento de cabeza.

Él se rió y tiró la ceniza en un plato de café.

—¿De dónde crees que salió el rollo ése de hacerse llamar Faye?

—No fue más que una fase. Era joven. Buscaba una nueva identidad.

—Pues identidades, lo que se dice identidades, no le han faltado —dijo y luego soltó un sonoro eructo.

—Cualquiera diría que te molesta. Que él haya vuelto a su vida. Y que haya empezado a venir otra vez por aquí.

—¿Eso? Qué va. Soy un hombre totalmente moderno.

La tetera silbó. Me dirigí a la cocina.

—Jamás pensé que viviría para verla regresar a la vieja casona —dijo.

—¿Dónde guardas el té?

Agitó una mano hacia la puerta de un armario.

—Me contó ciertas cosas, cuando éramos... jóvenes. Muy inquietantes... —contuvo un nuevo eructo—. He hecho cosas de las que no me enorgullezco. Y todo por ciertas cosas que ella me contó. Aunque no la culpo de nada.

—Sé a lo que te refieres. Todos hemos...

—No, no es verdad. Aquí nadie tiene ni puta idea de nada.

Serví una taza de té y se la puse delante. Él clavó los ojos en la taza como preguntándose qué era.

—Superaré esto —dijo—. Pero a mí ritmo. —Y hablando consigo mismo, como si yo ya me hubiera ido, añadió—: Es perverso cómo nos jodemos la vida los unos a los otros.
Luego arrojó el cigarrillo en la taza.

SEGÚN STELLA, el joven Danny MacKay iba de mal en peor.

—Tiene que hablar con él —dijo—. Sus padres no saben qué hacer. Y, desde luego, el estrés es lo que menos le conviene a la esclerosis múltiple de su padre.

—¿Cuál es el problema?

—Cambios repentinos de humor. Reacciones desmesuradas. Inesperados estallidos de violencia verbal, incluso en casa. Rumores de peleas en el pueblo.

—Suena al típico comportamiento adolescente.

—Sus padres quieren que hable con él.

—No creo que me corresponda a mí hacerlo. El muchacho pertenece a la parroquia de Mullins.

—Mullins —se burló—. Mullins es uno de los motivos por los que la Iglesia se ha vuelto totalmente irrelevante para la gente que más la necesita.

—Oh, vamos —dije.

Stella llegaba al caer la noche, sin avisar y con comida. Se quedaba a charlar mientras tomábamos una copa. Y, cuando el frío y el silencio que parecían ser rasgos esenciales de la vieja parroquia me atenazaban, yo instintivamente iba a verla a su casa caldeada y acogedora.

—Es probable que la gente haya empezado a chismorrear —dijo en una ocasión al tiempo que esbozaba una relajada sonrisa—. Debería usted poner fin a los comentarios yendo a visitar también a otras personas,

—¿Cree usted que con eso bastaría?

—No perdería nada con intentarlo.

Sus ojos grises no parpadeaban y me di cuenta de que esperaba que diera un paso definitivo con el que provocara un avance en la cauta conversación. Sonreí.

Ella desvió la mirada.

—Pobre Danny. Además, está su relación con Sally. Me preocupan ella y sus expectativas. Hay gente que carece de la capacidad de compromiso que Sally necesita. Y eso es algo que sólo podemos aprender gracias a la experiencia compartida. Y por lo general cuando ya es demasiado tarde. Después del fracaso.

—¿Era de aquí o de... allí? Me refiero a su fracaso.

—De allí —respondió sin apenas una pausa—. No sé si comprende usted eso... sobre el compromiso...

—Por supuesto que lo entiendo. Por supuesto.—Por fin pregunté—: ¿Quién era él? Su... fracaso.

—¿El? Nadie especial. Un tipo de la marina. Le conocí en Halifax. Me convenció para que me mudara a Toronto. Es una vieja historia. Vimos lo que queríamos ver. Y no vimos lo que era obvio hasta que fue demasiado tarde.

Esperé, aunque al parecer no había nada más que decir. Ella se rió, nerviosa.

—Pero me siento a salvo con usted —dijo.

Aparecieron sin avisar. Si Danny iba de mal en peor, nadie lo hubiera dicho a juzgar por su aspecto. Parecía equilibrado y perfectamente dueño de sí mismo. Sally se me antojó contrita. Según explicó Danny, habían tenido una discusión, y como los dos me veían como un modelo de

persona mayor abordable, él había propuesto que debían hablar conmigo. Creyó que a mí no me importaría.

—Además, es casi como si fuéramos medio parientes —dijo jovialmente—. Con eso de que ahora es dueño de mi barco. Es como si se hubiera casado con mi ex, en uno de esos... arreglos amistosos que se dan hoy en día. Puedo venir siempre que quiera... a ver a los niños.

Se rió y sospeché que había estado bebiendo o que estaba colocado. Les invité a pasar. A pesar de todo, me alegró verles.

—Esa es la clase de cosas de las que estábamos hablando —dijo él—. De la vida a largo plazo. Se me ha ocurrido que, tal y como iban las cosas entre nosotros, íbamos a necesitar un árbitro.

—Oh, venga ya —intervino Sally—. No molestemos al pobre padre. Seguro que tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

Les dije que estaba calentando agua para el té. Ambos expresaron que una taza era bienvenida.

Sin embargo, cuando volví de la cocina los ánimos habían cambiado. Danny estaba sentado junto a la ventana con el abrigo puesto y contemplaba la bahía, masticando chicle con suavidad. Ella estudiaba las fotografías de la repisa de encima de la chimenea. Cogió la que me había hecho en Puerto Castilla.

—¿Es usted? —preguntó.

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Y éstos? ¿Son amigos suyos?

—Sí. Eran otros tiempos. Otro mundo.

—Vaya. ¿Dónde es?

—En Honduras. En los años setenta.

—No lo sabía. Debió de ser increíble.

Me encogí de hombros.

—¿Y mantiene el contacto con ellos?

—No. A ella... le perdí la pista. —Aunque me di cuenta de que me temblaba la mano cuando la señalé en la foto, Sally parecía totalmente absorta en lo jóvenes que éramos.

—¿Y él? —Miraba a Alfonso—. Qué monada. ¿Qué ha sido de él?

—Bueno —respondí, aclarándome la garganta—. Es una triste historia. Lo que ocurrió con él. Murió.

—Dios mío —dijo—. Y tan joven.

Dicho esto, le cogí la foto de la mano y volví a ponerla en la repisa.

—Me enseñó algunas lecciones importantísimas. Sobre cómo vivir. Una de ellas es aprovechar al máximo todos y cada uno de los momentos de la vida. Y saber qué es lo que quieres. No bajar nunca la guardia.

A pesar de ser consciente de que mis palabras no eran más que estupideces, sabía también que me servirían para centrarnos de nuevo en ellos dos. Sally escuchaba muy atentamente. Hasta él, con los ojos en la ventana, parecía escuchar con atención. Ese mismo efecto es el que provoca la noticia de una muerte inesperada. Captura nuestra atención, aunque sea sólo durante un instante. Danny estaba repantigado en la silla, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—Disculpadme, tengo que ir a buscar el té.

—Bien, ¿por dónde íbamos antes de que me distrajera y me dejara tentar por las luces y las sombras del pasado remoto? —pregunté, dejando la bandeja encima de la mesa.

—No lo sé —respondió Sally—. Ha sido idea de él venir a verme.

Danny se aclaró la garganta y sacó las manos de los bolsillos.

—Eso no es del todo cierto. ¿Por qué no le dices de qué estábamos hablando antes de que metieras a la Iglesia por medio?

Se hizo un silencio tenso. De pronto una expresión de traición asomó a los ojos de Sally.

Danny se levantó, se acercó a la bandeja y cogió un tazón de té.

—Es que conozco a muchas parejas de nuestra edad que se han casado y que después de un año lo único que les oyes decir es lo desgraciados que son. Y que se sienten atrapados...

—Eso no tiene nada que ver con nosotros... Estoy segura de que el padre ya está al corriente de todo eso.

—Puede que sí o puede que no —intervino él—. Lo único que sé es lo que les ocurre a las parejas cuando se casan y se apoltronan demasiado pronto, antes de saber realmente lo que quieren...

—Eso es no querer mojarse —dijo Sally. Luego me miró a los ojos—. Lo que en realidad está diciendo es que deberíamos... vivir juntos, sin casarnos.

—Sólo temporalmente —precisó él—. No estoy hablando de casarnos por lo civil ni nada de eso. Sólo estoy proponiendo que nos metamos en esto... poco a poco.

—Lo que Danny quiere decir es cohabitar —dijo ella con una sonrisa apesadumbrada—. Llámalo como quieras. A eso se le llama cohabitar.

—Bueno —dijo él—. Tampoco seríamos los primeros, ¿no? Los dos se volvieron a mirarme.

—La esencia única del matrimonio es el compromiso —dije en un intento por mostrarme original. Ante la duda, lo mejor es preguntar—. En cualquier caso, no estoy seguro de entender cuál es el problema. Los dos sois muy jóvenes. Vivís en casa de vuestros padres..., lo bastante cerca como para veros a menudo. Supongo que siempre que os apetece. Si tenéis dudas sobre el gran compromiso, por qué no... —Y me permití una leve risilla disimulada con la que poner fin a mi reflexión.

Me miraban con los ojos desprovistos de expresión.

—¿Por qué no dejar las cosas como están? Vuestra situación no es exactamente... difícil, ¿me equivoco?

Siguieron guardando silencio.

—En cualquier caso, creía que os estabais planteando las cosas a largo plazo. Que no había planes inmediatos para el gran paso. —Me encogí de hombros y esperé.

Por fin, fue ella la que habló:

—¿Piensas decírselo o tengo que hacerlo yo?

Danny había vuelto a instalarse en la silla, enterrado en su silencio.

—No hay nada definitivo —dijo.

—Quiere marcharse —declaró ella con voz cansada—. Irse al oeste. Y quiere que vaya con él. Y yo digo que primero nos casemos.

—Y yo, que eso sería la receta ideal para el desastre —intervino Danny.

—Y yo digo que no quiero vivir en pecado. No quiero ser como los demás. Quiero...

—Quiere ser como papá y mamá —concluyó él, burlón.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—¿Cuándo empezaste a plantearte que querías marcharte? —pregunté.

Danny agitó una mano en el aire, desdeñando la pregunta.

—No habla de otra cosa desde Navidad —respondió ella—. Quiere irse a Alberta.

Clavé en él la mirada, expectante.

—Hay que sopesar todas las opciones —dijo Danny—. Cuanto más lo pienso, más me doy

cuenta de que este lugar es una put... Que este lugar es un asco.

—He estado intentando que vuelva a estudiar —dijo Sally.

—No me hagas reír —fue el comentario de Danny.

—Quizá sea simplemente la inactividad —dijo—. El barco nuevo está prácticamente terminado, ¿no? —El asintió con la cabeza—. En cuanto empiece la temporada de pesca y salgas ahí fuera, te darás cuenta de lo lejos que está Alberta... y de lo que perderías si te marcharas.

—El barco nuevo ha sido una equivocación —replicó apesadumbrado—. Hasta he oído decir que piensan cerrar el puerto. Tendremos que largarnos a otro sitio.

—¿En serio? ¿Adónde?

—Hasta ahora no son más que rumores. A Pig Cove. A Murphy's Pond. En realidad, da igual. Con el tiempo que llevo aquí, sé que cuando empiezas a oír rumores sobre algo que no deseas... ya puedes empezar a prepararte para que ocurra.

—Estoy de acuerdo con él en una cosa —dijo Sally—. Si nos fuéramos, vivir separados nos saldría demasiado caro. No llegaríamos muy lejos para poder volver y empezar aquí de nuevo. Ni siquiera podríamos tener nuestra propia casa. Quedaríamos atrapados en algún lugar extraño.

—¿Y te parece que quedarnos aquí, tú trabajando en Wal-Mart y yo arruinado en la pesquera, nos va a permitir salir adelante?

—Antes vendo mi cuerpo que ponerme a trabajar en Wal-Mart —declaró Sally. Luego dejó escapar una risa triste.

—Ya ve usted que nos hacía falta un árbitro —dijo Danny.

—Me temo que necesitáis a uno más sabio que yo.

—De todas formas —dijo Danny, levantándose de pronto—, podríamos tomárnoslo con calma, ¿no? Tampoco es que tengamos que decidirlo ahora mismo.

Me mostré sinceramente de acuerdo con él, aliviado ante su inesperada retirada.

Sally parecía rota. Con todo, se levantó, dispuesta a seguirle.

De camino a la puerta, Danny se detuvo delante de la repisa de la chimenea y estudió la fotografía con atención.

—¿Qué fue de su amigo?

Me encogí de hombros.

—Fue complicado. Una época complicada en un lugar complicado;

—He oído hablar de eso —dijo—. Parece un estudiante.

—Era sacerdote..., un sacerdote de primera. Jesuita.

—¿Y ella?

—Ella era... supongo... enfermera. Nutricionista. Aunque en esas circunstancias, ejercía más de médico.

—Cualquiera diría que detrás de esta fotografía se esconde una historia muy interesante.

—Buenas noches —dijo.

Esa vez no fue un sacerdote al que yo conocía demasiado bien, lo cual facilitó con creces la perspectiva de mi visita. Salió a recibirme a la puerta de la parroquia ligeramente desaliñado, dando muestras de claros signos de tensión. Me pareció que olía a alcohol, a pesar de ser por la mañana. Posiblemente el olor fuera la herencia de la noche anterior.

—¿Sabe por qué estoy aquí? —le espeté cuando estuvimos sentados en su estudio.

—Probablemente podría adivinarlo. —Encendió un cigarrillo y jugueteó distraídamente con la cerilla, viéndola arder hasta que casi le tocó los dedos. Durante un instante me cautivó la proximidad entre la llama y la piel. En ese momento, él agitó la cerilla y la arrojó a un vaso vacío. Luego suspiró y se repantigó en la silla—. Estoy al corriente de las habladurías.

—Me temo que son más que simples habladurías.

—Entiendo.

—Aunque me gustaría oír su versión de los hechos.

—Para qué molestarse. Estoy seguro de que ya ha tomado usted su decisión.

Decidí esperar, pues eso era exactamente lo que había aprendido a hacer. En algún punto de la distancia un camión de bomberos dejó escapar una cacofonía de sirenas y de estridentes bocinazos.

—Uno intenta hacer su trabajo poniendo en ello toda su ilusión —dijo, jugueteando nerviosamente con el cigarrillo—. Pero te aburres y te apartas un poco de los cánones habituales para ganarte a la juventud. Es ahí por donde debemos empezar, ¿no? Quizá lograr despertar en ellos un poco más de interés en algo que no sea la basura que ven en la televisión. Tratar de implicarles en la vida de la parroquia. Ayudarles a convertirse en ciudadanos. —Se encogió de hombros—. Ahora lamento haberlo intentado.

—Parece usted negar que hubo algo impropio en sus relaciones con... —asentí con la cabeza en dirección a la libreta que llevaba en la mano, pero no la abrí.

—Supongo que lo tiene todo ahí escrito —dijo mientras miraba fijamente la libreta—. Todas esas malditas mentiras.

—Hay cinco nombres, cada uno de ellos con varias alegaciones específicas. Puedo enumerárselas, si lo desea. Pero no pienso dar nombres, a menos que...

—Y no tiene que hacerlo. Sé quiénes son y sé también lo que han ido diciendo por ahí.

—De acuerdo.

—¿Qué es lo que sabe realmente sobre los cinco muchachos que me acusan?

—Sé lo que alegan.

Se rió. «¿Eso es todo lo que sabe?»

—Ayúdeme —dije.

—Haga usted sus deberes. Busque el denominador común.

—¿El denominador común?

—Las drogas. Son un puñado de mequetrefes colocados. Aunque distintos de los típicos chavales malos, esos que, como yo, proceden del lado equivocado de las vías del tren. Junto a los hornos de carbón. Los que maldicen, blasfeman y beben. Esos que tiene ahí, en su pequeña libreta, no son más que un atajo de niñatos, mariquitas mimados de Boulderwood a los que han pillado fumando porros y empiezan a inventar mentiras para cubrirse las espaldas. Están «traumatizados». Me dan ganas de vomitar. Pero basta de todo esto. ¿A qué ha venido?

—¿Niega usted lo que han dicho? —pregunté al tiempo que abría la libreta.

Se rió y negó con la cabeza.

—¿Cuánto hace que es usted sacerdote?

—¿Qué tiene eso que ver con todo esto? —repliqué.

—¿Cómo es que no le conozco?

Me encogí de hombros.

—Por supuesto que le he visto por ahí y lo sé todo de usted. Pero es uno de los pocos a los que no tengo el placer de conocerle personalmente. ¿A qué cree que se debe?

—Me parece que nos estamos desviando un poco de la cuestión.

—Puede ser. Pero deje que le diga una cosa: hubo un tiempo en que éramos todos más o menos del mismo equipo. En cierto modo, éramos como hermanos. Así tenía que ser. Nos cubríamos entre nosotros. Alguien la cagaba y el primer impulso era proteger a la institución. Evitar el escándalo. Todos somos humanos. Algunos metemos la pata. Oh, todos hemos conocido

al Padre Esto-y— lo-Otro, el borracho de turno; y al tipo raro que se follaba a la esposa de algún parroquiano o que se llevaba el dinero de las misiones para solventar un pequeño problema con el juego. Pero jamás se oía hablar de ellos fuera de la sacristía.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Ahora esto es la selva —dijo. Encendió otro cigarrillo—. Alguien comete una torpeza y la reacción es «llamad a las tropas». Sale en los papeles y se echa al pobre tipo a los lobos. Se le echa de la jodida balsa para despistar a los lobos... No podemos tenerles husmeando en nuestros cajones de la ropa interior, no vaya a ser que encuentren algo que salpique al resto, ¿no? ¿No es así cómo funciona?

Antes de marcharme, le di la buena noticia: habíamos convencido a las familias para que desistieran de denunciarle a la policía. El caso se cerró.

Apartó la mirada en un intento por ocultar cualquier destello de alivio. Supe al instante que era una puesta en escena y tuve que contenerme para no agarrarle del cuello y machacarle la ignorancia hasta hacerla papilla. De repente, una oleada de recuerdos reprimidos de mi padre y de Sandy Gillis me inundó la mente. Durante un breve instante me pregunté: ¿por qué no puedo ser como uno de ellos? ¿Un hombre, para variar? Como lo fui, aunque brevemente, en un momento de mi vida. Y partirle la cara. Regodearme con el espectáculo y con el olor y el sabor de su sangre.

—De hecho, para mí no tiene ninguna importancia —suspiró—. Y le diré que, a pesar de lo que pueda usted pensar, me alivia saber que la diócesis se ahorrará un escándalo y unos gastos del todo innecesarios. Cuando esto salió por primera vez a la luz, supuse que se trataba de una cuestión de dinero. Un pequeño chantaje. Ni que decir tiene que yo habría sabido dónde enviarles, y espero que usted también.

Le interrumpí.

—Se irá mañana temprano a Halifax. Tomará un vuelo con destino a Toronto a las nueve de la mañana. Irán a buscarle al aeropuerto y le llevarán a un lugar llamado Braecrest. Es un centro terapéutico. Como mínimo tendrá la oportunidad de tratarse su problema con el alcohol.

—¿Y después?

—Ya veremos. —Le di el sobre de la agencia de viajes.

Él lo aceptó y lo miró durante un instante.

—Ese lugar, Braecrest, —dijo con voz cansada—, no tendrá por casualidad campo de golf, ¿verdad?

Era ya media tarde cuando le dejé y la idea de volver a la universidad me deprimió. La siderúrgica seguía aún en activo en aquel entonces y los rojizos penachos colgaban sobre las chimeneas de los hornos abiertos como invocaciones. Poco después, pasé con el coche por delante del Tar Pond, del centro comercial de la calle Prince, y recorrí las destartaladas calles de Whitney Pier. Y, a pesar de que hacía años que no pasaba por allí, no me costó encontrarlo. Con el paso del tiempo, el hollín, el polvo de mica y el ácido que impregnaba el aire habían oscurecido las lápidas, cuya lectura se había tornado aún más difícil.

Me arrodillé, no tanto por una cuestión de reverencia, sino una vez más con la intención de examinar las letras casi borradas.

CATHERINE MACASKILL

15 de mayo de 1920-24 de mayo de 1951

Sith do d'anam

«Que tu alma descanse en paz.»

Intenté imaginar un rostro, pero sólo había oscuridad, el rugido y el tintineo del acero más

abajo y un atronador silencio dentro.

«¿Quién eres? Y yo, ¿quién soy? ¿Acaso él, en sus momentos de intimidad, te habló de sí mismo, de su infancia? ¿Mencionó Hawthorne alguna vez?»

Reinaba la oscuridad cuando me marché. Podría haber pasado la noche en Holy Name o en Holy Redeemer de Saint Anthony Daniel. Cualquiera de la media docena de parroquias, dotadas de sus casas vacías y desperdigadas. Sin embargo, sabía lo que mi repentina llegada había empezado a significar. Sabía lo que pensarían mis colegas sacerdotes al verme en la puerta. Podía imaginar la fugaz expresión de temor seguida del recelo. Y luego la larga noche de formalidades. O quizá, después de un par de copas, las conferencias sobre la maldad de los seculares y el anticlericalismo emergente que estaba victimizándonos a todos. Después, la recomendación de que teníamos que cubrirnos las espaldas entre nosotros para así evitar que empeoraran las cosas y alimentar las llamas de la histeria.

Pedí una habitación en el Holiday Inn de King's Road. De camino hice un alto en la bodega de la calle George y compré una botella de güisqui. Esa noche me senté a oscuras en la habitación del motel y me dediqué a ver la televisión hasta que no quedó una sola gota de alcohol en la botella.

A FINALES de abril volví a coincidir de nuevo con el joven Danny MacKay. Yo estaba en el puerto y él estaba allí también con su padre. Habían dejado la camioneta a un lado del muelle y descargaban trampas para pescar langostas. A pesar de la crudeza del viento, un sol resplandeciente empezaba a transmitir una vez más cierto calor, y padre e hijo trabajaban en mangas de camisa.

El joven Danny parecía enfurruñado y atribuí su mal humor a quienquiera o lo que quiera que hubiera provocado el prominente cardenal que tenía en la mejilla.

—Aquí estamos un año más —dijo Danny Ban—. La esclerosis múltiple parece haberse estancado. Dicen que está en proceso de remisión. Pero quién sabe durante cuánto tiempo.

—¿Y qué tal te van a ti las cosas, Danny? —pregunté al chico.

—Bien —respondió él mientras seguía descargando las trampas del camión al muelle—. Las cosas van bien.

—Hacía tiempo que no te veía. Deberías pasar a hacerme una visita cuando estés por la zona.

—Quizá —dijo antes de alejarse.

Su padre y yo le vimos irse en silencio.

—Está bien —dijo por fin Danny Ban—. A pesar de todo, se ha convertido en un buen hombre.

Esperé a que me contara los detalles, aunque en vano.

Parecía estudiar con atención el horizonte, buscando en él alguna pista sobre el tiempo.

—Nunca se sabe —dijo tras una larga pausa. Luego se disculpó y le gritó al muchacho—: Vuelvo dentro de una hora.

El joven Danny simplemente le saludó con la mano en señal de respuesta. Danny Ban cerró la puerta de la camioneta dando un portazo y se marchó.

Seguí allí durante unos quince minutos más, apoyado contra el guardabarros del coche e intentando ignorar el frío. Por fin el muchacho reapareció. Tuve la sensación de que le sorprendió encontrarme todavía allí. Se acercó mientras se quitaba despacio los guantes y estudiaba el suelo. Luego sonrió.

—Después estuve pensando y realmente creo que lo de esa noche debió de parecerle una estupidez. Me refiero a verme titubeando sobre algo tan común como casarse. Y haber montado tanto escándalo por algo así.

—Es un paso muy importante. Me parece acertado que hayas optado por planteártelo con calma.

—Hay cosas que usted no sabe. No es el único que tiene experiencias de las que prefiera no hablar.

—Quizá sepa más de lo que crees.

—Oh, no me sorprendería. Pero hay un par de cosas que usted desconoce, ¿de acuerdo?

—Tú mandas —dije.

Se rió.

—Jamás hubiera imaginado que era usted sacerdote. Cuando le vi con tía Stella llegando juntos en Navidad, habría dicho que era usted cualquier cosa menos eso.

—Un sacerdote no es más que otro hombre.

—Algunos —dijo antes de desviar rápidamente la mirada.

—Ya te he dicho que si alguna vez quieres hablar...

—Esa foto. La de usted con sus amigos. Con la mujer y el otro sacerdote, dondequiera que fuera. Cuando me marché, no conseguí quitármela de la cabeza.

De pronto no supe qué decir.

—Había algo en esa foto. En las caras. Algo muy poderoso. No sabría decirle qué. Pero me impactó verla. —Escupió al suelo—. No me pregunte qué es lo que intento decir. Pero cuando me fui, no podía dejar de pensar que... lo que vi en esa foto, sea lo que sea, es justo lo que falta aquí.

—Puedo hablarte de la foto cuando quieras.

—Me gustaría conocer la historia. Todos parecían muy felices en esa fotografía. Quizá sea eso lo que me falta a mí.

—Deberíamos aprovechar al máximo nuestros momentos de felicidad. Nunca duran.

—Y que lo diga —dijo.

—Danny, si no puedes hablar conmigo..., tiene que haber alguien con quien puedas hacerlo. Habla con Stella.

—Se me ocurrió que marchándome lo solucionaría, que quizá largándome de aquí..., un cambio. Pero Sally cree que lo que intento es dejarla plantada. Darle esquinazo. ¿Se lo imagina? ¿Me imagina intentando plantarla? ¿A mí?

—Me alegro de que no te marcharas. Todo se arreglará. Volvió a desviar la mirada.

Inspiré hondo.

—Una vez comentaste... el trabajo que debería hacer por la diócesis. Y eso incluía a algunos sacerdotes que estaban causando problemas. En ese momento no pude hablar de ellos, y todavía no puedo. Pero... Brendan Bell...

—Tengo que irme —se apresuró a decir al tiempo que se alejaba hacia el barco a paso rápido.

El domingo, después de misa, Sally pasó muy deprisa por delante de mí con la cabeza gacha cuando me coloqué junto a la puerta para saludar a mis parroquianos. No había vuelto a verla desde su visita.

—¡Hola! —la salude.

—¡Ah, hola! —respondió como si no me hubiera visto.

—Hacía mucho que no te veía.

—Ya sabe cómo es aquí el invierno. Salimos lo menos posible.

—El otro día vi a tu chico. En el muelle.

—Ah —fue su respuesta.

—¿Qué tal van las cosas, si no te molesta que te lo pregunte?

—No van. Simplemente no van.

Esperé que se explicara. Costaba leer su expresión.

—Todos tenemos nuestros límites —dijo por fin.

Effie llegó a principios de junio. Dijo que estaría unos días dedicada a lo que llamó «trabajo de campo». Estaba escribiendo un libro. Quería visitar a la anciana que habíamos conocido en Navidad. La vieja Peggy de Hawthorne. De hecho, eso era básicamente una excusa para volver a casa con cargo a una cuenta ajena. Había recibido una pequeña beca de investigación.

—¿Para investigar qué, exactamente? —pregunté.

—Sobra la pregunta.

—¿Dónde vas a alojarte?

—En algún sitio bien caldeado —dijo con una sonrisa—. Aunque quiero abrir la vieja

casona para airearla. Llevaré unas cortinas nuevas. ¿Te importa?

—Como si estuvieras en tu casa —dije.

Effie creía que la cocina estaba estropeada y preguntó si me importaba si compraba una nueva.

—¿Por qué no me acompañas a Hawthorne? —preguntó.

—Creo que no.

—Vamos, hombre. Si no es más que una pobre anciana. Le encantará que le hagamos una visita.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Estoy ocupado.

Quizá fuera la desidia. Las imágenes volvían espontáneamente, asaltándome en momentos inesperados. Y también la falta de confianza en mí mismo.

Le tenía agarrado por el cuello contra la pared. Recuerdo que se le habían quedado las gafas cruzándole la cara y recuerdo también el pelo fino y gris erizado, dejando a la vista la piel rosada de la cabeza. Aunque movía los labios, no salían de ellos ningún sonido. El muchacho había desapareado. Y de pronto me asaltó la duda. ¿De verdad he visto a un muchacho? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está? ¿Qué estoy haciendo?

Quizás el obispo estaba en lo cierto. Lo que creemos ver no siempre representa la realidad. El ojo es a veces traicionero.

En una ocasión, hace ya tiempo, vi el pálido destello de un objeto. Quizá, como me dijo después el padre Roddie, realmente estuvieran buscando una pluma que habían perdido detrás del escritorio. Una pluma muy especial, dijo. No era imposible. Quise creerlo. El padre poseía esa capacidad, esa suerte de credibilidad que nace de una absoluta confianza en nosotros mismos. Y se mostró muy generoso, reconsiderando lo que él llamó mi respuesta «irracional». Según dijo, es precisamente a partir de las apariencias de donde surge el escándalo. Me dio las gracias y me perdonó, incluso por haberle puesto la mano encima.

—Ha pasado usted demasiado tiempo con los existencialistas. Le meterán siempre en problemas. —Había un destello de burla en sus ojos.

—No pretendía... tocarle.

—Soy un hombre de campo. Ya me han agarrado antes, y peor. —Se rió—. Tiene usted unas manos fuertes. No quiero ni imaginar si me hubiera golpeado. Demonios.

Desearías que fuera cierto. Encuentras consuelo en sus ojos y te tranquiliza el peso de la mano que te ha puesto en el hombro, la voz grave que habla de colegialidad, de carácter. Ha sido mentor. Ha sido ejemplar. Él es eso en lo que tú, en tus piadosos sueños, deseabas convertirte. Reverenciado, respetado por religiosos y no religiosos a la par. Un sacerdote que es también un hombre. Y te quedas tranquilo, demasiado fácilmente. Por fin, te muestras de acuerdo: quizá te hará bien una temporada lejos. Y tú obispo se mostró profético: fue en Honduras cuando tu misión tomó cuerpo por vez primera; viste, entre los pobres, el destino humano tal y como lo vio nuestro Redentor, grabado en las arrugas de los rostros. Ví mi misión en sus ojos, la esperanza que yo representaba para ellos. El obispo dijo que vería la fe viva tal como había sido en el pasado. Y estaba totalmente en lo cierto.

Pero en la oscuridad del insomnio, cuando la mente indisciplinada revive las furtivas imágenes que lo empezaron todo, está la que domina a las demás, alejada de cualquier sombra de

ambigüedad: el rostro del muchacho, lívido de asco, y transformado después en terror cuando ve lo que debe de ser conocimiento en mi espanto. Es una imagen que no me abandona.

Effie pasó fugazmente a verme cuando, tras concluir su pequeña labor de campo, volvía a Toronto. Supe al instante que algo la tenía preocupada y también por qué.

—¿Qué sabes de la historia de papá? —preguntó.

—Depende. Sé que su padre nunca tuvo la oportunidad de casarse con su madre y que murió en alguna parte. Quizá durante la Primera Guerra Mundial.

—La gente de Hawthorne trató a la madre de papá como a una fulana cuando volvió a casa embarazada y soltera. ¿Sabías eso?

—No me sorprende.

—La mandaron lejos para evitar el escándalo. El lugar no podía tener un nombre más indicado. Hawthorne. Es inevitable pensar en *La letra escarlata*. Nuestra abuela era Hester Prynne, la protagonista de la novela. —Se rió, pero no sonrió.

—¿Adónde quieres llegar exactamente? —pregunté, inquieto.

—Sabes muy bien que ella le abandonó. Durante años él ni siquiera supo cómo se llamaba su madre, por el amor de Dios.

—¿Y qué importancia tiene todo eso ahora?

—Porque la gente importa, y también sus historias.

—Implicarse demasiado con la gente y con sus historias puede llegar a ser peligroso —dije.

—No fastidies. Pero ¿es que acaso importa algo más?

La expresión que vi en su rostro invitaba a la discusión. «Venga —decía—. Ahora suelta tus revelaciones sobre la eternidad y la resurrección, sobre la vida en el Paraíso.»

—Dime. ¿Cuándo piensas volver a casa? —pregunté.

Un caluroso martes por la mañana de principios de julio alguien llamó a mi puerta. Para entonces prácticamente nadie llamaba: normalmente entraban sin más y me llamaban desde la cocina. Desde la ventana del estudio vi un pequeño coche verde aparcado junto a la iglesia. Un BMW. Fui hasta la puerta, lleno de curiosidad. Era Brendan Bell.

Sonreía de oreja a oreja y vestía una camiseta, pantalones cortos y sandalias. Tenía la cara tersa y bronceada y llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y sujeto con una abundante dosis de gel. La pequeña cola de caballo había desaparecido. En la mano izquierda lucía un reluciente anillo de casado.

Mi curiosidad pasó por bienvenida y él entró.

—Estaba a punto de preparar café —mentí.

Dijo que pasaba por allí. Su esposa estaba en el oeste. Había ido a visitar a unos parientes que tenía allí y él había aprovechado la oportunidad para volver a ponerse en contacto con Newfoundland. Había pensado viajar por los alrededores de Cape Breton de camino. Quizá parar en Port Hood durante un día o dos y visitar a viejos conocidos.

—Me he enterado de que estaba usted aquí. ¿Cómo siguen todos?

—Como siempre —respondí.

—¿Y Mullins? ¿Sigue siendo el mismo dechado de buen humor?

Me reí con él.

—De hecho, el viejo Mullins y yo nos llevábamos bien —dijo—. Afortunadamente, él no estaba al corriente de mi sórdido historial. Debo darle las gracias por ello.

Preguntó entonces por los MacKay.

—El muchacho —dijo—. El joven Danny. Los chicos le llamaban Junior. Le tenía mucho

cariño. Siempre estaba en la parroquia cuando los jóvenes se juntaban. Venían a última hora de la tarde y tocábamos música, veíamos vídeos o simplemente charlábamos. Eso fue lo mejor de mi paso por aquí. Se me ha ocurrido que podía pasar a ver a alguno de ellos.

Respondí que la mayoría seguía allí. Que prácticamente todo seguía igual.

—Genial —dijo antes de terminarse el café—. He oído decir que estaba usted haciendo un gran trabajo en la parroquia. ¿Qué tal lo lleva? ¿Le gusta?

—Es un gran cambio después de la universidad.

Sus ojos recorrieron, visiblemente inquietos, mi destartada cocina. Los pequeños silencios se alargaron entre nosotros.

—Ha preguntado usted por Danny MacKay —dije por fin—. Creo que llegó a conocerle muy bien.

—Obviamente, le conocía. De hecho, diría incluso que es uno de esos muchachos que destacan entre los demás. —Creí ver una sombra de turbación en su rostro.

—Está pasando por algunas dificultades. Ha decidido casarse. Con una chica encantadora de por aquí. Pero la perspectiva de la boda parece haber provocado una especie de... crisis.

—Qué lástima. Siempre me pareció un chico... profundo. Comparado con los demás. El matrimonio son palabras mayores.

Se produjo un nuevo silencio.

—A usted parece sentarle bien —dije con una sonrisa.

Asintió con la cabeza al tiempo que estudiaba su tazón de café. Luego volvió la mirada hacia la ventana.

—Dios mío —dijo por fin—. Estaba admirando las vistas que hay desde aquí. Desde luego, ha conseguido usted el puesto ideal. Me mostré de acuerdo con él.

—Una parte de mí le envidia —dijo—. Es la parte que cuestiona mi decisión de marcharme. Supongo que tenían razón cuando decían eso de que «un sacerdote lo es de por vida».

Comentó entonces que algún día le gustaría que habláramos largo y tendido sobre todo. La mente se dispara, buscando resquicios, y encuentra tan sólo barreras. Se levantó, dispuesto a marcharse, y le seguí hacia la puerta.

—Quizás alargue un día el viaje —musitó—. Y pase a verle en el camino de regreso. Hasta podría pasar aquí una noche. Hay cosas de las que probablemente podría hablar ahora que no tuve el estómago de tratar cuando estaba aquí. ¿Me entiende usted?

—Creo que sí —respondí, aliviado al ver que el ajuste de cuentas quedaba pospuesto.

—En cualquier caso, mejor lo dejamos para otro día.

Sin embargo, se quedó dónde estaba durante un largo y silencioso instante.

¿Cómo juzgamos? Una cara bonita, sinceridad en los ojos, una profunda inteligencia ideando frases a partir de percepciones, ideas y humor sorprendentes. Todos los signos externos de integridad. Sin embargo, ésas son también las dotes del actor, del embaucador, del superviviente. Yo conocía por experiencia la perspicacia de las personas descalabradas. «Hay en él una especie de intranquilidad palpable», pensé mientras caminaba a su lado en dirección al coche. Y, durante un instante, a punto estuve de detenerle. Demonios, tomemos una copa. Ahí fuera apenas ha empezado a caer la tarde. Charlemos. Y le hablaré de Alfonso, que era la suerte de sacerdote que todos deberíamos ser. Y de Jacinta y de mi propio enfrentamiento con la debilidad humana. Y de mi campaña para purificar Nuestra Santa Madre Iglesia enterrando a los sacerdotes de su calaña en lo que —o así lo esperaba— fuera un manto de impotente oscuridad. Y a cambio le permitiré que haga lo que ninguno ha hecho antes. Explicarse.

El pequeño coche se alejó por el camino y giró hacia el norte.

Alfonso y Jacinta se muestran muy sobresaltados cuando les encuentro en la cocina. He interrumpido el llanto.

—Lo siento —les digo.

Ella sale apresuradamente, rozándome al pasar. Él y yo nos quedamos mirándonos desde ambos extremos de la diminuta habitación. Luego él sonríe. Se lleva el índice a los labios y niega con la cabeza.

Chiss.

Sextus llamó por teléfono un martes por la mañana. Era ya un día caluroso y calmo. La bahía se extendía a mis pies en toda su lisura.

—Creía que estarías en el mar —dijo alegremente—. Estaré allí dentro de veinte minutos.

Me senté en el porche. El calor era intenso. Un coche apareció en el camino. Era Stella. Llevaba una blusa vaquera con botones metálicos. El primer y último botón estaban desabrochados.

—Voy de camino a la playa —dijo—. Debería usted venir.

Tenía las piernas desnudas, calzaba sandalias y se había recogido el pelo. Se le había soltado un mechón que le caía junto a la oreja.

—Me encantaría —dije. Y así era realmente. Me sonrió.

Le ofrecí un café. Lo rechazó. Dijo entonces que había ido a verme por una cuestión de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

Quería reservar el salón de actos para el sábado por la noche de la semana siguiente. Una pequeña celebración para el joven Danny O'Brian. Para recoger dinero para sus estudios en el seminario de Scarborough.

—Obviamente, espero verle allí —dijo.

Respondí que lo apuntaría en mi agenda.

Apenas se hubo marchado, Sextus hizo su aparición. Llegó con una nevera llena de cervezas. El sol estaba en lo alto del cielo y el calor apretaba con fuerza. Era casi mediodía.

—Es en días así cuando uno se deprime al recordar todos los años desperdiciados en el maldito Ontari-ari-ari-o —declaró, estirando los brazos por encima de su cabeza.

A nuestros pies, la oscura extensión de agua palpitaba con suavidad. En la distancia, un yate se movía lentamente hacia el sur.

—Venga, vamos al mar —dijo.

El joven Danny MacKay estaba de pie en la popa del Lady Hawthorne con una gran manguera, regando la cubierta. Tenía una expresión taciturna, pero en cuanto reparó en nosotros, sonrió y apagó el agua. Sextus le dio una cerveza.

—Se debe de estar de maravilla en la isla —dijo.

—Aún no sé cómo maniobrar para llegar hasta allí —respondí. —Bah, es fácil —apuntó Danny.

El *Jacinta* se deslizó limpiamente por el agua quieta, dejando atrás cualquier vestigio de realidad: las vestiduras colgando en la sacristía, el confesionario vacío, la parroquia semiderruida, las expectativas de gente desconocida para mí, preguntas profundas e imposibles sobre el propósito y el potencial. Danny y Sextus iban de pie en cubierta con una cerveza en la mano, riéndose de alguna observación compartida.

En la esquina de la ventana de la cabina, un tábano se debatía en una tela de araña. La araña esperaba en el extremo de su trampa, atenta. ¿Qué hace falta para extinguir el instinto de supervivencia? ¿La desesperación? Finalmente, quizás, una profunda comprensión de la inutilidad.

Me volví a mirar hacia la popa. Sextus y Danny hablaban muy serios mientras la brisa caliente les alborotaba el pelo. Sextus me vio y agitó la mano. Volví a concentrarme en la tela de araña justo en el momento en que la araña envolvía al agonizante tábano con su cuerpo. La batalla concluyó.

En ese instante llegó Sextus.

—Déjame llevar el barco un rato.

Me hice a un lado.

Una playa lejana estaba abarrotada de cuerpos del color de la arena. Danny los miraba fijamente, cruzado de brazos. «Stella está entre ellos», pensé imaginándola sin la blusa vaquera y sin las sandalias. Danny parecía estar esperando algo.

—¿Todo bien?

Se encogió de hombros y sonrió. Ni una queja.

—Pareces preocupado —dije al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. ¿Seguro que todo va bien?

—¿Acaso no está todo el mundo preocupado por esto o por lo otro?

—Por esto o por lo otro —repetí.

—Apuesto a que tiene usted sus propias reglas, ¿eh, padre?

Me reí. Volví de nuevo la atención hacia la playa.

—¿Sabes nadar? —pregunté.

Negó con la cabeza.

Seguimos un rato en silencio.

—El otro día vi a un amigo tuyo —dije.

—¿Ah, sí?

—Brendan Bell.

—Me han dicho que estuvo por aquí.

—Parece que le va de maravilla. Llevaba un BMW. ¿Sabías que ha cambiado de trabajo?

—Algo había oído. —Bebió de la botella. No vi en su rostro la menor sombra de expresión.

Una latente inquietud se deslizó entre nosotros como una nube.

—Ya casi hemos llegado —dijo, señalando hacia el faro situado junto al rompeolas de la isla. Desde donde estábamos era imposible ver una entrada.

—Nunca me he atrevido a entrar ahí.

Volví a tomar el timón y seguí las instrucciones de Danny. Con el corazón en un puño, atraqué junto a dos pequeños fuerabordas, vulnerables como cáscaras de huevo.

Una profunda sensación de triunfo apartó todas las grandes preguntas.

¿Otra cerveza para celebrarlo?

«¿Qué es lo que me tiene tan preocupado? —me pregunté—. El muchacho está bien. Simplemente está pasando por la tensión típica de la entrada a la edad adulta.»

—Allí arriba hay una pequeña iglesia —dijo Danny, señalando—. Se respira una paz increíble. La construyeron cuando la isla era una auténtica comunidad. Ahora aquí ya sólo hay veraneantes. Norteamericanos. No soportan la visita de los lugareños como nosotros. Distorsiona sus fantasías. De todas formas, la iglesia tiene algo especial.

—Veo que todavía no hay que perder la esperanza contigo

—dije.

Serío.

—Algún día toda esta zona será así —respondió.

—¿Así, cómo?

—Como la isla de Port Hood. Un destino de vacaciones para turistas. Sólo quedaremos unos pocos lugareños, aferrados con uñas y dientes a esto. Trabajando para los de fuera.

—Jamás —dije—. Jamás deberíais llegar a eso.

Me dedicó una mirada casi burlona, pero no dijo nada más.

Durante el trayecto de regreso a Port Hood, me sobresaltó un repentino estrépito en el techo. Sextus me dijo después que Danny estaba bailando allí arriba: una extraña danza con sus botas de trabajo. A Sextus le pareció muy raro.

—Cualquiera diría que al muchacho se le está yendo la cabeza. —No le pasa nada —dije—. Deberían dejarle un poco en paz.

El sábado por la tarde en que tuvo lugar la celebración de O'Brian, la bahía estaba oscura y en calma mientras el sol se ponía en el horizonte. La misa de siete estaba abarrotada y los coches y las camionetas llenaban los bordes del camino y las plazas de aparcamiento que rodeaban el edificio. Bajé la colina hacia el salón de actos a las nueve menos cuarto, respetablemente impuntual. Tenía previsto pronunciar un breve discurso, una despedida formal, y entregar a Donald un cheque de parte de la parroquia. La música ganó en intensidad a medida que me acercaba y el murmullo de las voces pareció elevarse. Stella había conseguido un permiso para la venta de bebidas alcohólicas. El amplificado sonido de un violín chillaba desde un diminuto altavoz. Junto a la puerta vi a un grupo de hombres fumando. Entre ellos reconocí al joven Danny MacKay. Al pasar por delante del grupo intenté establecer contacto visual con él, pero Danny apartó la mirada.

Cuando entré, Stella me preguntó:

—¿Ha visto quién ha venido?

—¿Danny?

—Sí. Creo que han venido juntos. Es una buena señal. —Indicó con un movimiento de cabeza hacia Sally, que vendía tiques para el bar.

Intento recordar ahora los detalles, imaginando que existía una peculiar disonancia en las melodías y cierta expresión siniestra en los rostros conocidos.

El joven violinista llamado Archie estaba en el escenario con la mejilla y la oreja pegadas al instrumento, como si intentara oír cada una de las notas por encima del murmullo de las conversaciones y de las risas que lo llenaban todo. Sacudía la rodilla izquierda arriba y abajo, golpeando pesadamente el suelo con el pie. El invitado de honor, Donald O'Brian, martilleaba concentrado el piano mientras sus orgullosos padres le observaban de pie junto al escenario, aceptando las muestras de veneración de parte de sus vecinos. Había hombres fornidos en mangas de camisa con vasos de plástico en la mano, el rostro encendido, las frentes perladas de sudor y

con sus rechonchas mujeres ocupadas alrededor de una larga mesa de comida. Danny Ban estaba entre ellos, apoyado en un bastón y con la almidonada camisa blanca manchada de sudor.

Volví a mirar a su hijo. Sally le hablaba en ese momento al oído, aunque no alcancé a ver su expresión. Danny estaba de pie con las manos en los bolsillos y el rostro inclinado a un lado, asintiendo con la cabeza. «Tendrán unos hijos preciosos», pensé. Sin embargo, la noción se disolvió al instante en la nube de ansiedad que siempre me atenaza cuando estoy rodeado de una multitud.

La música dejó de sonar. Llamé al joven Donald desde el escenario, le acompañé despacio hacia el centro del salón con un brazo fraternal alrededor de sus hombros, y pronuncié entonces mi breve discurso. Se rieron con las anécdotas que conté sobre mi época en el seminario. Historias

sobre jóvenes que ponían en jaque los límites de la tradición y de la disciplina mientras yo me rendía ciegamente a la ortodoxia, cosa que aconsejé no hacer al joven Donald. «No cometas mis errores. Diviértete.» Hice algunas bromas inofensivas e imaginé que la risa era en parte fruto de la sorpresa. «¡Escuchad! ¡Es capaz de hacernos reír!» A pesar de que había pensado concluir mi discurso con algunas reflexiones sobre la humildad, la ordenación y los gozos y las dificultades del sacerdocio, decidí poner fin a mi pequeña charla con un brindis en honor del nuevo seminarista. Todos brindaron a su vez y vi a Stella que se acercaba a mí con dos vasos de plástico.

Acepté uno y lo levanté con los demás, consciente de que ella seguía allí, a mi lado, y de que, dejando a un lado mi ropa —el traje negro, el alzacuellos y la estola—, probablemente debíamos de parecer mucho a las demás parejas. Un hombre y una mujer juntos de pie entre otros hombres y mujeres.

Donald me dio las gracias cuando le ofrecí el sobre. Dijo a los presentes que esperaba no defraudarles y pidió que rezaran por él para ayudarlo a lidiar con las dificultades que sin duda encontraría en el camino.

«Amén», pensé.

Cuando terminó, se volvió hacia mí y asintió con la cabeza, imaginé que, en la fugaz mirada que cruzamos, había reconocimiento y comprensión. Quizás, hasta confianza.

Cuando aparté la mirada me encontré con Archie, el joven violinista, de pie muy cerca de mí, cruzado de brazos. Le guiñé un ojo y él cogió el instrumento por el cuello y tiró de una cuerda con el pulgar, señalando así que la celebración podía continuar.

Más allá de ese instante de claridad, mi memoria se vuelve imprecisa. Al parecer estaba solo, cómodamente apoyado contra una pared. El vaso que sostenía en la mano estaba prácticamente de más porque me reconocí ebrio de música, del tiempo que hacía y de una sorprendente sensación, quizá por vez primera, de haber encontrado al fin mi sitio. De que, gracias a aquella buena gente, y quizá por primera vez desde mi regreso de Honduras, la vida tenía un propósito. En ese momento escribí en mi imaginación una breve nota al obispo en la que le daba las gracias por ese destino.

Cerré brevemente los ojos y dejé que la música me envolviera. ¿Es así como se supone que debe ser la vida?

Se produjo una pausa en la música. Alguien sustituyó a Donald al piano y él se acercó a mí con una sonrisa en los labios. Entonces se detuvo a hablar con Sally, cuyos ojos parecían animados. La vi asentir con la cabeza. El la tomó de la mano y empezaron a moverse hacia el centro de la sala, presumiblemente para bailar.

Una décima de segundo más tarde, Danny estaba allí de pie con ellos. Visto desde ahora, estoy seguro de que yo era el único consciente de la tensión que impregnaba la escena. Sentí que un profundo instinto defensivo descargaba una advertencia y acto seguido me moví hacia ellos.

Danny tenía cogido a Donald por el brazo. Sonreía.

Oí: «... otro jodido marica...»

—Danny —dije, quizá más bruscamente de lo que era mi intención, al tiempo que le agarraba de la muñeca.

No alcancé a ver el movimiento. Lo único que sé es que de pronto menguó la luz y que sentí el cráneo envuelto de una oscuridad colmada de diminutos destellos. No noté nada más.

Ví entonces su rostro junto al mío, espantosamente encendido y con los ojos hinchados. Pero me pareció ver un brazo tenso y velludo sobre su cuello, y sus manos agarradas a él. Y, acto seguido, un nuevo rostro formulando silenciosas palabras al oído de Danny. Habría jurado que era

Sandy Gillis. Intenté tenderle la mano. ¿Sandy? Sin embargo, justo en ese momento todos volvieron a fundirse en una sombra salpicada de incontables motas.

Ahora habla mi padre:

—Adelante. Ponte a prueba y demuestra la clase de hombre que eres.

Sandy Gillis estudia el suelo del granero en silencio.

—Vamos —dice mi padre, envalentonado por su silencio— Maldito seas. Arreglemos esto de una vez.

Y de pronto le veo de rodillas, con la cabeza gacha y la sangre goteando. Sandy Gillis está de pie a su lado en silencio con los brazos a los costados.

No lo vi con mis propios ojos. Simplemente oí el espantoso chasquido de los golpes.

Stella estaba de rodillas a mi lado con una expresión de horror en el rostro. Danny Ban tenía agarrado a su hijo por detrás en un tenso abrazo, debatiéndose entre un puñado de gente que se abalanzaba hacia la puerta abierta. De pronto el joven Danny dejó de oponer resistencia y él y su padre salieron juntos. Sally corrió tras ellos con el bastón en la mano.

Stella me puso unos cubos de hielo envueltos en una toalla en la frente, justo encima de un ojo, donde la carne se había vuelto tierna e inflamada. Algo, quizás el hielo, lanzó profundas y frías descargas a mi cerebro. Me quité la toalla. Stella tenía el rostro teñido de gris, con una ligera sombra amarillenta. Miré a mi alrededor y, presa de la desesperación, estudié los rostros que me rodeaban. ¿Sandy Gillis? ¿De verdad había visto al fallecido Sandy Gillis? ¿Acaso estaba soñando? Entonces vi al joven O'Brian rondando pálido a mi alrededor.

—Eso ha sido un poco extremo —dijo intentando en vano esbozar una sonrisa, aunque percibí la desaprobación en su tono de voz.

—¿Ah, sí?

—No deberían haber intervenido. No hacía falta. Podría habérmelas arreglado solo.

—¿Deberíamos? ¿A quién te refieres?

—A usted y al otro tipo.

—¿Qué otro tipo?

—Ha sido un problema mío, no tenía usted que haber...

—Quizá podamos hablar de esto en otra ocasión.

—Bien —respondió.

—No entiendo a qué ha venido todo esto —dijo Stella.

A la mañana siguiente, el pasaje del Evangelio que elegí hablaba de la historia del fariseo y del tabernero que habían ido a rezar al templo. El fariseo da gracias a Dios por su virtud y por su piedad. El pobre tabernero está demasiado avergonzado de sí mismo para hacer nada, salvo pedir clemencia. Me pareció un relato claramente adecuado para el momento.

Una pequeña congregación había asistido al oficio. Hacia el fondo, claramente visibles, estaban el gran Danny Ban y su hijo, ambos de pie y con los brazos cruzados, observándome con atención. A juzgar por su aspecto, el muchacho estaba enfadado y se sentía desgraciado. Alcancé a percibir con mi único ojo útil que se había vuelto tan corpulento y fornido como su padre.

A punto estuve de quebrantar las normas y saltarme la homilía, pero al verles allí al fondo me di cuenta de que esperaban oír algo remotamente relevante. Les miré fijamente durante un rato, consciente en gran medida de la palpitación que sentía en la sien. Como no encontré las palabras adecuadas, me limité a regresar al altar y a retomar el ritual que cumplí automáticamente, sin reflexión alguna.

—Creo en un solo Dios...

Ya en la puerta, cuando prácticamente todos se habían marchado, Danny Ban se acercó a mí.

—Este muchacho tiene algo que decir.

—Muy bien —dije.

El joven Danny se mantuvo un poco retirado, cruzado de brazos y estudiando el suelo con los ojos.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien. —Habló con voz ronca. Tenía el cuello visiblemente teñido de rojo. Al poco, alzó los ojos para mirarme a la cara. El dolor en su expresión era inconfundible.

Sentí crecer en mí las palabras.

—Olvidemos lo ocurrido.

—No era ésa mi intención.

La voz de su padre sonó inesperadamente afilada.

—No hemos venido aquí para oírte decir eso. Hemos venido para oírte decir lo que tienes que decir.

—Lo siento —dijo el joven Danny con un hilo de voz.

—Yo también lo siento —dije.

Pareció sorprendido.

—No, maldita sea —intervino su padre—. Usted no tiene nada que lamentar. Le he dicho que ha tenido suerte de que vivamos donde vivimos. No hace mucho a estas alturas ya le habrían excomulgado. O quizás algo peor. Se le habría gangrenado la mano y la habría perdido.

—Yo no me preocuparía por eso —dije.

Se hizo un largo silencio.

—Entiendo —dije por fin—. Entiendo y no necesito ninguna disculpa. Pero hay un muchacho que probablemente no entienda lo sucedido.

El joven Danny negaba con la cabeza.

—No. No pienso hacerlo.

—Si realmente quieres que este episodio quede olvidado —dije—, te sugiero que vayas a casa de O'Brian ahora mismo. Es ahí donde tienes un asunto por zanjar.

—No puedo.

Dediqué a su padre una mirada implorante.

—A mí no me mire —dijo, levantando la mano y desviando la mirada—. Pegar a un cura es una cosa. Lo otro es un asunto entre ellos.

Idéntica la expresión de padre e hijo: firme la mirada, finos los labios, firmes las líneas de la cara.

—En ese caso, no hay nada más que hablar —dije.

PIENSO a menudo en Mullins. Para algunos sacerdotes como él y para otros a los que podría nombrar, los Evangelios están plagados de reflexiones que deben ser aplicadas a la condición humana. Llegan incluso a encontrar la lógica en la superstición. Pueden trazar un claro sendero entre todas las infantiles promesas de salvación literal y alcanzar una verdad objetiva que llevan en los bolsillos como una piedra suave y caliente. ¿Cuál es el secreto de su poder de atracción?

¿Por qué decidí convertirme en sacerdote? La respuesta me abofetea en pleno rostro: necesitaba una salida. Necesitaba una vía de escape.

A principios de la semana siguiente recibí la visita de un joven agente de la Policía Montada que me dijo que debía plantearme la posibilidad de poner una denuncia por agresión.

—El joven MacKay es una amenaza, no sólo para él mismo, sino también para los demás —dijo—. Quizá necesite un toque de atención. —Me pareció que el agente era apenas unos años mayor que Danny.

—Creo que es muy consciente de lo que ha hecho —respondí—. Está pasando por una mala época. A todos nos pasa. —Sonreí, dudando mucho de que el joven que tenía ante mí hubiera conocido algo que se alejara levemente de una larga e impecable fase vital.

Aunque el agente volvió a hablar, yo había dejado de escuchar sus palabras y me limitaba simplemente a prestar atención al tono con el que las pronunciaba. Esa cortesía llana y aprendida que no es tan siquiera cortesía, sino sólo una formalidad estéril. A punto estuve de decir: «Hablas como un robot, muchacho. ¿Te enseñaron a hablar así en Regina?» Sin embargo, opté por no decir nada, consciente de que probablemente era un tipo decente y de que ése es el tono que oigo utilizar a casi todo el mundo.

Semanas más tarde, Stella me dijo que el joven O'Brian estaba hablando de la posibilidad de irse a Japón. Había decidido marcharse a enseñar inglés y posponer definitivamente sus planes de entrar en el seminario. Al parecer, quería poner un poco de tiempo y de distancia entre él y todo lo demás. Así es como ella lo expresó.

—Probablemente no sean más que especulaciones —dije—. A la gente le encanta sacar conclusiones.

—Ha cambiado. He intentado hablar con él.

—¿Y le ha dicho que había decidido irse a Japón?

—No. No con tantas palabras.

—Creo que algún día será un buen sacerdote.

—¿De verdad lo cree?

—Sí.

—Pobre Danny. No ha sido culpa suya.

—No, no lo ha sido.

Stella buscó en mi rostro alguna evidencia de mis conocimientos al respecto y luego puso su suave mano sobre el dorso de la mía.

—Algún día deberíamos hablar.

—Me encantaría —fue mi respuesta.

El barco se convirtió para mí en una vía de escape, aunque no especialmente saludable. La pureza original de la experiencia se diluyó y fue entonces cuando me di cuenta de que se estaba

convirtiéndolo en una profunda fuente de seducción, un lugar en el que ocultarme.

—De excursión de pesca, ¿eh, padre? —decían cuando me veían levantar la nevera de cubierta, poniendo mucho cuidado en evitar el tintineo delator de las botellas entre el repiqueteo de los cubitos de hielo.

—Ya me conocen —les contestaba—. Los peces cuentan con su propia tecnología. El «Captador de Pescadores». En cuanto aparezco, se largan.

—Ésa sí que es buena —respondían entre risas.

Había un norteamericano que escribía para el *New York Times* que amarraba su barco junto al mío. Intercambiábamos pequeñas bromas de vez en cuando.

—Me han dicho que pasó usted algún tiempo en Centroamérica —me dijo en una ocasión.

—Ah, sí. ¿Ha estado allí?

—Cubrí el conflicto que hubo allí en los años ochenta. Nicaragua. El Salvador.

—Yo estuve en Honduras.

—Aja. Con la Contra —dijo.

—Eso fue más tarde. Yo ya me había ido.

Una mujer rubia vestida con pantalones cortos y una camiseta de tirantes descansaba estirada en una tumbona en la parte posterior del barco, estudiándome con una expresión que revelaba los *rescaldos* de cierta revelación anterior, quizás el hecho de que yo era un sacerdote. Nuestras miradas se cruzaron y sonreí. Ella apartó al instante los ojos.

A finales de agosto vi a Danny en la parte más alejada del puerto. El barco descansaba en alto encima de un carro corredizo. El joven trabajaba debajo, a la sombra, pintando el casco con un rodillo de mango largo. Oí música. Cuando escuché con atención, reconocí una canción que sonaba a menudo en mi época de universidad: «Desperado».

«Hay que ver lo chapado a la antigua que es el chico», pensé. Decidí acercarme a charlar con él. Sobre los Eagles. Don Henley. Recursos fáciles adquiridos gracias a haber vivido durante tiempo entre los jóvenes. En ese momento me di cuenta de que de vez en cuando Danny cogía del suelo una botella de cerveza y se la llevaba a la boca, quedándose allí de pie con la cabeza echada hacia atrás como si fuera a bebérsela de un trago.

Al día siguiente el barco parecía haber quedado abandonado en la grada, y dos días más tarde los pescadores refunfuñaban en el muelle.

—Danny ha salido a la mar con el Capitán Morgan —me dijo uno de ellos con un tono no exento de ironía.

Una mañana, tres días más tarde, reparé en que un pequeño grupo de hombres se había congregado alrededor del barco. Había un ramillete de furgonetas aparcadas cerca y cuatro hombres estaban terminando de pintarlo. Cuando la pintura se secó, volvieron a botarlo y a trasladarlo hasta el otro extremo del puerto, donde lo amarraron junto al mío.

—¿Alguien ha sabido últimamente algo de él? —pregunté.

—Oh, sí —dijo el hombre, asegurando a un poste las amarras.

—¿Dónde se mete estos días?

—Va y viene. Aunque depende del tiempo. Pilló esa vieja gripe Bacardi.

Hizo un nudo a toda prisa y se marchó.

El joven O'Brian vino a verme sin previo aviso. Se quedó en la puerta, visiblemente nervioso. Le invité a pasar y le ofrecí una taza de té o una cerveza fría. No habíamos vuelto a hablar desde el incidente del salón de actos.

—No gracias —dijo—. Tengo algo para usted —añadió, dándome un sobre.

—¿Qué es?

—Tengo que devolverle el dinero. No sería justo que me lo quedara.

Fingí confusión.

—Podría explicárselo usted.

—¿Explicar qué?

—Que he cambiado de opinión. Y que no me encuentro preparado. Por lo menos por ahora. He decidido tomarme un año para viajar. Quiero pensar las cosas con calma. Quizá cuando regrese. Pero no puedo. Todavía no.

Protesté y le dije que no debía tomarse demasiado en serio el incidente del salón de actos. Que sabía que el joven Danny MacKay sentía lo ocurrido.

—¿Cree usted que él es el único que piensa así? —preguntó sin disimular su amargura.

—Eso no significa que...

—¿No?

Percibí en él la rabia repentina.

—¿Cree que él es aquí la única persona que tiene esa actitud? —Me taladró con la mirada y en ese momento pude oír su pregunta no formulada: «¿Y usted qué piensa?»

No dije nada.

—De hecho, siento lástima por Danny MacKay —dijo por fin—. Y por los problemas que hayan podido llevarle a actuar como lo hizo. Simplemente no fue capaz de callárselo, como hacen los demás. Ese tío se está buscando problemas, problemas de verdad.

—Guárdate el dinero. Viajar es caro.

—Gracias, pero espero que encuentre usted cosas mejores que hacer con él. He oído por ahí que tienen intención de reconstruir la rectoría.

—Haría cualquier cosa, lo que fuera, por conseguir que cambiaras de opinión.

Me miró fijamente. Luego, tras lo que se me antojó un largo silencio, dio media vuelta y se marchó.

Y ENTONCES llegamos a finales de septiembre. Aunque el clima en verano puede ser impredecible, los septiembrs son, casi sin excepción, un suave fluir de días cálidos y tranquilos bañados por la luz del sol. Tenía el motor del barco al descubierto y las planchas del suelo levantadas. Encontré evidencia de podredumbre ya seca en las planchas situadas bajo el tanque del carburante. Me pregunté si los MacKay habrían estado al corriente del estado del barco cuando me lo habían vendido.

«El próximo será de fibra de vidrio», pensé. Y entonces, presa de un espasmo de pesar, entendí que la podredumbre seca no importaba. «Dentro de unos años me habré ido de aquí. No habrá otro barco.»

Abrí la nevera y saqué el ron. La botella estaba mojada, fría y reconfortante. Encontré un vaso de plástico y desenrosqué el tapón.

Oí entonces un golpe violento y desconcertante. Era Danny. Había saltado desde el muelle y avanzaba por el lateral del barco en dirección a mí. Iba sin afeitarse y llevaba una gorra de béisbol puesta del revés. Sentí un instante de pánico, allí sentado con la delatora botella de licor en la mano. Intenté luchar contra el fastidio que me embargó.

—Iba a servirte un cóctel —dije—. No creo que estés interesado, ¿verdad?

—No creo que el Papa cague en los bosques, ¿verdad? —respondió—. ¿O es el oso el que lo hace?

Sonreí.

Pasó junto a mí y se quedó de pie en popa, estudiando su barco con las manos en la cintura.

—Por casualidad no habrá visto quién volvió a poner mi barco en el agua, ¿eh? —preguntó.

Ante el tono hostil de la pregunta, opté por mentir.

—No.

—Podrían habérmelo dicho.

—Estoy seguro de que intentaron localizarte.

—Tampoco es que cueste tanto encontrarme.

Cuando se volvió a mirarme, me di cuenta de que seguía borracho;

—Para mí, sin hielo —dijo.

—¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor. —Una vez más se volvió de espaldas y estudió su barco con el vaso en la mano—. De todas formas estoy pensando en deshacerme de él. Ya lo he decidido. Voy a hacer las maletas y voy a irme a Calgary. Ahí es donde está el futuro. Esto de la pesca es para idiotas.

No dije nada.

—El gobierno nos quiere dejar sin trabajo. Me refiero a los pequeños. Así las grandes compañías que pueden permitirse comprar a los políticos se quedarán de una vez con toda esta mierda.

Me limité a escucharle.

—Ahí tiene usted trabajo. Denuncie todo esto. Monte un pequeño escándalo. Defienda a los pequeños, eso es lo que debería estar haciendo. Como lo hacían los curas antiguamente..., antes de convertirse en un atajo de idiotas.

Me encogí de hombros.

Danny guardó entonces un profundo silencio y, volviéndose por fin hacia mí, preguntó:

—¿Cómo es que no hizo nada?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabe. Por lo que pasó en el salón de actos.

—¿A ti qué te parece?

Encendió un cigarrillo.

—Debería haberme devuelto el golpe. Eso es lo que debería haber hecho. Debería haberme dado una buena tunda. Eso es lo que habría hecho el viejo padre Donald..., o eso me han dicho. Me lo tenía merecido. No me habría resistido. —Me miró fijamente al tiempo que seguía dándole caladas al cigarrillo—. Alguien le dijo a mi viejo que cuando era joven tenía usted muy buenos puños. Que no aguantaba gilipolleces de nadie.

—Aprendemos a superar esas cosas.

Se rió.

—¿Qué tal si le dejo que me suelte un buen golpe? Ahora mismo. Vamos, pégueme.

Le miré fijamente y en silencio.

—Oh, vamos. Aquí mismo. Lo tengo merecido. Será mi penitencia. —Eché la barbilla hacia delante.

Y, de pronto, vi delante de mí los rostros prominentes de mi padre y de nuestro vecino, Sandy Gillis, dos hombres a los que la guerra había hecho caer en el error de creer que la violencia es el camino que lleva a la rectitud. Entendí su problema y cómo habían llegado a pensar así. Entendí que el dolor y la culpa no consiguen sino provocar más dolor. Y podría quizás haber dicho a Danny en aquel momento lo que nunca llegué a decirles a ellos: «¿No crees que ya te han hecho demasiado daño?»

Sin embargo, me limité a negar con la cabeza y a apartar de él los ojos, silenciado por la incertidumbre. Y seguimos allí tomando nuestras copas, evitando el contacto visual y escuchando el suave siseo de la marea.

—¿Alguna vez te has planteado retomar los estudios? —pregunté por fin.

—Con el debido respeto, padre. Bromea usted.

—Aún eres joven, Danny.

—Y ésa es la mitad del problema. Nací demasiado tarde para todo lo que realmente importa.

—Te equivocas.

—Le veremos más tarde —dijo, depositando el vaso sobre cubierta y saltando desde allí al muelle.

A punto estuve de gritarle que volviera, pero no me dio tiempo, pues su furgoneta se alejaba a toda velocidad por la carretera de la costa. Le veo ahora y veo también la luz amarilla del crepúsculo de septiembre dorando los campos y prendiendo fuego en las ventanas de las casas silenciosas donde moran todos los secretos.

—Tengo la impresión de que sabe más de lo que está dispuesta a contarme. ¿Me equivoco?

Stella guardó silencio al otro lado de la línea. Luego suspiró.

—Esto es algo muy serio. El chico necesita ayuda, pero todavía no está preparado para recibirla.

—¿No puede contarme nada?

—No.

Colgué y fue entonces cuando me di cuenta de que no me había despedido de ella.

Domingo, 8 de octubre. Se me ocurrió que Bobby O'Brian me evitaba. La gente me considera

un hombre reservado, un término que a mí Jamás se me habría ocurrido utilizar para referirme a mí, pero que Sextus empleó una vez cuando estaba explicando cuál era el problema con las personas que son como yo. Según dijo, nos ocultamos tras ese halo prohibitorio y con eso conseguimos engañar a mucha gente. Me había puesto la mano en la solapa y acariciaba con los dedos la gruesa tela de lana.

—La sotana..., señal externa de vuestra autoridad —dijo—. Un argumento cultivado por los antiguos sacerdotes vestidos de negro para ahorrarse rendir cuentas. —Sextus emplea muy a menudo la expresión «rendir cuentas». Y «transparencia». Supongo que son palabras que se utilizan más a menudo en las ciudades. Sin embargo, Bobby O. nunca pareció reparar en mi carácter reservado. Bobby O. es una de esas personas que siempre parecen estar a gusto en compañía del cura.

—Bob —le grité mientras se alejaba cabizbajo hacia su coche.

Vaciló. Sin duda se preguntaba si podía salirse con la suya fingiendo que no me oía. Me desembaracé de un pequeño grupo de mujeres que se habían congregado junto a la puerta de la iglesia y fui hacia él.

—Hacía tiempo que no le veía.

—He estado muy preocupado. Asuntos del sindicato. Ya sabe cómo es eso.

Le pregunté si había tenido noticias de su hijo.

—Ah, sí —respondió sin ocultar su reticencia—. Le va bien. Ha encontrado un puesto de profesor en Corea. Hay que ver. En Corea, nada menos. —Intentaba mostrarse complacido.

Se produjo entonces una larga pausa.

—Le seré sincero —dijo—. Para mí fue vergonzoso. No sabría expresarlo de otro modo. El chico creó todas esas esperanzas y luego..., huir así...

—Yo no lo llamaría huir. Simplemente necesita un poco de tiempo. Creo que hizo bien marchándose. Lejos podrá pensar sin sentirse presionado.

—Para él no habría sido distinto. Ya sabe usted a lo que me refiero.

En ese instante comprendí la angustia que teñía su rostro.

—Esas cosas no importan cuando eres cura, ¿verdad? Tienes ayuda, la gracia de Dios. ¿No es eso lo que nos dicen? Siempre pensé que estaría más a salvo si se hacía sacerdote.

—El muchacho estará bien, ya lo verá.

—Debo confesarle que estoy preocupado por él. Vivimos en un mundo sucio y podrido.

—Salúdele de mi parte. Y dígame que, si quiere, que me escriba.

—Lo haré. —Luego añadió—: Me han dicho que al joven MacKay no le van demasiado bien las cosas. Dicen que lleva semanas de juerga en juerga.

Asentí con la cabeza.

—Lo siento por el muchacho. Antes era un buen chaval. Recuerdo cuando mi chico y él iban juntos al instituto. Eran amigos.

—Saldrá de ésta —dije, avergonzado de la pobreza del comentario.

—En fin. Cosas de jóvenes, ¿eh?

Fue hacia su coche y yo me vi embargado por una profunda oleada de pena procedente de un rincón hondo que en raras ocasiones me atrevo a visitar.

Martes, 12 de octubre. Por la mañana, el joven Danny estaba al teléfono.

—Estaba pensando que... probablemente saque el barco a tierra la semana que viene. ¿Qué le parece si saca también el suyo a la vez?

—Por mí, perfecto —dije.

—El tiempo está empezando a empeorar... Se esperan tormentas. Será mejor que los varemos

en tierra durante el invierno.

—¿Necesitas ayuda?

—No, puedo solo. Llámelo un pequeño acto de contrición. Nos reímos.

—*Ego te absolvo* —dije.

—¿Qué?

—Que estás perdonado.

—Guay —respondió—. Me siento mucho mejor.

Llegó entonces el día 15. Recuerdo claramente que soplaba un fuerte viento del noroeste cargado de una lluvia fría que azotaba las colinas y las casas. Cascadas de hojas otoñales se desprendían de los árboles, formando puñados de vivos colores sobre el asfalto. Ese día, después de misa, los asistentes corrieron a sus coches cubriéndose la cabeza con la hoja parroquial para volver presurosos al calor de sus hogares. Me quedé en la puerta de la iglesia durante cinco minutos, viendo avanzar la tormenta sobre la bahía, empujando el agua salpicada de espuma blanca para estamparla contra la playa. Había algo en mi casa que alimentaba mi deseo de quedarme más tiempo en la crepitante iglesia, donde quedaban todavía algunos trazos de humanidad viva. Comparada con la iglesia y con la tormenta que caía fuera, mi casa era un espacio muerto.

Fue entonces cuando vi aparecer la furgoneta roja por un recodo del camino. «Sextus», pensé sorprendido.

—¿No es maravilloso? —dijo, de pie con la lluvia azotándole la cara—. Me encanta. Me he acercado con la furgoneta a la vieja casona, pero los árboles no dejan ver el viento. Entonces he pensado que estarías aquí. Te he traído una botella de vino. Se me ha ocurrido que podríamos disfrutar de un pequeño almuerzo.

—¿Por qué no entras antes de quedarte empapado?

—Es que me encanta este olor. El olor del otoño, de la naturaleza deshaciéndose de los restos del verano. ¿Qué otra cosa desprende una fragancia semejante al pudrirse?

A juzgar por el modo en que agitaba los brazos, sospeché que ya había estado bebiendo.

—Vamos a la casa. Prepararé unos huevos con beicon. Y también una cafetera.

Sextus abrió el vino. Yo me preparé el Bloody Mary de los domingos y me puse a preparar la comida en la cocina mientras él cogía una de las sillas que rodeaban la mesa y se sentó a mirarme.

—Me han dicho que el joven O'Brian está en Corea o en un sitio así —dijo por fin—. Mejor.

—Supongo que sí.

—Y no es que crea que sería un mal sacerdote. Simplemente no entiendo por qué iba a querer un muchacho como él pasar por todo eso.

—¿Todo eso?

—La sospecha constante. Y, por supuesto, la tensión interna.

—No sé a qué te refieres. —Estaba de espaldas a él.

—Parecen estar hechos de una pasta distinta. Me refiero a los gays, como los llaman ahora. ¿Sabes a lo que me refiero? Sexual- mente.

—¿Y tú cómo sabes que es gay?

—Todo el mundo lo sabe —respondió.

—¿Cómo te gustan los huevos?

—Lo que importa no es la... orientación. Sabe Dios qué no tengo nada en contra de los gays. Es la represión lo que no es natural. Cuando lo llevas todo reprimido dentro, nunca sabes cómo o cuándo va a estallar. Y lo único seguro es que siempre lo hace.

—No digas bobadas.

—¿Bobadas? ¿De verdad te lo parecen? Pero si no hay más que verte.

Me volví a mirarle, espátula en mano.

—No pierdas de vista ese huevo.

Me volví hacia la cocina. Se produjo un largo silencio entre los dos.

—Creo que mi hermana y tú habéis estado demasiado tiempo filosofando —dije por fin. Cuando de nuevo me volví a mirarle, su rostro era una máscara.

Recuerdo mi copa, medio vacía sobre la mesa. La rellené con un buen trago de la botella. Él se limitó a mirarme.

—Quizá debería aclarar algo de una vez —dijo.

—Oye —le interrumpí—. Tu vida íntima no es asunto mío.

El teléfono sonó con fuerza. Aunque durante un instante a punto estuve de dejar que sonara y seguir con la conversación, que en cierto modo se me antojaba importante, lo cogí. Era Stella.

—Gracias a Dios que le encuentro —dijo al borde de la histeria.

—No se preocupe. Estoy aquí. Con Sextus.

—Tenemos que ir a Hawthorne. A casa de Danny.

—¿A casa de Danny?

—Danny ha muerto —anunció.

Luego se echó a llorar. Acababa de enterarse. Tenía que vestirse. Dijo que tardaría quince minutos. Colgué y me quedé mirando el teléfono durante unos segundos.

Sextus estaba delante de la cocina, sirviendo los huevos y el beicon en una bandeja.

—¿Qué ocurre?

—Era Stella. Se trata de Danny MacKay. Ha muerto.

—¡Jesús! —exclamó Sextus. De pronto estaba temblando. Dejó la bandeja sobre la encimera —. ¿Danny muerto?

—Stella viene de camino.

Sextus se derrumbó en una silla. Nos quedamos sentados en la cocina, dejando pasar los interminables minutos. La tormenta parecía aumentar su furia. La vieja casa crujía. El reloj eléctrico sonaba con suavidad cada vez que avanzaba el segundero, como un par de pies enfundados en calcetines.

—He leído en algún sitio que es así como suele ocurrir —dijo Sextus.

No hablé.

—La esclerosis múltiple lo debilita todo. El sistema entero. Tendrías que haber visto a Danny cuando le conocí. En Toronto. Era... lo último que se te pasaría por la cabeza viéndole ahora... Era como un condenado... vikingo.

Apenas le oía.

—¿Dónde has puesto esa botella? —preguntó.

Me levanté y la cogí de la encimera. Encontré un vaso vacío. Lo puse delante de él. Llené el suyo y también el mío. Me senté.

—Recuerdo una vez, en una extraña taberna de Roncesvalles. Un par de albañiles italianos querían gresca y empezaron a...

—Tengo un mal presentimiento —dije—. Algo me dice que Stella no estaba hablando de Danny Ban.

Oímos el portazo de un coche procedente del exterior.

Alguien vio el barco de Danny flotando a la deriva fuera del puerto, dirigiéndose a aguas profundas. Obviamente, debía de haber estado mal amarrado y se había soltado debido a la fuerza

del viento. El joven Danny llevaba ya semanas de borrachera en borrachera. Probablemente no había prestado demasiada atención a los amarres. Entonces alguien comentó que el viento no suele entrar en Little Harbour porque el puerto está muy bien protegido. Incluso si hubiera logrado abrirse paso entre los árboles y llegar colina abajo, el viento y la marea habrían empujado el barco hacia el continente, en concreto hacia el puente de la autopista y no hacia la tormenta.

Fue entonces cuando Cameron, el auxiliar de guardacostas, decidió que lo mejor era salir a buscar el barco en vez de llamar a Danny para que lo hiciera él. Así fue como Cameron y su hijo soltaron el amarre de su barco el domingo por la mañana, justo después de misa, y salieron a la mar vestidos aún con la ropa de domingo, gruñendo entre dientes contra la gente que perdía el control de sí misma y terminaba convirtiéndose en una molestia. Tras valerse de un garfio para acercar al suyo el barco a la deriva, el muchacho, Angus, saltó a bordo.

Angus tenía más o menos la edad de Danny y más tarde a sus padres les preocupó que no pudiera superar la impresión que dejó en él lo que encontró en el barco.

El cuerpo estaba en la cabina, acurrucado en un rincón de un diminuto camarote. La cabina estaba patas arriba. El rifle en el suelo, rodeado de un asombroso charco de sangre que para entonces se había vuelto negra.

El arma era del calibre 303, y los brazos de Danny apenas llegaban al gatillo. No obstante, se las había ingeniado para dispararse al corazón. Dijeron que la muerte había sido misericordiosamente rápida.

Había una nota. Sólo cuatro palabras. «No hay futuro posible.»

Se barajarían teorías, se rastrearía la memoria en busca de la más leve pista. La muerte de Danny debía de guardar relación con el incidente ocurrido en el salón de actos. El muchacho había golpeado al cura. Después de eso, la cuesta abajo. Y se habló también de Sally, su novia. Se decía que tras el incidente le había abandonado como a un perro y que él no había vuelto a ser el mismo. Luego se habló también de una reunión pública. Los burócratas del gobierno habían visitado la zona para hablar de la pesquera y del futuro de Little Harbour. Danny había perdido los nervios. Había insultado al tipo del Departamento de Recursos Marinos y Pesca delante de todo el mundo. «Una mala palabra es suficiente para esa panda de cabrones», me dijo alguien en el velatorio. Fue entonces cuando Sally se había plantado y le había dado un ultimátum. Después de eso, Danny había golpeado al pobre cura.

Había ido demasiado lejos.

Sin embargo, había quien decía que las cosas no eran así, que hacía años que Danny no era él. Decían: «Bien pensado, se veía venir». Y todos asentían con la cabeza, porque el dolor nos vuelve tolerantes con lo absurdo, al menos temporalmente.

Danny Ban no se derrumbó en ningún momento. Le vi tensarse cuando Sextus intentó abrazarle, interponiendo entre ambos un brazo protector.

Tía Peggy y su hijo Willie hicieron una breve aparición en el velatorio. Les vi acercándose a donde estaba Danny Ban, que no tardó en alejarse, respetuoso con su intimidad. La anciana agarraba con fuerza el codo de Willie. Antes de dar media vuelta para marcharse, éste tendió la mano y acarició afectuosamente el rostro del muchacho muerto. Cuando por fin se volvió, me pareció ver un destello de furia en sus ojos.

Peggy asintió brevemente con la cabeza e intentó sonreír. Willie mantuvo la mirada al frente y no habló con nadie.

Danny Ban volvió a ocupar su sitio junto al ataúd. Era un hombre alto y corpulento. No se apreciaba en él el menor indicio de su enfermedad. Y su muchacho volvía a ser un niño. Le vi como si le viera por primera vez. La cara de una estrella de cine, cubierta de cosméticos que no

necesitaba. Peinado por manos desconocidas. La tensión de su madre acalló la sala; su rostro, una máscara de amargura. Me coloqué a su lado, presto a expresarle mis condolencias, luchando contra la violencia de su mirada.

—Sé que actúa usted con buena intención, padre —dijo por fin.

Mullins intentó poner fin a las especulaciones. Durante la misa del funeral predicó una homilía dotada de una lucidez cuando menos sorprendente sobre el suicidio. Firme y directa. Predicó en ella que el suicidio era un acto de desesperación lo bastante profundo como para menguar las facultades del razonamiento. Y que, cuando desaparecía el razonamiento, no podía haber culpabilidad. La especulación sobre las causas de la muerte de Danny no eran más que simples rumores, añadió con firmeza.

Naturalmente, yo ya había oído ese discurso antes, pero viniendo de Mullins parecía nuevo porque desvelaba algo hasta entonces desconocido en él.

Mullins dijo:

—No puede culparse de la muerte a los muertos. No podemos juzgar. —Y acto seguido, juzgó—: Me han dicho que Danny dejó escrito: «No hay futuro posible». Pensad durante un instante en esas palabras —exclamó—. Planteaos por un momento dónde hemos llegado como sociedad cuando quienes configuran las circunstancias de nuestras vidas y de nuestras comunidades son capaces de dejar a nuestros jóvenes: la personificación misma de nuestro destino colectivo en semejante estado. ¿De verdad no hay futuro?

La homilía adquirió tintes políticos. Mullins denunció a los empresarios y a los burócratas que habían malbaratado y abusado de la bondad de Dios, y de la pesquera en particular. Denunció a los políticos que les permitían actuar impunemente. Y, poco a poco, las palabras y las ideas confluyeron para convertirse en una apetitosa teoría. Cualquiera podía percibir cómo el consuelo se esparcía por la iglesia. Una suerte de absolución para todos los presentes. Esa trágica muerte era un grito de protesta, un solitario grito pidiendo ayuda... para todos nosotros.

Las palabras de Mullins fueron bien recibidas, tanto que a punto estuvieron de bloquear el iracundo susurro que seguía aún resonando en mis oídos. Las silenciosas y rasposas palabras que había oído la noche anterior desde el otro lado del panel de tela del confesionario.

—¿Podría echarme una mano? —me había pedido Mullins—. Es como si de pronto fuera Semana Santa de nuevo. La cola para confesión llega prácticamente hasta la mitad de la iglesia.

No habría deseado que Mullins tuviera que oír la voz que sigue atormentándome aún hoy y que no dejará de hacerlo jamás.

No soy yo quien necesita confesarse.

Una pesada respiración llenaba los silencios.

Quizá debería plantearse a fondo quién es aquí el que necesita confesarse.

Sentí un hormigueo en la garganta.

Encuentre a ese cura, al tal Brenton Bell que mandaron aquí. Y descubra quién le envió y por qué.

¿Brenton Bell?

—Fuera —dije al tiempo que el hormigueo desaparecía de un plumazo—. Largo de mi confesionario.

Mullins puso fin a su homilía como si hubiera dejado una idea a medio formular y regresó bruscamente al altar mientras nos poníamos en pie para recitar el credo. Stella estaba en la segunda fila de rostros, justo detrás de su hermana. Nuestras miradas se encontraron durante lo que pareció una eternidad. Por fin, fui yo quien la aparté.

Para el triste himno del fin de oficio, Stella había pedido una versión en órgano de la marcha fúnebre de Chopin, pero Mullins la prohibió. Dijo que resultaba demasiado aterradora. El réquiem celebra nuestra fe en la salvación. Hay dolor, por supuesto, pero celebramos la fe en que fue el regalo de Dios, la seguridad de que todos compartiremos Su resurrección. Algún día.

Como Danny iba a ser incinerado, nos ahorramos los mórbidos rituales que tienen lugar junto a la tumba. Los portadores entregaron el ataúd al coche fúnebre que esperaba a la salida. Cuando el coche se alejaba, la gente se congregó en pequeños grupos en el aparcamiento, sin saber exactamente adonde ir. El cielo estaba oscuro y el viento arreciaba. Cayó un repentino chubasco, frío y plumoso a causa de la aguanieve. Desde el interior de la iglesia oí al violinista tocar los últimos acordes del «Lamento por la muerte de su segunda mujer» de Niel Gow, una melodía tan triste que hasta la naturaleza solloza al oírla.

LIBRO TERCERO

HABÉIS oído lo que os he dicho. Me voy, pero volveré a vosotros.

Si me amáis, alegraos, porque, como os he dicho, voy a reunirme con el Padre, pues el Padre es superior a mí.

SAN JUAN 14,28

VIENDO las cosas con la claridad que da la distancia, los siguientes cinco meses adquieren su significado gracias a una serie de acontecimientos banales. El 25 de marzo de 1996 fue el día en que mi vida empezó a adquirir lo que espero sea su forma última.

Recuerdo sobre todo un desfile de rarezas, pero el coche de policía que me siguió desde el pueblo debería haberme avisado de que estaba sumido en un estado de peligro moral. No fue así, o al menos no lo fue enseguida, pues yo estaba, a falta de un análisis más en profundidad, ligeramente borracho. Era mi modo de intentar evadirme de un sinnúmero de complejas cuestiones, un montón de fastidiosos desafíos y cuestiones profundamente éticas para las que hacía tiempo que debía haber encontrado algún acomodo viable. Como, por ejemplo: ¿cuál es la línea definitoria que separa pecado y estupidez? Al pasar por Troya, buscaba ya cualquier cosa que me distrajera de la realidad del coche que terna detrás, por no hablar de ciertos acontecimientos que habían tenido lugar durante mi estancia en el pueblo.

Me pregunté a quién diantre se le habría ocurrido llamar Troya a aquel lugar. Y por qué. ¿A algún estudioso de los clásicos? ¿A alguien que venía de otro lugar llamado Troya? ¿No existe acaso una Troya en el estado de Nueva York? ¿O es en Michigan? Obviamente, tiene que haber una en Turquía. O quizá sea porque había habido allí una playa en su día, antes de que construyeran el paso elevado. Y *traigh* la palabra que en gaélico significa «playa», guarda cierta semejanza fonética con Troya.

Cuando pasé por delante de la pequeña tienda de ultramarinos de Troya, los de la Policía Montada se habían quedado muy rezagados, prácticamente junto al comienzo del tramo recto de carretera. Era evidente que habían perdido el interés.

La pérdida de la inocencia.

Recuerdo, hace ya mucho tiempo, el crujido de los árboles secos llenando el aire de la tarde del domingo con el aroma de la savia quemada durante los calurosos días de julio o agosto. John y su padre nos rescataban si Sandy estaba de un humor decente, cosa que no solía ocurrir a menudo. Nos subían a Effie y a mí al coche con ellos y nos llevaban a la playa de Troya. De hecho, cuanto más lo pienso, más me parece que quizá *traigh* sea la pronunciación adecuada. Effie argumentaría que todo suena mejor en gaélico. *Mo run geal dileas*, por ejemplo. «Mi fiel y hermosa amada.» O: *Morune-gall jeelus*. El gaélico deja una estela de dulzura en la lengua.

El coche patrulla había desaparecido y el dulce rostro de la mujer del pueblo reapareció, restaurada la tensión del momento. Parecía triste, allí de pie cruzada de brazos y con la cabeza ladeada. Pero había en su rostro la sombra de una sonrisa. Obviamente, no me guardaba rencor. No había perdido ni un ápice de la dulzura de sus años de juventud. De hecho, la tristeza no había hecho más que magnificarla. El pesar y el afecto son el equivalente de la tristeza. Inocencia. Perdida. ¿Qué era lo que yo había sentido en aquel entonces? ¿Culpa? ¿Contrición? ¿Cuál es la diferencia? Alfonso diría que la auténtica contrición necesita alguna suerte de acción. De lo contrario no es más que culpa, un sentimiento a todas luces hueco.

Traigh. ¿Por qué no? *Try*^g.

En la playa de Troya, el condenado Sandy Gillis se sentaba bajo el sol incandescente con una amplia sonrisa en el rostro y una botella de cerveza precariamente colocada encima de una piedra, y se rascaba la nívea piel por encima de los codos, o llegando incluso tan atrás de los hombros como le era posible, dejando a la vista el vello mojado de los sobacos mientras los demás nos

movíamos no sin cierta dificultad por el agua.

El trozo de cráneo que le faltaba quedaba más patente en verano. Aunque el parche blanco y ahuecado de piel parecía una cicatriz quemada cuando la carne se ha fundido, tensándose y sanando después, quedando totalmente arrugada, sé que la culpa la había tenido una bala que recibió durante la guerra. *Ras*. La bala había desgarrado una sección del cráneo, alterando la química del cerebro y oscureciendo el recuerdo de lo que había ocurrido justo antes. Simplemente un mar de sombras allí donde había estado la guerra hasta poco antes del final de sus días. Dicen que ojos que no ven, corazón que no siente. Es posible que lo que él desconocía le salvara hasta la noche en que mi padre decidió iluminarle, apretar el interruptor y dejar así expuesta la parte oscurecida de la memoria, revelando el crimen de ambos. ¿O era tan sólo pecado? ¿O nada más que estupidez?

—Lo que hicieron durante la guerra no fue exactamente un asesinato —sugerí hace ya muchos años la primera vez que John y yo pudimos hablar de la historia homicida de nuestros padres.

—¿No depende eso de las circunstancias? —respondió—. ¿Y los civiles? ¿Qué pasa con la muerte de civiles?

—Tienes razón. Dependería de las circunstancias.

Más recientemente, John me informó de que, según su experiencia personal, los suicidas se calman, llegando incluso a sumirse en un estado extático, en cuanto el temor disminuye.

—Se trata de una cuestión de control —dijo. Y describió a continuación cómo, justo antes del final, la rabia de su padre desapareció por completo, quedando sustituida por una extraña quietud que John después entendió como resignación. Eso fue lo más próximo que Sandy estuvo de la gracia, o al menos así es como John lo ve ahora.

—El suicidio tiene una parte positiva —dijo John con una tímida sonrisa en los labios—. No debería sorprendernos descubrir que el muchacho de Hawthorne llamara por teléfono para informar sobre el barco justo antes de poner fin a su vida. El barco sería su toma a tierra, sin despertar las alarmas. Para entonces, él ya había muerto..., al menos en su cabeza. A esas alturas el tiempo ha dejado de importar. En cierto modo es una bendición.

Quizás. Es como la moral. Depende de a quién preguntemos.

¿Qué había dicho el padre Roddie? «La muerte violenta es a veces justificable. Y algunas situaciones... situacionales.» El padre tenía sin duda un oscuro sentido del humor.

Hace mucho tiempo alguien me dijo que la playa de Troya había sido totalmente vaciada de arena y de grava que habían utilizado para la construcción del paso elevado y del puerto. Todo beneficio tiene su coste. Hay un paso elevado; el paso elevado creó un puerto; hay empleos y salarios gracias a ellos, y vacaciones para poder sentarse a rascarse al sol. Aunque ya no hay donde sentarse. Así es como son las cosas. El verano pasado los lugareños se quejaban de que un intenso hedor a cloaca que procedía de algún lugar próximo cubría la zona. Venía de la orilla. Todos sospechaban de la planta papelera que se había instalado aquí con la construcción del paso elevado, la misma que había traído la prosperidad y que les había liberado de la ansiedad. Me pidieron que sacara a la luz el escándalo. Que me implicara. Que protestara de forma contundente por aquel hedor.

—Quizá —dije.

Al pasar por el lugar al que solíamos llamar Sleepy Hollow, vi un caño que asomaba de un terraplén situado a un lado de la carretera. El agua brotaba de él en abundancia. Sentí una sed repentina, busqué el coche patrulla en el espejo retrovisor y no lo vi. Desde que tengo uso de razón, el agua ha brotado siempre de esa fuente. La gente llegaba a recorrer kilómetros durante los veranos secos, cargados con barriles y cubos. Tarde, después de una noche de juerga, parábamos

allí. Bebíamos, nos mojábamos la cara, respirábamos el aire húmedo y limpio, refrescándonos. La fuente sigue allí, chispeante y pura. Al menos por ahora. Han desaparecido la arena y la grava, pero todavía nos queda el agua.

Inspiro hondo, buscando el hedor fantasma a cloaca al tiempo que la indignación mortifica el recuerdo.

Al subir la colina en la que antaño vivía una pareja de ancianos, dos hermanos llamados Jack y Annie Troy, vuelvo a echar una mirada furtiva al retrovisor. El auténtico apellido de los dos hermanos era MacDonald. Aquí llaman a la gente según el lugar donde viven y no al revés. Tenemos a una familia entera llamada Mira— machi, aunque de hecho también se apellidan MacDonald. No son parientes de los dos hermanos. Quizás el coche patrulla se haya detenido en la pequeña tienda. O en la fuente.

He llegado a la conclusión de que John Gillis es el vivo retrato de su padre, y así se lo dije el día que vino a verme, muy poco después de la muerte de Danny.

—Es muy posible —dijo—. Lo cierto es que no recuerdo cómo era el viejo en aquel entonces. Pero tengo prácticamente la edad que él tenía el día que lo hizo.

El 22 de noviembre de 1963.

—Una fecha que no olvidaremos nunca, ¿eh? Gracias a Kennedy.

—¿Crees que se puede olvidar algo así, independientemente de la fecha? —pregunté.

John estaba de pie junto a la estantería, estudiando los diarios.

—Parecen diarios.

—Casi no hemos hablado de lo que ocurrió, ¿verdad?

—Puede que en un par de ocasiones. Vaya, ¿qué tienes aquí? —Hojeaba uno de los diarios de principio a fin.

—Básicamente notas sobre reuniones, decisiones... ¿Alguna vez has llevado un diario?

Se rió.

—No.

—Lástima. Hay lecciones en nuestro pasado que merece la pena recordar.

—Supongo que sí. Imagino que tienes aquí algunas lecciones interesantes.

—Descúbrela tú mismo —dijo.

Dejó el diario en el estante y se volvió.

—Ya me toca bregar con bastantes cosas del pasado para mantenerme ocupado, aunque no lo haya escrito. No hay en él sitio para el tuyo, a menos que sea también mío. Pero ha pasado mucho tiempo de eso, ¿eh? Hace mucho tiempo que dejamos de ser familia.

Esperé.

—La conciencia es una espantosa maldición —sentenció John—. La culpa puede convertirse en una enfermedad si no nos andamos con cuidado. Ese es el problema que tienen los diarios, al menos si somos sinceros al escribirlos.

—¿Crees que fue eso lo que mató a tu padre? ¿La conciencia? ¿Descubrir los detalles de lo que ocurrió en Holanda justo antes del final de la guerra?

—Supongo que sí.

—En ese caso, y dado que fue mi padre quien le dio los detalles, supongo que...

—Yo no me preocuparía por eso. —Pareció vacilar—. No tiene sentido intentar racionalizar lo que jamás podremos saber. —Luego añadió—: Lo que ocurrió en el salón de actos, por ejemplo. Cuando el joven MacKay te golpeó y después se quitó la vida. Podemos buscarnos un montón de problemas tratando de encontrar conexiones cuando no es necesario hacerlas.

—Así que eras tú. Tú estabas allí.

—¿Y quién creías que era?

No respondí.

—Llegué tarde. Bobby O. me invitó. Trabajamos juntos en la planta durante siglos. Vi lo que ocurrió. No hiciste nada para provocarle.

—Es complicado.

Se encogió de hombros.

—Te llevaste un buen derechazo.

—No fue nada.

—Temí por el chico. Intenté sujetarle. Me preocupaba lo que pudiera ocurrirle cuando te levantarás. Me acuerdo de cuando éramos jóvenes.

Antes de irse, dijo:

—La verdadera razón por la que esa noche aparecí en el salón de actos fue mi deseo de disculparme. Bueno, más o menos.

—¿Disculparte por qué?

—Durante el invierno, cuando estaba borracho..., fui un grosero. Lo siento.

—No hubo nada que...

—Supongo que he heredado una vena de mi viejo. —Luego fue hacia la puerta.

Antes de que la cerrara, dije:

—Quizá los dos la tengamos.

—Lo dudo. Antes me preguntaba a menudo... si hacen algo normal en los segundos finales como, no sé... el acto de contrición. Y si lo hicieran, ¿cambiaría eso algo?

Ni siquiera intenté responder.

Después del funeral de Danny vi a Stella junto a su coche, cabizbaja. Cuando me acerqué a ella, me di cuenta de que rebuscaba en su bolso intentando dar con las llaves del coche. Tenía los ojos rojos y las mejillas mojadas.

—¿Cree que está en condiciones de conducir? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Estoy bien.

—Podría llevarla a casa —dije. Su tristeza era infecciosa—. Podríamos hablar.

Se limitó a negar con la cabeza.

—Voy a quedarme un tiempo en casa de Jessie.

Al pasar por casa de los MacMaster me di cuenta de que volvía a tener al policía detrás. Me hacía señales con las luces, indicándome que me apartara a un lado.

Fue entonces cuando sentí el peligro.

El agente se inclinó sobre mi ventanilla bajada.

—¿Cómo está, señor?

Le conocía de nuestros anteriores encuentros, pero no creí que fuera a reconocerme porque yo vestía una chaqueta de cuero y una gorra de béisbol. Mi disfraz.

—¿Podría bajar del coche un minuto, padre?

—¿Ocurre algo?

—Baje del coche, por favor.

—¿A qué viene esto?

—Baje, por favor —insistió, retirándose para hacerme sitio.

Abrí bruscamente la puerta del vehículo y bajé. Me tambaleé un poco.

—¿Me acompaña, por favor?

Fue hacia su coche y abrió la puerta del pasajero sin apartar la mano de mi codo. Subí hecho una furia.

El salpicadero estaba cubierto de aparatos electrónicos. El agente subió al asiento del conductor y estuvo sentado durante un instante, caviloso.

—Voy a llevarle a casa —dijo por fin.

—¿Tan mal estaba conduciendo?

—No me he fijado en su forma de conducir. Sin embargo, parece usted haber bebido demasiado.

—Está cometiendo un error.

—¿De dónde viene?

—De hacer una visita —respondí.

—Le he parado porque quería hablar de algo con usted.

Mientras nos alejábamos, dejando mi coche abandonado en la cuneta, me vi luchando contra lo absurdo del instante. Me han enseñado que el poder del hombre de uniforme procede de una fuente inferior a la del mío. Sin embargo, en ese momento estaba bajo su control. Giramos por el camino que llevaba a la rectoría. Aunque la iglesia se cernía sobre nosotros, de pronto parecía tan impotente como yo.

—¿De qué quería hablar?

—Padre —dijo—. Debería saber que... hay alguien que está haciendo preguntas sobre el joven MacKay.

—Qué raro. ¿Quién?

—Un reportero.

—¿Un reportero? ¿Y por qué iba a ser eso noticia? Ocurrió hace meses.

—Al parecer sugiere que el asunto de MacKay estaba conectado con... otras cuestiones. — Me estudiaba atentamente, esperando ver en mí alguna reacción.

Me encogí de hombros.

—No alcanzo a imaginar a qué puede referirse.

Siguió estudiándome durante unos segundos, calibrándome.

—Creía que podríamos hablarlo, pero ya veo que no va a ser hoy. Quizás un día de éstos, cuando se sienta con ganas.

—Cuando le parezca.

—Por cierto —dijo—. ¿Conoció a un sacerdote llamado Bell? ¿Brendan Bell?

—Conocí a un Bell, pero no es sacerdote. Al menos ya no.

Me miró fijamente y dijo:

—Espero que recuerde que hoy le he hecho un favor.

«Pregunte al tal Bell. Y averigüe quién le mandó aquí y por qué. Entonces lo sabrá.»

—Por casualidad no sabrá su nombre —dije.

—¿Su nombre?

—El del reportero.

—Me temo que no lo anoté. —Luego tendió la mano y me ofreció su tarjeta: «Cabo L. Roberts»—. Llámeme a cualquier hora del día o de la noche.

Desde la perspectiva que da el recuerdo, veo ahora alejarse el coche patrulla colina abajo hasta girar hacia el sur y desaparecer. Se me encoge el ánimo. ¿Una oportunidad perdida para un acto de contrición? ¿De absolución?

Vuelve la voz de Alfonso: «El auténtico acto de contrición debe ser una gesta, una acción que de algún modo lleve al cambio». Estudio durante un instante la tarjeta del agente.

La otra voz dice: «Ni se te ocurra».

La memoria es sin duda episódica, un paisaje escarpado e implacable. Danny Ban estaba en el muelle. Era noviembre, apenas un mes después de aquel espantoso día. Yo me preparaba para sacar el barco del agua y dejarlo varado en tierra durante el invierno. El Lady Hawthorne estaba en su lugar de costumbre, justo detrás de mí. Me enfadé al mirar la embarcación.

«¿Por qué? —me pregunté—. ¿Por qué debía sentir rabia?»

Al instante, Danny Ban se me acercó con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo se encuentra, padre?

Subí al muelle como pude y me lo quedé mirando, intentando descifrar la expresión de su rostro.

—¿Qué tal lo lleva, Danny? —pregunté, poniéndole la mano en el antebrazo.

—Bueno... —dijo, e inspiró hondo. Luego, al tiempo que expulsaba el aire, añadió—: Uno nunca sabe lo que le depara la vida.

Me limité a escuchar.

—Creía que era yo el que tenía tocios los problemas. Danny era joven, ¿eh? Fuerte y sano. Damos por hecho que cuando uno es joven y fuerte nada le molesta demasiado. Supongo que yo estaba demasiado ocupado pensando en mí. —Dejó de mirarme para estudiar el barco con los ojos—. Las mujeres lo llevan mal. Jessie y Stella. Pero al menos se tienen la una a la otra. Eso me alegra.

—Si hay algo que yo pueda hacer...

Negó con la cabeza, visiblemente agotado, antes de agacharse para volver a amarrar un cabo del barco.

—Creo que voy a tener que llevármelo a casa. Si fuera de madera, lo cortaría en pedazos y lo quemaría, pero es lo que hay. Así son ahora las cosas. Todo de fibra de vidrio y de plástico. Hasta el coche.

Logró esbozar una sonrisa.

Se hablaba de rebautizar el puerto con el nombre de Danny MacKay para de algún modo devolverle así a la vida. Punta Mackay. A Mullins le pareció una buena idea. La iniciativa tenía un doble significado⁹. Estuve de acuerdo.

Mullins sabía de buena tinta que los del gobierno querían dismantelar el lugar y que la muerte de Danny podía dificultar un poco sus planes, políticamente hablando. Bautizar el puerto con su nombre les mostraría más insensibles si lo cerraban. Sería como volver a matar al chico. Al parecer, todos los domingos Mullins atacaba a los políticos y a los burócratas desde el púlpito, dando muestras de un celo cada vez mayor. «Han perdido el contacto con la realidad —decía—. Son un atajo de paternalistas, como los avariciosos mercaderes de la antigüedad. Toman decisiones por nosotros.»

Le envidié por su implicación y por su valor. Alfonso se habría sentido orgulloso de Mullins.

Pero entonces me llamó el obispo. Quería saber qué diantre ocurría allí.

—¿Acaso Mullins chochea? ¿Se dedica ahora a hablar de política? ¿A rebautizar puertos? ¿Qué demonios es eso de Punta MacKay?

Le dije que no se preocupara. La comunidad estaba afectada por un suicidio. Un joven pescador llamado MacKay.

—Mullins probablemente esté preocupado porque aquí hay muchos como él. Son muchos los que están desesperados y además las perspectivas de la pesquera no son halagadoras. Mullins intenta simplemente darles un punto en el que focalizar toda su atención, lejos de sí mismos.

Intenta darles esperanza.

—Bien, sea como fuere, trate de encontrar el modo de decirle que se calme —me ordenó el obispo—. Hay quien está empezando a asustarse. Nuestra misión es unir a la gente, no dividirla.

«¿Qué gente?», me pregunté.

—Hablaré con él.

—Bien. Aparte de eso, ¿cómo van las cosas?

—Quizá deberíamos hablar.

—Cuando usted quiera —respondió—. Pero no pierda de vista a Mullins. Quiero ver el punto y final de todo este despropósito político. Debemos mantenernos al margen de los asuntos públicos. Quizás así lograremos que los demás se mantengan al margen de los nuestros.

EL PADRE CHISHOLM, el cura del pueblo, me llamó a finales de noviembre. Estaba rebosante de energía.

—Me he enterado de lo que le ha ocurrido a su joven amigo de Hawthorne. He estado rezando por él. Es terrible la presión que tienen que soportar hoy en día los jóvenes. Y, por cierto: ¿podría sustituirme en la misa de tarde de la iglesia del pueblo el próximo domingo? Sólo será esta vez. Un problema de salud familiar. Tengo que ausentarme unos días. Deberíamos quedar y vemos cuando regrese. Podríamos hablar sobre la desesperación.

Quizá.

—Pero ¿cuento con usted para el domingo?

—Lo anotaré —dije. El veintiséis de noviembre. Misa de tarde.

Sobamos llamarla la misa del borracho, aunque esa suerte de descarada ironía ha quedado anticuada.

—Es usted un buen hombre —dijo.

Todavía la llamo «la nueva iglesia», a pesar de que lleva allí al menos veinte años. Supongo que es una de las señales de que me estoy haciendo viejo. El pasado se comprime. Para mí, esa iglesia tendrá siempre aspecto de nueva, con la luz del sol entrando a raudales desde la claraboya situada justo encima del altar, las modernas ventanas de ranura, el suelo en grada de modo que los bancos se elevan ante mí y hacia los lados como si se tratara de un auditorio. Y los rostros son en su mayoría nuevos. Incluso los que me resultan familiares parecen formar parte al menos de una generación posterior a mi experiencia allí. Dije mi primera misa en esa parroquia, aunque en la antigua iglesia, el viejo templo de San José, uno de los tantos que han sido pasto de las llamas. Sustituir a Chisholm el 26 de noviembre era sin duda un desafío. Con todo, era también una acción útil.

El funeral de Sandy Gillis se celebró el 26, cuatro días después de que se pegara un tiro. Era viernes, pero no dieron con él hasta el domingo. Le encontraron en un agujero bajo tierra, una bodega vieja y abandonada perdida en el bosque, un lugar que en su día se había conocido con el nombre de Ceiteag's. Nos llevó años averiguar por qué lo había hecho. Pedí a los presentes que rezaran por el alma de Sandy. Les dije que era un deseo personal. Vi a algunos de ellos asentir con la cabeza.

Durante el himno de fin de oficio reconocí varios rostros, comprendí las manos elevadas para ocultar los murmullos. El chico del viejo MacAskill ha vuelto. ¿Os acordáis de él? Vivían en la casa que estaba encima de la de Sandy Gillis. Seguro que rezó por él. Debía de estar al corriente de todo.

Y recuerdo a mi padre, borracho, celebrando mi primera misa y diciéndome con sorprendente calma:

—Cuando Sandy Gillis acabó con su vida..., la verdad es que fue culpa mía. Lo hice yo todo, salvo apretar el gatillo.

Para entonces yo ya no quería saber. Aun así, su explicación fue breve y concisa.

—Le recordé algo que habíamos hecho. En el extranjero. Él lo había olvidado...

—¿Y qué fue lo que hicisteis?

—Ah, bueno. Había una muchacha.

Recuerdo que esperé a que siguiera. Me preparé para lo que había de llegar.

—Fue ella. La muchacha. Disparó al pobre Sandy. Él nunca se acordó de lo sucedido hasta que yo se lo dije.

Y eso fue todo.

Recuerdo que le tranquilicé con ciertas nociones de contrición y de reconciliación. Él escuchó respetuosamente al tiempo que asentía con la cabeza.

—Lo que tú digas, hijo —dijo.

Al salir, los asistentes se dispersaron rápidamente. El intenso viento, que barría el estrecho desde Chedabucto Bay, hacía aletear los bordes de los abrigos. Gracias. Gracias. Llevándoselos a su paso para que retomaran su fin de semana interrumpido.

—¿Sabe algo del padre Chisholm? ¿Cómo está su familia?

—Estupendamente. Volverá en un par de días. Si ocurre algo antes de su regreso, me encontrarán en Creignish.

En ese momento apareció un rostro en cuyos pliegues de piel vislumbré algo que me resultó familiar. Había algo en esos ojos.

—Probablemente no me recuerde —dijo.

Puse en ello todo mi empeño, sintiéndome cerca de conseguirlo. «Probablemente no», a punto estuve de decir. Sentí un escalofrío en la médula.

—Fuimos juntos al colegio. La vieja escuela de Hastings, hace ya años. Don Campbell.

¿Don Campbell?

—Donald A. —aclaró por fin—. De Sugar Camp. Al otro lado de Long Stretch.

—Aaaah, sí —dije, recordándole vagamente.

—Terminé siendo Don cuando me marché a trabajar fuera

—dijo con una sonrisa.

—Supongo que estarás empleado en la planta papelera —dije, estrechando una mano sustancial.

—No tengo esa suerte. Trabajo en la construcción. Voy y vengo. Paso mucho tiempo fuera. Probablemente por eso no te he visto desde hace tiempo. Sigo el trabajo allí donde hay. Al oeste, al norte. No has cambiado nada. Te habría reconocido en cualquier parte.

El de Don era un rostro rechoncho y enrojecido, quizá por efecto del viento, aunque tenía los ojos acuosos, sin duda por obra de una larga experiencia.

—Se le hace a uno raro pensar que te has hecho cura —dijo, y acompañó el comentario con una risilla.

También yo me reí.

—Me acuerdo bien de Sandy Gillis —dijo entonces—. Y de cómo murió, en 1963. Mi viejo y yo estábamos allí cuando le encontraron. En Ceiteag's.

Me limité a asentir con la cabeza.

—La verdad es que fue una pena. Supongo que nunca superó lo de la guerra.

Asentí con la cabeza y desvié la mirada.

—Menuda la lió. Nunca lo olvidaré. Yo era apenas un chaval.

—Supongo que tendrás familia —dije.

—En casa, sólo la mujer. Dos chicos. Uno en Toronto y el otro en Estados Unidos. Aunque últimamente les veo más a ellos que a mí pobre señora, con tanto viajar por trabajo. Tienes que venir a vemos. Nos tomamos una copa y recordamos los viejos tiempos. Es la casa que está junto al pequeño almacén en la antigua Sydney Road. No tiene pérdida.

—Algún día —dije.

Le vi marcharse. «Ahora le llaman Don, por haberse marchado a trabajar fuera.» Me quedé pensando en el hecho de que nos hubiéramos criado juntos en aquel extraño lugar de un pasado compartido, fuera del círculo mágico de la trascendencia. Y también en lo mucho que ocultamos tras los tópicos.

A pesar de que Sextus no me esperaba, no pareció contrariado al verme.

—He sustituido a Chisholm en la misa de la tarde, y aprovechando que estaba cerca...

—Pasa —dijo.

El apartamento estaba pobremente iluminado. Un televisor en silencio parpadeaba en un rincón y había un libro abierto encima de una mesilla.

—Esta noche me he acordado. Mientras decía misa en el pueblo. Me he puesto a pensar en tu tío Sandy... Hoy hace treinta y dos años que le enterramos, ¿no? He pensado en él durante la misa. Les he pedido que rezaran por su alma.

—Qué increíble. Se me había olvidado por completo. ¿Te apetece un *dileag* para combatir este frío?

—No, gracias. ¿Has tenido noticias de mi hermana?

—Alguna que otra. Creo que estas Navidades no se moverá. Me pregunto cómo estará John.

—Bien. Vino a verme. No ha probado una gota desde febrero.

—Menuda cogorza pilló las Navidades pasadas.

—Esta Navidad no creo que tengamos que preocuparnos.

Se sentó y se cruzó de brazos.

—Ya veremos.

Recorrí la habitación con los ojos.

—De hecho, esto es prácticamente lo que necesito. Un pequeño y cómodo apartamento. No entiendo por qué sigo viviendo en la rectoría. Es un despilfarro de calefacción y de electricidad.

Se encogió de hombros.

—Me he encontrado con Donald A. Campbell esta tarde después de misa. Seguro que te acuerdas de él. Hemos hablado de Sandy. Te manda saludos.

—Bromeas.

—Ahora se hace llamar Don.

—¿Cuándo ha vuelto a casa?

—No me lo ha dicho. De hecho, casi no le he reconocido. Ha mencionado que fue uno de los que encontraron a Sandy. Iba con el grupo que salió a buscarle.

—Debía de ser muy joven en aquel entonces.

—Algo menor que nosotros.

—Donald A. —repitió, sonriendo ante algún recuerdo íntimo—. Supongo que su mujer no estaría con él.

—Iba solo.

Soltó una risotada.

—Probablemente mejor así.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Seguro que te acuerdas de Barbara.

MULLINS me dijo que aguardara en la cocina. Tenía a alguien en la oficina. No tardaría. Veinte minutos más tarde, yo seguía allí, nervioso. La cocina era un claro reflejo de cualquier cosa que uno quisiera saber sobre él. Paredes pintadas de un tono amarillo brillante y limpios armarios blancos junto con una encimera de formica desprovista de cualquier desorden a la vista. El fregadero vacío, y el aluminio y el cromo deslumbrantes bajo el sol de media tarde. Un trapo seco pulcramente doblado sobre un grifo reluciente. Un ligero olor a cera para muebles.

Hubo una época en que me gustaba venir. La pulcritud, los silencios meditativos cuando Mullins no estaba. Ahora el lugar me resulta sofocante.

Eran cerca de las tres de la tarde. El intenso sol de diciembre se colaba por una ventana que daba al noroeste. La isla de Port Hood estaba sumida en el abandono a la espera de la nieve, y los hogares de los veraneantes norteamericanos permanecían silenciosos y seguros. El agua bailaba en un primer plano, arrojando espumosas babas al mordiente viento. Se me antojó un espectáculo gélido, aunque dentro el sol caldeaba la higiénica cocina.

En la casa reinaba el silencio. Quienquiera que el padre tuviera en la oficina era mudo o hablaba en voz muy baja. Sentí de pronto que un irritado aburrimiento se instalaba en mis huesos. Típico de Mullins.

Durante el verano me había escapado en barco a la isla al menos una docena de veces. Atracaba el *Jacinta* en el muelle con forma de «U» tal y como el joven Danny me había enseñado aquel caluroso día de julio. Luego subía serpenteando a la pequeña iglesia que él me había señalado. Según me había dicho, allí arriba reinaba una tranquilidad absoluta. Bien lo sabía. Al llegar al templo me sentaba, caviloso y en silencio, con los fantasmas de los sólidos y ahorrativos isleños de antaño moviéndose en silencio a mi alrededor y con el único sonido del crujido de los peculiares tablones chirriando en el suelo y en las paredes.

—Espere en la cocina —había dicho Mullins, tratándome como si fuera un simple vendedor.

«Quiero que tenga con él una conversación tranquila», me había ordenado el obispo.

«Ahora mismo, mataría por una copa —pensé—. La próxima vez llevaré encima una petaca.» Sonreí para mis adentros. La bellota no cae nunca lejos del árbol. Oh, no.

Había una mosca enorme y negra tambaleándose sobre los alféizares de las ventanas y en cierto modo la visión me tranquilizó. La pequeña imperfección lograba humanizar aquel lugar estéril. La ventana de la habitación del obispo está llena de ellas. ¿De dónde vendrán? Cientos, arracimadas en negros y desgraciados montones. ¿Estarán muertas, o quizás hibernan? ¿Cómo habrán entrado allí?

Reprimí un bostezo. Me pregunté si, como yo, Mullins guardaba también una botella en el armario. Podía mirar. ¿Qué mal había en ello?

La mosca había quedado inmovilizada en un rincón. No. Logró recuperarse y empezó a subir por el cristal. Decidí conceder a Mullins otros cinco minutos y me acordé entonces: Bell estuvo sentado aquí. De hecho, pasó un año en esta casa. Comiendo, bebiendo, engañando. Ejerciendo el papel de anfitrión Dios sabe con quién y cómo. ¿Qué es lo que puede tener un tipo como Bell para atraerles de ese modo? ¿La guitarra? Quizá si se me diera bien la música... No. Bell tenía encanto y también talento.

De pronto se me antojó divertido. Dios tiende trampas. Dios es un bromista que equipa a Sus pobres minusválidos con dones que dios emplean para pervertir Su santa voluntad. Y florecen. La

gente

como yo, designados para corregir las perversiones, corregimos el error, languideciendo como la pobre mosca sonámbula. Nosotros, comunes mortales, compartimos el destino de los insectos.

Seguí observando la mosca en su batalla particular durante un instante más. Se había quedado tumbada patas arriba y las movía mecánicamente, cada vez más despacio. Poco a poco, iba quedándose sin pilas.

Me pregunté dónde estaría Bell en ese momento. Probablemente al volante de su BMW con el pelo cubierto de gomina, objeto de la admiración de su nueva esposa. Me levanté, me despecé y estudié más detenidamente la puerta del armario. «¿Qué crees que estás haciendo? Estás empezando a beber a escondidas. Eres peor que Bell.»

En fin. Aburrido, miré mi reloj por enésima vez. «Se acabó el tiempo.» Abrí la puerta de la cocina. Fuera encontré una terraza relativamente nueva, un lugar donde sentarse a contemplar los atardeceres estivales. Se me antojó una vista menos espectacular que la que yo disfrutaba desde mi casa. Decidí marcharme discretamente. No tenía sentido molestar al viejo Mullins y a su visita secreta. De hecho, me sentía aliviado al tiempo que reconocía que ya no tenía estómago para eso: transmitir los mensajes del obispo. Sus pequeñas advertencias.

El aire del exterior era gélido en comparación con el ambiente caldeado en exceso de la cocina. Sin embargo, antes de llegar al coche oí la voz de Mullins. Estaba de pie en la puerta principal, cruzado de brazos. Había también una mujer de espaldas a mí, despidiéndose de él. Cuando se volvió, reconocí a Jessie MacKay. Pareció sorprendida de verme allí, quizás un poco desorientada.

—¿Adónde cree usted que va? —gritó alegremente Mullins.

Lanzó una fugaz mirada al reloj de la cocina.

—No creo que un cóctel esté de más. ¿Qué me dice? ¿Bebe usted?

—Algunas veces —respondí.

Sacó del armario una botella de vodka. Claro..., con el vodka no existe el peligro de que a uno le delate el aliento.

—Con hielo —le dije.

Se sirvió tónica en el suyo. Según tuvo a bien informarme, el vodka con tónica era algo que había descubierto en Polonia durante la segunda visita de Su Santidad Juan Pablo II, en 1983.

—¿Ha estado alguna vez en Polonia?

—No. En el año ochenta y tres trabajaba en la universidad. Una suerte distinta de ministerio, ligeramente menos glamuroso.

Pero él no me escuchaba.

—Según tengo entendido, Polonia ha cambiado mucho. Pero ¿en esa época? Comunista, aunque absolutamente inspiradora. Al parecer un poco de represión va bien para el alma. —Soltó una breve risilla—. En Czestochowa, santo Dios... Jasna Góra, el santuario de la Virgen Negra. Se citaron allí cientos y cientos de miles para asistir a la misa pontificia un domingo a pesar de la lluvia.

—Me lo imagino —murmuré al tiempo que pensaba: «¡El viejo Mullins parece realmente emocionado!»

—Casi sufrí un ataque de pánico ante semejante muchedumbre. No paraba de resbalar sobre el fango y la hierba mojada. Y aquella muchedumbre era increíble. La gente estaba tan apiñada... Estábamos tan apretados que cuando por fin todo concluyó se me cayeron los botones del abrigo. Es la pura verdad. —Se disculpó para bajar al sótano a buscar otra botella de tónica.

—No se moleste —le grité—. Puedo pasar sin mezclar.

—Santo cielo, ni hablar. No es ninguna molestia. Tiene que probar esto. Quien lo prueba, se engancha. —Le oí tararear una melodía desde la escalera que bajaba al sótano.

—¿Qué tal está la copa? —preguntó a la espera de mi veredicto. —La cargaré un poco, si no le importa. Está deliciosa, aunque... ¿no encuentra demasiado dulce la tónica?

—Sírvase usted mismo —dijo, señalando con un gesto la botella de licor—. De hecho, es una bebida típicamente veraniega. Pero quería que la probara.

Me serví un buen trago.

—Lo de Polonia fue increíble —dijo Mullins—. La fe de esa gente. Las multitudes en misa. Las desafiantes manifestaciones. Las cruces florales en las plazas públicas. Jaruzelsky llegó a temblar cuando conoció al Santo Padre. Tuvo que hincar la rodilla. Lo vi en la televisión de la habitación del hotel. Increíble.

—Leí en alguna parte que ése fue el principio del fin para todo aquello. Me refiero al bloque soviético y a lo demás.

—Ya lo creo. Y allí estaba yo cuando empezó, a Dios gracias. ¿Cuántas veces puede un sencillo muchacho de estos lares ver el comienzo de la historia? O su fin, si lo prefiere.

Tomé un sorbo de mi copa.

—¿Llegó a conocer a Su Santidad?

—Sí —respondí—. Estuve en Toronto en 1984. En Downsview. Dormí a la intemperie toda la noche con la gente para poder estar lo bastante cerca de él. A punto estuve de perecer por culpa del frío y de la humedad, pero mereció la pena. Le conocí después de la misa principal.

—¿Sabía usted que estuve en el altar el día de la concelebración eucarística que tuvo lugar en los Comunes de Halifax?

—¡Venga ya!

—El momento culminante de mi vida. Ese hombre irradia un carisma como jamás he visto. Es imposible que no te afecte. Absolutamente inspirador. Ese hombre podría haber sido cualquier cosa. Podría haber liderado su país, quizás incluso haberlo salvado del azote de los comunistas. ¿Quién sabe? Habría sido un general fuera de serie. Un Sikorski en toda regla, y mejor aún. Y, encima, es un artista. Escribe teatro y poesía. Una bendición en los tiempos que corren.

—Conoce usted bien nuestra Polonia —dije sonriendo.

—Hice un estudio antes de ir. Me quedé absolutamente atrapado por su historia.

—Brindemos pues por Polonia —dije levantando el vaso.

—Por Polonia. Y por los pobres polacos y por todo lo que han tenido que soportar. Piense usted en la supervivencia de esa pequeña isla de catolicismo a lo largo de los siglos. Contra los turcos. Los nazis.

—Bien. Ya sabe lo que dicen. No se puede volar con una sola ala.

Me volví a mirar el atardecer, presa de una repentina depresión y sintiendo el despertar de una rabia pequeña y cruel.

—Chopin era polaco, ¿no?

—Ya lo creo. Un héroe nacional. —A su rostro asomó una expresión socarrona.

—El mes pasado querían que les pusiera a Chopin para el funeral, pero usted le vetó a favor de un violinista.

—Ah, eso —dijo al tiempo que agitaba una mano desdeñosa—. Todo tiene su lugar.

Estudié mi vaso. Es increíble el aplomo que puede llegar a dar el alcohol.

—Casi se me olvida. Me han dicho que le comente una cosa... El otro día estuve hablando

con el jefe. El obispo.

Mullins esperaba con la cabeza ligeramente ladeada y una leve sonrisa en los labios.

—Me parece que con el asunto de Little Harbour ha armado una buena trifulca.

—Ah, eso —replicó con un nuevo gesto de la mano, relajándose—. ¿Y qué es lo que dicen?

—Nada de lo que preocuparse. Pero el jefe cree que quizá debería calmar un poco las aguas... No me entienda mal...

—No se preocupe —dijo con una débil sonrisa—. Pero ¿por qué no me lo ha dicho él?

Su incomodidad me serenó. Sentí de pronto ese familiar hormigueo en los hombros y en el cuello.

—Probablemente habría sido más cortés...

—Ya lo creo —estalló antes de levantarse a coger la botella y volver a llenarse el vaso.

—Pero no, no le dé demasiada importancia. Simplemente dio la casualidad de que estaba hablando con él de otros asuntos. Supongo que da por hecho que tenemos una buena relación porque...

Mullins me observaba, receloso y a la espera.

—Somos casi vecinos —me reí—. Y ya sabe cómo piensan los del continente. Todo lo que hay a este lado del paso elevado... es como una sola parroquia.

Sus ojos decían que no estaba convencido.

—Además, está el asunto Brendan Bell.

—¿Bell? ¿A qué se refiere?

Tardé un momento en recuperarme. No le habíamos dicho nada sobre Bell.

—Bueno, es sólo que... —empecé mientras alcanzaba la botella. Me interrumpí—. Espero que no le importe...

—Sírvase usted mismo.

—Hablando de Bell, la vida civil parece estar sentándole de maravilla.

—¿En serio? —preguntó sinceramente sorprendido—. ¿Le ha visto hace poco?

—El verano pasado. Tuve la sensación de que tenía previsto hacerle una visita, aunque supongo que no lo hizo.

—No le he visto el pelo desde... Dios, ¿cuánto hace? Bueno, me siento ofendido. —Agitó una mano y clavó los ojos en la ventana. Tenía una expresión turbada—. Al parecer, se me ignora en todas partes.

Tomé un pequeño sorbo.

—Deje que le pregunte una cosa —empecé con suma cautela—. ¿Qué le parecía Brendan como sacerdote?

—Un caso perdido. Un tipo encantador, sin duda, pero ¿cura? No sé en qué estaba pensando. Estaba más hecho para... el periodismo. O para el mundo del espectáculo.

—¿Alguna vez le habló de Newfoundland?

—Ah, no paraba de hablar de Newfoundland. Ya sabe usted cómo son. Al final tenía la impresión de conocer a toda la gente que él conocía allí. Me sorprende sobremanera que no haya venido a verme nunca. Juega muy bien al golf, créame.

Le estudié con atención y no hallé más que inocencia en su expresión. Vi la confianza y recordé con qué rapidez puede desvanecerse.

Me levanté, dispuesto a marcharme. La jaqueca que había tenido últimamente había vuelto y sentía que me palpitaba la cabeza. Seguro que se tratará del comienzo de una resaca.

—En cuanto al obispo... —dije—. Yo no me preocuparía demasiado.

—Es sólo que..., y quiero serle sincero, me sorprende un poco que le haya implicado a usted.

Ya sé que están muy unidos, pero esto es distinto.

«Distinto», pensé. Y a punto estuve de preguntar: «¿Distinto de qué?»

—Dígale simplemente que sé lo que hago, ¿de acuerdo? No tiene por qué preocuparse.

—Creo que le entiendo.

—Lo que ocurrió con los MacKay ha afectado profundamente a esta comunidad.

Me mostré de acuerdo con él.

—Quizá debería llamar a su alteza y explicárselo. De ese modo no tendré que aburrirle.

—Lo que usted prefiera. Sí, claro. Llámeme.

Cuando me volví hacia la puerta, y casi como una reflexión tardía, pregunté cómo seguía Jessie MacKay.

—Ah, pobre Jessie —dijo. Y guardó un instante de silencio, limitándose a negar con la cabeza—. Supongo que no estaré diciendo nada que no deba sí le cuento por qué ha venido a verme.

—Siento curiosidad.

—Casualmente^ su visita guardaba cierta relación con la de usted. —Se rió al tiempo que se estudiaba las manos—. ¿Le apetece una última copa antes de marcharse?

—No debería, aunque... ¿por qué no?

—Ella, más incluso que usted y que el obispo, desea que las aguas se calmen. Que todo quede olvidado —explicó mientras servía las copas—. Quiere que me replantee la idea de rebautizar el puerto. Dice que quizá sea llevar las cosas demasiado lejos.

Asentí con la cabeza.

—Acabo de darme cuenta de que está también ansiosa por que modere un poco mis críticas contra las autoridades. —Se rió tristemente—. Jamás imaginé que vería el día en que me acusarían de ser demasiado radical. —Negó con la cabeza, encantado con la idea—. Me callaré. A lo mejor podría usted hacer algo, habida cuenta de los contactos que ha hecho gracias al barco. Ya casi es usted uno de ellos. Ese pequeño puerto es importante para ustedes.

Ya en la puerta, me tomó del brazo y me retuvo durante un instante con la preocupación ensombreciéndole el rostro.

—Están ocurriendo cosas malas. Esta es buena gente, pero débil. Tenemos que echar mano de cualquier resquicio de poder político que aún nos quede, aunque sabe Dios que ya es inexistente. Sin embargo...

Asentí con la cabeza.

El sol desaparece deprisa en diciembre. De pronto, la oscuridad te envuelve al tiempo que la tarde se desvanece, clavándote en la piel sus gélidos dedos. A decir verdad, no me apetecía volver a casa. No tenía el menor deseo de enfrentarme a la visión de mi ruinosa rectoría. Al pasar por delante de la licorería de Port Hood, decidí entrar.

Ya era oscuro cuando me detuve en el muelle de Little Harbour. El lugar parecía abandonado y una sombra desapacible lo cubría todo. En el cobertizo donde se preparaban los cebos reinaba el silencio. Las cuerdas tintineaban en una horca metálica que, en primavera y en verano, iza con cabestrante las cajas de langostas de los barcos. En ese momento no había ninguna embarcación. La oscura marea barría con fuerza el agua mar adentro al tiempo que pequeños remolinos giraban junto a los pilotes. Una gaviota tembló encima de un poste, apoyándose ora en una pata, ora en la otra. Alargué la mano hasta el asiento trasero donde había dejado la bolsa de la licorería y busqué entre las botellas más grandes la pequeña petaca de vodka. «Mullins tiene algo en mente. Pero, por mí, puede quedarse con su tónica.»

Al otro lado del puerto, firmemente apoyado sobre barriles vacíos de aceite y sólidos

bloques de madera, el *Jacinta* mostraba una regia silueta. La proa acampanada atrapaba el pálido resplandor de la luz del puerto. La emoción que me embargó al ver mi barco fue muy cercana al amor.

—*Jacinta* —dije en voz alta, rompiendo el sello de la botella.

Tiene razón Mullins. Debería implicarme. Luchar por este bendito rincón. Un poco de justicia para variar. Un acto de contrición.

Junto al *Jacinta*, estilizado y, al menos en mi imaginación, solitario, estaba el nuevo *Lady Hawthorne*. Danny Ban había decidido llevárselo a casa. La enfermedad, o quizá su falta de ánimo, lo habían impedido. «Es hora de sacar los barcos del agua», había dicho el muchacho. Había prometido ocuparse de ello. Tres días después estaba muerto.

Y ahora su madre quería que Mullins calmara la intensidad de su campaña. Que dejara de culpar a los burócratas. ¿Qué es lo que sabía Jessie? ¿Y Stella? No había vuelto a verla desde el funeral. Ella no me había llamado. El temor había empezado a atenazarme.

A pesar de que sentí el vodka frío y áspero en la garganta, se me calentó el estómago al instante y el temor remitió. Al menos Mullins no sabía nada sobre Bell y por lo tanto no había posibilidad alguna de que atara cabos. O, por lo menos, no todavía. Nadie estaba al corriente. Sólo el obispo y yo. Y tampoco estábamos seguros del todo. En ese punto era fácil pensar en la muerte como en una posible solución. ¿Acaso era una gran pérdida que Bell desapareciera del mapa? Bastaba con que aquel pequeño BMW que conducía resbalara de pronto en la autopista para empotrarse bajo las ruedas de un enorme camión.

«Pregunte a ese cura, al tal Brendan Bell que mandaron aquí.»

Desde la muerte de Danny se habían producido algunos cambios sutiles. Cuando veía a los hombres del puerto, por ejemplo, percibía en ellos una distancia que no había estado allí antes de octubre. Aunque quizá se debiera a la conciencia compartida de la pérdida. Quizá por eso Stella nunca llamaba. A pesar de que Danny Ban no sabía nada, su esposa sí parecía estar al corriente de algo. Lo vi en sus ojos cuando me crucé con ella en la puerta de Mullins. Una corriente de dolor provocada por un conocimiento íntimo que no hacía más que empeorar las cosas. Quizá todos sabían algo que yo desconocía. O quizá sabían lo que yo creía saber.

Según Mullins, Danny Ban no estaba bien. «Tomaré un trago más antes de volver a casa. O quizá debería pasar a verles —pensé—. Quizá debería pasar por Hawthorne.»

Oh, Señor, lamento profundamente haberte ofendido.

Vi parpadear una única luz al subir por el largo camino que llevaba a la casa. Procedía de la cocina, o al menos eso me pareció. El perro ladraba. Se encogió contra el coche cuando abrí la puerta, agitando la punta del rabo entre las patas y olisqueándome los muslos y la entrepierna con el hocico. Se encendió una luz exterior.

Jessie salió a recibirme. Habló entre susurros.

—Preferiría que Danny no supiera que he ido a ver al padre.

Asentí con la cabeza, de pronto reconfortado por su muestra de complicidad.

—Me hago cargo —respondí, pero no era cierto.

Danny estaba en el gran salón viendo la televisión. Una serie policiaca norteamericana. Rápidamente silenció el sonido del televisor—;

—No es necesario que la apague —dije.

—Ball —respondió—. Estaba matando el tiempo.

Le dije que sólo pasaba por ahí. Que había visto barcos en el puerto. Que había pensado en

él y me había preguntado cómo estaba.

—Bien —fue su respuesta—. Aunque obviamente esto está muy tranquilo.

—Me han dicho que Stella estaba aquí.

—Va y viene, la pobre. No es un buen momento para estar sola. El muchacho y ella se llevaban muy bien.

Asentí con la cabeza. Se estaba empequeñeciendo. No se había levantado al verme entrar.

—Son las pequeñas cosas las que realmente te minan el ánimo —dijo—. Uno tarda más en acostumbrarse a los pequeños cambios —añadió dejando escapar un suspiro.

Jessie preguntó si me apetecía tomar algo. Té o algo más fuerte. Para combatir el frío.

—Decida usted —dije.

—Tráenos un par de vasos de ron —ordenó Danny.

Nos sentamos a esperar.

—No —dijo Danny con un largo suspiro—. No he tenido ánimo ni fuerzas para traer su barco a casa. Para mí el barco era suyo. La idea de mirar por la ventana y encontrarme con esa cosa en el jardín... Para mí sería demasiado.

Mientras tomábamos el ron, me habló de la ciudad. De cuando él, Sextus y el resto del grupo se refocilaban de una breve temporada de indestructibilidad.

—Usted no pasó mucho tiempo en Toronto, ¿verdad?

—Sólo largas visitas —respondí—. Puedo hacerme una idea aproximada. Con eso me basta, créame.

—Me han dicho que ha cambiado mucho. Pero en aquella época era un lugar fantástico. Lo mejor de lo mejor. Todo el trabajo que quisieras, nunca faltaba algo que hacer. Y te encontrabas mucha gente de aquí. Siempre tenías un dólar en el bolsillo y un coche rápido con el que moverte. Todo lo que uno necesitaba.

—A mí no me tocó nada de eso —dije, intentando sonreír.

—Durante el verano, íbamos a High Park o al lago y fingíamos que estábamos en casa. Mirábamos el viejo lago e imaginábamos que era el océano. Qué extraño, ¿no? Lo lógico era que, si tanto echábamos de menos lo nuestro, hiciéramos la maleta y volviéramos. Pero había algo que nos retenía allí.

—¿Qué le hizo volver?

Se rió.

—De haber sido por ella, nunca habríamos regresado. ¿No es verdad, Jessie? ¿Sabía que nos conocimos allí? Nunca planeamos regresar. Pero tuve un problema y pensamos que lo mejor sería volver a casa durante un tiempo.

—Participó en una pelea en un salón de baile —intervino Jessie empleando un tono claramente irónico—. Ése fue el problema. Aunque no era ninguna novedad.

En la silenciosa pantalla del televisor tres policías sujetaban contra el suelo a un tipo sin camiseta que no dejaba de retorcerse mientras un cuarto agente intentaba esposarlo.

—De hecho, la pelea fue con un poli —dijo Danny, distraído por la escena de la pantalla—. Estaba a cargo de la seguridad de la sala y al parecer la tomó conmigo. En fin. En cualquier caso, iban a echarme de todos modos por habérmelas tenido con un poli. Fue justo en esa época cuando el gobierno concedió las licencias de pesca.

Su mujer se rió, tomó mi vaso vacío y salió del salón.

—Lo divertido del caso es que empecé a recibir felicitaciones de Navidad de ese mismo poli un par de años más tarde. Era un poco su forma de decir que, si querían hacer algo, sabían dónde encontrarme. Eran tarjetas muy afectuosas. Cada año más, como si realmente nos

conociéramos. De hecho, llegó una el otro día. ¿Dónde la pusiste, Jessie?

—Por ahí —gritó ella con voz cansada desde la cocina.

—En la postal cuenta lo mucho que ha cambiado Toronto. Y dice también que se está volviendo peligroso. Que se acabaron las peleas limpias de los viejos tiempos. Ahora no hay más que bandas y pistolas.

Siguió un largo silencio.

—La verdad es que este año por aquí no vamos a celebrar mucho la Navidad —dijo.

Asentí con la cabeza en un gesto compasivo.

—Creo que el poli ése ascendió a subinspector. Naturalmente, ya está jubilado.

—Es una buena historia.

—Fui yo quien convenció a Jessie para que volviéramos a casa. Bien pensado, fue un gran error.

Jessie volvió y dejó un vaso lleno a mi lado.

—No quiero decir con eso que allí no hubieran ocurrido desgracias. Pero uno siempre cree que las desgracias pasan cuando estamos entre desconocidos. En cierto modo te pillan por sorpresa cuando ocurren en casa. No sé si me entiende.

Repetí el gesto de asentimiento.

—Danny podría haber llegado donde se hubiera propuesto. Con algunas de las oportunidades que tienen en otros sitios. Podría haber sido sacerdote, sin ir más lejos. Una vez lo comentó.

Aunque las frases de consuelo normalmente surgen de forma instintiva, no pude pronunciar palabra, de modo que seguimos sentados en silencio durante un minuto más.

—No creo que lo haya mencionado antes —dije por fin—. El padre Bell, o quizá debería decir mejor el ex sacerdote Brendan Bell, estuvo por aquí el verano pasado preguntando por todo el mundo. Supongo que no le vería usted.

—No —respondió Jessie—. Pero llamó después del funeral. Para darnos sus condolencias. Parecía muy afectado por lo ocurrido.

—La sal de la tierra, eso es lo que era el padre Bell —dijo Danny—. El típico oriundo de Newfoundland. Nunca he conocido a nadie de Newfoundland que no me cayera bien. Jamás se me pasó por la cabeza preguntarle... Quizá Danny trató de ponerse en contacto con él. Eso es lo más duro de todo. Pensar que estaba tan triste... y que nunca intentó hablar con nadie.

Jessie bajó la cabeza y guardó silencio. Luego se secó la cara furtivamente.

—Nunca habló con usted, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No llegué a encontrar la brecha por la que acceder a él.

—Ya, entiendo perfectamente esa sensación —dijo Danny.

En cualquier caso, aunque hubiera logrado acceder a él, ¿qué podría haber dicho?

Recuerdo a Sandy Gillis en la puerta de casa. Creo que fue la última vez que le vi. Mediados de noviembre de 1963. Parecía sobrio, cosa harto inusual. Normalmente venía a casa sólo para beber. Para provocar peleas con mi padre. Cada vez que hablaban de la guerra, se peleaban.

—¿Está el viejo en casa?

—No —respondí, a pesar de que se había quedado dormido en la tumbona de la cocina. Sin embargo, Sandy parecía extrañamente cohibido. Algo en él había cambiado. Había perdido las ganas de pelea. Parecía tener la mirada clavada en mis pies.

—Ah, bueno —dijo—. No era importante.

Sin embargo, siguió allí de pie, como si intentara encontrar algo que decir. Creo que me preguntó por los estudios. Recuerdo su mirada perdida, como enchufada a un tiempo y a un lugar

distintos, o quizás a una información nueva y fatal. Aun así, el afecto que impregnaba sus palabras era del todo inusual. Me sentí incómodo, consciente de la desconexión que existía entre las palabras, su mirada y todo lo que yo sabía de él. De pronto, dio media vuelta y se marchó. Se detuvo brevemente.

—No hace falta que le digas al viejo que he estado aquí —*dijo*—. No era nada importante.

Y por fin se marchó. Debería haber imaginado lo que vendría a continuación, pero el futuro carece de sustancia hasta que dobla la esquina y se encuentra cara a cara con la historia.

EL OBISPO parecía preocupado. Tuve dos llamadas en una semana, y no del secretario ni de alguno de sus lacayos, sino de él en persona.

—¿Y cómo están últimamente las cosas por Creignish? —preguntó como si no lo supiera. Eso fue a mediados de diciembre.

—Creignish es fantástico —dije—. El invierno está a las puertas.

—Debería planear unas vacaciones para después de Navidad.

Lárguese durante una semana a algún sitio caluroso.

—Lo pensaré.

—Bien. —Guardó silencio, como dándose algunos instantes para abordar el motivo de su llamada, de modo que decidí ayudarlo.

—Hablé con Mullins —dije—. Le di el mensaje.

—Ah, sí. Mullins. Bien. —Se aclaró la garganta—. ¿No habrá tenido noticias de un reportero llamado MacLeod?

El nombre me resultó familiar. Vacilé.

—¿Referentes a qué?

—Al chico de Hawthorne. Al suicidio. Creo que conoce usted a la familia. Los MacKay. El tal MacLeod ha estado haciendo preguntas.

No había oído hablar de ningún reportero llamado MacLeod.

—¿A quién ha ido a ver?

—A Mullins.

—¿A Mullins?

—Ha ido a ver a Mullins para preguntar por Bell. No sabía cuál era su nombre de pila. Me temo que Mullins se lo ha dado. Luego me ha llamado, totalmente confundido, para preguntar qué ocurría con Bell. Al principio he creído que debía de haberle puesto usted al corriente.

—Lo del reportero son simples especulaciones.

—Es posible —dijo. Y luego—: No creo que debamos preocuparnos por él. Afortunadamente, dejamos a Mullins al margen. Creo habérmelas visto antes con el tal MacLeod, hace años. Husmeaba en parte del otro asunto. Terminará por desaparecer—;

—¿Y qué tal ha encontrado a Mullins?

—Creo que estaba más preocupado por el protocolo de haberle enviado a usted para que hable con él sobre los sermones que da en la costa que por Bell o por el reportero que anda por ahí haciendo extrañas preguntas. Estaba realmente molesto. Le pasé la mano por el lomo y se sintió mejor. Pero no pensará usted que Bell...

—No lo creo.

—Aun así, todo se reduce a una cuestión de perspectiva. Este asunto podría perfectamente convertirse en nuestro Mount Cashel¹⁰ si la prensa llega a enterarse.

—No creo que haya peligro de que eso ocurra.

—¿No sabrá por casualidad cómo podríamos localizar a Bell? —Puede ser. ¿Para qué?

—Para darle un pequeño toque de atención. Y decirle que mantenga la boca cerrada. Que no hable con ningún periodista.

Por la mañana llamé a la archidiócesis de Toronto, me presenté y les dije que estaba intentando localizar a un amigo que había trabajado allí. Brendan Bell.

Se oyó una risilla al otro lado de la línea.

—Ah, Brendan. —La mujer se acababa de enterar de que Bell pasaba los inviernos en el sur. En el Caribe, según creía—. No sé si sabe que se ha casado.

—Sí.

—Le ha ido muy bien. Está hecho todo un empresario.

—¿Ah, sí?

—Hoteles, si no me equivoco. En cualquier caso, pasa los inviernos en el trópico. Afortunado él.

—¿No sabrá por casualidad cómo localizarle?

—Creo que debo de tener un número de móvil por ahí.

Un lugar en el trópico. Un BMW. Hoteles. Una esposa. Me acordé de su aspecto el verano anterior, bronceado y atlético. Podría decirse que guapo. Sobrado de confianza en sí mismo. Dicen que los ojos revelan el estado del alma y ese día Brendan tenía los ojos limpios como el cielo azul.

Durante unos nebulosos instantes no estuve seguro de si dormía o de si estaba despierto. Sonaba el teléfono. Era alguien llamado MacLeod. Corría el año 1988 o 1989. Según dijo el hombre que llamaba, había un anciano caballero, un viejo sacerdote, profesor jubilado y en ese momento asistente en la catedral, que vivía en el recinto universitario. Su nombre era padre Roddie.

No me había enterado. ¿Y por qué me llamaban a mí?

—Me han dicho que si alguien estaba al corriente, ése era usted.

—Creo que están intentando confundirle —dije. Me pasé los dedos por el pelo enmarañado. Ví entonces su rostro, esa ventana a su santidad.

«Mantón al obispo aparte esta vez», pensé.

El padre Roddie estaba ligeramente despeinado cuando salió a recibirme a la puerta de su apartamento. Tenía los ojos entrecerrados en la penumbra. Los años le habían dotado de una tranquilizadora aura de inocencia. Lucía una protuberante tripa y tenía el pelo canoso. Su rostro había adquirido lo que parecía una permanente expresión de piedad y de afabilidad.

—Pase, pase —dijo—. Hacía años que no le veía, —Nos dimos la mano—. Veo que no ha perdido usted la fuerza —apuntó, soltando una carcajada.

Sonreí.

—Me había olvidado de todo eso —dijo—. Me refiero a los malentendidos.

Asentí con la cabeza.

—Y creo que usted desapareció durante un tiempo. A las misiones, ¿me equivoco?

—A Honduras.

—Ah, sí. Qué suerte la suya. Siempre he lamentado no haber podido disfrutar de la experiencia de un lugar remoto. —Parecía sincero—. De hecho, le recuerdo más claramente de antes de eso. Cuando no era más que un estudiante. Muy brillante. Destacaba usted. Tenía una gran comprensión de los... conceptos más amplios. Si mal no recuerdo, le interesaban los fenomenólogos europeos, creo.

Seguíamos todavía en la puerta.

—Parece que fue ayer —continuó—. Venía usted a mi despacho en Chisholm House y teníamos allí nuestras pequeñas charlas. ¿Se acuerda? Me soltaba a Heidegger... para hacerme enfadar. Ambos nos reímos.

—Pero ¿dónde tendré la cabeza? —dijo de pronto—. Perdone por tenerle aquí de pie como a un desconocido. Pase. Pase.

Aunque la habitación era austera, las paredes estaban cubiertas de libros hasta el techo. Había periódicos y manuscritos por doquier y libros a medio leer abiertos en todas las superficies posibles. Durante un par de minutos seguimos charlando de naderías. Para entonces yo ya había desarrollado un instinto especial para la detección de la culpa. Podía percibirla en una habitación incluso antes de que resultara obvia a la vista.

Tras un breve silencio en la conversación, el padre dijo:

—Creo que sé por qué ha venido. —Suspiró y sonrió. Luego se quitó las gafas y se limpió despacio los cristales con la manga.

—¿Ah, sí?

—Supongo que hoy no hablaremos de Heidegger. Quizá sea mejor así. Tengo el alemán un poco olvidado. ¿Le apetece tomar algo?

—No.

—Estoy al corriente de algunas de sus... llamémoslas actividades extracurriculares durante estos últimos años.

—¿Actividades?

—Oh, vamos. El Exorcista. Debe de haberlo oído. El Purificador. No hay maldad en ello. Ha hecho usted un gran trabajo. Un trabajo duro y desagradecido, ejecutado con admirable discreción. —Siguió allí sentado y sonriente, al tiempo que la confianza volvía a él como la marea—. El Inquisidor. ¿Recuerda cómo se enfadaba cuando me oía mencionar la afiliación nazi de Heidegger? —No dejaba de sonreír en ningún momento—. Por cierto, ¿sabe Alex que ha venido?

—¿Alex?

—El obispo Alex. No sé si sabe que fuimos compañeros de clase.

—No, no lo sabía.

—Jugamos al *bridge* una vez por semana. Somos pareja de juego. Quizá por eso estoy al día de su... trabajo. Alex le tiene en muy alta estima. No me sorprendería verle ocupando su puesto algún día.

—No sabía que jugaba al *bridge*.

—De hecho, hace tiempo que quiero hablar con él. Sobre ciertas historias perversas que corren por ahí. Obviamente, las habrá oído usted. Hay un periodista que va por ahí contándolas. Un tipo llamado MacLeod, creo. ¿Seguro que no le apetece tomar nada? Creo que le gusta el Balvenie.

—No, gracias.

—Bien. Será mejor que hablemos claro. Me alegro de que haya venido. He estado posponiendo este asunto y creo que ha llegado la hora de abordarlo.

«Nunca pierdas de vista sus ojos.»

Los del padre eran azules y juro que centelleaban. Tenía unas cejas pobladas y blancas y un racimo de vasos sanguíneos rotos en la punta *de* la nariz.

Reconoció que tenía un problema con la bebida. Todo había empezado en Corea. ¿No sabía que había servido en el ejército? En aquel entonces no era más que un simple hábito estúpido, pero a su regreso le había dado a la botella para huir de los recuerdos y de la depresión que le atormentaban. De las cosas que había visto allí. Y de lo que había oído. Me preguntó si sabía que había sido capellán en el PPCLI.

—¿El qué?

—El Regimiento de Infantería Ligera de la Princesa Patricia. Asentí con la cabeza.

—Ah, la guerra —dijo—. Qué espanto. Aunque eso lo sabe ya usted. —Suspiró—. Creía que, siendo sacerdote, sabría llevarlo. Estaba convencido de que la fe ayudaría a ponerlo todo en

perspectiva.

Según dijo, había estado recibiendo ayuda para su problema con el alcohol. ¿En cuanto al resto? No era merecedor de respuesta alguna. Una pobre chiquilla retrasada más la combinación de un malentendido y de la falta de comunicación.

—Eso y un cáliz lleno de maldad. —Sonrió—. Pero sospecho que usted sabe bien cómo son esas cosas.

—No sé a qué se refiere —dije.

—Bueno. A su propio padre. Seguro que usted, especialmente usted, entiende lo ocurrido.

—Dice que es su pareja de bridge.

Lo dije alegremente con el fin de evitar cualquier ofensa o dolor.

El obispo parecía a punto de vomitar.

—No puedo creer que cayera usted sobre él así, sin más. Debió de sufrir un terrible sobresalto. Me refiero a esa suerte de... emboscada. Sobre todo teniendo en cuenta la historia que tienen en común. Lo que ocurrió entre ustedes en los años setenta.

—No quería molestarle.

—Pero lo está haciendo ahora.

—Sí. He estado haciendo preguntas. Me lo ha confirmado gente de absoluta confianza. El padre Roddie no está bien. Y hace décadas de eso. Él mismo ha reconocido que tiene un problema.

El obispo dejó escapar un profundo suspiro.

—No piensa cejar en su empeño, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ha hecho el padre Roddie?

—Probablemente la situación sea más grave de lo que creemos. Por cierto, me he entrevistado con uno de sus acusadores.

—¿Se refiere a la retrasada?

—¿Sabía usted de su existencia?

Agitó una mano en un gesto claramente despreciativo. Estaba sentado detrás de su escritorio con la mirada baja, manoseando un puñado de sujetapapeles.

—Al menos esta vez no se trata de ningún monaguillo. Por lo menos es una... chica.

—No creo que el sexo tenga aquí mucha importancia —dije. —En fin —respondió—. De acuerdo. Déjelo en mis manos. —En realidad no creo que...

—Yo me ocuparé —replicó con los ojos como brasas—. ¿Acaso es usted duro de oído?

—Como quiera —dije.

—¿Es eso todo?

—El padre Roddie ha hecho ciertas... extrañas referencias a mi padre.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

MacLeod se acordaba de mí. La voz que me habló al otro lado de la línea me resultó en cierto modo familiar.

—¿Qué tal van las cosas, padre?

Me recordó que nuestros caminos habían coincidido en el pasado, cuando habían corrido ciertos rumores sobre un anciano sacerdote. Me preguntó si conocía a Roddie MacVicar. Doctor Roddie, así había quien le llamaba. El eminente filósofo. El experto en Aquino. Un sospechoso perverso.

—Fue profesor mío —respondí.

Hacía unos años habían corrido ciertos rumores. Según MacLeod, se había mencionado mi nombre porque al parecer yo era ayudante parroquial en el lugar donde algo había ocurrido. Hubo

incluso habladurías que apuntaban a un enfrentamiento físico entre el viejo y yo. Y se decía que me habían exiliado por ello a algún rincón de Centroamérica.

—Eso es absurdo —dije.

—Menudo historión habría sido eso, ¿eh? Lo que me llegó fue que... usted, supongo, estuvo a punto de estrangular al viejo. Mi respuesta, en esa época, fue: «Si eso es cierto..., más crédito aún para él».

—Alguien le estaba tomando el pelo.

—Seguro que sí. Supongo que eso era lo que a alguien le habría gustado que ocurriera. Aunque quizá, si en aquel entonces hubiera habido más reacciones anticuadas de esa suerte, no estaríamos ahora ante el lío que tenemos entre manos.

—¿En qué quedó finalmente su historia en...?, ¿cuándo fue exactamente? —pregunté presa de la curiosidad.

—Creo que en los años setenta. Tiré la toalla. Recuerdo que llamé al obispo. Lo negó rotundamente. Al final me convenció de que el daño potencial que podía sufrir una institución tan importante como la Iglesia era un argumento de peso como para reclamar discreción.

—Supongo que en parte es así.

—Probablemente fuera la opción adecuada... en aquel entonces. Me alegro de que no nos dejáramos llevar por la histeria como ocurrió en Newfoundland y en Boston.

—Eso no habría ayudado a nadie.

—Precisamente. —Se produjo una larga pausa antes de que preguntara—: Entiendo entonces que probablemente no recuerda usted la segunda vez que llamé, ¿verdad?

—Mentiría si dijera que sí.

—El viejo muchacho volvió a las andadas. Creo que fue a fines de los ochenta.

—Lo lamento —fue mi respuesta.

Se rió.

—Menuda pieza estaba hecho el viejo baboso. En esa época debía de tener casi setenta años. Se trataba de una deficiente. Una niña.

—¿Y qué fue de la historia?

—Lo de costumbre. Nadie quiso hablar. El viejo método de tener que vérmelas con una pared tras otra. En fin. Eso ya es pasado. Quizás ahora tengamos una situación nueva.

Según me explicó, el nombre de Brendan Bell había saltado cuando estaba haciendo un seguimiento de las recientes denuncias contra sacerdotes de Newfoundland. Había dado con una referencia a nuestra diócesis de Antigonish. Un sacerdote de Newfoundland condenado por un delito sexual había terminado trasladado a Nueva Escocia. Le había parecido interesante que le mandaran precisamente allí. Quiso saber si yo sabía algo.

—¿Cuál ha dicho que era el nombre del sacerdote?

—Bell. Brendan. Según mis fuentes, puede que le haya conocido.

—El nombre me resulta familiar. Me suena, sí. —Ambos nos reímos¹¹—. ¿Lo ha consultado con el obispo?

—Sí. Dice que el tal Bell ha colgado los hábitos. No tiene la menor idea de dónde puede estar. He pensado entonces en usted. Quizá lo sepa.

—¿Yo? Obviamente cree usted que he estado metido en todos los escándalos.

—Bueno... No me importaría hablar de ello algún día, si a usted no le molesta.

—No hay nada que hablar.

—Como quiera. Bell. ¿Qué sabe usted de él?

—Recuerdo su nombre y de hecho creo recordar haber oído que se casó. Desapareció hace

ya un tiempo.

—¿Se casó?

—Creo que eso es lo que oí decir a alguien de la archidiócesis de Toronto... Sí, eso fue lo que dijeron, que Bell se casaba.

No me costó percibir la decepción al otro lado de la línea.

—Qué raro —dijo por fin.

—¿A qué se refiere?

—A que el padre Bell se haya casado.

—Ya no es tan raro. Más de la mitad de mis compañeros de clase del Sagrado Corazón son hombres felizmente casados.

—Sí, supongo que tiene usted razón, no se lo niego. Pero... ¿Bell? Jamás habría dicho que era de los que se casan.

Se produjo una larga pausa.

—Seré sincero con usted, padre —dijo MacLeod por fin—. Tengo un chivatazo. Al parecer, el suicidio de Little Harbour..., sin duda está usted al corriente de lo que ha ocurrido con el joven MacKay de Hawthorne, puede haber tenido algo que ver con un caso de abusos. Y alguien ha mencionado el nombre del tal Bell.

Es entonces cuando no dices nada.

—¿Sigue ahí?

—Sí —respondí, dejando escapar un suspiro.

—Sé lo que piensa. Una caza de brujas, ¿eh? Me dirá que la gente busca casos de abuso sexual hasta debajo de las piedras.

—Tiene usted que hacer su trabajo.

—Lo sé. Y no es que disfrute particularmente con ello. Aprecio su comprensión.

—La verdad es lo único que realmente importa. Debemos descubrir la verdad.

—Gracias —dijo.

—Deme su teléfono. Por si recuerdo algo.

Cuando colgamos, llamé al obispo a su número privado.

—Ha aparecido MacLeod —dije.

—¿Qué le ha dicho?

—No tiene de qué preocuparse.

—No esté tan seguro —respondió el obispo—. Los escándalos de Newfoundland y de Estados Unidos les están dando alas.

—Me ha parecido un tipo razonable. Según me ha dicho, habló con usted en su día sobre el padre Roddie. ¿Se acuerda?

—V vagamente.

—Parecía estar al corriente de ciertos detalles que sólo usted y yo y...en fin, otras personas conocíamos.

—Yo, en su lugar, no le daría demasiada importancia.

LA NAVIDAD fue triste. El final de un desgraciado año 1995. Hacia la hora de la cena de Nochebuena llamé a Sextus, pero no obtuve respuesta. Había oído una docena de vagas confesiones. Intenté echarme una siesta, pero fui incapaz de conciliar el sueño. Llamé a John. Saltó el contestador. El coro estaba ensayando. Hay cuatro personas en el coro, tres mujeres y Bob. Bob tiene una cálida voz de barítono. Entre los cuatro consiguen un sonido correcto. Me tomé unos cuantos cócteles solo, esperando a que dieran las once para ir a la iglesia. Villancicos a las once y media. Reinaba la quietud en la noche santa y silenciosa. El aire era gélido. Se oía la pesada respiración de la bahía como un gigantesco pulmón. Me pareció sentir la poética de la ebriedad. Dicen que beber solo es una mala señal. Pero ¿y si siempre estás solo? ¿Y si la soledad es la norma?

Sextus habría dicho que si nos preocupamos porque bebemos demasiado probablemente es que no bebemos demasiado. Sin embargo, nunca saqué el tema con él porque no se me ocurrió en ningún momento que yo pudiera tener ese problema. ¿Qué era lo que mi padre decía a menudo? Todo con moderación. «Puedes beber como un cosaco siempre que lo hagas con moderación.»

A punto estuve de quedarme dormido sobre el altar durante los villancicos. La misa del gallo es apenas un borrón en mi memoria. Cuando desperté el día de Navidad no me acordaba de cómo había terminado la misa. Recuerdo haber estado al pie del altar justo antes del final, improvisando un fugaz mensaje navideño. Me estremezco al recordar mi entusiasmo pasajero. Por la mañana, cuando logré arrastrarme hasta la iglesia para dar la misa de diez, encontré mi ropa esparcida por la sacristía. Una botella de vino me ayudó a enfrentarme a la hora siguiente.

«¿Cómo sería no estar solo?», me pregunté.

Después de misa, los asistentes al servicio se marcharon deprisa, casi parecían tímidos, y yo se lo agradecí. También agradecí el aire frío y limpio, refrescante como un vaso de agua. «Es el agotamiento —me dije—. Estoy cansado, no es más que eso.» La devoción del Adviento y las agotadoras tradiciones de la Navidad. Las horas sentado en el confesionario, a la espera de ver aparecer algún penitente. Los inesperados visitantes con sus pequeños regalos. La incansable actividad en la iglesia: las luces, los árboles, el pesebre. Y luego las masas. Había parecido más frenético de lo que era habitual en esas fechas porque la Navidad había caído en lunes.

Effie no vino a pasar las vacaciones. ¿De verdad seguía considerando aquélla su casa?

Dormí casi toda la tarde del día de Navidad, y cuando por fin desperté y vi que estaba oscuro, me sentí incómodo. Me serví una copa. Sonó el teléfono y era Stella. Parecía haber bebido.

—Probablemente debe de estar usted extrañado —dijo—. De hecho, cualquiera pensaría que he desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Cómo está? A juzgar por cómo suena, no parece muy animada.

—Un poco de gripe, nada más.

—Vaya, lo siento. ¿Cómo siguen Danny y Jessie? Debe de ser difícil para ellos.

—Lo van llevando. Supuestamente me esperaban para cenar en Hawthorne, pero no me he visto con ánimos. La gripe me ha salvado.

—La gripe puede hacer estragos en esta época del año.

—Sobreviviré. Pase a verme si le apetece. Creo que ya no contagio. Pero no he preparado pavo. ¿Le importa?

—El pavo está sobrevalorado —dije.

—Como muchas otras cosas.

Me reí.

Sentí una necesidad irresistible de servirme otra copa. Lo pensé mejor y miré por el gran ventanal a la bahía. Reinaba allí una paz absoluta. En el continente, a lo lejos, vi resplandecer diminutas luces. Fuera, el viento soplaba con fuerza. Se oía su susurro. La bahía se movía, recolocándose para escuchar. El viento intentaba decir algo. Traté de escuchar con atención. «Stella sigue siendo mi amiga», pensé.

noche de navidad de 1976. la noche se difuminó con sorprendente rapidez, había ron y vino, muchas botellas de vino, recuerdo una larga mesa, al menos catorce personas, todas hablando a la vez. jacinta a mi lado, con el rostro encendido y animada, bandejas de comida, dorados bocados de pollo y gruesas medias lunas de crujientes patatas marrones, grandes cuencos de ensalada, mi comprensión del lenguaje mejora con cada copa, hay largas revelaciones sobre la vida en lugares inimaginables. por doquier la excitación de la revuelta política, brindis a la salud de ernesto cardenal, obando y bravo, el amanecer de la esperanza en managua, alguien gritó «venceremos», y de pronto se hizo el silencio cuando todos miraron incómodos el rostro encendido de alfonso. jacinta murmuró «venceremos» y levantó su copa, luego se retomaron las conversaciones, salpicadas por explosiones de risas.

jacinta me apretó la mano, venceremos, el triunfo será nuestro. de pronto la vida corrió por mis venas como un torrente.

Stella estaba pálida y profusamente abrigada para mantener el calor.

—Pase —dijo—. Estoy preparando un ponche. ¿Le apetece un vaso?

—Claro. —Agradablemente sorprendido.

Son escasas las ocasiones en las que un sacerdote tiene oportunidad de ver el rostro desnudo de una mujer. Esa noche el de Stella revelaba oscuras sombras bajo los ojos y las pequeñas arrugas que el paso del tiempo graba allí. Tenía los labios secos, la piel cetrina, el pelo firmemente recogido con una pequeña goma elástica, salvo por un mechón fugitivo que le cruzaba la frente, tapándole de vez en cuando un ojo.

«Esto es lo que se entiende por intimidad», pensé.

cuando todos se marcharon, jacinta empezó a limpiar y a recoger la mesa, alfonso le dijo:

—déjalo para mañana, será más fácil, de todos modos, deberías dormir aquí, es tarde.

—¿estás seguro?—preguntó ella—. es navidad, ¿qué podría ocurrir? la verdad es que debería irme a casa.

—simplemente para estar en lugar seguro —dijo alfonso— ya sabes dónde está la habitación de invitados.

—Hagamos una promesa —dijo Stella—. Esta noche no hablaremos de Danny. ¿Le parece?

Asentí con la cabeza.

Hablamos de su trabajo. Era asesora psicopedagógica en un instituto. Hablamos del matrimonio, de la traición, de la alienación. Recuerdo que la escuché con atención mientras volvía a llenar los vasos, aferrándome a los detalles más escurridizos e intentando almacenarlos en mi memoria. Decidido a no olvidar. Aunque fracasando en el intento: demasiados vasos, demasiadas imágenes a la vez. Recuerdo que la palidez de Stella desapareció. El rostro encendido, los ojos

brillantes. Llorosos.

Y entonces apareció el nombre de Danny.

—Habíamos quedado en que no hablaríamos de eso —dijo—. Es demasiado terrible.

Creo que me serené momentáneamente. Sin embargo, no tardaron en llegar más lágrimas. La abracé. Pero sobre todo la recuerdo sentada, mirando la mesa y hablando. Escuchaba con atención Voces y confusión.

Me interrumpió.

—Stella —dijo ella, sonriente—. Soy... Stella. —Enunció su nombre con sumo cuidado.

—¿Cómo la he llamado?

—Jacinta.

—*quiero ver dónde duermes* —dijo.

—*qué pasa con alfonso?* —pregunté.

—*ni siquiera la tercera guerra mundial despertaría a Alfonso* —respondió.

y, en son de broma, pregunté:

—*¿cómo lo sabes?*

Desperté tumbado en el sofá. Tenía la cabeza apoyada en una almohada y vi una manta hecha un ovillo en el suelo. Me incorporé de inmediato. Totalmente vestido, a Dios gracias. En la casa reinaba el silencio. No había en la cocina el menor rastro de la noche anterior. La mesa estaba limpia y recogida. El armario ordenado. Ni un vaso, ni un plato, ni siquiera una botella a la vista. La habitación olía a antiséptico, como si las hadas la hubieran fregado durante la noche.

Me di cuenta de que era consciente de todo ello porque el espacio estaba bañado por una suave luz azulada. Por una de las ventanas de la cocina vi los negros abetos de la falda de la montaña y la nieve acumulada a su alrededor en estridente contraste. Y el delator techo de mi coche aparcado en el camino privado de la casa. El reloj que colgaba encima del fregadero informaba de que eran las siete y cuarto. Una oleada de pánico me puso en pie de un Salto.

Cuando bajaba en coche por la carretera de la montaña, vi pasar tres vehículos que reconocí. Hombres que se dirigían a la planta papelera, irritablemente alertas. Un rostro pálido se volvió a mirarme cuando su coche paso, deslumbrándome, en dirección contraria. ¿El cura en la carretera a esas horas? Debía de haber alguien enfermo en la montaña. Quizás eso es lo que pensarían. Al cura había que darle siempre el beneficio de la duda.

El cielo era de un color azul intenso. Unas nubes grandes y frías se deslizaban por él a toda prisa, dotando al alto campanario de la iglesia de cierta inestabilidad aparente. Las raudas nubes se detenían en el azul y la iglesia se balanceaba. Tuve que apartar los ojos y esperar a que la cabeza dejara de darme vueltas. Imaginé entonces la suave oscuridad y el silencio que debían de reinar dentro. Me aguardaba la hostilidad de la casa.

El eco de la puerta de la iglesia al cerrarse se mantuvo en el aire durante unos instantes mientras avanzaba hacia la parte delantera del edificio y me arrodillaba ante el altar. Las velas parpadearon. El silencio regresó, tan sólo interrumpido por el misterioso crujido o restallido ocasional. La había llamado Jacinta. Una oleada de tristeza surgió de la nada y me tumbé boca abajo con los brazos abiertos. «Jesús, ¿qué está ocurriendo?» No hubo respuesta. La alfombra roja desprendía el aroma dulce y especiado de esos polvos que las mujeres esparcen cuando pasan la aspiradora.

Recé.

—Alfonso, tienes que hablarme.

Pero es Jacinta la que responde.

—*La felicidad crece de la unidad del alma y el corazón... Tenía la mano seca, delicada y caliente posada sobre mi frente.*

—¿Eres feliz?

—*lo soy —dijo*

—*Te amo —dijo ella.*

—*Yo también te amo.*

La mano era afectuosa, respetuosa. Me apretó el hombro al tiempo que la voz saludaba.

—He visto el coche delante de la puerta. La puerta estaba abierta y había luz en el interior. Me preocupaba que se quedara sin batería. Entonces he visto que estaba aquí. He creído que quizás ocurría algo. ¿Está bien, padre?

—Sí. Sé que debe de parecerle extraño.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó—. Soy Archie, el violinista... No se preocupe. He visto cosas más extrañas. He estado en Nueva York.

—Ya me acuerdo.

Estaba de cuclillas a mi lado, mirándose fijamente las manos y manipulando algo con los dedos.

—Espero que no le importe —dijo, y a continuación pasó rápidamente la lengua por un cigarrillo pequeño y torcido—. De hecho, dicen que hay muchas religiones que utilizan esto en su liturgia.

Le miré a los ojos y le vi sonreír de oreja a oreja.

Encendió una cerilla con la uña del pulgar y aspiró una nube de humo. Luego contuvo el aliento.

—Supongo que usted no... —dijo, exhalando y ofreciéndomelo.

—No —me apresuré a responder.

—No es fácil —dijo.

—No, no lo es.

—Es lo que le estaba diciendo a Donnie. Piénsalo bien antes de meterte en algo como esto. —Agitó el cigarrillo, señalando con él la silenciosa iglesia y el vacío reinante.

—¿Cómo está? ¿Sabes algo de él?

—Supongo que bien. —Se levantó—. Será mejor que me largue. En cualquier momento puede entrar alguna vieja a prender un cirio por alguien. Seguro que esto le parecerá raro. A menos que haya estado en Nueva York, claro, cosa que dudo.

Me puse en pie, no sin cierto esfuerzo.

Stella llamó a mediodía para saber cómo me encontraba.

—Bien —mentí.

—Me alegro de que hayamos hablado... Ha ayudado a explicar muchas cosas.

A punto estuve de preguntar: «¿Qué le he dicho y qué es lo que explica eso?» Sin embargo, sentí una mano nervuda que se cerraba sobre mi garganta, silenciando las palabras.

Por fin, dije:

—Creo que me estoy volviendo loco.

¿O acaso sólo creí haberlo dicho?

Por fin di con él el día 27 de diciembre.

—Estoy destrozado —dijo Bell, y realmente lo parecía—. ¿Alguien ha descubierto por qué

lo ha hecho?

A pesar de que la comunicación era claramente deficiente, la voz era inconfundible. Bell parecía estar gritando.

—Todos y nadie —respondí—. Mullins dice que es por culpa de la pesquera. Tenía muchas deudas y aquí las perspectivas no son demasiado halagüeñas. Incluso se había planteado emigrar al oeste para buscar trabajo.

—Santo Dios. ¿Es eso cierto?

—Tenemos que hablar.

Bell estaba gritando.

—¿Cómo? ¿Hablar?

—Sí —le grité a mi vez—. Quiero hablar con usted. ¿Qué relación tenía usted con Danny? El verano pasado tenía planeado ponerse en contacto con él.

Creí que habíamos perdido la comunicación, pero de pronto volví a oír el rugido amortiguado del tráfico y bocinazos. Alguien se dirigió a él y Bell tapó el teléfono durante un instante.

—Ya estoy otra vez con usted —dijo.

—¿Dónde está?

—Oh, en Miami —respondió, vacilante—. Combinando trabajo y unas breves vacaciones. Como ve, le hablo desde un móvil.

Me aclaré la garganta.

—¿Cuándo regresará a Toronto?

—No pienso volver en mucho tiempo. Tengo una casa en las islas Vírgenes. Voy a pasar allí unos meses.

—¿Pudo hablar con Danny el verano pasado cuando estuvo aquí?

—Escuche —dijo—, será mejor que vuelva a llamarle desde un teléfono en condiciones.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Deme su número. Estaré de regreso en el apartamento dentro de... cuarenta y cinco minutos.

Nunca llamó. Cuando insistí, su número había sido dado de baja.

Pat explicaba:

—Mi hija mayor y su marido viven en Halifax y acaban de tener un hijo.

—Felicidades —dije—. ¿Su primer nieto?

—De hecho, es el tercero —respondió, cruzando las piernas e instalándose en una posición cómoda—. Sólo quería saber su opinión sobre un asunto.

A su espalda, el día se disolvía en un sucio manto marrón.

—¿Puedo ofrecerle algo?

—Oh, Dios, no. Gracias. Sólo puedo quedarme un minuto. Han decidido llamarla Epifanía.

—Bien —dije, intentando por todos los medios mantenerme serio—. Un nombre muy original. Al menos es un cambio después de tantas Estefanías, Natalias y Ashleys.

—¿No le parece un poco blasfemo? —Se había inclinado hacia delante, claramente ansiosa. Su suéter tenía un cuello holgado y escotado.

—No. Aunque no digo que quizás el nombre no vaya a causarle algún que otro disgusto cuando sea un poco mayor. Los niños pueden ser muy crueles.

—Desde luego.

—Sin ir más lejos, yo tengo un amigo llamado Sextus. Y...

—Sextus Gillis —intervino animadamente—. Claro. Ustedes crecieron juntos.

—Cuando éramos niños, la gente intentaba reírse de su nombre. Pueden llegar a amargarle la vida a cualquiera.

—Y que lo diga —dijo—. Qué poco cuesta. ¿Y dónde está Sextus ahora? Alguien me dijo que había vuelto. Le vieron en algún evento del pueblo. Hace años que no le veo.

—Ha vuelto, sí. Viene a verme a veces.

—Menudo pillastre estaba hecho. —Se rió y vi en la luz del crepúsculo que se le habían encendido las mejillas—. Santo Dios. Sextus Gillis. —Luego me sonrió—. No creo que usted se acuerde. Llevo tiempo preguntándomelo. ¿No se acuerda, verdad, de cuando éramos jóvenes?

—Bueno, ha llovido mucho desde entonces.

—En una época salí unas cuantas veces con Sextus. De hecho, salimos los cuatro juntos: él y yo y usted y una amiga mía. Seguro que se acuerda.

«Creo que estás enfadado conmigo.»

—Ah, vaya —respondí, confundido—. La verdad es que las citas no tuvieron un papel demasiado destacado en mis años de juventud.

—Oh, vamos. No irá a decirme que no se acuerda de Barbara.

—No estoy seguro.

—Bueno, supongo que, si en algo se parece a su amigo, no debería sorprenderme. Ese hombre ha tenido más novias que... que no sé.

—De hecho, el nombre suena bien —la tranquilicé—. Epifanía.

—La verdad del asunto... El motivo de mi visita... es que les gustaría bautizar aquí a la pequeña. ¿Qué le parece?

—Que sería genial.

—Que Dios le bendiga —dijo—. Estarán encantados. —Volvió a inclinarse hacia delante al tiempo que me ponía una mano en el antebrazo.

Dejé pasar un instante en silencio y con él despedí también el fugaz y vertiginoso placer de su presencia.

Se incorporó en la silla.

—¿No le parece espantoso lo que le ha ocurrido al chico de los MacKay? Tan joven... Me imagino que no conoce usted a la familia.

—De hecho, sí, les conozco.

Suspiró.

—Supongo que no hay modo posible de comprender algo así. Me refiero al suicidio. Qué desperdicio.

La oscuridad se intensificaba por segundos y a punto estuve de encender la lámpara de lectura que tenía detrás de la silla, aunque no lo hice.

Entonces ella se rió en voz alta al tiempo que se levantaba bruscamente y se alisaba la falda.

—Sextus Gillis. Dígale a ese caradura que pase a hacerme una visita.

—Le daré su mensaje.

—Supongo que habrá envejecido. Como el resto de nosotros. —De hecho, está muy en forma, a pesar de todo.

—No se puede esperar menos de él. Siempre fue tan... No sabría cómo decirlo.

Vi convertirse los faros de su coche en un par de diminutas motas que terminaron por desvanecerse.

—Alfonso lo sabe —susurro.

—¿Cómo es posible que sepa nada? —Jacinta se ríe. No tiene miedo.

—Lo siento en los huesos. Alfonso lo sabe.

—¿Y eso qué importa?

—Somos sacerdotes.

—Y hombres.

—Tengo que hablar con él.

Se encoge de hombros. Le vuelvo la espalda.

—Oye —dice. Me vuelvo a mirarla. Ella se pone de puntillas y me besa en la mejilla—. No me olvides.

—¿Cómo podría olvidarte?

—Busca en tu corazón —dice—. La conciencia habla a través del corazón.

—¿Y qué pasa con mi cerebro? —pregunto.

—El cerebro puede confundirse ante el parloteo de tantas voces —dice—. Las voces de hombres viejos y enojados. Escucha la voz de tu corazón. El mío dice que deberíamos irnos de vacaciones juntos.

—¿De vacaciones? ¿Adónde?

—A Puerto Castilla —responde—. Viviremos en la playa como la gente común.

—¿Y Alfonso?

—Le llevaremos con nosotros.

EL OBISPO parecía distante, distraído. Estaba sentado detrás de un escritorio en la cancillería, cosa harto inusual en él, tomando un café que yo le había llevado y que había ido a comprar al Tim's más cercano. Parecía estar de un humor de perros.

—Odio los malditos eneros —explicó—. Cualquiera diría que ya llevamos seis semanas de este mes y todavía nos faltan dos.

—Se ha dado usted un descanso.

—Menudo descanso —bufó—. Una conferencia episcopal en Ottawa en enero. De hecho, esta basura de los abusos ha copado prácticamente toda la agenda. De pronto todo el mundo tiene un problema. Supongo que podría ser peor. Podríamos estar lidiando con los indios.

«Está empezando a hacerse viejo», pensé con tristeza.

—¿Qué tenemos en cartera?

—Nada nuevo —respondí—. He hablado brevemente con Bell, aunque la conexión era nefasta... Estoy esperando que me llame. Estaba en Miami.

—¿En Miami?

—Estoy seguro de que a su debido tiempo llamará.

—No albergue demasiadas esperanzas. ¿Y qué me cuenta de usted? ¿De qué quería hablar?

Le dije que simplemente quería ponerme en contacto con él. Que no estaba seguro de que Creignish estuviera resultando tal y como yo había esperado.

—Un poco de paciencia —respondió. Tenía los dedos entrelazados delante de él sobre el escritorio y parecía extrañamente interesado en sus uñas.

—El problema más grande de la labor parroquial es que la mayor parte del tiempo no parece haber nada que hacer —dije—. Estoy empezando a pensar que las necesidades del espíritu menguan con la prosperidad.

—¿Prosperidad, dice? —se rió—. ¿Prosperidad en Creignish?

—Entre la planta papelera y las pensiones, hoy en día todo el mundo parece... La gente parece haberse acomodado. Como si en realidad no me necesitaran. Quizá si lo que le interesa es reducir...

El obispo se levantó, se despezó y rodeó el escritorio para tomar asiento en una silla junto a mí. Suspiró. Me dijo que la labor parroquial es algo orgánico, que terminamos por hacer lo que quieren que hagamos, por mucho que intentemos activar las cosas. La gente se vuelve resentida si nos mostramos demasiado insistentes. Si no hacemos nada y ellos no se quejan..., hay que dar gracias. Significa que no necesitan nada.

—Podemos llegar a agotarnos preocupándonos sin razón —dijo—. El ministerio gira en torno a las necesidades de los demás. Sé que necesita usted estar ocupado. Pero ahora sus necesidades son secundarias... Al cabo del día, no somos más que simples funcionarios.

Yo asentía, como si sus palabras me hubieran tranquilizado. Le dije que había intentado dedicarme a los jóvenes. Crear para ellos alguna suerte de organización.

El obispo alzó una mano al tiempo que negaba con la cabeza.

—Una valiente iniciativa, sin duda. Pero se equivoca usted de momento. Le aconsejo que se mantenga alejado de los jóvenes. No tiene sentido buscar problemas. La opción más segura es que se centre en los defensores del derecho a la vida. O en los carismáticos. Sé que por aquí son bastante activos. Eso no puede hacernos ningún daño. Para ellos las cosas son blancas o negras.

El sacerdote siempre es bueno.

Se levantó y miró fijamente por una ventana. En mi cabeza se atropellaban los puntos de la agenda que había memorizado durante el trayecto hasta allí. De pronto me sentí confuso. Pensé: «Ya no le conozco».

—Será mejor que dejemos las cosas como están —dijo de repente—. Me he enterado del pequeño fracaso que tuvo el verano pasado. Al parecer, le sorprendieron en pleno fuego cruzado... entre un par de jovencitos en un acto social.

—¿Se enteró de eso?

—Les ocurre a los mejores. No debería preocuparle.

—¿Cómo se enteró?

—Confíe en mí —dijo—. Me entero de todo.

Me reí.

—Tengo la impresión de que, en su cabeza, quizás existe alguna relación entre la riña y el suicidio que tuvo lugar en Hawthorne. Según tengo entendido, fue uno de los muchachos que estuvieron implicados en la pelea... ¿Me equivoco? Y el joven O'Brian.

Asentí con la cabeza.

—Por cierto, ¿dónde está ahora?

—De viaje.

—La gente inventará sus propias historias. Es así como suelen actuar para preservar su salud mental. Sobre todo aquí. Hacen sus propias cábalas para satisfacer con ellas sus necesidades.

—Pero en ese caso...

Alzó la mano.

—No pierda nunca la perspectiva. Sospecho que desde nuestro punto de vista la narración de los hechos podría ser mucho peor. Un muchacho pierde el control y golpea a un cura. Sufre remordimientos irreversibles. Pierde los nervios. *Pum*. Se quita la vida. Podríamos tener un escenario mucho peor.

Estudié el crucifijo que colgaba encima del escritorio y me esforcé por guardar silencio.

El obispo estudió su reloj y su rostro pareció iluminarse.

—Diantre, mire esto. Es mediodía. —Preguntó si me apetecía un *dileag*. Un trago con el que animarme un poco. Estaba probando una malta nueva. Highland Park—. ¿La conoce?

No. No la conocía.

Íbamos por la segunda copa cuando me cogió la mano. ¿Había algo más que me molestara? ¿Algo en particular?

—Una parroquia puede ser un lugar muy solitario —dijo.

—La soledad nunca ha sido un problema para mí. Sonríe.

—Quiero contarle una pequeña historia. Un pequeño relato sobre mí. —Tomó un trago y siguió tomándose la mano—. Hay gente que jamás entenderá las cosas como son. Accidentalmente o a propósito. —Había perdido la mirada en la distancia—. Yo era un chiquillo en el Sagrado Corazón y había una cocinera... De eso hace miles de años. Una hermosa muchacha de Boisdale, la personificación misma del demonio, y gaélica de la cabeza a los pies. En aquel entonces yo hablaba gaélico con bastante fluidez. Siempre nos reíamos de los viejos a sus espaldas. Era una chiquilla realmente divertida.

Había empezado a negar con la cabeza al tiempo que sonreía con expresión soñadora.

—Una vez nos pillaron riéndonos en la cocina. Ella estaba apoyada en mí. Eso era todo. De hecho, estábamos apoyados el uno en el otro, como cuando nos fallan las fuerzas de tanto reír. No había en nuestra actitud nada impropio. Simplemente nos reíamos de una de sus imitaciones. Creo

que quizás ella tenía la mano en mi hombro.

Se secó los ojos.

—El precio que tuvimos que pagar por nuestro error fue altísimo. Ni se imagina el revuelo que se produjo. El obispo tuvo que intervenir. Me refiero al viejo obispo John R, que el Señor le acoja en su seno.

Yo estudiaba con atención la expresión de su rostro. Sentí un extraño movimiento en la boca del estómago. El obispo tenía los ojos húmedos.

De pronto se levantó y dijo:

—No le he contado esto por nada en particular. Aunque es una buena historia, ¿no le parece?

—Sí.

—Afortunadamente, tuvo un final feliz.

—¿Ah, sí?

—La chica se casó con otro.

—¿Con «otro»?

—¿He dicho con «otro»?

Asentí con la cabeza.

—Vaya, vaya —musitó, fijando los ojos en el suelo.

Ya en la puerta, pregunté:

—¿Y qué fue finalmente de la cocinera?

—Ah. El matrimonio no funcionó. El novio era un veterano de guerra. Estaba un poco trastornado. Lo último que se supo de él es que estaba en la zona de Detroit. Pero ella se quedó. Según he oído, ha criado un par de hijos estupendos. —Había empezado a frotarse la barbilla—. No espero que mis sacerdotes sean santos. Espero que sean hombres. Pero fuertes, hombres fuertes, ¿de acuerdo? Un sacerdote que no es un hombre fuerte es un caso triste.

—Sin duda.

—La vida jamás nos pide nada que sobrepase nuestras capacidades. Si fracasamos... En fin, no podemos echar la culpa de ello a nadie más que a nosotros mismos.

Me abrazó afectuosamente y me retuvo entre sus brazos un par de segundos más antes de apartarme de su lado.

—Nunca me he sentido cómodo abrazando a los hombres. Eso de los abrazos es para los extranjeros y para los farsantes. Pero usted es prácticamente sangre de mi sangre. Somos familia. ¿Entiende lo que le digo? —Durante un instante creí que volvían a humedecerse los ojos, pero de pronto se rió y me dio un puñetazo en el hombro—. Todo se arreglará, ya lo verá.

Stella pareció sorprendida cuando se lo dije:

—Me parece que el obispo está preocupado por nosotros.

—No puedo creerlo —fue su respuesta.

—Es sólo una impresión. Alguien de aquí ha estado chismorreando.

—Aquí todo el mundo chismorrea. Así es como combaten el aburrimiento.

EN CUANTO el mes de enero queda atrás, febrero cae sobre nosotros envuelto en un nubarrón de fanfarria y de hostilidad. La gente desaparece en sus hogares y en sus coches, invisibles tras las ventanas cubiertas de hielo. Los coches y las furgonetas están perpetuamente cubiertos de misteriosos vapores. Las siluetas se mueven dentro de informes ropas de invierno. Los lugareños se convierten en sus botas, sus abrigos y sus sombreros. La comunicación queda reducida a simples recitaciones, comentarios propios de viejos sobre el tiempo. Maldito frío. Nieva como en los viejos tiempos. El viento. La bahía de Saint Georges es una vasta extensión blanca de hielo a la deriva que se extiende desde el paso elevado hasta el horizonte. Los prismáticos permiten vislumbrar puntos negros en la inmensidad blanca: focas moviéndose con torpeza. Los domingos, los hombres les disparan por simple deporte.

Los asistentes a la misa dominical menguaron a medida que los más ancianos y los jóvenes encontraban motivos para quedarse en casa. El obispo había sugerido que me tomara un descanso, una pequeña escapada. Quizá podía irme a alguna parte. A fin de cuentas, mis fieles bien podían ir a misa al pueblo. Ahí era donde iban antes de mi llegada, durante el intervalo entre el párroco anterior y yo. «Chisholm me lo debe. Podría sustituirme.» Stella me recomendó los cayos de Florida. O quizá podía irme a la República Dominicana, donde ella sabía de un apartamento que podía conseguir gratis. «Sólo una semana —dijo—. Verá cómo vuelve nuevo.»

Amenazó luego con tomarse unas vacaciones en marzo. Estaba haciendo planes para marcharse.

—Quizá podría acompañarla —respondí en broma. —¿Por qué no? —preguntó en serio. Claro.

El joven Donald O'Brian llamaba por teléfono desde Corea una vez por semana. El viaje le estaba yendo de maravilla. «Nacía como la distancia para damos perspectiva», decía sabiamente Bobby O.

El joven Donnie estaba contemplando la posibilidad de irse a Toronto cuando terminara su periplo. No sabía con seguridad lo que haría allí, «Pero nosotros rezamos por él», apuntó Bobby.

—Será un gran sacerdote —dije deferentemente.

Un miércoles por la noche de finales de febrero. Volvía a la rectoría de una partida de cartas en casa de los O'Brian y encontré encendidas las luces. Había un coche aparcado delante y, a su lado, la furgoneta roja de Sextus.

Estaban sentados en el salón, riéndose y con una copa en la mano.

Pat levantó los ojos, ligeramente incómoda aunque imperturbable.

—Mira lo que he encontrado delante de tu puerta.

—Obviamente se te ha olvidado —dijo Sextus.

—¿Olvidado? —pregunté, intentando recordar.

—Que venía a verte.

—Lo siento —mascullé.

—Y mira con quién me he encontrado...

—Quería pasar a verle para concertar una fecha para el bautizo —dijo Pat—. Ahora quieren esperar al verano.

—El verano es una buena época —dije.

—Deja que te sirva una copa —se ofreció Sextus, y se levantó rápidamente.

Y al oírle tuve que reírme.

«Así es como deberían ser las cosas», pensé cuando se marcharon. Las amistades deberían darse cómodamente, emergiendo, desacoplándose y fluyendo, independientes e interdependientes a la vez. Parte de una coreografía inconsciente.

Alfonso lo sabía. Sonreía, testigo de mi angustia.

—*Jacinta me lo contó sin que se lo preguntara, en Puerto Castilla —me dijo—. A decir verdad, nos sorprendiste cuando ella me lo estaba contando. Estaba molesta. No sabe a dónde lleva esto.*

—*Pues ya somos dos —respondí—. Pero no te preocupes. No hagamos una montaña de un grano de arena.*

Aunque seguía sonriendo, sus ojos me miraban muy serios.

—*Jacinta es muy, muy vulnerable —dijo—. ¿Te ha hablado alguna vez de su marido loco?*

—*¿Su... marido?*

—*Están divorciados. Pero él está loco como... ¿Cómo lo decís? Como una cabra. Es oficial de las FAES. El ejército de El Salvador. En cualquier caso, esto queda entre Dios y vosotros dos. Pero ten cuidado.*

—*¿Podemos hablar un poco más?*

—*Claro —dijo—. Tanto como quieras.*

Pero llamaron a la puerta. Y por el cristal vi a dos policías esperando.

MacLeod volvió a llamar en marzo.

—No sé qué hacer con esto —dijo—. Me ha parecido que debía consultarlo con usted. ¿No habrá oído hablar de una carta, por casualidad?

—¿Una carta? Encontraron una breve nota de despedida junto al cuerpo. Básicamente, cuatro palabras.

—Sí, lo sé. Pero me dicen que había algo más. Algo más explícito.

Le dije que haría las pertinentes averiguaciones.

Su voz se tornó fría.

—No crea que intento faltarle al respeto, padre, pero esta vez no voy a dejarme embaucar.

—Descuide.

La llamada de Stella fue del todo inocente. Una invitación a compartir con ella algunos restos de comida. Quizá también una copa de vino. Hacía semanas que no la veía. Exactamente desde mi entrevista con el obispo.

Según me dijo, estaba evitando los licores durante la Cuaresma, pero me animó a que me sirviera si gustaba. Decliné la oferta.

—Una cuestión de solidaridad —dije.

Sugirió que, en ese caso, tomáramos una copita de vino con la comida, puesto que el vino es también comida.

La escarcha helaba el aire nocturno. Campo a través, se tardaba unos veinte minutos en llegar a su casa. «Necesito un poco de ejercicio», pensé cuando me puse en camino. Y hubo además una consideración adicional: mejor dejar el coche en casa y evitar así llamar la atención gratuitamente.

Los cristales helados crujían bajo mis pies. Sentí la cabeza ligera a causa del frescor. Antes de atravesar la pequeña laguna de luz dibujada sobre el camino de acceso a la casa de Stella, miré

a mi alrededor. Un reflejo culpable.

Había un coche en el camino que llevaba montaña arriba aparcado en la oscuridad. Jamás había visto un coche aparcado allí. Vacilé, presa de una palpitante inquietud. Me pareció ver un movimiento en el interior del vehículo. Una sombra dentro de otra. El tiempo pareció detenerse y una extraña pesadez sofocó el pensamiento. Entonces vi un repentino estallido de luz en el interior del coche: una cerilla brevemente sostenida contra el extremo de un cigarrillo seguida del intermitente resplandor. Eché a correr hacia él, impulsado por una inesperada rabia.

El coche salió impulsado hacia delante. Encendido, motor en marcha, tracción de ruedas, el crujido de la grava: todo ello en un culpable y aterrado acto reflejo. Yo había llegado al final del camino cuando el coche pasó por mi lado como una exhalación. Estiré el brazo sin ser consciente de lo que hacía y toqué el metal de una puerta. Mi mano salió rebotada. Pero pude ver el perfil del conductor.

¿William?

—Está usted soñando —dijo Stella.

—¿Quién si no podía haber sido?

Soltó una risa alegre.

—Podría darle media docena de nombres. Viejos solterones de por aquí. Todos están enamorados de mí. Son totalmente benignos. No puede haber sido Willie. Vamos, tranquilo. Le serviré una copa de vino. Anímese.

—He estado intentando evitar al demonio —dije, en cierto modo más tranquilo—. Es la Cuaresma.

—¿Al demonio? —Se rió—. ¿No es eso un concepto típicamente protestante?

La seguí al salón. Ella se sentó en el sofá y yo lo hice delante de ella, en un sillón.

Le pregunté por Danny Ban.

—Está bien —respondió—. Usted no conoce a Danny tan bien como yo.

—¿Y qué hay del duelo? Creía que los profesionales de su ramo eran grandes defensores de la idea del duelo.

—Se burla usted de mí —dijo, echándose a reír.

—Hablo muy en serio —aclaré, y de pronto así era.

Stella me estudiaba como si yo acabara de revelarle una parte nueva de mí mismo, y su mirada me envalentonó.

—Quiero hacerle una pregunta —dije—. ¿Sabía que hay un reportero que anda por ahí haciendo preguntas sobre Danny?

—No.

—Recibí una llamada suya. Quería información sobre una carta que Danny escribió... antes de... antes del día de su muerte. Al parecer, se trataba de algo que aclaraba las cosas. Explícitamente, según palabras del periodista.

—Explícitamente.

Esperé.

Stella sonrió y dio unas palmaditas al cojín que tenía a su lado.

—Venga. Siéntese aquí —me indicó como lo habría hecho una madre. Me levanté, crucé el salón y me senté junto a ella—. Brindo por el futuro —dijo al tiempo que hacía entrecuchar su copa y la mía—. Por tiempos más felices.

—Por tiempos más felices —dije, sin tenerlas todas conmigo.

Stella tomó un poco de vino con actitud reflexiva.

—esa carta, la que tanto interesa al periodista...

—¿Sí?

—No existe.

—Supuestamente era...

—No es más que una fantasía. Ciertas personas manifiestan aversión hacia lo obvio. La verdad está ahí delante, clara como el agua. Y precisamente porque es obvia, se empeñan en dar por hecho que es falsa. La auténtica verdad, por alguna extraña razón, siempre tiene que ser... oscura. En ese aspecto, los peores son los periodistas.

Decidí recular.

—¿Vio esa película, hace ya unos años, que rodó Oliver Stone sobre Kennedy?

—No.

—Yo todavía estaba en Toronto. Todo el mundo hablaba de eso. De la gran conspiración.

Le dije que algo había leído.

—Basura. He leído todo lo que se ha publicado sobre Kennedy. Soy una experta. —Dejó la copa en la mesita y me agarró por la parte delantera del suéter y tiró de mí hacia ella. Sus ojos me escrutaron—. Es hora de empezar a pensar en la vida.

Estuve de acuerdo.

—Seguir viviendo en la tragedia es desperdiciar la vida. Un abuso de las cosas buenas que recibimos del Altísimo, o del destino, o de lo que sea. Ese es su campo.

—Probablemente esté en lo cierto.

—No. No está siendo sincero —dijo con una sonrisa, tironeando juguetona de mi suéter—. No me desanime. Hablo en serio. Hay que amar la vida. Experimentarla. Esto son sólo dos días. Después estaremos eternamente muertos. —Apenas unos centímetros separaban nuestros rostros—. Olvídense de los perdedores y de los inadaptados. De todos los Williams. ¿Me oye? Vamos.

Se levantó y yo la imité. Un repentino éxtasis teñido de temor a punto estuvo de hacerme perder el equilibrio, pero ella me sujetaba ya, rodeándome firmemente con los brazos y con el rostro pegado a mi cuello.

—Esto es lo que se siente —murmuró—. Así es como debería ser la vida: cálida y segura.

Entonces me miró a los ojos y sonrió con dulzura antes de besarme levemente en los labios.

—Puede quedarse esta noche —dijo.

—«La felicidad surge de la unidad del corazón y del alma.»

—Muy hermoso —dijo Stella en voz baja.

—¿A qué se refiere?

—A lo que acaba de decir.

—Lo siento —dije al tiempo que el éxtasis eléctrico quedaba reemplazado por un sordo pesar.

—Quédese esta noche. No tiene por qué ser nada intenso. Tan sólo necesito...

No terminó la frase. Entendí que supuestamente debía comprenderla, pero no fue así.

—Necesito pensar —dije.

—No le estoy pidiendo ideas. Sólo quiero ver cómo se queda dormido otra vez.

—¿Otra vez?

—No estoy sugiriendo nada impropio.

—Lo sé. Pero permita que me tome las cosas a mi ritmo. Por favor.

—Claro —dijo. Y sonrió. Y con eso no hizo sino empeorar las cosas.

Cuando ya me iba, me detuvo en la puerta.

—Su amigo. Alfonso. Usted me contó... cómo murió. ¿No se acuerda? Me lo contó en

Navidad.

—Ah, sí.

—¿Llegaron a descubrirlo? ¿Quién le mató?

De pronto su rostro perdió nitidez. Me costó respirar.

—Sí —respondí.

Seguí sentado con la mirada fija en la bahía hasta que, a la luz de la mañana, la vi teñirse de un opaco manto de plata.

Me despertaron bruscamente los repetidos golpes en la puerta y al instante fueron varias las circunstancias que me alertaron. Por la esquina abierta de una ventana, una profusión de coches se congregaba alrededor de la iglesia. Una botella vacía. Un vaso volcado junto a mi pie. La alfombra todavía mojada. Un fuerte olor a güisqui.

La vida. La muerte. La obturación. Los inadaptados. Willie. ¿Seré también yo un inadaptado?

Alguien llamando a la puerta de la cocina.

—¿Sí?

Intento levantarme.

La voz infantil. Pregunta si estoy a punto.

¿A punto para qué? Mierda. Vuelve a ser domingo.

—Sí. Sí. Ahora salgo.

¿Domingo por la mañana y he vuelto a olvidarlo?

La primera lectura. Pablo a los Corintios. Difícil de soportar. Sobre la caridad. «La caridad es paciente y bondadosa; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se da bombo...»

Las palabras parecen preñadas de burla. ¿Podían acaso distinguir la hipocresía en mi voz? En algún otro fragmento de su carta a los Corintios, Pablo me asegura que la pureza es poder, la libertad «de servir al Señor sin impedimento». «Bien por Pablo», pensé. Pablo el Fariseo, que vio la luz y fijó la ley para el resto de nosotros. Gracias, Pablo.

Oí el sonido de mi voz, desprovista de convicción y entonando la lectura del día. Cuando era niño, hablaba como un niño y comprendía las cosas como un niño. Pero cuando me hice un hombre, deseché las cosas del niño.

¿Realmente soy un hombre?

Y, en el Evangelio, Jesús devolvió la luz al ciego. Me pregunto si alguna vez curó alguna resaca.

Que Dios me perdone.

Reprobado, solté una espontánea y a Dios gracias breve homilía sobre la ceguera espiritual. Hablé de cómo la Resurrección nos devolvió la vista para que pudiéramos ver la verdad. Sólo cuando abrazamos la verdad, nuestra redención se toma posible. Verdad y redención. Codependientes.

Estudié los rostros cautivos que tenía ante mí, momentáneamente recuperado gracias a una fugaz sensación de propósito antes de que regresara el terror,

«Es hora de que piense en la vida», había dicho Stella. Y esto es el resultado.

Non sum dignus.

¿Dónde estará ahora el padre Roddie?

En la renovada oleada de futilidad, a punto estuve de olvidar las palabras del credo.

No habría reconocido a MacLeod de no haber sido por su sonrisa. Se acercó a mí cuando yo

saludaba a mis fieles después de la misa, desesperado por volver a casa, abrir una cerveza y prepararme un poco de almuerzo. Y acostarme.

—Padre —dijo. Y supe de quién se trataba por su voz y por la adulatora sonrisa.

El pelo rubio empezaba a ralear. La tripa, demasiado protuberante para un hombre que debía de tener poco más de cuarenta años. A pesar de que parecía despreocupadamente amigable, de inmediato sospeché que su visita no anunciada en un domingo escondía alguna razón de peso. Le pedí que me acompañara a casa.

—Iré al grano —dijo cuándo le puse un tazón de café delante, en la mesa de la cocina—. Tenemos un problema.

Creo que me limité a fijar en él una mirada expectante.

—Hubo otro suicidio.

DE PIE bajo la luz anémica del crepúsculo.

Soy el pastor de la parroquia de Stella Maris de Creignish, Nueva Escocia.

La idea me resultó reconfortante, especialmente la claridad y la objetividad que entrañaba el enunciado. Esto es lo que soy. Ya no el Purificador desarraigado, bautizado así en honor del pequeño paño que utilizamos para secar el cáliz antes y después de la comunión. ¿Qué sabiduría me aportó ese que ya no soy? Muchos de estos sacerdotes son hombres inteligentes y divertidos. Los monstruos son la excepción. Sin embargo, son los únicos que conozco. ¿Cómo he podido pasar veintisiete años en este ministerio y conocer sólo a los malos? ¿Por qué jamás he formado parte de la comunidad más amplia de hombres divertidos, inteligentes y hasta santos? ¿Qué es lo que siempre me atrae hacia lo trágico y lo imperfecto?

Me senté mientras la oscuridad engullía la luz cada vez más débil de la tarde.

¿Otro suicidio? De hecho, según palabras del propio MacLeod, había sido el primero. Hacía un año. En la Columbia Británica^

—Se han recibido declaraciones juradas.

—¿Declaraciones juradas?

—De personas que aseguran haber sido también víctimas. Ese pobre tipo de la Columbia Británica era tan sólo parte de un problema mayor.

—¿Y en esas declaraciones se menciona a Bell?

—Oh, no. A Bell no. Esto es algo totalmente distinto. Me sorprende que no esté usted al corriente. Sobre todo teniendo en cuenta la relación tan cercana que tiene con el obispo.

Quise llamar a Stella, simplemente para disfrutar del consuelo que encontraría en su voz, pero no pude porque sabía que no sería capaz de guardar silencio. Además, no me costó imaginar que se le helaría el rostro en cuanto me viera derrumbarme bajo el peso de lo que sabía. Aun así, sabía también que era algo que necesitaba desesperadamente.

—En ese caso, si no fue Bell...

—¿Se acuerda del viejo padre Roddie MacVicar? Creo que hablamos de él... Dios, debe de hacer unos seis o siete años. Le pillaron tonteando con una deficiente. Si mal no recuerdo, me apartó usted del caso. No, no me interprete mal. Lo entiendo perfectamente.

Su sonrisa era a todas luces una acusación.

—¿Ha hablado con el obispo? —pregunté—. ¿Sobre el suicidio de la Columbia Británica?

—Lo he intentado. No ha soltado prenda, por decirlo de algún modo. Sin embargo, y por lo que sé, estaba al corriente.

—¿Me está diciendo que el obispo ha estado al corriente de esto desde el principio?

—De este caso y de muchos otros. Obviamente, está haciendo lo que puede y más por, y perdone por hablar así, taparlo.

Lunes por la mañana. Veinticinco de marzo. Me di cuenta de que se me había terminado todo: la leche, el pan..., el alcohol. Hay diez millas hasta el pueblo. Dieciséis kilómetros. No me acostumbraré nunca al sistema métrico. Peso ciento ochenta y dos libras. Mido seis pies y dos pulgadas. Se tardan trece minutos en recorrer la distancia de diez millas, teniendo en cuenta el habitual atasco en la rotonda y la convergencia de carreteras y el paso elevado, con los coches intentando acceder a Smitty's, a la gasolinera o a los moteles. A menudo se forma también un atasco cuando el puente que cruza el canal se levanta para que pase un barco. ¿Podía ser que me

acordara de que había por allí una herrería hacia un millón de años? ¿Y una pequeña cantina donde nos reuníamos cuando éramos adolescentes? Un punto de encuentro para los jóvenes del pueblo y para los rezagados de la ciudad que venían a echar un vistazo al ganado local. Así es como se llamaba entonces. *Ganado*. Despersonalizado. Agrícola. Olor de salchichas ahumadas dorándose en algún artilugio eléctrico con púas. Sudorosas botellas de Pepsi. Pesados coches cromados provistos de ambientadores colgantes y música *country*. Sonidos y olores de anticipación. Hormonas zumbando entre el inquieto ganado. Suena una bocina. Una estampida. Portazos de coches, arcos de grava, el chirrido de la goma y la vieja dueña de la cantina estirando el cuello en un gesto claramente reprobador, comprobando quién se va con quién.

La inocencia.

Eché eso de menos, independientemente del valor que pudiera tener. Yo era el chaval de Angus MacAskill de Long Stretch, un muchacho flacucho, pelirrojo y algo violento. Siempre metido en sus libros. Sin dinero y sin coche propio. Aunque respetado. Oh, sí. La palabra era ésa: «respeto». Había que tener cuidado con él. Una vena cruel, más aún que la de su viejo. Casi tanto como la de Sandy Gillis, que también era de la zona. Pero su hermana... ¡Ah, ése era otro cantar! Nada que ver con sus padres. Tiene un carácter totalmente distinto. Fina como la seda. Pero que su hermano no te pille nunca mirándola. Ni siquiera pensando en ella. Que no te oiga decir nada malo de su hermana ni de su viejo. Serás hombre muerto.

A John y Sextus siempre les hizo mucha gracia que la gente me tuviera miedo.

Sonrisas amistosas en la licorería... ¿o quizá demasiado familiares? Padre esto o padre lo otro, como si me dejara ver por allí a diario. Alguien conocido en la cabina de cristal donde trabaja el encargado, inclinado sobre unos papeles. Alzó los ojos y asintió con la cabeza hacia mí. Un rostro de mis años de escuela. Un nombre sin significado. ¿O podía ser realmente que en aquella época yo pasara a diario por allí?

Había un expositor con miniaturas junto a la caja. Las cajeras comentaban el fin de semana. El hombre de la cabina de cristal tenía la mirada perdida en la distancia y se frotaba la barbilla. Cogí un botellín del expositor, lo miré brevemente y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta.

Santo Dios. ¿Qué era lo que acababa de hacer?

Rompí a sudar. Imaginé que el tipo de la cabina me miraba. La tienda estaba en silencio. Nada ni nadie se movía y hacía un calor tremendo.

Cuando iba hacia la puerta, sentí una abrumadora oleada de excitación sexual.

En Tim Horton's pedí un sándwich y una taza grande de café solo en la ventanilla de pedidos desde el vehículo. Luego aparqué en un rincón apartado. ¿Un pequeño cóctel antes del almuerzo? ¿Por qué no? Vacíé el botellín en el café. El sándwich también era desayuno. Había mucho movimiento en la cafetería. El punto de encuentro del pueblo. Jubilados y desempleados, a quienes las enervadas esposas o quizá simplemente la soledad les echaban de casa. No es algo que yo eche de menos. Mi casa es mi castillo porque yo soy su único ocupante. Si esto fuera Inglaterra, yo sería vicario. Un mundo mejor. Un vicario ocupando una vicaría. Pero el vicario siempre tiene una esposa. La mujer del vicario. Y, si tuviéramos un hijo, sería... *MacVicar*. Muy divertido. Abro la botella que he pagado. Echo un poco más en el café para mejorar con ello el sabor.

Lo dijo ella: «Viva la vida».

El muchacho de la Columbia Británica se adentró con su voluminosa y cara furgoneta todoterreno en un bosquecillo de algún rincón de las Tierras Bajas de la Columbia Británica y se pegó un tiro. ¿Por qué le llamarán las Tierras Bajas? No he estado nunca en la Columbia Británica. Debería ir. Un hombre debe conocer su país. Stella me aconsejó que me fuera de

vacaciones a la República Dominicana. Quizás, en vez de eso, debería ir a la Columbia Británica.

En la nota que dejó culpaba al padre MacVicar.

—Todo el mundo le llamaba padre Rod —explicaba MacLeod—. Al parecer, en su día fue un fantástico filósofo. Un platonista, aunque vaya usted a saber lo que eso significa. Un experto de renombre internacional en Aristóteles.

¿Era una sonrisa burlona lo que creí adivinar en él?

¿Tenía alguna idea de dónde podía estar el padre MacVicar?

—No —respondí sinceramente—. ¿En la Columbia Británica?

—Creo que en algún lugar de Ontario.

—¿Cómo lo sabe?

—Aparece en una de las declaraciones juradas.

El güisqui y el café fueron como la luz del sol en mis venas. Miré a mi alrededor. Un resplandor acristalado relumbró desde los demás parabrisas. La gran ventana de la cafetería era impenetrable. De haber sido un hombre corriente, podría haber entrado para sentarme y hablar allí con la gente conocida. Pero no soy un hombre corriente. Estoy solo.

«¿De verdad has robado en la licorería?» Volví a sentir el hormigueo en las rodillas.

Y en ese momento me desanimé. Tendría que haber ido a ver a Stella. A la sabia y compasiva Stella. Contárselo todo. Pero ¿por dónde empezar? ¿Qué le había contado exactamente cuándo le había hablado de Alfonso? ¿Le había dicho acaso quién le había matado? ¿Sé realmente quién le mató?

Sí.

Oh, Stella. Cuánta bondad había en ella. ¿Qué clase de hombre era yo si me atrevía a corromperla? ¿Qué es lo que tienen las mujeres? ¿Por qué sentimos la necesidad de acudir a ellas y al hacerlo las degradamos, rebajándolas al nivel de nuestras necesidades más bajas? Antes de Jacinta yo no había conocido a ninguna otra. Sólo a mi hermana, que no era más que una niña. De hecho, sigue siéndolo. Sonreí al pensar en ella.

Y también estaba Barbara. Casi me reí al pensar en Sextus y en su ridícula insinuación, según la cual habíamos hecho algo más que limitamos a tocarnos y besamos en el asiento trasero de un coche una noche de luna en la playa. ¿Dónde había sido? En la playa de Troya. ¿Por qué la llamarán Troya?

El recuerdo es ahora cálido. Sin duda, si hubiéramos hecho algo más, no conservaría este afectuoso recuerdo de nuestra inocencia. Entiendo que ella nada tenía de inocente, pero puedo recordar ahora nuestro breve encuentro con una suerte de complacencia más pura. Sin arrepentimiento. Como debe ser.

Aunque también el recuerdo de Jacinta contiene su dosis de pureza. Y ninguna culpa. Incluso ahora, después de todos estos años, conservo una sensación de jubilosa satisfacción. ¿Podría llegar a repetirse?

Donald A. dijo que Barbara y él vivían junto a la pequeña tienda de la antigua Sydney Road. Se había convertido en Don después de llevar años trabajando fuera. Un completo desconocido. Me pregunté cómo sería ella después de tanto tiempo.

«Pasa a vernos.» Lo había dicho él.

Era una pulcra casa de ladrillo. A Don le había ido bien en el ramo de la construcción. A pesar de que estábamos en el mes de marzo, los setos parecían recortados y bien cuidados. Los arbustos más pequeños estaban protegidos por arpillera, y el césped, amarillento y ralo como en todas partes. Estiércol en los parterres de flores. ¿Qué hacía yo allí?

«Viva la vida», había dicho Stella.

—Santo Dios. Pero mira quién ha venido —dijo Barbara. Sonreía de oreja a oreja.

—Me reconoces —dije.

—Por el pelo. Lo reconocería en cualquier parte.

«Pelirrojo», pensé, y sonreí.

Me había puesto unos vaqueros y la chaqueta de cuero y llevaba la gorra de béisbol en la mano.

—Pasa, pasa —me invitó.

El interior estaba profusamente impregnado de ese olor al que Stella llama popurrí. O quizá fuera limpiador de alfombras. Pasamos directamente al salón. Grandes reproducciones genéricas de animales salvajes y de flores en las paredes y muebles nuevos o muy poco utilizados. Barbara me indicó que tomara asiento. Un gran gato persa saltó desde algún lugar a mi espalda, se despegó y bostezó antes de salir contrariado de la habitación.

—Es un milagro que me hayas encontrado en casa —dijo—. Llevo fuera toda la mañana.

A juzgar por su aspecto debía de haber ido a un salón de belleza. Calculé que debía de tener poco más de cincuenta años, aunque podría haber pasado por diez años más joven.

—Hace un tiempo me encontré con Don a la salida de misa —dije—. Hoy pasaba por aquí y de repente me he decidido a llamar. ¿Por casualidad no estará en casa?

—No. Está en una obra, en la papelera. Un largo cierre temporal por obras de mantenimiento. Trabaja de sol a sol.

De pronto fui presa de una profunda incomodidad que me dejó sin habla. ¿Qué me había llevado allí?

—No me quedaré. Volveré en otro momento para una visita de rigor.

—No, No seas tonto. No te muevas.

Y eso hice.

—Iba a prepararme algo —anunció—. Café. ¿O quizá te apetece una copa? Creo que tenemos de todo.

—Quizá. Por los viejos tiempos.

—Síiii —respondió sin ocultar su entusiasmo—. Santo Dios.

¿Cuánto tiempo hace ya?

—Eso depende.

—Ya sé que esto es un poco violento, pero... ¿llegamos a salir durante un tiempo?

—Una vez —respondí, sintiendo que se me encendían las mejillas.

—Jóvenes y alocados —se rió antes de salir de la habitación.

«Esto no puede estar tan mal», pensé.

No recordaba el color de sus ojos —azul celeste—, ni el de su pelo. Con el tiempo, y gracias a la debida atención de los estilistas, se había vuelto de un vivo tono castaño rojizo. «Se conserva bien», pensé. Los pechos más grandes de como yo los recordaba. ¿Crecen acaso en la madurez?

Cuando regresó con las copas, dije:

—Os ha ido bien a Don y a ti. Tenéis una bonita casa.

—Vamos tirando. Durante un tiempo fue duro. Él no paraba de viajar y los niños eran todavía muy pequeños.

—Creo que Don me dijo que teníais dos chicos.

—Sí —respondió encantada antes de coger dos retratos enmarcados de la repisa de la chimenea. Luego se sentó a mi lado— Donnie y Michael. Los dos trabajan fuera.

Estaba cerca de mí y nuestros codos y rodillas se tocaban. Los chicos eran guapos. Teman esa clase de atractivo tosco. Uno de ellos había heredado el rostro de su padre, incluso la sombra

de burla que siempre planeaba junto a su boca.

Me recorrió un mareante escalofrío. El recuerdo de su muslo. Quizá de ambos.

—Don me contó a qué se dedican —dije—. ¿Uno está en Toronto?

—Donnie está en la Ontario Food Terminal. Trabaja en una de las grandes empresas. Mike es más creativo. Diseña páginas *web* en Boston, pero no me preguntes en qué consiste eso porque no sabría decírtelo. Quiere ser escritor. Imagínate.

—Un par de muchachos muy guapos.

—Se parecen a su padre —dijo devolviendo las fotos a la repisa—. ¿Y tú? Creo haber oído que te habías marchado al extranjero. ¿A las misiones, quizá? —Regresó al enorme sillón situado a un kilómetro de mí, en el otro extremo del salón. Se le había arrugado la frente.

—Dos años —respondí—. En Centroamérica.

—Eso debió de haber sido muy distinto.

—Cierto.

Un silencio momentáneo. Ambos recordando.

—Creo que, de hecho, salimos juntos un par de veces —dijo—.

Y no me parece que fuera nada serio.

—Sí, creo que así fue.

—Si me acuerdo es porque, cuando te metiste en el san, tuve que soportar muchas burlas.

—¿En el qué?

—¿Qué es lo que he dicho?

—El san.

—Ay, Dios —dijo—. Cuánto lo siento. La semana pasada fue el aniversario de la muerte de mi madre. Murió en Kentville. Hace exactamente cuarenta años. Falleció allí, en el sanatorio. Quería decir el «sem». Últimamente, mi cabeza... —Negó con ella al tiempo que sonreía para sus adentros.

—San, sem. Si lo piensas bien, tampoco hay tanta diferencia.

Echó atrás la cabeza cuando se rió. Tenía el cuello blanco y la piel se le había vuelto suave como si todavía fuera la de una adolescente. Y las palabras regresaron: «Creo que estás enfadada conmigo».

Estaba estudiando mi rostro, quizá también ella sumida en el recuerdo.

—Tu madre también, si mal no recuerdo...

—Sí. En Point Edward. O de hecho creo que fue en Santa Rita. Al final se la llevaron allí. Está enterrada en Sydney. En Whitney Pier, para ser exactos.

—No sabía que tuviéramos tantas cosas en común.

Sonreí.

—Aunque creo que en aquella época no era tan raro. De hecho, diría que era muy común en los años cincuenta. No como ahora.

—Sí —dije.

Se llevó las copas a la cocina.

—Acabo de acordarme de algo muy extraño —dije después de la tercera copa.

—¿De qué? —preguntó con la cabeza inclinada a un lado. Se había retocado el pintalabios en la cocina.

—Al parecer tú sabías que yo estaba pensando en hacerme cura a pesar de que en aquel momento yo no estaba seguro de ello. Quizá te sentías más segura estando conmigo.

—Oh, no —dijo, tapándose la boca con la mano y sonrojándose—. Lo dudo. En aquella época yo era terrible. Ni siquiera me atrevo a imaginar lo que debiste pensar de mí al oírme decir

eso. Supongo que intentaba tentarte.

—Bueno..., todavía me acuerdo.

Se sonrojó y apartó la mirada... Imaginé que hada las fotos de la repisa.

—Siento haberlo mencionado.

En ese momento fui consciente de que estábamos tomados de las manos. ¿Cuándo había ocurrido? Al aparecer con la tercera copa se había sentado a mi lado. Preguntó entonces cuándo había muerto mi madre.

—No recuerdo mucho de eso —respondí.

—Yo tampoco de la mía. Pero es que sólo tenía once años.

«Tiene cincuenta y dos», pensé.

—Conservo aún imágenes difusas —dije—. Los adultos cociéndome que mi madre era más feliz muerta y que debía rezar por ella.

Su rostro reveló una tristeza sincera.

—Debió de ser peor para ti —comentó. Luego se encogió de hombros y me apretó la mano.

—Mi madre murió en 1951.

Sonaba música en alguna parte. Una copa más. La luz se diluía en la habitación. De pronto la vi sentada con las piernas cruzadas, estudiando el contenido de su copa.

—Cuando te fuiste al seminario —empezó, arrastrando ligeramente las palabras y riéndose—, no te imaginas lo que algunas me dijeron. Las chicas.

Las chicas, claro.

—Lo supongo.

—Que habíamos..., no. No pienso decirlo. Te morirías. —Dejó la copa en el suelo y ocultó el rostro entre las palmas de las manos, sonrojándose y negando con la cabeza. Su risa fue casi infantil—. Decían que habíamos... llegado hasta el final, como solía decirse. ¿No te parece increíble?

Me reí, sorprendido ante mi calma.

—¿Alguien se dedicó a hacer correr la noticia!

—No se me ocurre quién podría ser.

—Debes de pensar que soy terrible al acordarme de algo así después de tantos años. Dios...

—No parece que hayan pasado tantos años.

—No —dijo, poniéndose seria.

—Los años te han tratado bien. No has cambiado.

Volvió a sonrojarse.

—Pero creo que no lo hicimos..., ¿verdad?

—No. No lo hicimos. Me acordaría.

Barbara se movía por la habitación, ordenándola, cuando regresé del cuarto de baño. Las mujeres tienen ese instinto natural por el orden. ¿Cómo sería tener en casa a alguien con una necesidad natural de recoger y limpiar? Una voz suave murmuraba desde un aparato de música invisible. Esta es la clase de sitio donde viven los seres humanos auténticos. La música sonando al fondo. Debería tener un aparato de música.

«*It seems that we have met before and laughed before...*»

—Has vuelto —dijo—. Estaba empezando a preocuparme.

—Debería marcharme.

«... *who knows where or when.*¹²»

—No, quédate —se apresuró a decir. Luego sonrió—. Quiero decir que no hay ninguna prisa. Sonó el teléfono. Barbara lo cogió y charló brevemente antes de volverse a mirarme. Me

guiñó el ojo y dijo:

—No te imaginas quién ha venido a visitarnos.

Estudié el suelo.

—No. El padre Duncan. ¿Te acuerdas de Duncan MacAskill? Sí. Ha venido a verte. No, estábamos aquí, tomando una copa, recordando los viejos tiempos. Sí. Se lo diré. Bueno —dijo, y colgó—. Era Don. Volverá tarde. Otra vez.

Me relajé. «Todo va bien —pensé, maravillado—, no hay engaño alguno. La presencia de mi coche delante de la puerta queda sobradamente explicada. Lo que ocurra aquí es a partir de ahora absolutamente convencional. Totalmente inocente. Nada que ocultar.» Barbara empezó a bailar por el salón con una pareja imaginaria. Vi que se había quitado los zapatos. Tenía unos tobillos finos y los pies largos y delicados. Las uñas pintadas de rojo.

—Me encanta esta canción —dijo.

Me levanté.

—Hace años que no bailo —dije. De pronto sentí los pies demasiado grandes para la habitación. Los movía despacio, deliberadamente. Tan sólo podía pensar en sus pies desnudos y en mis pesados zapatos.

Me detuve y me quedé inmóvil. Pensé que tenía que quitarme los zapatos. Barbara interpretó equivocadamente mi vacilación. Un instante después, la tenía pegada al pecho, con el rostro encajado bajo mi mandíbula. Pegó aún más su cuerpo al mío y sentí su frente caliente. De pronto estábamos besándonos.

Se apartó y suspiró antes de inclinar la cabeza a un lado. «Qué hermosura —pensé—. Esta mujer oculta misterios que son oscuros e insondables.»

—Ha sido algo totalmente espontáneo —dijo—. Espero que no te haya molestado.

—Al contrario.

De repente no podía hablar.

—Yo también sé lo que es la soledad —dijo. Me tenía cogidas las manos. Me rodeó entonces la cintura con los brazos y pegó el rostro contra mi hombro. Luego alzó los ojos—. No entiendo por qué la gente da por hecho que permitir que los curas se casen les hará más felices. El matrimonio no es fácil.

—Creo que debería marcharme —dije, intentando reprimir la pena y la confusión.

Ella asintió con la cabeza.

—No te culpo. No debe de ser agradable tener que soportar a una vieja intentando ligar contigo.

—Eres preciosa —dije.

Negó con la cabeza.

—De verdad. No es por ti.

—Los años son inclementes con las mujeres —dijo.

—Al contrario.

—No tienes que ser amable conmigo.

Negué firmemente con la cabeza. Quise tranquilizarla aún más y asegurarle que me iba porque tenía miedo..., miedo de la voz que no tardaría en ocupar mi cabeza; miedo de lo que diría la voz si dábamos un paso más.

Tiré de ella hacia mí. Al abrigo de su mirada interrogante, susurré:

—Supongo que estás enfadada conmigo.

—Dios, no. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Me prometes que volverás^

—Te lo prometo.

—Mi nombre aparece en el listín.

Yo también hablaba en serio. «No será como la última vez», pensé— Y, de pronto, fui presa de una oleada de pena al recordar a Jacinta.

Al pasar por delante de la iglesia del pueblo vi el coche patrulla por el retrovisor.

JOHN no se quedó mucho tiempo después de que sacáramos mi coche de la cuneta. Vino en cuanto le llamé. Le ofrecí una copa, pero según me dijo estaba de servicio.

—No hace falta que te recuerde cómo me pongo cuando bebo.

No dije nada.

—Pero hoy es tu día de suerte —dijo—. El control de alcoholemia ya no es cosa de broma. Hoy en día cualquiera aparece en los papeles, incluidos los curas. Sus nombres aparecen de vez en cuando. Hasta los jueces salen. —Estaba de pie junto a mi estantería—. Quizá deberíamos anotar las cosas, sobre todo si, como yo, tienes una memoria terrible.

Pensé entonces: «Quizá me convenga una bendición».

—Gracias por venir. No sabía a quién llamar.

—Te lo debía. Por lo del año pasado. Por haber tenido que aguantar... ya me entiendes...

—No.

—A veces puedo ser un auténtico gilipollas.

—No digas eso.

—Otro motivo para evitar llevar un diario. Lo mejor es dejar el pasado en paz.

Cuando John se marchó, vi que la tarjeta del agente de la Policía Montada seguía en mi escritorio, donde yo la había dejado. La cogí. Cabo L. Roberts. Durante un instante estuve tentado de llamarle para preguntarle qué era lo que sabía. Me reí de la ocurrencia y arrojé la tarjeta a un lado.

Ni el agente de policía ni MacLeod se equivocaban. Era yo quien estaba en un error.

—Me la han jugado —dije, alzando la voz, y las palabras me hicieron sentir un poco mejor.

La situación estaba clara. El padre Roddie se había ido a Ontario para someterse a un tratamiento. A juzgar por lo que había oído, un tratamiento de alfombra roja. Un lugar llamado Orangeville. Casi resultaba divertido. Un tratamiento de lujo en Orangeville. Me imaginé unos inmensos arcos y edificios de ladrillo rojo con banderas de la Red Ensign¹³. Muchas iglesias. Un lugar donde el clero conservaba todavía parte de la respetabilidad de antaño. Algo se removió en mi memoria sobre la controversia que había tenido lugar en Orangeville hacía unos años. Algo sobre el ordenamiento de gays por parte de la Iglesia Unitaria.

Puedo imaginar al padre Roddie asintiendo compasivamente con la cabeza en compañía de sus colegas de la Iglesia Unitaria, aconsejando moderación y compasión. «Predicad con el ejemplo», diría, y ellos escucharían sus palabras porque el padre Roddie tiene esa imagen y ese dominio del discurso que los protestantes moderados atribuyen a los sacerdotes católicos. La imagen y el discurso de afables tíos solteros.

«Viejos cabrones», pensé. Intenté sacudirme de encima la imagen del padre Roddie y del obispo con la cabeza inclinada sobre sus cartas, discutiendo su estrategia y sin pensar en ningún momento en el camino que el viejo Rod había ido sembrando de desgracias hasta llegar a ese día. Al parecer, la víctima del suicidio de la Columbia Británica era originario de Nueva Escocia, alguien que antes del destierro del padre a Orangeville se había marchado a la costa oeste huyendo de sus demonios. Pero los demonios le habían seguido. Suelen hacerlo.

Rod era versátil. Niñas retrasadas y muchachos asustados.

Brevemente, la galería de tristes rostros se congregó de nuevo en mi cabeza. Desgraciados.

Avergonzados, enfadados o desafiantes. Pero siempre desgraciados.

—Usted no sabe de la misa la mitad —dijo Brendan Bell la primera vez que le indiqué cómo llegar a Port Hood. Cruce el paso elevado, gire a la izquierda. Después siga recto. Guiñe un ojo. Mantener la rectitud es clave.

Me miró de hito en hito y negó despacio con la cabeza. Luego esbozó una sonrisa triste.

—Estoy seguro de que no conozco toda la historia —admití.

Pareció iluminarse.

—Pero sé lo que está pensando. Y estoy de acuerdo con usted. En realidad, no importa tanto conocer toda la historia, ¿verdad? Metí la pata y me alegro de que eso haya terminado. Ahora puedo seguir adelante con mi vida.

—¿Cuáles son sus planes?

—Voy a aprovechar este periodo de prueba para pensar y planificar mi vida.

—Bien —dije.

Pero durante el periodo de prueba reincidió. No tuve la menor duda de que habían vuelto a engañarme.

Y me acordé de la voz de Honduras: «Al verse enfrentados a la destrucción, los condenados encuentran poderes sobrehumanos para manipular nuestras emociones. Tenemos en nuestras manos el poder físico absoluto. El arma. Sin embargo, eso no es nada comparado con el poder de su desesperación. El poder de la voluntad primera de vivir. Jamás debemos ceder a la implicación; ni escuchar. Simplemente debemos apretar el gatillo y marcharnos». Y así es como lo hice, una y otra vez. Sin compromiso. Sin darles la oportunidad de que enturbiaran la realidad con sus extenuantes circunstancias. Con sus madres crueles y sus padres ausentes. Con sus problemas con la bebida-drogas-psiquiátricos. Con su soledad, su aislamiento y la falta de confianza en sí mismos. Sus profundos, profundísimos conflictos filosóficos, sus crisis de fe, etc. Todo ello no eran más —bien lo sabía yo— que simples deficiencias de carácter.

—De hecho, creo que podría verle algún día en este puesto —había dicho el obispo cuando Bell se había marchado, haciéndose eco del sentimiento expresado por el padre Rod. ¿De ahí era de donde el padre Rod había sacado la idea? ¿De Alex? ¿Durante una de sus partidas de *bridge*? ¿O quizás había sido al contrario?

Casi pude oírles: «Ese joven tiene agallas».

Una palabra importante para esa generación. «Agallas.» Una palabra que mi padre empleaba a menudo.

Y entonces Alex envió a su amigo a Orangeville. Monopolio episcopal. Una simple partida. Paso. Me llevo doscientos dólares. Aterrizando sobre seguro, intacto. Evitando la cárcel. Los secretos enterrados.

¿Y ahora qué?

No tengo la menor intención de cometer el mismo error. No sucumbiré a esa suerte de debilidad. Encontraré a Brendan Bell y no vacilaré a la hora de apretar el gatillo.

Alfonso y los dos agentes de policía estuvieron hablando fuera en voz baja durante lo que pareció un buen rato. A su regreso, tenía el rostro pálido. Pasó por delante de mí en silencio.

Le detuve.

—¿Qué es lo que quieren? —pregunté.

Me ignoró.

—¿Ocurre algo?

—Tengo que acompañarles. Quieren hablar conmigo. Ha habido un asesinato. En casa. Un amigo. Un cura.

Se puso la chaqueta y volvió a salir. Luego se marchó en el coche con ellos. Me pareció ver en el coche al tipo que llamaban Calero.

Según MacLeod, se ha corrido la voz. Se ha oído hablar aquí, entre la gente de esta parroquia en la que el padre Rod pasó un par de meses hace unos años, del suicidio ocurrido en la Columbia Británica. En aquel momento nadie le dio demasiada importancia a sus ires y venires. El padre era un filósofo que se tomaba a menudo breves recesos de las presiones a las que estaba sometido en la universidad. ¿Cuánto tiempo hacía que el obispo estaba al corriente de lo que hacía?

Al menos media docena de personas habían unido sus fuerzas, habían contratado a un abogado y habían prestado declaraciones juradas. Exigían la cabeza del padre Rod. La policía intentaba seguir su rastro por todos los lugares en los que había estado. Aunque el obispo, por su parte, no se mostraba exactamente cooperador, yo sabía que el desgraciado asunto terminaría por salir a la luz. Y eso incluía a Bell.

—Usted verá lo que hace —me advirtió el obispo—. Pero tendrá que decidir por quién toma partido si esto nos estalla en la cara.

Entendí que a pesar de que el obispo se preocupara por MacVicar y por los demás, yo tenía que encontrar a Bell. Fui yo quien le envió allí. Bell tenía que pagar por los dos.

Ahora estamos borrachos. La botella de ron casi vacía. Alfonso ha dejado de llorar. Por fin ha podido pronunciar un nombre. Un nombre desconocido, al menos para mí. Rutilio.

—¿Te he hablado alguna vez de mi amigo? ¿Rutilio Grande? ¿Ése sí era un cura de verdad! Según la policía, Rutilio y dos de sus parroquianos volvían de El Paisnal a Aguilares... ¿Te he dicho alguna vez que soy de Aguilares? Iban en coche. A decir misa. Va en serio.

Alfonso siempre utiliza expresiones como «va en serio». Las aprendió durante el año que estudió en California.

—¡Mataron a un cura cuando iba a dar mita?

Clavó en mí una mirada difusa.

—Oh, Pelirrojo —dijo—. Lo» asesinos también eran de Aguilares. Mi propia gente mató a Putilio.

Y luego volvió a llorar.

El jueves por la tarde vi la parte trasera de la furgoneta de Sexos asomando por detrás de la casa donde Pat vive con su madre y su hija. Durante un instante estuve a punto de parar. «Probablemente estén jugando a las cartas: Par, él y la anciana —pensé—. Eso es lo que yo necesito. Una buena partida de naipes. Olvidarme de todo. La anciana estará encantada de ver al cura» Pero pasé de largo. «Quizá debería hablar con Stella, sacarlo todo a la luz de una vez por todas. Eso forma parte de su trabajo, ¿no? Me refiero a escuchar a la gente.» Giré al llegar a la carretera de la montaña, pero enseguida vi que no había luz en su casa. Pensé de pronto en Barbara. «Su nombre aparece en el listín telefónico.» Decidí irme a casa.

EL OBISPO llamó un jueves de principios de abril. Yo llevaba ya unos días queriendo ir a verle. Mientras tanto, intentaba encontrar el modo de decirle que estaba al corriente de todo sin provocar con ello un enfrentamiento. Tenemos demasiada historia en común. De hecho, con el tiempo se ha convertido en mi padre. Aunque el desencuentro se anunciaba demasiado doloroso, yo había decidido que quería quedarme fuera del asunto. «Si hay alguna parroquia disponible más lejos aún que ésta, quiero irme. Vuelva a enviarme a Centroamérica. A Ruanda, por el amor de Dios.» Entonces llamó. Dijo que teníamos que hablar. Intenté por todos los medios parecer normal. Según apuntó, prefería que nos viéramos.

—Vamos a tener que idear alguna estrategia —me dijo por teléfono—. Las cosas se nos están yendo un poco de las manos.

—Eso he oído.

—¿Qué es lo que ha oído?

Parecía sorprendido, y eso me irritó.

—Ha venido a verme MacLeod —dije—. Prácticamente me lo ha contado todo.

—¿Ah, sí? —Siguió un largo silencio mientras él esperaba una explicación—. Será mejor que venga a verme —añadió por fin.

—De acuerdo.

—Ahora.

—Son las nueve de la noche...

—Le espero dentro de una hora —concluyó antes de colgar.

Illuminado desde atrás delante de la puerta, me pareció más viejo y más bajo. Yo había estado luchando contra mis emociones durante el trayecto, convertido en un enjambre de diálogos imaginados. Mi objetivo era muy sencillo: apartarme de la situación.

Hasta a mí me sorprendía la celeridad con la que todo se había destapado.

—Quiero que me cuente todo lo que le ha dicho MacLeod —me ordenó sin mirarme.

Le observé atentamente, buscando un modo más amable con el que enfrentarme a él.

—Creo que no ha sido usted del todo sincero conmigo —repliqué, perplejo al oír mi propia reivindicación.

Se le encendió el rostro al tiempo que ladeaba la cabeza y entrecerraba los ojos.

—MacLeod me ha hablado del suicidio que tuvo lugar en la Columbia Británica. Y también me ha contado lo de las declaraciones juradas. Y me ha hablado además de... Orangeville.

El obispo pareció aliviado.

—¿Y qué tiene eso que ver con el hecho de que yo haya sido o no sincero con usted?

—No me contó toda la historia del padre Rod. No me dijo que le estaba cubriendo las espaldas...

—Me parece que se está propasando —comentó, cortante.

El silencio se alargó, enfriándose.

—Volvamos a lo que realmente importa —dijo por fin—. ¿Qué hacemos ahora y qué decimos? He recibido la visita de un agente de la Montada de paisano venido desde Halifax. Malas noticias.

—Lo siento.

—¿Qué quiere decir con eso, si puede saberse?

—Que poco más puedo decir. Creía que nuestro trabajo era apartar a esos tipos de la circulación. ¿Cuántos más padres Rods hay? Tenía entendido que nuestra prioridad era trabajar con las familias de las víctimas para...

—No utilice esa palabra en esta casa —gritó.

—¿Qué palabra?

—Víctima. No se atreva a utilizar esa palabra delante de mí ¿me ha oído?

Estaba de pie delante de mí y un estallido de terror me paralizó la voz.

—Está usted con nosotros o contra nosotros —prosiguió con una voz dura y fría—. Víctima, por el amor de Dios. Me revuelve el estómago oírle hablar así. —Y se sentó, de pronto jadeante.

Le observé mientras él recobraba la compostura. Y, mientras se calmaba, sentí crecer la tormenta en mi pecho y el dolor que se insinuaba ya en mi cabeza. «¿Con nosotros o contra nosotros?» Noté la boca seca. Me levanté.

Cuando iba hacia la puerta, el obispo me increpó:

—¿Adónde cree que va?

—Me marchó.

Creo que estuve veinte minutos sentado en el coche en la calle Mayor antes de irme. Quizás una parte infantil de mí esperaba que me siguiera. Que abriera la puerta y subiera al coche. Que me salvara. Y que dijera: «Demonios, ¿qué está haciendo aquí? Vamos, vuelva dentro, le serviré un Balvenie y hablaremos con calma. Sé que hay algunas cosas que debo explicarle».

Y, copa en mano, se disculparía y me explicaría que en nuestro trabajo no tenemos demasiados amigos íntimos. Quizá nos rodeamos de otros sacerdotes, pero en raras ocasiones conocemos la verdadera amistad. Normalmente, son tan sólo colegas, como mucho conocidos. De ahí que cuando entablamos una amistad realmente sincera, a veces puede llegar a adquirir un valor que termina por abrumar nuestro buen juicio. Me explicaría también que sólo en contadas ocasiones encontramos a alguien que llega a ser algo más que un amigo. Un espíritu afín. Familia. Eso es lo que era el padre Rod. Como un hermano. «¿Alguna vez ha tenido un amigo así?»

Y yo le respondería: «Una vez tuve un amigo así, sí».

Me volví a mirar hacia el palacio justo en el momento en que se apagaba la última de las luces de la planta baja.

Me marché. La noche se me antojó más oscura que de costumbre. Había un anciano haciendo autostop en un recodo de un desolado tramo de carretera conocido como Dagger Woods. Debía de haberle dejado como poco cien metros atrás cuando un impulso me llevó a frenar y a hacerme a un lado en la cuneta. Empecé a dar marcha atrás, reduje la velocidad y detuve el coche. Esperé. Nadie vino, y a medida que los segundos se convertían en minutos, me recorrió un extraño escalofrío. Volví a poner el coche en movimiento y me alejé a toda velocidad.

20 de mayo de 1977. me preocupa alfonso. está muy deprimido desde que en marzo asesinaron a un amigo suyo, ahora me dice que desde 1972 ha habido once sacerdotes y un seminarista asesinados en su país, desde el pasado mes de febrero, diez sacerdotes han tenido que exiliarse... como él. ¿acaso yo no sabía que él, alfonso, estaba exiliado aquí? otros ocho han sido expulsados, cinco torturados antes, «yo fui uno de los afortunados», dijo, dice que debe volver a casa, yo le digo que debe de estar loco.

Cuando me acercaba al camino que lleva a mi casa, vi que un coche bajaba despacio desde la casa hasta detenerse y girar entonces hacia el norte. No pude verlo con la suficiente claridad como para identificar al conductor, pero me sorprendió encontrar encendidas algunas luces de la

rectoría cuando por fin llegué. Entonces vi la furgoneta roja de Sextus aparcada delante de la puerta.

Estaba en mi estudio. Tenía un libro abierto en la mano.

—Interesante —dijo, cerrándolo—. Todo el mundo debería llevar un diario.

Se lo arrebaté al tiempo que estudiaba su rostro.

—Pasaba por aquí. La puerta estaba abierta.

—¿Cuánto has leído?

—Nada importante —respondió, ofendido—. Lo he cogido justo antes de que llegaras.

—¿Quién era la persona que iba en ese coche?

—¿En qué coche? Yo no he visto a nadie.

«La noche está llena de fantasmas», pensé.

—Voy a servirte una copa —dije—. ¿Quieres acompañarme?

—No —respondió con un bostezo—. Creo que me marchó. ¿Dónde estabas?

—¿Seguro que no te apetece la última?

—No. Mañana tengo que dar clase. Alguien debería escribir un artículo sobre el ausentismo del profesorado en los colegios de la zona. Es fantástico para los sustitutos como yo.

Le vi marcharse y me preparé para ser presa de la desesperación. En cuanto la puerta se cerró con un chasquido a su espalda, ahí estaba de nuevo. En cuanto oí el rugido del motor de la furgoneta, apenas logró llegar al armario donde guardaba los licores.

La débil luz de la mañana bañaba el salón cuando desperté tumbado en el sofá. Al dirigirme, dolorido, a mi cuarto, vi que la puerta de la habitación del obispo estaba abierta de par en par. Cuando vivimos solos, nos percatamos de cualquier cambio, por ínfimo que sea. Una puerta que normalmente está cerrada nos habla cuando no lo está. Cuando me asomé a mirar, vi una pequeña forma oscura en el suelo junto a la cama. Era una cartera. La *cogí* y al hacerlo se abrió y vi el permiso de conducir de Ontario de Sextus.

A media mañana sonó el teléfono. Supuse que sería Sextus que llamaba para preguntar por la cartera, pero me equivoqué. Era el obispo. Se mostró conciliador. Quería que fuera a verle de inmediato. Teníamos que sentarnos con los abogados y escuchar su consejo. Utilizó «nosotros» una y otra vez y yo supe en el acto que era un uso deliberado. Estaba la policía y también MacLeod. Habría publicidad y necesitábamos consejo.

—Necesitamos una estrategia —sentenció—. Además, usted tiene una buena relación con MacLeod.

Por fin, dije:

—No estoy seguro de que pueda serle de ayuda.

Fui plenamente consciente de que el obispo estaba teniendo serias dificultades para reprimir su exasperación.

—Por eso no se preocupe —repuso con tono cansado—. Usted límitese a venir. Les voy a citar a las dos.

Cuando colgó, miré el reloj. «Todavía no es mediodía», pensé.

«Bueno. Es mediodía en alguna parte.»

Abrí el armario.

ME DUCHÉ y me vestí. Creo que fue exactamente cuando fui a coger el bote de espuma de afeitar cuando lo decidí: ningún poder del cielo ni de la tierra podrá convencerme para que vaya a ver al obispo. Estoy acabado.

Pat pasó a verme poco después, antes de que hubiera perdido por completo el control. Oí su coche fuera y tuve tiempo de ocultar el vaso. Estaba sentado en el salón con el breviario sobre las rodillas cuando la oí en la cocina.

—Hola —grité—. ¿Quién es?

—Soy yo —respondió con voz alegre—. Pasaba por aquí.

«Planes para el bautizo», pensé cuando entró al salón. Se apoyó en el brazo de un sillón. Esperé, pero ella siguió allí apoyada. Parecía estudiarme.

—Parece cansado —dijo por fin—. ¿Ha estado durmiendo mal?

Desestimé la pregunta con un gesto de la mano.

—Cuando uno se hace viejo, siempre parece cansado.

—Viejo. Todavía le falta mucho para llegar a viejo.

—Es usted una buena mujer.

—Iba de camino al pueblo —anunció, poniéndose en pie—.

He pensado que quizá necesitaría algo.

Le aseguré que no necesitaba nada que ella pudiera encontrar en el pueblo.

Se rió.

—En ese caso, me voy. ¿Le importa que use el baño?

Aunque había un pequeño aseo junto a la cocina, oí sus pasos en la escalera y luego moverse sobre mi cabeza. Después, silencio.

Cuando bajó, parecía distraída y le pregunté si ocurría algo.

—No —respondió. Y, con una tímida sonrisa y un gesto de la mano, se marchó. Fue entonces cuando comprendí lo que había ocurrido.

«La cartera —me dije—. Buscaba la cartera», y casi me reí en alto.

Cuando llegó Stella, mi ánimo había mejorado ostensiblemente. Esta vez ni siquiera tuve tiempo de ocultar el vaso, de modo que la invité a unirse a mí. Rechazó la invitación.

—Veo que ha empezado muy temprano —dijo.

—Oh, vamos. ¿Qué tiene de malo un cóctel antes de cenar? —Cuando me levanté para tranquilizarla, me tambaleé y volví a sentarme al instante con la esperanza de que ella no se hubiera dado cuenta. Por fin dije—: Deberá perdonarme.

Cuál fue mi horror cuando sentí correr por mis mejillas lágrimas calientes de autocompasión. Afortunadamente, en ese preciso instante Stella había apartado los ojos.

Instantes después estaba delante de mi sillón y se inclinaba para apoyar las manos sobre mis brazos, mirándome directamente a los ojos.

—Estoy muy preocupada por usted.

Recuerdo que levanté con torpeza los brazos en un intento por tirar de ella hacia mí, pero Stella me cogió las muñecas y se soltó.

—No —dijo sin levantar la voz. Luego se agachó, estiró la mano junto al sillón y me cogió el vaso. Cuando estaba a punto de incorporarse, hablé cortante y en voz considerablemente más alta

de lo que era mi intención.

—Déjelo ahí, maldita sea.

Stella se volvió a mirarme con la perplejidad grabada en el rostro.

—No soy ningún niño —dije—. No necesito una madre.

Las palabras —las mías— parecieron quedar suspendidas en el aire.

—No necesito una madre —repetí. Las palabras contenían un timbre ampuloso y liberado.

—Muy bien —dijo, devolviéndome el vaso.

No me di cuenta de que se había marchado hasta que oí cerrarse la puerta a su espalda.

Entonces Mullins estaba de pie en la habitación.

—Santo Dios —exclamé bruscamente—. Pero ¿qué es esto? ¿Grand Central Station?

Algo sí hay que reconocerle a Mullins: es de reacciones rápidas.

—Vaya, parece que vengo en un mal momento —dijo.

—No, no —respondí, intentando levantarme del sillón—. Ha venido en el momento justo. —

Lo cierto es que corría el peligro de caerme—. ¿Qué puedo hacer por usted? —Y me eché a reír. Una de las expresiones favoritas de mi viejo: «¿Qué puedo hacer por usted?». Oh, vamos. Deje que le sirva una copa.

Me puso la mano en el brazo en un intento por guiarme hasta el sofá.

—Venga. Creo que debería sentarse y descansar. Cierre los ojos durante un minuto. Esperaré.

Intenté sacudírmelo de encima, pero, temiendo derrumbarme del todo, me senté pesadamente.

—No entiendo cómo ha podido ocurrir esto—mascullé.

—Tranquilo dijo conciliador.

—¿De dónde sale usted?

—Pasaba por aquí.

Agité un dedo sin abrir los ojos.

—La mentira es pecado mortal dije.

No estoy seguro de cuánto tiempo dormí. Quizás una hora. Cuando abrí los ojos, Mullins seguía allí.

—Vaya —dijo—. Se ha despertado. Aleluya.

El salón estaba tenuemente iluminado.

—Le traeré una taza de té —anunció, dirigiéndose hacia la cocina—. Me he tomado la libertad.

Me levanté con bastantes dificultades y le seguí. Ya estaba sirviendo el té.

—Esta noche tengo grupo de oración —dijo—. Me temo que tendré que dejarle. ¿Seguro que está bien?

—Perfectamente. No tenía que haberse molestado.

—No es ninguna molestia —respondió al tiempo que me daba un tazón humeante—. Me gustaría quedarme, créame, pero...

—No se preocupe. En serio.

—Por cierto —añadió, casi como si acabara de ocurrírsele—. Su Excelencia ha llamado mientras usted dormía. Parecía sorprendido de encontrarme aquí. He actuado como si nos visitáramos continuamente. Según me ha dicho, le estaba esperando... en palacio. —Guardó un instante de silencio, expectante—. Le he dicho que acababa de pasar por aquí y que usted había salido. No me parece que eso sea mentir. ¿A usted sí?

«Vaya. No es un mal tipo este Mullins», pensé mientras le veía desaparecer camino abajo.

Ahora que lo pienso, soy consciente de que era inevitable que Sextus apareciera. Sin embargo, no dejó de sorprenderme cuando lo hizo. Yo tendría que haber sabido que él no sería

capaz de fingir que no había perdido la cartera en la habitación del obispo, y no puedo imaginar que, con esa mente retorcida que le caracterizaba, no supiera que yo había adivinado lo que había estado haciendo allí dentro. Lo cierto es que era todo muy sórdido, del mismo modo que, de haber ocurrido en otro momento y en otro lugar, habría resultado grotescamente divertido.

Cuando por fin llegó, yo estaba sentado a la mesa de la cocina y tenía la cartera abierta delante de mí. En circunstancias normales me habría sentido culpable por haber estado fisgando en la intimidad ajena. Cuando éramos niños, él siempre llevaba un condón en la cartera. Una goma, lo llamábamos. Aquél era el único sitio en el que nadie buscaría. Sólo dejó de llevarlo cuando la reveladora silueta del condón quedó impresa de forma permanente en el cuero.

El condón había desaparecido de la cartera. Según tengo entendido, ahora son las mujeres las que asumen esa responsabilidad. Hasta ahí los principios del *Humanæ Vitæ*. Había noventa y cinco dólares en metálico. Tarjetas de crédito y de débito. El permiso de conducir. La tarjeta sanitaria. Todas ellas insertadas en pequeñas ranuras. Decidí explorar a conciencia las distintas cavidades. Obviamente hacía años que Sextus tenía la cartera, que se había ablandado y redondeado para adaptarse a la forma de la cadera. Encontré entradas de cine antiguas, billetes de autobús, un recibo de lavandería del año 1989 y una pequeña fotografía de Cassie, la hija que compartía con Effie. Mi sobrina. ¿Cómo nos había descrito el obispo? Creo que la palabra había sido «asimétricos». Una palabra más amable que «disfuncional».

—¿Qué estás haciendo? —preguntó. Percibí cierta sombra de frialdad en su tono de voz.

—Echando un vistazo —respondí.

—Esa es mi cartera.

—Ya lo veo.

—¿Te importa? —dijo, cogiéndola y examinándola rápidamente.

Yo tenía en la mano la foto de Cassie.

—Debo decirte que me siento un poco... violado —dijo al tiempo que se le encendían las mejillas.

—¿No me digas? —fue mi réplica.

Yo sabía que estaba pasando de la ansiedad a la indignación. Probablemente había estado dándole vueltas durante el trayecto hasta allí a cómo enfocar la cuestión de la cartera que había perdido, después de que Pat le hubiera informado de que no la había encontrado donde supuestamente debía estar, en la escena del crimen.

Nos miramos a los ojos. «Hace tanto tiempo que nos conocemos —pensé—, que nuestros procesos mentales probablemente sean idénticos.»

—Muy bien —dijo por fin—. Dejémonos de gilipolleces. La has encontrado. Sabes lo que está pasando. Dame la foto.

—Sólo por curiosidad —dije—. ¿Cuántas veces?

—¿Qué se supone que es esto? ¿Confesión?

—Quizá no estaría de más.

—De acuerdo —respondió con una sonrisa—. Cuatro veces. ¿Cuál es la penitencia?

—Y también por curiosidad: ¿cuál es el encanto de este lugar? ¿Por qué no utilizaste tu colchón para la pequeña cita?

—¿Y qué más da eso? Fue espontáneo y ocurrió aquí. Además, la anciana la ata muy corto... Pat no quiere alejarse demasiado. —Rápidamente me arrebató la foto de la mano y volvió a meterla en uno de los compartimentos de la cartera.

—Es una chica muy guapa —dije.

—¿Pat?

—No, Cassie. John decía que se parece a Gillis. Pero yo veo a mi hermana en su rostro. Me miraba con desconfianza.

—¿Has hablado con Effie últimamente? —pregunté.

—¿A qué viene todo esto?

—No lo sé. Llámame anticuado.

—Ése es exactamente tu problema.

—¿Ah, sí?

—Lo he visto en la expresión de tu cara cuando mirabas la foto de Cassie. He visto el anhelo. Ésa es la tragedia de tu predicamento.

—Una forma muy interesante de expresarlo. «La tragedia de...»

—Necesitas una mujer —dijo, y sacó una botella del armario.

—Al parecer a ti te sobran —dije, pero él me ignoró—. ¿Quiere eso decir que te ofreces a compartir conmigo tu inventario?

Se volvió y sonrió.

—Supongo que ahora estamos en paz.

—¿Perdón?

—En lo que respecta a invadir la vida del otro.

—No estoy seguro de entender.

—La tal Jacinta. No me lo habías dicho.

—Dijiste que no habías...

—Ah, bueno —suspiró—. Supongo que mentí.

—Eres un cabrón.

—Y ese tío, el tal Alfonso. ¿Cómo llegasteis a solucionar vuestro pequeño lío con... cómo pronuncias ese nombre? ¿Jacinta? ¿O es Ya-cintha? Me refiero a vuestro pequeño... trío.

Clavé en él los ojos.

—Entraste antes de que llegara al final de la historia. Me dejaste con las ganas. ¿Cuándo podré leer el resto?

—Cuando te apetezca —dije—. Ya sabes dónde están los diarios;

Salí:

No tardé en descubrir que la iglesia siempre está más caldeada que la casa. Supongo que es un derroche de energía, aunque probablemente sea necesario. Como las personas, los edificios antiguos sufren cuando caen en el abandono. Hay que mantenerlos en calor y ocupados. Yo no he logrado mantener ocupado el viejo edificio. Algunas confesiones de vez en cuando. Misas dominicales. Algún funeral. Apenas alguna boda o algún bautizo. El viento que sopla fuera tiene ahora un sonido distinto. Más suave en sus exploraciones de los rincones y de las ventanas. La presión de un par de manos suaves. Me doy cuenta de que es primavera. Ha vuelto la primavera.

Para ser exactos, era el 29 de mayo de 1977. Primavera. Domingo de Pentecostés. El aire estaba impregnado del frescor y de la fragancia de la esperanza. En las suaves mañanas, el aroma de las flores y el humo acre del carbón se mezclaban con la densa niebla mientras yo me deslizaba por la casa sumida en el silencio, preparando el café para Alfonso y para los demás. Pero ese domingo por la mañana, el 29 de mayo, al parecer Alfonso se había levantado antes que yo. Sé que era el día 29 porque la noche anterior él había comentado que sería el cumpleaños de John F. Kennedy. Si hubiera estado vivo, habría cumplido sesenta años. Difícil imaginarlo. Kennedy convertido en un anciano. Y especulamos brevemente sobre un mundo distinto. Un mundo sin Johnson, sin Nixon. Quizá sin Vietnam. «Yo no estaría muy seguro de eso —dijo alguien—. Kennedy también era un imperialista.»

Vi luz en el diminuto cubículo al que Alfonso llamaba su oficina. No respondió cuando saludé en voz baja desde la puerta. Supuse que lo había hecho, aunque ahora sé que no fue así. Siempre estaba silencioso por la mañana. Alfonso no era un hombre al que se le dieran bien las mañanas. Y cuando le llevé la taza de café hasta donde estaba sentado, me di cuenta de que debía de haber estado allí toda la noche. Tenía la cabeza apoyada sobre la mesa. Últimamente, eran muchas las veces que se quedaba despierto hasta la madrugada, leyendo y escribiendo. No era extraño que durmiera allí, sobre todo desde marzo y desde el asesinato de su amigo

Rutilio. Siempre estaba allí, leyendo y escribiendo. Según decía, era su forma de encontrar la verdad en mitad del caos.

Le toqué el hombro con suavidad.

—Oye, amigo —susurré—. Servicio de habitaciones.

No se movió. Luego, a la luz de la lámpara de lectura, vi que los papeles que tenía repartidos delante de él estaban ennegrecidos por una masa viscosa que brotaba de algún lugar situado detrás de su oreja, que bajaba por la mandíbula y el brazo, pasando por encima de su mano pálida e inmóvil, cubriendo los documentos para gotear desde allí por el borde de la mesa y formar un charco en el suelo alrededor de mis pies.

Oí gemir al viento, aunque no era el viento, sino la puerta de la iglesia que se abrió y se cerró con suavidad. Sentí su presencia detrás de mí; Respiré hondo.

—No estaba seguro de dónde habías ido —dijo en voz baja.

Un pequeño sonido, alguna diminuta criatura huyendo, molesta por nuestras voces.

—Cuánta paz hay aquí —dijo. Y de pronto estaba a mi lado. Llevaba una botella en la mano, casi llena.

—Toma un trago.

Así lo hice, y era fuerte. Licor puro y duro.

—Soy un auténtico gilipollas —dijo—. ¿Por qué no me has dado una buena tunda?

—Hace años que no golpeo a nadie. Además, no sirve de nada.

Estábamos el uno al lado del otro, mirando al frente hacia las pequeñas y parpadeantes luces situadas junto al altar.

—Cierto —dijo—. En realidad, no hay nada que podamos hacer.

—No.

—Supongo que sólo nos queda dejarnos llevar.

Seguimos así sentados durante un rato, pasándonos el vaso.

—Somos la simiente del siglo más jodido, violento, egocéntrico y pagado de sí mismo de la historia de la humanidad.

—Mmmm.

—Y el amigo que tenemos ahí delante, colgado de la cruz —dijo, asintiendo con la cabeza hacia la parte frontal de la iglesia—, no ha movido un putito dedo por mitigarlo. Se ha lavado las manos. ¿Sí o no?

—¿Qué tiempo hace ahí fuera? —pregunté—. ¿Mucho viento?

—Dios, no. Hace un día precioso. Es casi primavera pasó un coche por delante de la iglesia.

—¿Quién era entonces el tal Alfonso?—pregunto—Debió de ser un tipo de peso. Políticamente, quiero decir.

—Aaaah. Alfonso.

¿Quién era Alfonso?

—Alfonso era..., no sé. Supongo que un simple cura.

LIBRO CUARTO

EN EL SEÑOR confío:

¿Por qué me dices entonces:

«Huye como el pájaro a tu montaña»?

SALMOS

Y ENTONCES llegó junio. El corrosivo viento invernal había arrancado largas lenguas de pintura del casco del *Jacinta* y había abierto una de las puertas de la cabina. La antena de radio estaba ostensiblemente torcida y casi desprendida del techo. Hice una lista con las tareas que me esperaban. Cargar la batería. Cambio de aceite. Lijar y repintar el casco. Sustituir amarres. La claridad era sin duda un alivio. Quizás ayudaría a despejar el camino y allanar la resolución de preguntas y respuestas de mayor calado. El sonido que llegó desde la distancia, un vehículo que giraba la esquina junto a MacDougall's, me distrajo. Me detuve a mirar. Era una furgoneta.

Volví a concentrarme en el examen del barco. Calculé que me llevaría una semana de trabajo dejarlo a punto para poder volver a navegar en él.

La furgoneta redujo la velocidad y giró hacia el lugar donde yo había aparcado. Era Danny Ban. Condujo con cuidado por el suelo salpicado de surcos. Luego frenó y saltó a tierra, recuperando el equilibrio asiéndose con una mano enorme al marco de la puerta. Se acercó ayudándose de un bastón y me estrechó la mano sin mediar palabra, estudiando mi rostro con atención.

—Hace frío —dijo.

—Sí.

—Aquí junio es siempre así. Imposible fiarse de este mes cabrón.

Sonreí. Percibí un ligero olor a alcohol en su aliento. Ahora soy más consciente de ello.

—¿Cómo está, Danny?

—Bueno... —respondió, estudiando el horizonte con los ojos—. Tirando. —En ese momento se volvió a mirar el *Jacinta*

No está tan mal, teniendo en cuenta el invierno tan duro que hemos tenido.

Asentí con la cabeza.

Se movió despacio entre los barcos, agachándose, examinando el *Jacinta* con los ojos entrecerrados. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja, abrió la cuchilla y la hincó en algunos puntos del fondo del casco.

—Teniendo en cuenta su estado, lo veo bien. Un poco reblandecido aquí y allá, como el resto de nosotros. —Se incorporó y sonrió antes de volverse a mirar el barco de su hijo. El *Lady Hawthorne*—. Éste ha aguantado bien. En eso se aprecian las ventajas de la fibra de vidrio respecto a los viejos modelos de madera. Aunque la nieve consiga colarse, no les afecta.

Su rostro no ocultaba la tristeza que sin duda le embargaba.

—Supongo que se ha enterado. Lo vendí el mes pasado. Me hicieron una oferta decente y me dije que por qué no. No me hacía ningún bien. Un recordatorio más. De éstos me sobran, créame. Le dije al tipo que prefería vendérselo a alguien que se lo llevara de aquí. Jackie Dan J. vendió el *Lady Amy* y se lo llevaron a Cheticamp. Eso es lo que yo quería. Lejos de aquí. Pero el tipo dijo que quería quedarse en Little Harbour. Así que le dije que tendría que cambiarle el nombre y pintarlo de otro color. Accedió;

De pronto oímos el rugido de un motor que reculaba. Era un barco que regresaba de los caladeros de langostas y que en ese momento se colocaba bajo el cabrestante del muelle de carga. Nos quedamos mirándolo durante unos segundos.

—Cameron Angus D. va con retraso hoy —dijo.

—¿Quién se lo compró? —pregunté por fin.

—Ah, ¿no se lo he dicho? El norteamericano que tiene el amarre al lado del suyo. Dave. Necesita algo para ir y venir de su isla.

Quería un barco mayor que el que tenía porque algún día quiere convertirlo en un yate.

Me reí. El norteamericano, cómo no.

Luego dijo:

—Ha estado usted fuera durante un tiempo.

—Sí. Un pequeño periodo de rehabilitación.

Aunque estábamos prácticamente a las puertas de la primavera, el invierno seguía gobernando la oscuridad. Los cristales de nieve crujieron bajo nuestros pies cuando Sextus y yo avanzamos pesadamente junto a su furgoneta, pensando las palabras que no lograban capturar nuestros reproches. Me puso brevemente una mano en el antebrazo, abrió la puerta del vehículo y subió.

Le vi pálido a la luz de la cabina. El fijó la mirada al frente, hizo girar la llave del contacto y el olor y el ruido del motor volvieron a dotar a la siniestra noche de una bienvenida normalidad.

Mientras Danny daba marcha atrás y se alejaba, se me ocurrió que ya había visto ese rostro antes. Esa inusual concentración que tiñe la expresión de los aislados, de los abstraídos. De la desesperación bruscamente revelada. Le seguí con los ojos mientras él se alejaba y las luces traseras de la furgoneta se desvanecían en la oscuridad.

—Ten cuidado, amigo mío —dije a la oscuridad.

No supe prever la muerte de Alfonso. No comprendía la historia ni la sociología, ni tampoco que hay personas que se colocan en el camino del desastre inevitable por mucho que no sea ése su deseo. Ni siquiera entendía demasiado bien su lengua. Yo era allí un extranjero. Y, aunque aquí no lo soy, eso no me hace menos impotente.

No se encontró ningún arma, solamente su efecto. El orificio que había provocado la muerte estaba ubicado detrás de la oreja izquierda. No había nota alguna. Fue después cuando entendí que el mensaje estaba incluido en el acto en sí, un mensaje procedente de otra fuente oculta. «Cuidado.»

Eso lo supe por Jacinta.

—Ese escritorio es su calvario —dijo—. Ha muerto por todos nosotros. Como su amigo Rutilio. Crucificados.

Jacinta estaba tranquila. Su rabia, que por fin había dejado de ocultar bajo el manto de su bondad, lo era ya todo. Cogió a Alfonso y se marchó a enterrar lo que quedaba de él en Anguilares, el pueblo donde había nacido y donde al menos su recuerdo perviviría.

Cuando Sextus se marchó, me senté a ver el prometido amanecer, pero debí de quedarme dormido. Sus últimas palabras en la iglesia fueron:

—Me habría gustado que me lo hubieras contado. Habría explicado muchas cosas.

—No lo creo —fue mi respuesta.

Cuando desperté, la luz bañaba la habitación. Oí el fugaz y tintineante rugido de uno de los camiones de la planta papelera circulando por la carretera cuyo trazado discurría más abajo. Aunque sabía que a esas horas Stella estaba trabajando, llamé a su casa de todos modos. Saltó el contestador.

Le dejé un mensaje: «¿Podría venir a verme después del trabajo? Necesito pedirle un favor».

Luego llamé al obispo.

Danny parecía encogerse de puro agotamiento mientras yo le explicaba brevemente mi experiencia. Le dije que las cosas se me habían ido un poco de las manos con el alcohol.

—Hay un centro en Ontario. He estado allí cuarenta días para desintoxicarme. He podido reflexionar un poco. Me ha hecho bien.

—Qué valiente —dijo—. ¿Ingresó así, sin más?

—De hecho, lo hablé antes con el obispo.

—Jamás lo habría imaginado.

—No, no, no —dije con una risa forzada—. Tampoco crea que estaba tan avanzado. Lo que ocurre es que preferimos atajarlo antes de que se convirtiera en algo realmente preocupante. Es algo que tengo que vigilar. Lo llevo en los genes.

—Bueno, sí. Eso nos pasa a todos.

—Pero que quede entre nosotros, Danny.

—Oh, Jesús. No se preocupe por eso.

—Ya lo sé.

—Cuarenta días, ¿eh? Se ha ganado usted crédito para dos Cuaresmas, así que puede saltarse la del año que viene.

Me reí.

—Quién sabe. Puede que a partir de ahora empiece a saltarme un montón de cosas.

Pareció morderse la cara interior de la mejilla.

—Bueno, ni siquiera me atrevería a imaginarlo —dijo, clavando sus ojos en los míos. Se volvió de espaldas y empezó a alejarse en dirección a su furgoneta. Antes de llegar se detuvo—. ¿Por qué no viene a vemos? Pase por casa. Creo que es hora de que charlemos un poco. De hombre a hombre.

—Claro —respondí, sintiendo un repentino estremecimiento de ansiedad—. ¿Hay algo en particular de lo que desea que hablemos?

Ignoró la pregunta.

—¿Cómo ha dicho que se llama ese... centro, el de Ontario?

—Braecrest.

Stella estaba en el centro de la cocina con los brazos en jarras y el rostro desprovisto de expresión.

—Obviamente ha tenido usted compañía.

Me encogí de hombros. Estaba de pie en la puerta del salón con la camiseta y los vaqueros que llevaba el día anterior. Percibí el olor acre de mi cuerpo, esa mezcla de amargos gases internos y de sudor alcohólico. Podría haber limpiado la cocina y también haberme lavado. Y a punto había estado de hacerlo en media docena de ocasiones, pero no había sido capaz de emerger del estupor que durante todo el día me había mantenido pegado a la silla, sumido en una suerte de parálisis. Quizás era que quería que Stella viera mi casa en ese estado. Que me viera en mi más absoluta desnudez moral.

—Sextus ha estado aquí —comenté.

—Eso explica muchas cosas.

—Se nos fue de las manos, obviamente. La verdad es que, después de cierto momento, no me acuerdo de nada.

—De acuerdo —dijo, al tiempo que se quitaba la chaqueta.

—No le he pedido que viniera para limpiarme la casa.

—¿Ah, no? —preguntó, arqueando las cejas.

—Necesito que me lleve en coche a Antigish. Tengo que ver al obispo.

—Entiendo.

Nos quedamos allí de pie, mirándonos fijamente durante un buen rato.

—Aunque antes creo que debería darse una ducha —señaló—. Volveré dentro de un rato.

Cuando se marchó, llamó el obispo.

—Traiga una bolsa de viaje —dijo—. Calcule que estará unos cuantos días fuera, ¿de acuerdo?

Cuando Danny Ban se marchó, me senté durante un buen rato en la popa del Jacinta con las piernas colgando, olvidadas mis tareas pendientes. Justo por encima de las dunas, y al otro lado de la ondulante hierba de las marismas, el agua bailaba y destellaba, tentadora. Su fragosidad ocultaba el alborozo: una capa de azul relumbrante y duro bajo el despejado sol de junio. Oí un brusco alboroto encima de mi cabeza y cuando miré al cielo vi una garza que alzaba el vuelo, aleteando con furia, perseguida por un águila que no dejaba de chillar. La pesada garza, desacostumbrada a la velocidad, llevaba una gran ventaja. Aun así, vi cómo poco a poco la distancia que mediaba entre ambas iba acortándose. No vi ningún intento de evasión por parte del ave de mayor envergadura, sino tan sólo el movimiento resolutivo de sus largas alas hasta que el águila estuvo sobre ella. Se unieron entonces en un breve y salvaje encuentro que duró apenas unos segundos. La garza cayó, rota, revoloteando lentamente hacia la orilla. El águila se alejó planeando envuelta en un airado halo de victoria.

Salté del barco a tierra y fui hada el agua, estudiando la playa con los ojos. No logré encontrar a la garza por ninguna parte. Recorrí la orilla durante una hora, decidido a dar con ella. Había desaparecido como suele ocurrir inevitablemente con todas las criaturas rotas.

Por fin, me quedé de pie mirando el mar y las islas lejanas. La brisa iba enfriándose a medida que el sol se ponía y la blanca espuma retozaba sobre la arena, cada vez más cerca de mis pies. Me pregunté en ese instante: «¿De verdad ha ocurrido? ¿O quizá lo he imaginado?»

Una bandada de gaviotas pareció retomar la búsqueda, planeando bajo a lo largo de la playa y desviándose mar adentro para regresar luego y repetir las batidas más cerca de la arena y de las rocas.

Stella reparó en la pequeña bolsa de viaje y arqueó las cejas.

—El obispo me ha pedido que lleve una bolsa. Supongo que eso quiere decir que estaré fuera unos días.

—Entiendo —dijo ella.

—¿Qué es lo que entiende?

—Qué será lo mejor.

Mientras subíamos la prolongada colina en el extremo más alejado del paso elevado, pregunté:

—¿Y si no vuelvo?

—Volverá.

—Me llevo ropa para más de unos cuantos días. Tengo un presentimiento.

—¿Un presentimiento?

—Tengo cierta experiencia en estos asuntos.

—¿A qué asuntos se refiere exactamente? —preguntó, sin dejar de mirar la carretera vacía con los ojos entrecerrados.

—Pronto lo sabrá.

—¿Tiene algún problema?

—Sí

—No preguntaré de qué se trata. Mientras usted lo sepa... Yo aquí estaré.

El obispo me escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza y jugueteando con un lápiz mientras yo hablaba. De vez en cuando anotaba alguna cosa. En una ocasión abrió uno de los cajones del escritorio para estudiar algo. Luego volvió a cerrar el cajón. Yo intentaba obtener lo que buscaba sin lanzar demasiados globos sonda. Intenté mantenerme en el reino de la vaguedad. A pesar de que no era un trabajo excesivo, sí conllevaba mucha tensión. Según me dijo, estaba seguro de que yo podía con eso y con mucho más.

—Aunque quizá Creignish no sea en este momento el lugar más apropiado. Demasiado cerca de casa —apunté—. Quizá debería desaparecer del mapa. Irme a...

—Puede ser —dijo. Parecía distraído.

—Se me había ocurrido que quizá lo que necesito sea un cambio de verdad. Algo lejos de aquí, en Latinoamérica, por ejemplo. —Intenté sonreír.

—Creo sinceramente que necesita un descanso.

—¿Un descanso? No necesito un descanso. Necesito una salida.

—No estoy de acuerdo. —Hacía lo posible por evitar mirarme a los ojos, concentrado en el cajón del escritorio, que abría y cerraba una y otra vez.

—No se preocupe por eso —dijo—. Está todo controlado..., más o menos. En cualquier caso, ya nada tiene que ver usted en eso.

—¿Ah, no?

—Creo que ése es parte de su problema. Durante años le he sobrecargado de responsabilidades. He permitido que se implicara demasiado en cosas que debería haber resuelto yo. Y lo siento. —No me pareció que lo sintiera a juzgar por su tono de voz—. De todos modos, creo que ha perdido usted la perspectiva y la culpa de eso es mía y sólo mía.

Cuando intenté hablar, él levantó la mano.

—No voy a defender a Roderick. No es un hombre perfecto. Aunque ¿quién lo es? ¿Usted? —Sus ojos azules brillaban.

—¿Yo? —preguntó, antes de desviar la mirada—. Pero él no es lo que usted cree. Le conozco tan bien como a mí mismo.

—Me han dicho que existen ciertas declaraciones juradas—dije, preparado para una reacción violenta.

Suspiró.

—Las he visto. Un montón de fantasías. No hay un solo hecho concreto en todo ese montón de acusaciones. Alegaciones sin fundamento. La otra noche vi algo en la televisión. Falsa memoria o algo así. El síndrome de la falsa memoria. Hay mucho de eso ahora. La gente acusa a sus padres de toda suerte de cosas. A los profesores. No hay más que echar un vistazo a todo lo que está ocurriendo con esos internados. Pero si hasta han intentado acusar a un obispo del oeste. Personas que ni tan siquiera pueden defenderse.

—Está el suicidio...

—El suicidio. Usted mejor que nadie debería comprender que el suicidio es algo completamente subjetivo. Para el suicidio sobran los motivos.

—Pero el padre Roddie...

—Lo que he decidido —dijo, aclarándose la garganta y tosiendo suavemente— es que usted necesita una temporada de descanso. Descanso institucional. No como la última vez. Honduras fue otro error. Esta vez necesita usted estar allí donde las cosas estén controladas, donde no tenga que pensar en nada, salvo en usted mismo.

—Un momento...

Volvió a abrir el cajón y sacó un sobre grande y marrón.

—Aquí lo tiene todo. Billetes de avión, folletos y un poco de dinero en metálico para sus gastos. Se marcha mañana a Toronto.

—A Toronto...

—Irán a buscarle al aeropuerto.

—Braecrest —dije.

—Un buen sitio. Allí tendrá todo lo que necesita.

—Lo sé todo sobre Braecrest —respondí amargamente.

Pero la reunión había concluido. He oído a personas intentando describir sus emociones al verse despedidas del trabajo o después de haber recibido una noticia fatal por parte de su pareja o de su médico. Ahora entiendo esa sensación. Es en parte miedo y en parte confusión. Pero también es alivio. Las puertas cerradas de la inevitabilidad representan una suerte inversa de liberación. La libertad de la libertad. De pronto me dolía la cabeza.

Braecrest.

—Tiene reserva para cuarenta días —dijo—. Le sorprenderá lo rápido que pasa el tiempo. Luego podremos hablar de las demás cuestiones.

—Cuarenta días. Cuarenta días en el desierto y después... la crucifixión.

—Oh, vamos —dijo, sonriendo por fin—. No exagere. —Se levantó—. Le acompañaré a su habitación.

—¿Mi habitación?

—Pasará aquí la noche. Por la mañana un alumno vendrá a buscarle para llevarle al aeropuerto.

Me encogí de hombros.

—De hecho, me gustaría volver a casa —dije, abrumado por una sensación de soledad.

—No —respondió con firmeza—. Ha empezado. La rehabilitación ha empezado ya.

—Alguien me ha traído aquí —dije.

—Claro. Lo entenderá. Iré a decírselo.

—No. Yo lo haré.

—Como quiera.

—¿Cuarenta días?

—Cuarenta días.

Me prometió que todo me resultaría distinto después de una temporada lejos. Luego veríamos.

—Por cierto —dijo, como si acabara de acordarse—. MacLeod está planeando publicar su historia. En cualquier momento. Me lo dijeron ayer los abogados. Creo que está ya escrita y terminada. Todo depende de que sus jefes tengan las agallas de imprimirla. ¿No lo sabía?

Clavé en él la mirada. Así que era esto.

—Agradecerá estar lejos cuando ocurra. Algo por lo que estar agradecido... Creo que no va a mencionar todo ese asunto del suicidio de Hawthorne. Al parecer Bell no tiene nada que ver con eso. Al menos, ahora. —Me estudiaba con atención—. Obviamente, no vamos a quedarnos sentados viendo cómo ocurre. Pero usted estará a buen recaudo cuando contraataquemos,

Y entonces lo entendí: «No confía en mí».

—¿Es necesario que en Braecrest sepan que soy... sacerdote? —pregunté.

Pareció sinceramente sorprendido.

—No será el primer clérigo que pasa por el centro. Aunque sé a qué se refiere.

—Me gustaría pasar lo más desapercibido posible.

—La institución estará al corriente. En cuanto a los demás, eso ya dependerá de usted.

—Bien.

—La moral reside en la motivación. No tiene sentido anunciar nuestros problemas. En cualquier caso, recuerde a Pedro en el olivar.

Debí de parecer confundido.

—Cuando negó al Salvador —elijo—. Lo hizo en tres ocasiones, cumpliendo así con la profecía—. Y entonces el gallo cantó... —Se rió y me dio una palmada en la espalda—. Vamos, salga y despídase del pobre tipo al que tenemos sentado ahí fuera. Exprésele mis disculpas.

Stella parecía dormida. Había echado atrás el asiento del coche y reclinado el respaldo. Tenía las manos relajadamente entrelazadas sobre las piernas y el rostro vuelto hacia mí con una sombra de sonrisa alrededor de la boca. Un mechón de cabello le cruzaba la frente. Una mano se movió automáticamente para apartarlo. Sacudió los hombros, pegándose más al asiento. «La vida —pensé—. Barbara, Jacinta y Stella. Todas tienen eso en común. La vida que palpita con fuerza en su interior. Ese incesante grito de vida que acalla cualquier inhibición.»

De pronto a punto estuve de dar media vuelta y marcharme para no volver a ser visto jamás.

«La licorería está abierta —pensé—. Está junto a un motel. La terminal de autobuses queda cerca de aquí. Lograré pasar una noche más con la ayuda del alcohol y después... Mañana... empezaré de cero. Desapareceré. Volveré a irme al sur. Ahora El Salvador es un lugar relativamente tranquilo. Retomaré mi vida donde la dejé. Y esta vez seré útil porque soy un hombre distinto. El conocimiento ha desbancado a la fe.»

Me di cuenta de que me miraba. Se inclinó sobre el asiento delantero y desactivó el seguro de la puerta del coche. La abrí.

No pareció en absoluto sorprendida cuando le dije que me iba a Ontario por la mañana. Le dije que estaría fuera un tiempo. Asintió con la cabeza.

Luego bajó del coche y me rodeó los hombros con los brazos antes de hundir la cara en mi cuello. Supuse que el obispo nos estaría viendo desde alguna ventana. No me importó.

STELLA me dijo:

—Me gustaría que hablara con Danny. Estamos preocupados por él.

—Le vi ayer en el puerto —dije—. Bajé a echar un vistazo al barco. Apareció de pronto. No tenía mal aspecto.

Stella arqueó las cejas.

—Quizá sea el efecto que ejerce usted sobre él. Se siente más cómodo con usted. Si le parece, podría pasar a verle. Creo que a Danny le gustaría. Parece estar bebiendo mucho. Quizá pueda ayudarle. Habla mucho de usted. Pareció perder un poco el norte durante su ausencia.

—Quizá pueda hablar con él ahora que me he rehabilitado —dije, intentando parecer divertido.

—No es eso lo que he querido decir —replicó con cierta sombra de impaciencia en la voz. Luego se volvió de espaldas—. Sólo si le apetece... Era una idea que hemos tenido.

—¿Hemos?

—Jessie está muy preocupada por él.

Él mismo lo había dicho: «Es hora de que hablemos de hombre a hombre». Y yo estaba preparado. Pero las palabras y las ideas planificadas de antemano se desvanecieron en cuanto puse el pie en su cocina. Yo había estado evitando la compañía. No sé por qué. Me han dicho que a veces eso es lo que provoca la rehabilitación. Una renuncia total. Al alcohol. A las drogas. A la gente.

—Antes nunca llovía en junio —dijo Danny. Estaba de pie, mirando por la ventana de la cocina—. Al menos, que yo recuerde. Junio era siempre caluroso... En el colegio no veíamos la hora de salir. Ya nos bañábamos siempre que podíamos. Y mire ahora. Casi cae aguanieve ahí fuera.

—Bueno, todavía estamos a comienzos de mes —dije.

—Sí, quizá sea eso.

La ventana salpicada de regueros de agua de lluvia distorsionaba el triste paisaje. El viento sacudía la casa. Un viejo reloj marcaba los largos segundos.

—Calculo que para que empecemos a olvidarles tienen que llevar muertos casi el mismo tiempo que el que estuvieron entre nosotros.

Estudié con atención mi taza vacía.

—Es como cuando te falta un diente. —Me di cuenta de que pronunció «ciente», como hacía mi viejo—. Te falta un diente y no paras de tocarte el hueco con la lengua, como si en algún momento el diente fuera a aparecer en su lugar. ¿Entiende lo que le digo?

Asentí con la cabeza.

—Supongo que será así. Indefinidamente. Le tuvimos con nosotros casi veinte años. Esta casa era para él. De hecho, todo en nuestra vida giraba en torno a él. No creo que la casa se acostumbre a su ausencia. Ni al cambio. Entiendo que pasarán años hasta que dejemos de oírle y de sentirle... y de esperar que entre por esa puerta, o que suba galopando del sótano pidiendo comida.

Volvió a levantarse y se dirigió despacio a la cocina. Estudió los fogones durante un instante.

—Mi esposa y yo hemos estado hablando de venderla. Eso cuando no podemos hablar de

nada.

Me aclaré la garganta.

—Yo, en su lugar, no tomaría ninguna decisión apresurada...

—El gran descubrimiento ha sido lo poco que habíamos hablado durante todos estos años..., aparte de hablar de él. Ahora no nos atrevemos a hablar de ello. Es un tema prácticamente intocable. Así que resulta difícil encontrar algo de lo que hablar, algo que nos importe a los dos.

—Necesitan tiempo —sugerí.

—Siempre es más difícil para la madre —dijo. Volvió entonces a la mesa—. Bueno, ¿y qué me cuenta de usted, padre? No creo que haya venido hasta aquí para volver a hablar de eso.

—Bueno...

—Hábleme de su *viaje* a Ontario. De cómo-quiera-que-se-llame-ese-sitio. El centro en el que se retiró.

—Braecrest.

En el aeropuerto de Toronto había un seminarista gordo y pálido que sostenía en alto una hoja de papel con la palabra MAKASKEL en grandes y toscas letras. Supuse que el mensaje iba dirigido a mí y me acerqué a él. Sonrió.

—Me dijeron que buscara a un hombre pelirrojo —dijo.

Asentí con la cabeza. «¿Cuánto sabe?»

—¿Es usted el padre Duncan?

—Así es. —El cura rojo. Pelirrojo.

—Mi nombre es Ron. Me han encargado que le lleve a Guelph. Según me han dicho, podrá guiarme a partir de allí.

Las instrucciones estaban cuidadosamente mecanografiadas en una hoja de papel que se hallaba incluida en el sobre marrón. Había también un sobre blanco, más pequeño, con dinero. Y una nota.

Esto debería bastar para cubrir cualquier imprevisto. Deberá comprar algunas cosas. La cantidad que hay en el sobre debería ser suficiente.

Éstas son las instrucciones para llegar al lugar en cuanto salgan de la 401. El conductor no conocerá necesariamente el camino. Tampoco el objeto de su viaje. Que Dios le bendiga. Rezaré

por usted. Antes de que nos demos cuenta, estará de regreso, como nuevo.

Suyo en Cristo.

+AE

Bajo las iniciales había garabateado su nombre. Alex.

Braecrest. En su día había sido la residencia de un acaudalado empresario. El edificio principal era una imponente construcción de ladrillo rojo coronada por un tejado de cobre verde. Comisas, pilares y ventanas oscurecidas. Vastas extensiones de césped y setos esculpidos, discretos edificios modernos de techo plano y ladrillo de color ocre semiocultos entre bosquesillos de arces, chopos y abedules salpicados de nuevos brotes. Inmensos tilos, cargados de mohosas ramas jóvenes. Un ambiente monacal. Hombres silenciosos deambulando, solos o en parejas. Un silencio mortal interrumpido tan sólo por el sonido monocorde de un motor procedente de algún lugar en la distancia. Quizás un aparato para barrer hojas, borrando la evidencia de los estragos del invierno. Me dijeron al llegar que tenía que compartir habitación. Política del centro.

Dije que podría soportarlo.

La incomodidad física no pareció durar demasiado. Desapareció al cuarto día. Los dolores de cabeza y los sudores también. Se terminaron los retortijones. La ropa dejó de dolerme sobre la piel. Y, durante algunos días, eso bastó para conservar la sensación de mejoría, casi de optimismo. Tan sólo fui consciente de la resaca más profunda a medida que avanzaban los días.

También a eso me acostumbré.

Todas las mañanas me despertaba sin falta, como si me levantaran, a las 4:45, presa de una profunda ansiedad que se abría paso lentamente entre mi confusión. Esa clase de ansiedad a la que alguien etiquetó como angustia. ¿Fue Heidegger o Sartre? Hay que ver lo que todos esos pensadores se han esforzado por dar con la palabra acertada. Angustia. Terror. Desesperación. Desesperación proyectada en la pared, haciendo girar las sombras, restos de una luz exterior que jamás llegué a identificar. Y el novedoso sonido de otra presencia cercana, la respiración casi imperceptible, justo por debajo del umbral del ronquido. Jude, el tímido y considerado compañero de habitación, capaz de reprimir hasta la inconsciente evidencia de su existencia.

Todas las mañanas, a las 6:25, me tocaba el hombro.

—Hora de bajar al gimnasio —decía.

—Mi mujer dice que necesito algo parecido a eso —dijo Danny—. Una temporada en el dique seco. No en Ontario. En algún sitio más cerca de casa. Quizás el viejo monasterio, el del continente. Lo ha mencionado un par de veces.

—Tendría que ser una decisión suya.

—Eso desde luego. En cualquier caso, hay algunas cosas que debo solucionar antes de meterme en algo así.

Me limité a mirarle en silencio.

—Está el gran «por qué» —dijo—. Por qué, por qué, por qué, por qué. Es lo único que me pregunto una y otra vez.

—¿Tiene alguna idea al respecto? —pregunté con suma cautela;

—Sólo estoy seguro de una cosa. No me trago esa mierda de que lo hizo porque iban a cerrar el puerto. Eso es tan sólo una parte. Mullins puede predicar lo que le dé la gana, pero yo conocía bien al chico. No era de los que hacen algo así simplemente por una cuestión política.

Una ráfaga de lluvia salpicó la ventana con un sonido como de arena.

El gimnasio de Braecrest era un recinto desagradable y lleno de gente. Los sonidos animales se entremezclaban con un mar de chasquidos y tintineos metálicos y una mezcla de olores corporales y de productos químicos de limpieza impregnaba el aire. Eran los aromas propios de la agresión institucionalizada, de hombres de aspecto agotado concentrados en sus bicicletas estáticas, las cintas y las colchonetas, todos ellos ejercitándose a cámara lenta. Jude y yo caminábamos alrededor del perímetro del recinto, balanceando los brazos a uno y otro costado y en círculos para estirarlos después sobre la cabeza. Teníamos prácticamente la misma edad.

—Mira esas pobres almas —dijo Jude la primera mañana—. Me gustaría saber qué diantre creen que van a conseguir a su edad.

—¿De dónde eres, Jude?

—Nacido en Newfoundland.

Recorríamos el perímetro del gimnasio y salíamos desde allí a pasear por los frondosos senderos de la inmensa propiedad de Braecrest, cada uno sumido en su propia intimidad, para contemplar el amanecer.

Qué duro resulta recuperar el sentido de por qué estuve en Honduras, en Creignish, en

Braecrest o en cualquier otra parte durante este largo viaje que me ha llevado hasta aquí, lejos, muy lejos del punto de partida. Mi sagrada vocación. Mis votos de servicio. Un borrón de encuentros sacramentales vistos ahora en retrospectiva como citas de una noche. ¿Realmente he prestado atención a las masculadas evasiones proferidas desde el otro lado de la celosía sacramental? ¿Realmente he dado voz a mis emociones más sinceras sobre la felicidad ignorante y ebria del ritual matrimonial? ¿O sobre las ridículas e infantiles expectativas de los sacramentos? ¿Realmente me ha importado en alguna medida el derecho a la vida? ¿Y qué hay del resto de derechos? ¿Qué ocurre después de que imponemos la vida al nonato? Si tenemos derecho al principio de una vida, ¿qué pasa con la mitad y con el final de esa misma vida? ¿Y es nuestro el derecho de arriesgar o de —finalmente—

rechazar la vida que nunca pedimos? Simplemente tumbarnos y esperar... a... ¿qué?

Danny Ban dijo:

—Durante un tiempo fue sólo la rabia. Iba por ahí constantemente cabreado. Triste, no, aunque parezca extraño. Sólo... hecho una furia. Entonces, un día, de pie junto a su tumba, caí en la cuenta. Era Navidad. Fui al cementerio amargado como no puede llegar a imaginar. ¿Cómo había podido hacer algo así? Largarse por la vía fácil. Y entonces lo entendí. «No, chaval. Lo que hiciste fue un acto de valor. Para hacer lo que hiciste hace falta tener agallas. Cualquiera que fuera el motivo.»

Asentí con la cabeza.

—Obviamente, según Mullins y el resto de ustedes..., si no estaba loco cuando lo hizo, probablemente esté ahora en el infierno. —Tenía los ojos húmedos y su mano enorme me agarró de pronto de la manga—. Pero ¿y si estamos ya en el infierno? ¿Y si tu vida se convierte en una pequeña parcela del mismísimo infierno y no la has elegido tú? ¿Qué se supone que hay que hacer, eh?

Creo que fue en ese instante cuando me quedé sin palabras.

—Entonces por fin pude sentir la tristeza. Aunque creo que era mejor estar enfadado. Porque llega un momento en que superamos el enfado. Pero no hay manera humana de que consiga librarme de esta maldita tristeza.

—Dime, ¿a qué te dedicas? —preguntó Jude tras nuestro primer paseo.

—Hago un poco de todo —respondí.

—Ya, entiendo —dijo en voz baja. De pronto se agachó y arrancó algo del suelo. Luego se levantó e hizo girar un objeto oxidado entre los dedos—. Esto es una señal —dijo con una sonrisa.

—¿Una señal de qué?

Me dio un pequeño pin. Cuando le di la vuelta vi que se trataba de una de esas sonrientes caras de color amarillo vulgarmente conocidas como *smileys*.

—Qué *kitsch*. Algún listo se habrá deshecho de ella —dije, y la arrojé maliciosamente a un lado.

—Ah, no —exclamó bajando aún más la voz y agachándose para cogerla.

—Tiene usted una hermana que vive en Toronto —apuntó el director médico del centro.

Era alto, joven y de tez pálida. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y sujeto con gomina. La placa que colgaba de su puerta decía «Doctor Arrowsmith». Imposible no preguntarse de dónde viene un nombre como ése. Supongo que de «fabricante de flechas». Un oficio medieval.

—Es la primera vez que conozco a un Arrowsmith —dije, en un intento por darle conversación.

Hubo un asomo de sonrisa en las comisuras de sus labios. No levantó los ojos de la página que terna delante.

—¿Tienen ustedes una buena relación?

—Es mi familiar más cercano. Entiendo que no puede haber relación más íntima que ésa.

—Sí, supongo que tiene razón. —Pasó la página—. Aquí hay una nota. Al parecer prefiere usted que no se haga explícita su condición de... clérigo.

—Si no es un problema, lo preferiría, sí.

Se encogió de hombros.

—¿Alguna razón en particular?

—¿Alguna razón en particular por lo que mi profesión pueda resultar sospechosa?

—No. Pero me gustaría saber si eso significa que está usted pasando por... alguna suerte de fase transitoria.

—No tengo una respuesta a eso.

—¿Se da cuenta de que está compartiendo habitación con otro sacerdote?

—Eso he sabido.

—¿No le supone ningún problema? Podríamos cambiarle de habitación.

Encogí los hombros.

—En realidad, no tiene importancia.

—Bien.

Danny dejó escapar un profundo suspiro y se levantó no sin cierta dificultad.

—Tengo que ir a mear —dijo, y se alejó despacio por el pasillo. Sin embargo, cuando volvió, percibí los conocidos vapores. Ron.

«Ni siquiera intenta fingir —pensé—. Es posible ocultar el hedor ambiguo del vodka, pero no el del ron.»

Volvió a suspirar.

—Probablemente sea la época del año. Es la primera primavera desde que volví a vivir aquí que no he echado trampas al agua. De hecho, es la primera vez en más de cien años que ninguno de los MacKay sale a echar trampas al agua. Cuando lo piensas, no es moco de pavo.

—Cierto —dije.

—Hay noches en que me despierto y se me cae todo encima —clavó la mirada en la mesa—. Y me siento desesperado, créame. Como si en cierto modo hubiera metido la pata. —Negaba con la cabeza—. Supongo que es un poco todo. La pérdida de Danny. Verme aquí encerrado con esta condenada enfermedad. Quizá si encontrara el modo de ocuparme en algo, si pudiera salir ahí fuera y pescar como antes...

Su perro salió de otra habitación, se detuvo junto a su rodilla durante un instante, estudió su rostro y se metió debajo de la mesa para instalarse a nuestros pies, acurrucado con el hocico apoyado sobre una pata.

—No sabría explicarle lo que se siente estando ahí fuera en el agua al amanecer. Y de pronto entiendes que todo ha terminado. Tengo que imaginar que fue algo así lo que vivió el muchacho. Toda esa oscuridad sobre el futuro. Una sensación de que algo quedaba... destruido. Aunque no habría sido suficiente. Hubo algo más. Algo a lo que él no fue capaz de enfrentarse. Ni un solo minuto más.

Y entonces sólo se oyó el sonido del viento y del reloj.

A pesar de que era abril, en Braecrest parecía que estuviéramos en mayo. El aire era húmedo, fresco y estaba impregnado de las fragancias de la nueva vida que ya se anunciaba. Las

aves primaverales trinaban alegremente. Los herrerillos gorjeaban cercanos, aunque ocultos a la vista. Nos parábamos en un pequeño mirador donde habían instalado un banco rústico de troncos y nos sentábamos.

—Eso de ahí es la gran falla —había dicho Jude en una ocasión, señalando una elevada cordillera que cortaba nuestra línea de visión desde el sudeste.

—¿Ah, sí?

—Es sin duda uno de los rasgos topográficos definitorios de la región sur de Ontario —añadió sin alzar la voz, casi como si hablara consigo mismo—. De hecho, es uno de los enclaves geológicos más interesantes del mundo.

—Algo había oído.

—Nace junto a las cataratas del Niágara y llega hasta el extremo de la península de Bruce.

—Caramba.

—Setecientos veinticinco kilómetros. Llena de fósiles. Cientos de millones de años de antigüedad. Enseñé geología a alumnos de bachillerato en Ottawa.

—Bien, bien.

—Lo increíble es que hay toda una red de rutas de senderismo que la recorren. Siempre quise tomarme un mes de vacaciones y recorrerla entera. Sería fascinante. Caminar y acampar de principio a fin.

—No parece que haya nada que le retenga —dije.

—Cierto.

Se quedó callado, obviamente pensando en ello.

—Mi esposa cree que tiene que ver con su novia. Esa Sally. ¿Cree usted que ella le dejó?

—Supongo.

Negó con la cabeza.

—Eso demuestra lo bien que mi mujer conoce a los hombres MacKay.

—Pero estaban muy unidos —dije.

—Oooh, sí. Salían juntos desde que eran niños. La primera vez que la vi no pude creerlo. Fea como un maldito seto. Pero luego floreció. Y de qué manera. Se convirtió en una chica muy guapa.

El perro se movió. Danny bajó la mano y le rascó entre las orejas.

—Pero eso no importa. Ahí no hay nada que pueda explicar algo así. Ni hablar.

El sonido del viento y de la lluvia procedente del exterior era cada vez mayor. O quizá fuera el silencio sofocante de la casa cuando Danny dejaba de hablar.

—Naturalmente, no hay que olvidar lo que pasó en el salón de actos de Creignish. Aunque ya hablamos de eso y el muchacho no parecía afectado por lo ocurrido. Su reacción ayudó. Y se lo agradezco. He oído que todavía se comenta, pero, por el amor de Dios, prefiero no oír ningún comentario al respecto.

—No creo que eso tuviera nada que ver.

—No quisiera estar molestandole con todo esto —dijo Danny tras una larga pausa—. El médico del pueblo me ha dicho que debería consultar con un terapeuta.

A punto estuve de tenderle la mano en mi afán por tranquilizarle, pero ni siquiera eso fui capaz de hacer.

—Además, ¿qué podría hacer un terapeuta? Imposible separar la leche del té, ¿no le parece?

—Es una decisión que sólo depende de usted —respondí.

—Cada vez que considero la posibilidad de ir a ver a algún psicólogo, no dejo de pensar en lo que diría mi viejo si pudiera verme. Una buena patada en el culo es lo que necesito. Eso es lo

que diría, y la verdad es que no andaría muy desencaminado. —Se rió—. Supongo que vio usted a unos cuantos psicólogos en ese sitio... de Ontario.

El psiquiatra era un hombre delgado y atlético, probablemente diez años más joven que yo. A pesar de su nombre —doctor Shaw— parecía asiático. Tenía mi historial delante de él.

—Plantéese esto como una oportunidad —decía—. Como un regalo. Todo el mundo debería tener la oportunidad de liberarse de algunas cosas llegado a cierto punto, con o sin crisis de por medio. Todos tenemos nuestros propios demonios.

«Cree que sabe lo que yo sabré cuando termine aquí, y cree además que sentiré cierta gratitud y cierta reverencia —pensé—. Esa previsión es lo que le ayuda a pasar por alto mi hosco silencio.»

—Su nombre —dije—. ¿No es escocés?

—Es inventado. Antes era Shah. Ya sabe, me dedico a reinventar a las personas. —Sonrió.

—Quiero dejar claras un par de cosas.

—Por supuesto.

—No he venido por voluntad propia. Y tampoco tengo la menor idea de lo que este lugar puede hacer por mí.

—Eso es perfectamente comprensible —dijo. Luego se levantó—. Permita que le presente a su grupo. Tan sólo nombres de pila. No son necesarios otros detalles.

—Gracias.

Había media docena de hombres de distintas edades y procedencias, aunque en cierto modo todos me resultaron similares. Me crucé de brazos.

—Este es Duncan —anunció el líder del grupo—. Estará un tiempo con nosotros.

—Hola, Duncan —saludaron todos al unísono.

Tomé asiento. El psiquiatra salió en silencio.

El líder preguntó si me gustaría hablar un poco de mí.

—En otra ocasión —respondí.

—Soy Scott y soy alcohólico —anunció entonces sin que nadie se lo pidiera.

Hubo un murmullo de aprobación y de apoyo por parte del resto.

—Siéntete como en casa —dijo—. Estás entre amigos.

Hablaron de la adicción como si se tratara de una condición común que todos compartíamos. Un rasgo característico de una cultura común que debemos aceptar. Repetíamos con frecuencia que éramos alcohólicos o adictos. Recordé entonces hasta qué punto odiaba la palabra «nosotros» cuando la oía en boca de desconocidos. Su uso es intimidatorio. Empero, tuve la impresión de que ellos obtenían cierta sensación de consuelo en la inclusión que se desprendía de ese «nosotros». Y en las constantes autoafirmaciones. Soy alcohólico. Lo intenté una vez y fui presa de una sensación de relajado e inesperado progreso. Es algo parecido a lo que ocurre cuando decimos: «Bendígame, padre, porque he pecado. Me confieso ante el Altísimo y ante usted, padre». La falsa rectitud que nos embarga después de haber dicho «lo siento», incluso cuando no es cierto.

La sala donde tenían lugar las reuniones estaba siempre caldeada en exceso.

—¿A qué te dedicas, Duncan? —preguntó alguien.

Durante un instante no supe qué decir.

—Recursos humanos —respondí por fin.

Desde un lado de la habitación, Jude me miraba con las cejas arqueadas.

Danny se excusó y volvió a ir al baño.

—Es peor durante la noche —dijo—. Tengo que levantarme al menos cada hora a vaciar el

guante. Así solía llamarlo el viejo cuando tenía que mear por la borda del barco. «Aquí me tienes, vaciando el viejo guante.» En mi caso, es cosa de la póstrata. Dicen que se te inflama con la edad. Supongo que eso será lo siguiente: cáncer de póstrata.

—Próstata —le corregí.

—Póstrata suena más acertado —dijo.

Se rió y se alejó arrastrando los pies.

Uno de los miembros del grupo era sin lugar a dudas periodista. Tuve la sensación de haberle visto antes y de pronto entendí que probablemente era un rostro televisivo. Nunca se levantaba al hablar. Se recostaba contra el respaldo de la dura silla metálica, el trasero hacia delante, las piernas extendidas, los brazos cruzados y la cabeza inclinada a un lado.

«El periodismo encuentra un sustento adicional en el alcohol y en otras drogas, además de la vanidad —declaró durante una de las sesiones—. Un cóctel mortal.»

Sin embargo, hablaba sobre todo de un padre muy duro, un granjero de las praderas canadienses. Habló dramáticamente de la desesperación de sobrevivir de la tierra y de haberse sentido atrapado y atrofiado, deseando ver el día en que pudiera marcharse. Sin embargo, nunca llegó a ninguna parte donde se sintiera realmente en casa. Calgary, Winnipeg, Ottawa. Siempre imaginaba que encontraría su propósito en cierta masa crítica de energía y de talento cuando llegara a la siguiente ciudad, siempre mayor. Pero nunca dejó de ser un extraño. Le tembló la voz.

La sala se quedó en silencio como una tumba.

Por fin, el hombre se había instalado en Toronto y se había dedicado a beber hasta que algunos órganos vitales habían empezado a pagarlo.

«Tardamos unos cinco años en jodernos la vida —dijo—. Es entonces cuando realmente empezamos a ser autodestructivos.»

—No me parece que lo que hizo tuviera nada que ver con sus preocupaciones sobre el futuro —dije, midiendo las palabras—. Pero si no fue el miedo a no poder tener una vida aquí, ¿qué cree usted que...?

—He estado pensando en todo —contestó Danny al tiempo que negaba con la cabeza—. En todas las posibilidades. A veces incluso he llegado a pensar que en realidad no hubo un motivo profundo. Ése es el problema con las armas. Es demasiado fácil usarlas. Sobre todo si eres impulsivo. Lo haces sin llegar realmente a planteártelo. Y Danny era un muchacho impulsivo. Supongo.

—¿Cree que habló con alguien? ¿Qué pudo confiar en alguien?

—Sospecho de su madre. Es como si supiera más de lo que da a entender. Pero es imposible sacarle nada. Yo ya he tirado la toalla;

—¿Qué relación tenía Danny con Brendan? ¿Con Brendan Bell?

—Ése es un hombre con el que habría merecido la pena hablar. Quizás hablaron. Pero al parecer nadie sabe dónde está Brendan. Usted no tendrá algún modo de localizarle, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No —mentí.

—Supongo que tienes familia —preguntó Jude.

—No —me reí—. Ni familia ni amigos.

—Qué raro. Sobre todo viniendo de la costa este y siendo católico.

No pude disimular mi sorpresa.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, tu acento, para empezar. Y... esta mañana te has olvidado el rosario encima de la mesa. No creas que te estaba espiando ni nada de eso.

—Muy observador —dijo, más relajado.

Nos estudiamos el uno al otro durante un instante, recalibrándonos. Recuerdo que pensé: «No sabe nada de mí». Jamás me había sentido más libre. Quizá me equivocaba.

—Entiendo entonces que debemos de tener más o menos la misma edad —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Por el rosario —respondió con seguridad—. Ya no se ven muy a menudo.

Estudié la infinita masa de la falla durante unos segundos.

—Cuéntame cómo es eso de ser sacerdote —dijo por fin—. Sobre todo ahora, con los tiempos que corren.

Se rió.

—Vaya, todo un tema, sí señor. Sobre todo con los tiempos que corren —repitió con una sonrisa.

—No era mi intención ofender —me disculpé, incómodo.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrado. Soy un reverendo padre.

Siguió otra larga pausa.

—Esa es de hecho una de las preguntas a las que esperaba encontrar respuesta durante mi estancia aquí —dijo—. Todo lo que implica ser sacerdote. En los tiempos que corren. —Luego, un instante después, me puso la mano en la rodilla—. Te propongo un pequeño juego. No quiero que me cuentes nada sobre ti. Voy a intentar adivinar a qué te dedicas. No te preocupes. No indagaré. Me limitaré a adivinarlo por mi cuenta. ¿De acuerdo?

Lo absurdo de su propuesta provocó en mí una sonrisa.

—Por mí, perfecto.

—En este momento, me inclino más por la carrera militar. Sí, algún cargo militar. —Se recostó contra el respaldo del asiento y se cruzó de brazos, sonriendo de oreja a oreja y encantado con la perspectiva de nuestra relación, aunque fuera en torno a un simple juego.

Me levanté.

—Ya que eres sacerdote, debo confesarte que antes te he mentado.

—¿Ah, sí?

—De hecho, tengo una hermana.

Asintió.

—Yo no tengo a nadie. Soy hijo único. Supongo que es lo que mis padres se merecían.

Hay una ligera niebla que da a la falla el aspecto de un pueblo medieval enclavado en la falda de una colina. Puedo llegar a imaginar las siluetas de los parapetos y de las almenas. Las ondulantes neblinas esculpen los altos árboles hasta convertirlos en torres fantasmales. Le digo a Jude que debe de ser realmente extraño ser sacerdote de Newfoundland en un lugar como éste en un momento como éste.

—¿Por qué lo dices?

—Por los escándalos y esas cosas —aclaro.

Se ríe y luego guarda unos segundos de silencio.

—La verdad es que me sorprendió que accedieras a compartir habitación conmigo después de saber lo que soy.

—No me molesta —respondí, presa de una repentina oleada de irritación. Estaba seguro, desde que había sabido que compartiría habitación con otro sacerdote, que se trataba de una penitencia. Suspiré, quizá demasiado ostensiblemente.

—En cualquier caso, no tienes de qué preocuparte —dijo—. No soy uno de ellos.

Le miré. Tenía los ojos entrecerrados e intentaba desgranar los detalles geológicos en la distancia.

—Así que no eres más que una variedad común de borracho, como el resto de nosotros.

—Ni siquiera eso —fue su respuesta—. No he tomado una sola copa en toda mi vida. Salvo cuando bebo del cáliz. ¿No habrás traído unos prismáticos por casualidad? Aquí las aves son realmente increíbles.

—No —respondí, recordando las tardes doradas que había dedicado a estudiar los barcos y los botes que surcaban silenciosamente las aguas de un mar fluctuante.

—¿Estás bien? —Estudió mi rostro con atención. Se me ocurrió entonces que debía de tener cuidado con él.

—Claro.

—No —prosiguió—. Nada tan directo como el alcoholismo o la perversión sexual. Supongo que están relacionados, ¿no te parece?

—No sabría decirte.

—He conocido a algunos de los sacerdotes implicados en los escándalos —suspiró—. De hecho, uno de ellos es un buen amigo de Burin. El padre Foley. Casi siempre se trata de algo que viene provocado por el alcohol. No creas que lo estoy excusando ni que sugiero que sólo se da cuando hay alcohol de por medio, no es eso. Pero sí creo que se trata de un simple caso de inhibición reducida, pérdida de juicio y debilidad de carácter. Una combinación de los tres factores.

—Yo no estaría tan seguro —dije.

—Bueno, es sólo mi opinión.

—Una vez conocí a un sacerdote de Newfoundland. Quizás hayas oído hablar de él. El padre Bell. Brendan Bell.

—Ah, vaya. El joven Brendan. Caramba, caramba. Así que conociste al joven Brendan Bell.

Se produjo una sutil variación en el ruido procedente del exterior, un suave tono grave que en nada se parecía al viento. El perro se levantó debajo de la mesa y trotó hacia la puerta, haciendo repiquetear sus uñas duras sobre el suelo. Luego soltó un brusco ladrido. Danny se inclinó sobre la mesa y depositó discretamente el dedo índice en la cortina.

—Aquí llega Willie —anunció—. Luego volvió a recostarse contra el respaldo—. De hecho —prosiguió al tiempo que dibujaba un círculo sobre el mantel con el largo índice—, nunca llegué a decirle a usted esto, pero quiero que sepa que conocí a su viejo. Se llamaba Angus, ¿verdad?

Debí de parecer sorprendido.

—Se me ocurrió el día en que coincidimos en el muelle... hace ya... No recuerdo exactamente cuándo fue. Hará un par de años. Pero, sí. Conocí al viejo Angus. Trabajamos juntos en los barcos.

—¿En los barcos?

—Antes de que empezaran a fabricar papel aquí, enviaban la pulpa recién extraída por barco. A todos los rincones del mundo. Conseguíamos algunos días de trabajo cuando llegaba un barco. Fue entonces cuando le conocí. Él nunca tuvo coche, así que a veces le llevaba a casa y de vez en cuando nos parábamos en la vieja taberna, en la de Billy Joe, para tomarnos un par de cervezas y charlar un rato.

Yo me limité a escuchar en silencio.

—Su padre estaba condenadamente orgulloso de sí mismo, se lo aseguro.

El perro ladró dos veces más.

—Cierra la boca —soltó Danny bruscamente—. Túmbate.

El animal le dedicó una mirada de disculpa.

Danny se inclinó hacia la ventana y volvió a retirar la cortina.

—Vaya. Parece que se marcha. Debe de haber visto su coche. Seguro que ha pensado que si usted estaba aquí, encontraría también a Jessie. —Siguió mirando por la ventana—. Sí, se ha marchado. Willie ha estado unos días fuera. El mes pasado fue a Toronto.

Su primera vez fuera de la isla. No ha vuelto a ser el mismo desde que volvió. —Se rió entre dientes—. Jessie no soporta al pobre Willie. Bueno, ni Jessie ni el perro. Se muestran realmente hostiles cuando él aparece. Las mujeres y los perros creen que saben cuándo un hombre no les tiene simpatía. Afirman tener un instinto especial. Jessie dice que a Willie no le gustan ni las mujeres, ni los niños ni los perros, y que eso es algo que todos ellos perciben enseguida.

—Tiene su lógica —dije.

—El instinto es algo fantástico. Sin embargo, no apostaría demasiado por él.

—De hecho, vi a Willie en Toronto. Pasé unos días en casa de mi hermana cuando salí de Braecrest y él estaba también allí.

—¿Y cómo estaba?

—A mí me pareció que tenía buen aspecto.

—Ya, bueno. Desde que volvió no ha parado de beber.

—Jessie y Willie son primos hermanos, ¿verdad?

—Sí. ¿Sabe?, creo que en algún punto del pasado puede que usted y él sean familia.

—¿Ah, sí?

—Es una conclusión a la que he llegado hace poco. Cuando he vuelto a pensar en su viejo. En Angus.

—¿En qué época trabajó con él exactamente?

—Poco después de mi vuelta a casa. Allá por los años setenta. De hecho, poco antes de su muerte. Me enteré de que había muerto más tarde. ¿No murió congelado?

—Sí.

—Una muerte espantosa, aunque dicen que tampoco es la peor.

—Supongo que no —dije—. Eso, claro, siempre que uno pueda elegir. —Al instante me arrepentí de mis palabras.

Danny desvió la mirada durante unos segundos, estudiando una mancha del suelo. Luego se levantó y se despezó.

—Imagino que su padre lo pasó mal en la guerra. Pero nunca hablaba mucho de eso, era fácil darse cuenta. Normalmente suele haber algo importante de lo que hablar precisamente cuando no se habla de ello.

—Algo ocurrió. Un incidente al final de la guerra. De hecho, nosotros tampoco hablamos nunca de ello. Cuando uno es joven, esas cosas no te interesan.

—Así es, por desgracia. La de cosas que me gustaría preguntarle a mi viejo ahora que ya es demasiado tarde. —Negaba despacio con la cabeza—. Ufff. Ya está ahí otra vez. La vieja vejiga. No sabe cuánto lo siento. No me habré dado cuenta y ya habré empezado a llevar esos malditos pañales. —Se alejó por el pasillo, tambaleándose ligeramente.

Cuando volvió, dijo:

—Le ofrecería una copa, pero supongo que, después de todo lo que ha tenido que pasar para desengancharse, no le apetece.

Agité una mano, desestimando su ofrecimiento.

—Mi hermana mencionó en una ocasión que quizás estuviéramos emparentados con Willie.

—Ah, sí. ¿Cómo era eso? A través de los Gillis. Había una familia. Ya están todos muertos. El abuelo de Jessie y la madre de Willie eran hermanos. Y, si no me equivoco, creo que había algún familiar cercano. Una prima, si mal no recuerdo, que se marchó de aquí siendo muy joven y que desapareció del mapa. Su padre decía que bien podía haber sido su madre. Entiendo que nunca conoció a sus padres.

—Eso parece.

—Menuda sería que fuéramos todos familia.

Me reí.

—Pobre Willie —dijo—. Willie es un pedazo de pan.

Jude se debatía en su propio mar de recuerdos.

—Creo que somos parientes lejanos. Brendan y yo. Si lo he entendido bien, la madre de mi abuelo era una Bell. En cualquier caso, venimos del mismo sitio: un pequeño pueblo situado en las inmediaciones de la bahía. Seguro que no has oído hablar de él. Cuando yo me marché, él era un niño.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de él?

—Oh, no sabría decirte. Debió de ser más o menos en la época en que me fui. Aunque siempre, mientras mis padres estuvieron vivos, recibía alguna noticia. Fue la segunda gran noticia que jamás tuvo lugar en el pueblo. Me refiero al hecho de que se ordenara sacerdote. Naturalmente, yo di la primera. —Suspiró—. No es fácil explicar lo que significaba en aquel momento que un chiquillo de un lugar como ése terminara en el sacerdocio. Era como si fuéramos propiedad de todos.

—Me lo imagino.

—De modo que es una mala noticia cuando las cosas no salen bien, ¿verdad? Una decepción enorme.

—Entonces, ¿lo de Brendan no salió bien?

—Bueno, quizá te hayas enterado. Se marchó. Abandonó para meterse en el mundo de los negocios. Y le fue bien, la verdad, aunque no era lo mismo.

—¿Alguien llegó a saber por qué lo dejó?

—Supongo. Pero no es algo que a la gente le guste comentar. Al menos, no abiertamente.

—Entiendo. ¿No sabrás por casualidad cómo podría ponerme en contacto con Brendan?

Me miró sin ocultar su sorpresa.

—Lo pregunto por unos amigos —dije, perdiendo la mirada en los flancos de la falla—. Tenían muy buena relación con Bell y creo que les gustaría saber cómo dar con él.

—Creo que tengo su teléfono en algún sitio. Un número de Toronto. Quizá lo tenga en la agenda. Me lo dio alguien del pueblo... por si algún día iba a Toronto,

Volvimos a sumirnos cada uno en nuestro silencio. Alguien se rió en algún lugar no muy lejos de nosotros.

—Resulta alentador —dijo—. El sonido de la felicidad.

—Dime, Jude, si no te molesta que te lo pregunte, ¿por qué estás aquí?

Suspiró.

—Soy un ladrón.

La palabra quedó ahí, instalada entre los dos. «Ladrón.»

Sonrió.

—¿Y tú? ¿Qué te ha traído aquí?

—Ésa es una pregunta complicada —dije.

—No me pareces el típico adicto.

—Y no lo soy. Pero siento curiosidad por ti. He conocido a muchos sacerdotes.

Me miró fijamente.

—¿Cómo reaccionas ante un sacerdote que confiesa ser ladrón?

—Entiendo que hablas metafóricamente —dije.

—No —respondió alegremente—. Soy un simple y llano artista del hurto. Robaba en la parroquia en la que era monaguillo. Aprendí a manipular los libros de contabilidad para que no me descubrieran. Luego, naturalmente, hubo una auditoría.

—Pero ¿por qué?

—Tenía la peor de las adicciones posibles. Soy un jugador que pierde. Luego me convertí en ladrón.

—¿Un jugador?

—Todo empezó con los billetes de la lotería. Sin darme cuenta, empecé a escaparme al casino de Montreal siempre que podía, hundiéndome cada vez más en el fango, hasta que al final...

—se encogió de hombros—. Entonces, como suele ocurrir, caí en otra adicción para paliar el asco que me embargaba. Descubrí las pastillas. Pastillas legales. Las que se venden en las farmacias. Basta con tener a mano a algún médico compasivo. Y, mira, cuando llevas alzacuellos, todo el mundo se muestra compasivo con tus desgracias. Supongo que verte caer les ayuda a sentirse mejor con las propias. Sobre todo si se trata de un médico. Les encanta ver caer a los sacerdotes. —Se rió—. Pero no quiero que pienses que le guardo rencor. La culpa fue sólo mía. Desde el principio.

—No sé qué decir.

Levantó la mano.

—No digas nada. Ya es agua pasada. Historia. Se acabó la adicción. Salvo por los pitillos. No hago más que decirlo aquí una y otra vez, pero es como si estuvieran esperando a que aparecieran más adicciones. Como si esperaran a descubrir la mayor.

—¿La mayor?

—El rollo sexual.

Me encogí de hombros con la esperanza de que no siguiera hablando.

—Pero cuando uno tiene mis adicciones, el celibato es tarea fácil. El sexo jamás podría equipararse a los éxtasis que he experimentado. En lo que a mí respecta, el sexo es para aquellos que carecen de inspiración.

—Supongo que eres un hombre afortunado —dije. Y me di cuenta de que me observaba, esperando a que me sincerara con él—. Yo nunca he tenido ese problema —añadí por fin.

Me miró fijamente y en su mirada leí: «Puedes confiar en mí», y le creí.

—Debo reconocer —empezó entonces, y supuse que cambiaría de tema—, ahora que sé que no eres ni militar ni profesor, que no tengo la menor idea de a qué puedes dedicarte.

—Mi padre fue soldado —dije.

—Ahí lo tienes. Así que no andaba del todo equivocado. Quizás estabas destinado a ser militar.

Durante mi segunda visita, el doctor Shaw me preguntó:

—¿Alguna vez ha tenido... fantasías autodestructivas? Vacilé. Luego respondí:

—Sí.

—Pero jamás las ha llevado a cabo.

—Obviamente no.

Se rió.

—Me refiero a... que no ha habido ningún conato, ni...

—No.

—¿Y recuerda las circunstancias que puedan haber inspirado esas... fantasías?

—Con absoluta claridad.

Esperó. Me aclaré la garganta.

—Una vez golpeé a mi padre.

—¿Golpeó a su...?

—Con el puño. Le golpeé y cayó. —Fui plenamente consciente de que el temblor que me embargaba saltaba a la vista.

—¿Le apetece un poco de agua? —dijo el doctor Shaw.

—No, gracias. Estoy bien.

—Intente seguir hablando.

—No creo que su padre saliera alguna vez de aquí —dijo Danny—. No sabía nada de su parentesco. Me daba la sensación de que era una cosa más de la que no quería hablar —añadió, y se rió.

—Entonces, ¿de qué hablaban para pasar el rato?

—Bueno —respondió, rascándose la barbilla—. Hablaba mucho de usted. El mundo giraba en torno a ustedes: a usted y su hermana.

—Sí —dije;

—Creo que su padre sólo mencionó a Effie en una ocasión. Y no lo hizo de forma directa. Mencionó algo sobre que llevaba fuera ya un tiempo y que no tenía mucho contacto con ella. En fin.

—Sí. Effie. Entonces, ¿no hablaba de ella?

—No. Al menos que yo recuerde.

Ahora, cuando vuelvo la vista atrás, tengo la sensación de que el médico y yo habíamos estado sentados mirándonos durante una hora, aunque puede que hubiera pasado tan sólo un minuto.

—Hubo un malentendido —dije por fin.

Arqueó una ceja en un gesto de confusión profesional.

—Sé lo que está pensando. Que hemos llegado al quid de mi problema.

—¿Por qué no me habla de ello?

—Mi padre tenía fijación por mi hermana. Lo entendí mal.

El pánico se inflama hasta que me veo obligado a estrujarme los pulmones en busca de un poco de aire, y descubro entonces que estoy sentado en una silla dura de madera a la mesa de la cocina, con el rostro babeando sobre las páginas de un libro. Un libro de texto de filosofía. El título es Ciencia general de la naturaleza.

Un sorbo de agua ayuda. Falta poco para que amanezca.

—El incidente en sí no fue nada. Estaba ligado a cuestiones de mayor envergadura, muchas de las cuales eran misterios que se remontaban al pasado. Algo relacionado con la guerra. —Me encogí de hombros con la esperanza de haberle desanimado.

Oigo crujir la tarima del suelo. Sigo sentado. Esperando. Por fin ha llegado el momento. La sombra se detiene junto a la puerta de su dormitorio. Una cerilla se ilumina brevemente. Percibo una ráfaga de olor a fuego infernal. Las cuencas de sus ojos parecen vacías cuando se inclina sobre el cigarrillo. Inhala despacio al tiempo que el rescoldo deja a la vista un rostro que apenas reconozco. Se vuelve hacia la puerta.

El doctor Shaw esperaba.

—Escuche —dije—. Tiene que entender cuál era la situación familiar. Éramos sólo mi padre, mi hermana y yo. No había madre. Nuestro padre había quedado afectado por algo que había ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Tuvo lugar un incidente. Mataron a una muchacha. Los detalles nunca llegaron a estar claros del todo. Pero lo sucedido tuvo un profundo impacto en mi padre y en el amigo que estaba con él en ese momento.

El médico hizo una breve anotación.

—¿Cómo mataron a la muchacha?

—Con un cuchillo.

—¿Y su padre nunca le explicó lo ocurrido?

—Sólo crípticamente. Al parecer, la muchacha disparó a su amigo y a punto estaba de hacer lo mismo con él. Todo parece indicar que él se le adelantó.

—¿Alguna vez le dijo su padre por qué... estaba ella...?

—No.

Me muevo rápidamente, agarro un hombro y lo estampo contra la pared. Nuestros rostros están muy cerca. Su rostro, el mío. Es el mismo rostro. El hedor a sulfuro, a levadura y a sudor rancio me sofoca.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Me atraviesa con la mirada. De no ser por el cigarrillo, podría llegar a creer que camina dormido.

A pesar de que parece relajado, de pronto se retuerce bruscamente y siento una sacudida. Es la anticipación al golpe. Eso es lo que es. Siento el golpe antes de que ocurra. En el pueblo dicen que es un don. Podría haber sido boxeador. Tengo el don de la anticipación. Golpeo la parte más próxima del rostro que es su rostro, el nuestro, en la mandíbula, y él cae de rodillas. Oigo entonces un tintineo metálico y veo el cuchillo al lado de su mano y doy un paso atrás, perplejo en la descarga de conciencia satisfecha. La rapidez con la que todo ha ocurrido. Un simple destello.

Deja escapar un peculiar jadeo a medio camino entre la tos y el sollozo. Por un instante creo que contiene una arcada. Por fin más calmado, me agacho junto a él y con cuidado aparto el cuchillo.

—No sabía que eras tú —dije, jadeante.

Tiende el brazo en la oscuridad y apoya una mano temblorosa en mi sien, pasándome a tientas los dedos por el pelo.

Veo a mi hermana de pie en la puerta de su cuarto con el rostro prácticamente oculto tras las manos.

Él la ve y se retira bruscamente hacia atrás.

—Ahí está otra vez —dice.

Está de rodillas, buscando a tientas el cuchillo. Lo cojo, rápidamente lo alejo de él y escondo la hoja del cuchillo detrás de la espalda.

—Ahí está ella otra vez. ¡Cuidado!

Hay locura en la expresión de su rostro.

Effie está sollozando. Vuelve corriendo a su habitación. Un portazo.

—Y el amigo, el que estaba con su padre en Holanda. ¿Le conocía usted?

—Sí. Era vecino nuestro.

—¿Alguna vez habló con él?

—No.

—¿Dónde está ahora?

—Murió.

Se hace un silencio largo, muy largo. El médico parece esperar algo más. Pero yo he terminado.

—¿Cree que su padre sufría flashbacks'?

—Obviamente. ¿Qué otra cosa, si no?

El médico sigue mirándome fijamente y asiente con la cabeza, en absoluto convencido.

—Y fue después de eso... cuando usted empezó a tener sus problemas.

—Sí.

—Quizá por hoy sea suficiente. Siempre podemos retomarlo. Niego con la cabeza.

—No. Hace ya tiempo que lo superé.

—Vamos, vamos, vamos —dice la voz en mi oído.

Y veo a Jude inclinado sobre mí, susurrándome alguna cosa. Intentando calmarme como lo haría un padre. Rápidamente me siento y él se aparta.

—Mejor así —dijo—. Estabas soñando.

—Lo siento —mascullé, todavía agitado.

—Voy a fumar un pitillo. Me da igual lo que digan, ¿de acuerdo?

—Adelante —dije.

Subió unos centímetros la ventana y acercó una silla. Clavó desde allí los ojos en la oscuridad de la noche mientras fumaba con actitud cavilosa, echando el humo por la rendija. Sentí el sudor como una gélida segunda piel.

—Puedes contármelo —dijo—. Si quieres, claro.

—Es un viejo sueño. Sobre un altercado que tuve una vez.

—¿Un altercado?

—Con mi padre. Lo sueño a menudo...

—Ah, bueno. Los altercados con nuestros padres. Una vieja historia. Viejísima.

—Supongo que sí.

—Te he oído gritar... el nombre de tu hermana. Eso es lo que me ha despertado.

—Sí —expliqué—. Ella estaba allí. ¿Qué más has oído?

—Nada inteligible. —Se inclinó hacia la ventana, dio una calada al cigarrillo y soltó el humo por la estrecha rendija a la impenetrable noche.

—No me has dicho qué clase de pastillas —dije.

—¿Pastillas?

—Las que tomabas cuando todo te superaba.

Siguió un largo silencio. Luego hizo una lista. Dilaudid. Percocet. Hasta antigripales. Cualquier cosa que tuviera a mano. Las machacaba y las aspiraba.

—A veces me las inyectaba, pero ese rollo no me va demasiado. ¿Has oído hablar del OxyContin?

—Creo que sí.

—Es la respuesta a todo —dijo.

—Vaya, no lo sabía.

—Si el cielo es la mitad de placentero que eso —añadió, negando despacio con la cabeza—, te aseguro que no veo la hora. No sabría cómo describírtelo. —Hablaba con una voz triste—. No me parece justo. —Le oí reírse en la oscuridad.

—¿A qué te refieres?

—Cada vez que uno cree haber encontrado el cielo en la tierra, aparece el bastardo de tumo

para informarte de que «lo siento, pero en realidad esto es el infierno».

Jude terminó de fumarse el cigarrillo y lo apagó con un pulgar y un índice teñidos de amarillo hasta los nudillos. Luego cerró la ventana, pero se quedó sentado donde estaba, mirando fuera.

—¿Dices misa aquí? —pregunté.

—A veces.

—Avísame la próxima vez. Puede que vaya.

—Mañana, después de desayunar. ¿Has sido alguna vez monaguillo?

—Hace mucho tiempo.

—Necesito un ayudante.

—Oh, no —me apresuré a decir—. No podría...

—Vamos. Hazme el favor.

—De acuerdo —respondí, sintiéndome de pronto atrapado.

—Voy a intentar dormir un par de horas más antes de que vuelvan las gim-náuseas. —Se quedó callado durante un instante—. El nombre de tu hermana era Effie, ¿verdad?

—Sí. ¿Te lo había dicho?

—Lo dijiste en sueños hace nada. Un nombre precioso. Me hace pensar en algo sólido, aunque... misterioso, salvaje y hermoso. Como la falla en la distancia.

—Cualquiera diría que has conocido a una Effie en algún momento de tu vida.

—Mi querido amigo, así es, sí.

Creí que dormía, pero volvió a hablar en la oscuridad.

—La única vez que debería haber jugado... y no lo hice.

El doctor Shaw preguntó:

—¿Y alguna vez lo habló con su hermana? Me refiero a por qué su padre se dirigía a su habitación. ¿Qué más podría haber ocurrido?

—No. En aquella época estábamos un poco distantes.

—Tengo que preguntárselo: ¿creía usted que su padre abusaba de ella?

—No lo sé. Probablemente. Depende de lo que ella entendiera por abuso.

—Pero ¿nunca se lo preguntó? ¿Ni siquiera después de ingresar en el sacerdocio?

—Ella se marchó de casa antes de eso. Y, poco después, todo se volvió complicado.

—Los impulsos suicidas. ¿Empezaron después de ese... altercado con su padre?

—No inmediatamente.

—¿Se acuerda de cuándo?

—Sí. El amigo de mi padre, el que estuvo implicado en el incidente, el hombre que murió.

De hecho, se mató.

El médico arqueó una ceja.

—Más tarde, en el curso de mi propia vida, me sorprendería pensando en lo que hizo. Y un día por fin entendí, objetivamente, que había hecho una elección razonable escapando de los recuerdos con los que era incapaz de seguir viviendo. Me pareció una solución legítima. Una solución final. Para todo.

—El suicidio no tiene nada de razonable.

—Eso lo sé ahora.

—¿Y qué cree usted que le impidió hacerlo... cuando le pareció que tenía sentido?

—No tuve los cojones de hacerlo.

—¿Y cuándo decidió ser sacerdote?

—Por esa época.

Siguió sentado sin mediar palabra, pensativo. El silencio se prolongó entre ambos.

Por fin habló:

—¿Cree que el sacerdocio fue entonces un sustituto del suicidio?

—De hecho, no. Pero ¿eso es lo que usted cree?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo.

Después de misa, recogí las botellas y las angarillas mientras Jude doblaba sus vestiduras. Había sido una pequeña congregación: tres personas en la diminuta capilla, una pequeña habitación con olor a pino desprovista de las habituales estatuas e imágenes en una muestra de consideración hacia los protestantes y los judíos que pudieran desear visitarla para orar o meditar. No era cuestión de distraerles con nuestra imaginería.

A pesar de que Jude abordó la liturgia de un modo harto juicioso, vi que le temblaban las manos y los brazos durante la consagración.

—Gracias por tu ayuda —dijo.

—Ha sido un placer —fue mi respuesta.

Estaba metiendo con sumo cuidado su cáliz en una caja forrada de terciopelo.

—Esto es lo único que no robé.

—Parece caro.

—Es un regalo de mi padre. Por eso no tuve el valor de desprenderme de él. Pobre capitán. Apenas podía permitirselo.

—¿Tenías buena relación con tu padre?

—A decir verdad, no. —Cerró la caja con un chasquido y se volvió a mirarme—. Y dime, ¿cuánto tiempo estuviste en el negocio? —preguntó con una pequeña sonrisa.

—¿El negocio?

—Sabes muy bien de lo que hablo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Quizá sea simple intuición. Eres el primer monaguillo que conocía mi parte mejor que la suya.

—No me he dado cuenta. —Sentí que me ardía la cara.

—Ha sido durante la consagración. Quizá no te hayas dado cuenta. Me he detenido y tú has seguido.

Fui presa de una sorprendente sensación de confusión. Luego me invadió la culpa.

—Otro sacerdote víctima de la negación —dije—. ¿Qué te dice eso?

—Bueno, yo lo he hecho cientos de veces. Cuando jugaba en las mesas del casino, obviamente me vestía y me comportaba como un seglar. Creo que ahí radicaba gran parte de la adicción. La excitación de convertirme en otra persona. Es una sensación fantástica. En cierto modo, somos actores por defecto. Siempre estamos representando algún papel.

Todavía recuerdo la intensidad que evidenciaba el rostro del médico.

—Esas tendencias suicidas. ¿Alguna vez ha hablado de ellas con alguien?

—Sí.

Siguió sentado, esperando.

—Años después. Con una amiga.

Y entonces le pregunté directamente a Jacinta:

—¿Cuándo volverás? He aprendido que ésa es la única forma de saber la verdad. La pregunta directa. Quiero saber cuándo volverás de Aguilares. Y quiero que me respondas con absoluta sinceridad.

Estudió mi rostro durante un buen rato, explorándome con los ojos.

—Seré sincera contigo. No lo sé.

—¿Quieres volver?

—Quiero estar aquí más que nada en el mundo. Pero por otros factores. Tengo trabajo que hacer.

—No quiero que te ocurra nada.

Esbozó una dulce sonrisa y me puso la palma de la mano en la mejilla.

—Mandaron aquí al pobre Alfonso para que no le ocurriera nada.

—Si vuelves, te prometo que me convertiré en lo que deba convertirme.

—Debes convertirte en el hombre que Alfonso vio en ti. Y ese hombre es, a día de hoy, un sacerdote. —Movié la mano hasta depositarla sobre mi frente para leer así mis pensamientos como los ciegos leen el braille—. Tus sueños me acarician las yemas de los dedos. Y no estoy entre ellos.

—Te necesito.

Negó con la cabeza.

—Tengo miedo.

Desplazó los dedos hasta mis labios.

—Tienes ya todo lo que necesitas. No hay nada que temer.—Sonrió.

—¿Qué estás pensando? —pregunté.

—Que no volveremos a vernos.

—No es verdad. Me aseguraré de que siempre puedas ponerte en contacto conmigo. Te lo prometo.

—De acuerdo —dijo—. Debes cuidarte para mantener la promesa.

—Pero ¿nunca intentó seguir en contacto con ella?

Aunque Shaw había estado muy ocupado tomando notas, llegados a ese punto se limitaba a escuchar, observándome con atención.

—Supe de ella en una ocasión.

—¿Y después?

—Nada.

—Y la muerte de su amigo, el sacerdote, ¿fue resuelta de forma oficial?

—Sí.

Me estudió, esperando que le contara más, hasta que por fin volvió a bajar los ojos hacia mi historial.

—Hablemos un poco de su padre.

—¿De mi padre?

—¿Ve usted alguna relación?

—¿Relación?

—Entre su padre y la muchacha. Y su sacerdocio. Ocupan el mismo lugar en su memoria.

—¿Lugar? ¿Qué lugar?

—La desesperación neutralizada por la esperanza —respondió.

Querido Pelirrojo:

Espero que esta carta te encuentre bien y que no te sorprenda saber que sigo en El Salvador. Llevo aquí tres semanas y he decidido quedarme. Te escribo para tranquilizarte y para que sepas... que estoy bien, y para recordarte tu promesa de que serías fuerte.

Effie apareció sin avisar a mediados de mi tercera semana en el centro. Yo estaba leyendo en mi cuarto cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Tiene visita.

Effie quería que habláramos, de modo que la llevé al pequeño mirador donde Jude y yo nos sentábamos a contemplar la impenetrable falla.

—Santo Dios —dijo—. Casi vale la pena provocarse una crisis para poder disfrutar de algo así.

Seguimos sentados en silencio durante unos minutos. Luego le conté lo que pude recordar de lo que Jude me había dicho sobre la geología de la inmensa falla. Y después le hablé un poco de él.

De pronto, dijo:

—No he dado crédito cuando me he enterado de que estabas aquí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sextus.

—¿Qué es lo que te ha contado?

—Sólo que creía que habías tenido una especie de depresión.

—Vaya uno.

—Ya lo sé —dijo, antes de volver a sumirse en su cavilosa intimidad. De nuevo, bruscamente—: ¿Cómo crees que ha empezado?

—No lo sé. Aquí hay un psiquiatra que cree que todo es provocado por nuestros padres.

—Muy original.

—Una madre imaginaria. Un padre trágico. Arquetipos, los llama.

—Yo fui una vez a un psiquiatra —dijo.

—No lo sabía.

—La primera vez que rompí con Sextus. Decidí que era hora de buscar nuevas respuestas.

—¿Nuevas respuestas?

—Las que tenía hasta entonces ya no me servían. Básicamente empezaban todas con tres palabras deprimentes: «Pobre de mí».

Sin tan siquiera pensarlo, le rodeé los hombros con el brazo y la atraje hacia mí. Ella no dijo nada y seguimos sentados así, presenciando en silencio cómo el sol y la falla iban uniéndose poco a poco.

—¿Qué más te ha dicho Sextus? —pregunté tras una larga pausa.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Desde luego, si hay alguien que necesita terapia, ése es Sextus.

Tras un nuevo silencio, pregunté:

—¿Y qué le contaste de nuestro padre a tu psiquiatra?

—Le conté lo culpable que me sentía por cómo le despreciaba.

Antes de marcharse, Effie me tomó la mano durante lo que se me antojó un momento extrañamente largo.

—Al final entendí cuál era realmente el problema de nuestro padre, y no me refiero a la guerra. Tenía un problema aún mayor;

—¿Ah, sí?

—Sí. Sus ansias por saber quién era. Algo tan simple como el hecho de no saber quiénes eran sus abuelos. No saber quiénes eran realmente sus padres. Tener sólo su nombre, sin la sustancia ni la historia. Abandonado en el tiempo. ¿Es que no lo ves?

Me reí.

—¿Cuándo supiste todo eso?

—Siempre he sabido lo elemental, como tú, pero nunca ordené las piezas hasta el año pasado. Exactamente el día en que hablé con la anciana Peggy de Hawthorne. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, sí.

—¿Sabías que la madre de papá intentó dejarle con sus padres en Hawthorne?

—Me lo habías dicho. ¿Cómo se llamaba la mujer que mencionaste? Hester algo.

Sonrió.

—Debe de ser muy duro bregar con esa clase de rechazo.

—¿Explica eso la rabia?

—Supongo que en parte.

—¿Y por eso le has perdonado?

Me estrechó la mano breve y bruscamente antes de soltarla.

—No. Le había perdonado mucho antes de saberlo.

Danny está contemplando el techo, cruzado de brazos. Parece relajado.

—Supongo que... lo del suicidio jamás se le habrá pasado a ningún cura por la cabeza — dijo. Y se rió ante lo absurdo de la idea.

—Estoy seguro de que se ha dado algún caso —contesté.

—Lo dudo.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Pues que no es posible que ocurra. Sobre todo teniendo al Espíritu Santo cuidando de ustedes.

—Ahí es donde se equivoca.

Un sábado por la mañana en el gimnasio, Jude susurró entusiasmado:

—¡Tengo un permiso! Probablemente por ser lo que somos. Me han dado un permiso. Podemos salir y pasar la tarde fuera. Cogemos mi coche.

—¿Adónde vamos? —dije, presa de pronto de una repentina descarga de excitación infantil.

—Quiero enseñarte un lugar fantástico. Está en la falla. Se llama Ratdesnake Point.

—Suena muy atractivo.

—Pararemos a almorzar en algún sitio.

Viajamos en silencio hacia el este durante casi una hora. A lo lejos vislumbré un halo rosáceo suspendido sobre la metrópolis.

—Imagínate vivir en Toronto debajo de eso —comentó Jude, señalando el halo.

—Supongo que podríamos pasar de largo —dije.

—Sin duda. Y seguir hacia la costa, ¿eh? Imagina cómo deben de estar ahora ahí abajo. Apuesto a que con la nieve hasta las rodillas. Ves, eso es algo que no echo de menos. Los largos inviernos.

Se metió por una carretera más estrecha que desaparecía entre los árboles y avanzamos por la ladera de lo que parecía ser una pequeña montaña.

—De hecho, nos dirigimos hacia la falla —anunció Jude—. Deberías ver esto un agradable día de otoño. Los colores... Es como si el fuego ardiera en todas direcciones. Aunque probablemente estaría lleno de turistas. No creo que encontremos demasiada gente en esta época del año.

Había sólo un puñado de visitantes ese día: parejas mayores con perros y algún senderista solitario. Tensas cuerdas, enlazadas a los árboles, desaparecían por el borde de un alto risco.

—Escaladores —explicó Jude—. Practican aquí. —Señaló hacia Bronte Creek y describió

los restos de un antiguo poblado indio enclavado en las inmediaciones—. Un agradable y enérgico paseo de dos horas. En otro momento volveremos y lo haremos. —Dos pájaros enormes planeaban en la bóveda celeste—. Buitres —explicó alegremente.

—Parecen halcones o águilas —dije.

—No. Son sólo buitres. Carroñeros como todos, pero con un nombre menos afortunado. — Sonreía—. El nombre lo es todo, ¿no te parece? Si llamáramos al águila de otro modo, no sería un águila, ¿no?

Me senté en una gran roca, no muy lejos del precipicio.

—¿Sabes cuál es el secreto del águila? —dijo—. Nunca nos deja ver cómo se alimenta de la carroña. Sólo podemos verla planear. O posada en las alturas, fuera de nuestro alcance. Como un ser superior. El águila es muy discreta en lo que hace referencia a todo lo mundano, a lo mortal. Como lo era antes el sacerdocio. Fuera del alcance del común de los mortales. De ese modo es más fácil crear mitos, ya sea del águila o del sacerdocio.

Nos quedamos en silencio durante un momento, viendo flotar a las aves.

Por fin, se levantó y se despezó.

—La naturaleza me llama. Sé que no lejos de aquí hay un lavabo.

—Me quedaré unos minutos más —dije.

Siguió entonces un largo silencio, tan sólo interrumpido por el suave suspiro de la brisa. A lo lejos me pareció ver una valla divisoria precedida por una gran pradera. Los árboles seguían los contornos del terreno hasta desaparecer al otro lado de un montículo, dejando tan sólo el cielo a la vista.

Me pregunté si Brendan Bell habría visitado ese lugar. Lo dudé. No me parecía un tipo aficionado a disfrutar de las actividades al aire libre. Sin embargo, sí supe en ese momento que el padre Roddie había contemplado ese paisaje. Orangeville estaba por allí cerca. ¿Se habría maravillado ante semejante majestuosidad, y ante su propia fortuna?

Oí una voz y entendí que provenía de alguien que colgaba de una de las cuerdas, balanceándose debajo de mí contra la cara del risco. Me levanté y me acerqué al borde. Una vez allí, intenté mirar abajo, pero tan sólo pude ver las escarpadas rocas.

Sentí un escalofrío aterrador. Luego volví a oír la voz. Parecía provenir de la cuerda. No logré entender las palabras. El nacimiento no es más que el principio del viaje. La vida, el tránsito. La muerte, el final del comienzo. Sentí una descarga de temor y de pena. «No pienses — parecía decir la voz—. Cree en la resurrección. Sigue el dictado de tu fe. El temor no es más que anhelo. El anhelo de ser realmente libre. La eternidad te aguarda. La libertad eterna. Aquí no hay nada. Bien que lo sabes.»

«Pero, ¿Y Jacinta? Se lo prometí.»

«Jacinta fue una mentira. Una fantasía.»

El futuro no existe. Es una ilusión. Existe sólo el ahora.

Había dejado de ser consciente del borde del precipicio o de las rocas situadas más abajo. Ya sólo percibía la suave pradera y el cielo infinito. Estaba suspendido en una corriente de éxtasis, ya en el aire. El tiempo se derritió y pasado, presente y futuro fueron uno mientras que la pradera y el horizonte dibujaban un continuo. Me hallaba en el umbral de lo absoluto.

«Actúa. No pienses. Ya casi estás ahí.» Inspiré hondo. Cerré los ojos.

Sentí la ligera presión de la mano de Jude en el hombro.

—Eso es algo que yo jamás podría hacer —dijo, mirando al vacío—. Para esto de la escalada... hay que tener ganas de retar a la muerte. Yo les llamo «los colocados colgados».

Su voz era suave y la risa, apenas un insinuante rugido ronco en su garganta. Sus dedos

firmes, clavándose en la tela de mi chaqueta, tiraron de mí hacia atrás, alejándome del borde hacia él.

—Hay que tener cuidado cerca del borde —me advirtió—. En algunos puntos, el saledizo puede resultar traicionero.

Volví la cabeza hacia su voz y vi en sus ojos una mirada soñadora perdida en la distancia.

Por fin, Danny carraspeó y habló pausadamente:

—Pero ¿no cree que... si su amigo no hubiera aparecido?

—No lo sé.

—Jamás hubiera imaginado que alguien que se dedica a lo que usted hace pudiera...

Me oí preguntar:

—¿Y a qué me dedico yo, si puede saberse? ¿O a qué cree que debería dedicarme?

La expresión que asomó a su rostro fue la mirada de un niño que intentara comprender el abandono.

—Danny, deje que le diga lo que creo que debería ser un sacerdote. Creo que, ante todo, un sacerdote debería ser humano.

Abrevié. Había tenido un amigo en un lugar llamado Honduras. Un sacerdote ejemplar, quizás el único que había conocido. Danny escuchó con expresión solemne hasta que terminé de hablar. Luego siguió sentado durante un largo y silencioso instante. El viento envolvía el silencio. Danny tosió brevemente y se aclaró la garganta.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—. Menuda historia.

Oí el tictac del reloj.

—Supongo que uno nunca sabe por lo que pasan los demás. —Sacudió su desgredada cabeza y se levantó—. Discúlpeme un minuto —añadió, alejándose con paso cansado por el pasillo.

Cuando regresó, me preguntó:

—¿Quién cree que asesinó al pobre tipo? Al cura. Su amigo. —En cierto modo, lo hice yo.

Hacía casi una semana que Jacinta y nuestro fallecido Alfonso se habían marchado. La policía había vuelto. Calero y un hombre más joven. Iban de uniforme y uno de ellos llevaba un arma que no suele verse en las manos de la policía. Era una especie de ametralladora, corta y gruesa, con un cargador que sobresalía del cuerpo principal. Por costumbre, tenía el dedo en el gatillo. El tercer hombre era un civil. Canadiense. De la embajada, según dijo.

—Nos enfrentamos a una situación potencialmente incómoda —anunció.

—¿Conoce usted bien a esa mujer llamada Jacinta? —me preguntó Calero.

—Lo suficiente —fue mi respuesta.

—¿Sabe dónde está en este momento?

Me encogí de hombros.

—Supongo que en El Salvador. Al menos, allí es adónde iba.

—¿Sabe exactamente adónde?

—Creo que a Aguilares. ¿No es de allí de donde era el padre Alfonso?

—Sí. Pero ¿ella no era de Chalatenango, un pueblo de las montañas?

—No lo sé.

—¿Cree que puede haber vuelto allí?

—No tengo la menor idea. Además, ¿qué importa eso? Ella no tuvo nada que ver con la muerte de Alfonso.

—Quizá —dijo Calero—. Sin embargo, nos gustaría hablar con ella.

Habló entonces el canadiense. Manifestó que había algunas dudas sobre el móvil de la muerte de Alfonso.

—En su día las autoridades locales hicieron ciertas conjeturas sobre los vínculos políticos de su amigo y sobre algunas de las actividades a las que se había dedicado en el pasado. El móvil del asesinato parecía evidente. Quizá demasiado. Ahora se inclinan más por otra teoría. Corren ciertos rumores, chismes cada vez más extendidos en el vecindario. Jacinta tenía una relación con un sacerdote. Al parecer, los rumores llegaron a oídos del marido abandonado.

¿Sabía yo que su marido era un oficial del ejército? ¿Sabía que era una de las cabezas visibles de las Fuerzas Armadas de El Salvador?

En una ocasión creí oír que quizás había estado casada, pero jamás lo hablé con ella.

—Odiaría tener a ese mayor Cienfuegos como enemigo —dijo el policía más joven.

Y, tras consultarlo con los otros dos mediante un intercambio de miradas, Calero dijo:

—Nuestra investigación de la trágica muerte del padre Alfonso ha dado un giro significativo.

—Hemos arrestado a un soldado del batallón del esposo de Jacinta cuando intentaba cruzar la frontera cerca de Colomocagua. Durante el interrogatorio, el soldado ha sugerido que el asesinato del sacerdote fue más una cuestión de honor que de política. Reconoce haber sido el autor del asesinato, pero no sabemos con seguridad a quién pretendía matar. Estaba oscuro. Su misión era matar a «un rojo» que era sacerdote. Después de ciertas averiguaciones entre los lugareños, entendió que el objetivo era el padre Alfonso, un conocido partidario de los comunistas.

—Pero sabemos que aquí es usted conocido como Padre Pelirrojo... Supongo que por el color del pelo.

—Sí, así me llaman.

—Debemos considerar la posibilidad de que el soldado se equivocara de... rojo. ¿Puede prestarnos su ayuda en ese sentido?

—No lo creo —respondí muy tenso.

—Ya —dijo Calero, mirándose las manos—. Claro.

—No tenemos intención de arriesgarnos —interrumpió agriamente el diplomático canadiense—. Hemos hecho nuestras propias averiguaciones. Nos hemos puesto en contacto con su obispo y él está de acuerdo. En esta parte del mundo, las percepciones pueden marcar la vida o la muerte.

Lo habían dispuesto todo. Ese mismo día saldría del país con destino a Canadá.

No dejaron nada al azar. Hice rápidamente las maletas. Un coche de la embajada esperaba en la puerta. Nos despedimos con un apretón de manos.

Cuando terminé de hablar, me di cuenta de que Danny había puesto su enorme mano sobre la mía, relajadamente.

—No tuvo usted la culpa, no me joda, hombre —dijo taciturno—. Ni de coña.

—Gracias.

—Tiene que empezar a creérselo.

Asentí con la cabeza.

—Lamento no poderle ofrecer una copa.

—No se preocupe.

El trigésimo noveno día de nuestra estancia en el centro, Jude dimos nuestro último paseo juntos. Sentados en el pequeño banco bañado por el sol, me preguntó de pronto si creía que mi experiencia en Braecrest me había servido de algo.

—Ha sido un buen descanso —respondí. Y de hecho, así lo creía, eso y también que estar en buena forma física es importante. Y eso me llevó a pensar en Stella y en que no tardaríamos en empezar con el tenis. De pronto deseé estar de vuelta en la costa—. ¿Tienes alguna amiga? —

pregunté.

—Uy, uy. Pregunta arriesgada.

—Perdona —me apresuré a decir.

—No te preocupes. De hecho, nunca he intentado tener amigas. Al menos desde que me ordené. Pero he pasado algunas temporadas en monasterios y dando clase. Tuve a un par de colegas mujeres.

—¿En monasterios?

—Soy agustino. Tenemos parroquia en Ottawa. Y ésa fue precisamente mi perdición. Demasiada libertad para una parroquia. Estábamos muy cerca de Montreal y del casino.

Durante unos segundos perdimos la mirada en la distancia. Los pájaros primaverales revoloteaban entre las tiernas ramas y soplabla una brisa templada. Me acordé de Creignish y del gélido viento del noroeste que barre el golfo en esa época del año, desatando la ocasional y desafiante tormenta de nieve contra los encogidos habitantes. Y de las lluvias, todavía gélidas y desapacibles;

—La fe —dijo—. Qué fuerza tan poderosa. Pablo. Agustín. Lutero. Pascal. Santo Dios. Esa noción de que sólo hay que creer en la eternidad para formar parte de ella...; hasta yo podría creérmelo si no conllevara la devaluación de esto. —Abrió los brazos como en un intento por abarcar el inmenso espectáculo que se abría ante nosotros.

—Pablo a los Romanos —dije con una sonrisa—. Supongo que está todo ahí.

De pronto tensó la espalda y se volvió ligeramente hacia mí.

—¿Sabías lo que estaba haciendo Lutero cuando llegó a esa conclusión... sobre la justificación por la fe?

Me encogí de hombros.

—Estaba haciendo de vientre leyendo a Pablo a los Romanos. Y se le ocurrió de pronto, como si le hubiera iluminado un rayo. Así. Una idea que cambiaría el mundo para siempre. —Volvió a recostarse contra el respaldo—. ¿No te parece simplemente perfecto?

—Entonces, ¿cómo entiendes la fe?

—Mira eso —respondió, señalando la falla con un gesto—. Sé que está ahí. La veo. En mis peores días pienso en la falla. O alzo los ojos hacia el universo. Normalmente con eso es suficiente. Luego, claro, quiero más y me vuelvo avaricioso. Busco las mesas, deseoso de encontrar la auténtica inmortalidad.

—¿Qué harás ahora?

—Se acabó el juego. Y también las pastillas. —Asentía con la cabeza, asimilando su propia certeza—. Volar como un pájaro a la montaña. Le miré, confundido.

—Salmo número once. Leo los Salmos como si leyera poesía. —Perdió la mirada en la distancia—. «Porque los malvados tienden su arco y ajustan sus flechas a la cuerda, para disparar desde la penumbra contra los rectos de corazón.» O algo parecido. He pensado en tomarme cinco semanas y caminar desde Queenston a Tobermory. Creo que puedo hacerlo. Explorar la falla y la fe durante la caminata hasta el fondo. Evitando así a los malvados y sus arcos y flechas.

De pronto sentí envidia y fui presa de una gran sensación de soledad.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes? —me preguntó alegremente.

—He decidido pasar una semana en Toronto.

—Qué bien.

—Tengo que terminar allí algunos asuntos.

—¿Y después?

—Veremos cómo salen las cosas en Toronto.

Una solitaria gaviota salió de ninguna parte y pasó revoloteando por delante de nosotros.

—Los primeros días son los peores —declaró con un suspiro.

—Cualquiera diría que ya has pasado por eso.

—Bueno. Esta es mi tercera vez aquí.

—Le diré lo que haré —dijo Danny tras una larga pausa—. Voy a dejarme de gilipolleces y de mirarme el culo y empezaré a pensar en los demás. Eso es lo que haré. —Me puso entonces las manos sobre los hombros, acercó su rostro al mío y vi brillar sus ojos. El olor a alcohol casi pudo conmigo—. Ya es hora de que levante cabeza. ¿Y sabe una cosa? Empezaré con usted.

—¿Conmigo? —me reí.

—Bueno, primero llamaré a mi esposa.

—¿Dónde está?

—En casa de Stella. Lleva allí una semana. Me ha dicho que ya no me soportaba más en este estado.

—No lo sabía.

—Bah, no se preocupe. Mañana voy a enseñarle a navegar con el *Jacinta* como Dios manda, ¿de acuerdo? Me han llegado algunos comentarios que circulan por el puerto. Parece que va dándose golpes contra las demás embarcaciones. A la gente de por aquí se le da bien eso de sacarle la punta a todo. Vamos a arreglarlo. —Se sentó—. Empezaremos mañana. Va usted a aprender a llevar ese barco.

—Quizá deberíamos esperar a que el barco vuelva a estar en el agua.

Estudió mi rostro atentamente. Sonreí.

—Buena idea —dijo.

Cuando ya volvíamos, Jude dijo:

—Siempre es un error identificarse demasiado con cualquier institución. Ésa puede ser nuestra perdición. Perdernos en la inmensidad de la Santa Madre Iglesia y olvidar quiénes somos como personas..., nuestra unicidad personal.

Debí de mostrarme sorprendido.

—Las instituciones son amorales —dijo—. Nunca deberíamos perder el contacto con nuestra individualidad. Cuando perdemos eso, perdemos el contacto con la esencia. Con lo bueno y lo malo de las cosas. Debo pensar que estamos condicionados a hacer lo que está bien. Como personas, pero no como instituciones. Las instituciones carecen por completo de moral. No son más que simples objetos.

Me detuve.

—Me dijiste una vez que quizá tenías un número de teléfono de Toronto de Brendan Bell.

—Sí. De hecho, lo tengo. Te lo daré. Sé que lo utilizarás con discreción.

—Por supuesto.

—Preferiría que él no supiera que te lo he dado yo. Eso suponiendo que se acuerde de quién soy.

—Claro. Pero ¿a qué viene lo de la discreción?

—Ah, bueno —respondió, obviamente incómodo—. Hace unos años se pusieron en contacto conmigo por un asunto bastante peliagudo que implicaba al joven Brendan. Preferiría no hablar demasiado sobre las circunstancias. En cualquier caso, en las altas instancias les parecía buena idea que Brendan pasara una temporada en Ottawa. En mi instituto. Un colegio católico masculino. Querían que le buscara algo en el colegio. Un puesto temporal de profesor. Tendría que cuidar de él.

—Ya, entiendo. ¿Te acuerdas de cuándo fue eso?

—Diría que hace unos cinco o seis años. Tuve que decirles que no me parecía una buena idea tener a Brendan enseñando en un colegio de niños. De todos modos, me dieron las gracias y me dijeron que buscarían otra solución.

—¿Y te acuerdas de adónde... le enviaron?

—Ni idea.

De pronto, un cuervo graznó al tiempo que alzaba el vuelo de un árbol cercano.

—Si quieres que te diga la verdad, no he vuelto a saber nada de él desde entonces. Sólo me han llegado algunas habladurías... Que lo dejó y que le fue bien en los negocios. Pero guardo el número de teléfono que me dieron en aquella época. Creo que es el de un familiar.

Tras un nuevo interludio caminando en silencio, Jude dijo por fin:

—Te daré también mi teléfono. Así podrás contarme cómo te ha ido con él.

—Lo haré —dije—. Te tendré al corriente. Aunque ya entonces sabía que jamás lo haría.

EFFIE esperaba en su coche en la plazoleta redonda situada delante de la recepción. Los cuidadores plantaban flores de estación y podaban los restos muertos de los setos que no habían sobrevivido al frío invernal. Los residentes deambulaban a lo lejos. Mi hermana leía un grueso libro y no me vio cuando emergí por la puerta principal. Llamé con los dedos a la ventanilla y ella me sonrió. Luego indicó con la cabeza el asiento del pasajero. En cuanto estuve sentado a su lado, se inclinó hacia mí y me ofreció la mejilla. La besé, apenas rozándola con los labios, presa de un pánico momentáneo y bruscamente conectado de nuevo con la realidad de mi propia historia.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó, jovial.

—Una experiencia que ha merecido la pena —respondí.

—Habría dado cualquier cosa por haber sido una mosca en la pared para ver cómo te abrías.

—Deben de haberte zumbado los oídos —bromeé.

Me tomó la mano.

—¿Cómo estás?

—Bien. Un poco desorientado, pero bien.

—Tengo muchas ganas de que podamos dedicarnos un poco de tiempo. Dios mío, hace siglos que no tenemos tiempo para nosotros.

—No estoy seguro de que lo hayamos tenido alguna vez.

—Tengo una visita en casa —dijo—. Pero se marcha mañana.

Su otro invitado estaba en la universidad, Effie anunció que ambos estarían de vuelta a la hora de cenar,

—Supongo que se trata de alguien famoso —dije.

Se rió.

—Es sólo William. De Hawthorne. Le he traído para que dé una conferencia.

—¿Willie? ¿Qué clase de conferencia?

—William —me corrigió—. Y ahórrate los juicios. Ni te imaginas de lo que se trata. No sabes lo que nuestro William esconde.

—Vaya. Me tienes en ascuas.

—Es una anomalía. Probablemente conocíamos a docenas de tipos como él cuando éramos niños, pero resulta que es uno de los últimos ejemplares, una de esas personas no contaminadas que conserva aún un fragmento puro de nuestra historia en la cabeza. Intacto. En su caso, se trata de la vieja poesía y del folclore de los pioneros. Transmitidos oralmente. Es realmente increíble.

—¿Poesía?

—No espero que lo entiendas, aunque tengo en la universidad a algunos investigadores de Irlanda y de Escocia que quieren grabarle, así que le he dejado con ellos antes de ir a buscarte.

—¿Y qué piensa Willie Hawthorne de que le consideren una... anomalía?

—Le encanta —respondió.

Me reí.

—Supongo que se ha instalado en mi cama.

—Te he puesto en la habitación de invitados. A William le he instalado abajo, en la sala de recreo.

Mi hermana vive en una de esas casas que yo asocio con la autoridad. Es un edificio de granito, lleno de rincones y de salientes que hacen que parezca mayor de lo es cuando estás

dentro. El camino de acceso a la casa es de asfalto negro que siempre parece acabado de renovar. Los vecinos aparcan delante de los garajes sus imponentes todoterrenos y sus sólidos utilitarios en cuyas matrículas figuran sus nombres en vez de números. A pesar de que estábamos todavía en mayo, los arces, los robles y hasta los escasos olmos estaban cubiertos de un frondoso verdor estival. El césped estaba ya cortado. Es una calle en la que cuesta imaginar cualquier sombra de misterio.

La de invitados era una habitación limpia y parcamente amueblada, con una cómoda y una estantería llena de viejas ediciones de tapa blanda y libros de texto. Difusos impresionistas decoraban las paredes. Reparé en un crucifijo que colgaba sobre la cama y fui consciente por vez primera de que hacía semanas que no sentía la menor inclinación hacia la oración. Me senté en el borde de la cama, me metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y encontré allí las tranquilizadoras cuentas. «Hoy es viernes», pensé. Los dolorosos misterios. Dejé vagar la mirada por los estantes. No encontré nada que me interesara. Me tumbé sobre el blando colchón, una vez más prendido entre la verdad y la comprensión, recordando el santuario de la fe. De pronto me incorporé, incómodo, y miré hacia el otro extremo de la habitación, donde casi esperé ver la pulcra cama de Jude, y fui presa de una punzada de ansiedad.

Me quedé de pie delante de la ventana, anhelando algo más amplio y reconfortante que el barrio de una ciudad, por mucho que pareciera construido con granito, ladrillo y caliza. Al otro lado de la calle, una guapa adolescente hablaba ceñuda por el móvil, sentada en la puerta de su casa con un brazo alrededor de las rodillas. La gran rama de un árbol se agitaba suavemente delante de mí al otro lado de la ventana, ocultando mi presencia. Estudié a la muchacha y su rostro de niña contraído por ansiedades típicamente adultas. «¿Realmente me ven? ¿Les gusto? ¿Soy importante? ¿Estoy a salvo?»

La muchacha iba vestida para llamar la atención con un pequeño y ajustado jersey que le llegaba justo por encima del ombligo. Debido al modo en que estaba sentada, con los codos sobre las rodillas, un michelín de grasa temprana le cubría la cintura de los vaqueros de cintura baja. A su espalda, la puerta se abrió despacio.

Salió un muchacho de unos doce años. La chica siguió con su conversación. Él se quedó detrás de ella y de pronto le tiró del pelo. Ella lo apartó con la mano que tenía libre sin tan siquiera volver la cabeza. Él se rió, se apartó de un salto y volvió a entrar.

Me acordé de Bell. En un instante idéntico a aquél estaría haciendo de las suyas en alguna parte.

Bajé y encontré un listín telefónico. Debía de haber un centenar de B. Bells. Comparé todos los números con el que me había dado Jude. Ninguno coincidía. De todos modos, lo marqué.

El tono de espera sonó media docena de veces antes de que alguien descolgara el auricular. La voz de un hombre ofreció un vacilante «hola». Pregunté si podía hablar con Brendan Bell.

—No. ¿Quién le llama?

—Soy un viejo amigo.

—No está aquí.

—¿Podría decirme a qué hora puedo encontrarle en casa?

—No —respondió. Luego, con un tono ligeramente hostil—. Brendan ya no vive aquí.

—Vaya. Lamento haberle molestado.

—Si es amigo suyo, debe de saber que... ahora está casado.

—Sí, lo sé. Si por casualidad hablara con..

—No puedo ayudarle —dijo el hombre. Y colgó.

Cuando llegó Cassie, me encontró con el auricular en la mano. Casi no la reconocí. En cada

uno de nuestros infrecuentes encuentros siempre me ha sorprendido que ella, que, después de mi hermana, es mi familiar más cercano, sea prácticamente una desconocida para mí: una auténtica mujercita, con el pelo y los ojos oscuros heredados de los Gillis.

—Vaya, mira quién está aquí —dijo, dejando caer el bolso, la chaqueta y el periódico y acercándose a mí.

Cassie es periodista.

—Estás fantástico... Guapo, delgado y con esos ojos claros.

Menudo desperdicio. —Se rió. Reconocí en la suya la risa de su madre—. Conozco a media docena de mujeres que te comerían. Sentí el repentino calor en la cara.

—¿Y qué tal te ha ido en el manicomio?

Con todas esas incautas preguntas brotando así de ella, sentí que la tristeza se desvanecía como por encanto.

—Unas vacaciones baratas —dije—. Te lo recomiendo. He empezado a caminar.

—A ver si lo próximo será el golf. En cualquier caso, espero que te quedes con nosotras un tiempo.

—Unos días. Hasta que me readapte.

—Habrá que sacarte a dar una vuelta.

—Tengo algunas cosas que hacer. Alguien a quien debo localizar mientras estoy aquí.

—Ah. ¿Alguien que yo conozco?

—Lo dudo. Es un simple conocido.

—Si te puedo ayudar en algo...

Me acordé en ese momento de que su nombre había aparecido en las noticias.

—Puede ser.

Effie y Willie llegaron poco después de las cinco, hablando ruidosamente en gaélico al entrar. Cassie y yo nos fuimos a la cocina.

Effie se dirigió de inmediato al mueble bar. Cassie salió de la habitación.

Willie permaneció en silencio cuando nos quedamos a solas, evitando mirarme a los ojos. Pregunté haciendo uso de mi torpe y descuidado gaélico qué tal le había recibido la ciudad. *Ciamar a chordadh am baile mor...* Effie le dio un vaso que contenía una pequeña cantidad de líquido de color ámbar.

—Bueno. No se puede negar que es un lugar muy ajetreado—respondió Willie en inglés y en voz baja.

—Para ser el primero, menudo viaje.

Se sonrojó y tomó un sorbo de su vaso.

—No suelo beber —se excusó, culpable—. Sólo de vez en cuando. En las ocasiones especiales.

—Lo entiendo. Todo con moderación, ¿no?

—Supongo.

—¿Y qué le parece Toronto?

—Tengo ganas de volver a casa.

—¿Y cómo sigue tía Peggy?

—Bien. Bien. Está con Stella.

—Stella —repetí, sorprendido ante la reacción que la mención de su nombre había provocado en mí y que reconocí como un repentino deseo de estar en casa.

—Sí. Conoce a Stella.

—Así es —respondí.

Effie me dio un vaso de zumo de naranja.

La cena transcurrió sin mayores sobresaltos. Después Cassie se llevó a Willie a ver una película.

—Nos vamos a ver *Braveheart* —anunció.

—No os creáis todo lo que veáis —comentó Effie.

Cuando se fueron, me preguntó:

—¿Por qué decidiste ir a Braecrest? Nunca has sido un bebedor.

—Quizás es que no me conoces tan bien como crees.

Me estudió con el rostro colmado de preguntas, de modo que decidí cambiar de tema.

—Willie parece estar acostumbrándose a la ciudad —observé.

—Es un encanto.

—¿Qué edad tiene?

—No es mucho mayor que nosotros. Pero se crió en una especie de burbuja. Un poco como nosotros. —Somrió—. No era exactamente... normal, ¿no te parece? Me refiero a cómo éramos.

—¿Y qué es lo normal? ¿Quién sabía en aquella época lo que era lo normal? Pero si ni siquiera existía aún la televisión.

—Es verdad.

—Normal. Menuda palabra. —Me moría de ganas de tomar una copa.

—¿Piensas a menudo en ellos? —preguntó de pronto.

—¿En quién?

—En papá. En Sandy. En el pobre Jack.

—Me resulta curioso oírte llamarle «papá». ¿Desde cuándo le llamas así?

—Pero... ¿no te parece normal? Me refiero a llamar «papá» a tu padre.

—Sí, a los nueve años.

Se volvió de espaldas y el silencio cayó entre nosotros como lo hace siempre. Aproximadamente un minuto más tarde se acercó despacio al mueble bar y se sirvió un poco más de licor.

—Quizás eso explica tu fascinación por Willie —dije.

Frunció el ceño.

—Te recuerda a... papá.

—Por el amor de Dios.

—Piénsalo —insistí.

Me miró fijamente durante unos segundos con el vaso en la mano y escudriñándome con los ojos.

—Santo Dios —dijo por fin—. Espero que éste no sea el efecto que Braecrest provoca en la gente.

—Tengo la sensación de que no le caigo bien a Willie.

Sé rió.

—No digas bobadas.

—Creo que está chiflado.

—Me voy a la cama.

Sábado por la mañana. Willie se había marchado antes de que yo me levantara. Effie le había llevado al aeropuerto. Cuando volvió, me dijo que Willie le había dicho que lamentaba no haber pasado más tiempo conmigo, pero que no veía la hora de estar en casa. Respondí que lamentaba no haber coincidido con él y que había cosas de las que podríamos haber hablado.

—Ah —dijo, sin duda aliviada.

—El muchacho de los MacKay. El joven Danny. Te acordarás de él de hace dos Navidades. Seguro que Willie le conocía bien. Eran familia.

Effie arrugó la frente.

—Algo creo que he oído. ¿No murió?

—Sí. El pasado otoño. Se suicidó.

—Ah. Qué horror.

—De hecho, la última vez que vi a tu William fue en el entierro. Estaba allí con su madre. Peggy, la anciana con la que estuviste hablando.

—No lo ha mencionado en todo el tiempo que ha estado aquí.

El domingo por la tarde, me puse a llamar a todos los B. Bells que figuraban en el listín. Cuando iba por el sexto, me di cuenta de que era una labor del todo imposible. Tres eran mujeres. Uno sonaba demasiado joven en el frívolo mensaje que había dejado en el contestador. Los otros dos negaron cualquier relación con Newfoundland.

Esa noche, Effie nos llevó a Cassie y a mí a cenar a un restaurante tenuemente iluminado y ruidoso del centro. Charlamos relajados. Sobre todo del trabajo de Cassie.

—Por cierto —dijo—. Alguien te llamará.

Effie se mostró sorprendida.

—Nada importante —le expliqué—. Alguien a quien quería encontrar durante mi estancia aquí. Cassie me ha estado ayudando.

—Ah. ¿Alguien que yo conozca?

—Lo dudo.

—Ahora me dejas intrigada.

—Es sólo un ex sacerdote.

—Aja.

A pesar de que la cena fue agradable y las luces de la ciudad, embriagadoras, no logré absorber demasiado la excitación de la velada. Una densa capa de temor me aislaba de cualquier posibilidad de disfrute.

El domingo fuimos juntos a misa a una iglesia enorme parecida a una catedral, dotada de un enérgico coro y de cuatro monaguillos que asistían a dos sacerdotes. Las grandes ocasiones en la universidad eran así. Y también los días sagrados en las parroquias mayores. «Teatral», pensé.

—¿Cómo puede la gente vivir aquí? —le dije a Effie al salir. Ella simplemente se rió.

—No veo el momento de volver a casa. Creo que ahora entiendo cómo se sentía Willie.

El lunes a media mañana contesté el teléfono y el hombre me preguntó si era el padre MacAskill. Le respondí que sí y él dijo entonces que se habían enterado de que yo estaba preguntando por Brendan Bell. Según me dijo, era un periodista de prensa económica que trabajaba con Cassie. Le comenté que, aunque había tenido cierto trato con Bell, había perdido el contacto con él.

—Usted y mucha otra gente. —Me explicó que Bell pasaba los inviernos fuera del país. Tenía una casa en el Caribe, donde últimamente también tenía muchos negocios.

—¿En el Caribe?

—¿Es usted el tío de Cassie?

—Sí.

—Le daré un nombre y un teléfono, pero sólo porque es usted el tío de Cassie. No diga de

dónde los ha sacado, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Estoy interesado en cualquier cosa que pueda averiguar. Llame a este número y pregunte por Eddie Sudac. Es uno de los capos del HREU.

—¿Del qué?

—Del HREU. Es un sindicato.

—¿Un sindicato?

—Sí, de trabajadores de la hostelería y la restauración. Sudac le pondrá al día. —Me dio entonces un número de teléfono de Toronto.

Eddie Sudac tenía un rostro amigable y estrechaba la mano con fuerza. Nos encontramos en un bar de la calle Front, al oeste de Union Station.

—Soy católico —explicó—. De sangre croata. Aunque últimamente tengo un poco abandonadas mis obligaciones religiosas.

Me encogí de hombros y sonreí. Él pidió una cerveza. Yo una coca-cola.

—Debo decirle que gracias a tipos como Bell somos muchos los católicos que nos hemos vuelto paganos. He ahí a un tipo que realmente pone tu fe contra las cuerdas. ¿De qué le conoce?

Le dije que le había conocido brevemente cuando era sacerdote en activo y que había tenido con él cierto trato de naturaleza religiosa. Quería hacer el seguimiento de algunos cabos sueltos.

Hizo una mueca.

—Ya, no me diga más.

—Creo que sabe dónde puedo dar con él.

—Oh, sí. Podría escribir un libro sobre Brendan.

Hablamos durante una hora. Salí del bar en un estado de absoluta confusión, al tiempo que intentaba recordar una maraña de detalles sobre políticos y sindicatos, fondos sindicales y hoteles, disputas jurisdiccionales, asaltos, demandas, intimidación, acusaciones sobre fondos robados y blanqueo de capital. De algún modo, Brendan estaba en medio de todo. Y todo partía de algo sórdido que había tenido lugar en Newfoundland cuando era sacerdote.

—Según tengo entendido, Brendan era uno de los estafadores —dijo Eddie, bajando la voz—. Al menos, según algunos de nuestros contactos en la región.

Le dije que no tenía libertad para hablar de lo que sabía y que estaba seguro de que lo entendía.

Contestó que lo entendía perfectamente.

Según lo veía él, Bell tenía contactos con gente importante de Newfoundland, los mismos que le habían ayudado a desaparecer cuando se había metido en líos. El motivo de que le ayudaran era que, por su posición, Brendan podía implicar a algunos de ellos —sindicalistas y políticos— en algunas feas estafas.

—Para quien conoce los pormenores, resulta realmente repugnante —declaró con una expresión ligeramente asqueada. Le dije que no necesitaba que entráramos en detalles.

Me explicó entonces que, cuando Bell había decidido dejar el sacerdocio, le bastó con ponerse en contacto con algunos de sus viejos colegas que para entonces eran ya grandes nombres de la política y del establishment del sindicalismo internacional. Controlaban millones de dólares de fondos de pensiones. Así fue como Bell se convirtió en «empresario» de la noche a la mañana;

—Debe de ser una gozada tener tanto poder, ¿eh? —A punto estuvo de escupir—. Un testafarro como él era ideal para un puñado de..., y le ruego que disculpe mi lenguaje, de jodidos ladrones e hipócritas. Compran hoteles con el dinero de los sindicatos. Luego lo primero que hacen es inventar la manera de sustituir el sindicato por una mariconada que no es más que pura

fachada. De repente los hoteles dan beneficios, y todo ello a expensas de ya sabe usted quién.

—Me han dicho que vive en algún lugar del Caribe —dijo por fin.

—Durante el invierno. Vuelve arrastrándose hasta aquí cuando empieza el calor.

Y me dijo que Bell tenía un apartamento a tan sólo dos manzanas de donde estábamos sentados. La realidad de mi inesperada proximidad a Brendan me resultó turbadora. ¿Qué diantre estaba haciendo?

La parte trasera de la casa de Effie linda con un barranco, de modo que me adentré en la espesura urbana para meditar sobre mi siguiente movimiento. Había llovido la noche anterior y una amenazadora niebla flotaba prácticamente pegada al suelo mojado. Tengo que saberlo y a la vez no me atrevo a saber. Vuelvo a oír la susurrante voz del confesionario. Es una voz desconocida, distorsionada por la rabia y por el odio, o quizá por ambas cosas. Absolutamente certera en su condena. Pregunte a Brenton Bell. Debo obligar a Bell a que confiese su culpa. Debo oírle reconocer su responsabilidad como yo reconozco también la mía. Los MacKay tienen que oírnos a los dos. Iremos juntos, en un acto combinado de contrición. Soy tan malo como él. Imploraremos la absolución.

El rostro sonriente de Bell y su actitud relajada se ciernen sobre mí. Un hombre despreocupado. Y recuerdo entonces a todos los hombres despreocupados que he conocido, hombres lentamente aplastados por el peso de sus obligaciones o de la culpa.

Como ya es habitual en ella, Effie lo entiende todo y nada a la vez. Has tenido una pequeña depresión. Hada tiempo que te la tendrías que haber tratado.

No me digas.

—Necesitas a alguien —dijo Effie—. Llevas demasiado tiempo solo. ¿Qué opina Stella de todo esto?

Fui presa de una repentina oleada de agotamiento rayana en la irritación. Basta.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? —pregunté.

—¿De mí?

—Nunca le llamaste «papá» cuando eras niña. Ni siquiera quisiste ir a su funeral.

—Ah, eso —dijo, y suspiró. El ceño fue sustituido por una sonrisa triste. Se levantó, se acercó a la encimera de la cocina y se quedó allí de pie—. A veces las personas actuamos mal por motivos complejos, pero nadie es malo en esencia, ¿no crees? La maldad es infrecuente. Debemos creerlo así. De lo contrario, la memoria se convierte en un pozo tóxico.

—Quizá deberías haber sido tú el sacerdote.

Se rió y levantó las manos.

—Todo llega.

La voz de la mujer sonó agradable cuando especificó el número del apartamento y me indicó que debía girar a la izquierda al salir del ascensor. Según dijo, conocía mi nombre. Brendan me había mencionado. Aunque él no estaba, me invitó a subir de todos modos.

Me esperaba en el pasillo. Su sonrisa era afectuosa. Tenía un pelo denso y castaño y unos grises ojos serios, además de un cuerpo delgado. Me invitó a pasar. Me ofreció café.

«Parece un chico guapo», pensé.

Le expliqué que estaba de paso por la ciudad, que había visto a Brendan brevemente el verano anterior y que había decidido buscarle.

—De hecho, le esperaba —dijo.

—¿Ah, sí?

—Un amigo de Brendan dejó un mensaje en el contestador. Un ex compañero de piso. Dijo

que había alguien de su pasado que intentaba ponerse en contacto con él. Me alivia saber que es usted. Brendan me ha hablado mucho de usted.

—Bien —dije, disimulando mi sorpresa.

—Si no me equivoco, usted le ayudó en su día con un problema.

—No fue mucho lo que hice.

—Brendan le tiene mucho cariño a la isla de Cape Breton. De hecho, está pensando en comprar algo allí. Quizás una casa de veraneo. Le encanta la gente, la cultura y sobre todo la música. Yo nunca he estado allí, aunque, a juzgar por lo que dice, debe de ser precioso.

Le hice ver que la familiaridad distorsiona las cualidades de los lugares.

—Bueno, Brendan recuerda con un enorme cariño la época que pasó allí. De hecho, ahora mismo está en Cape Breton.

—¿Ah, sí?

—Sí. Se marchó hace dos días. Dijo que tenía allí un asunto pendiente.

La mujer no tenía la menor idea de lo que podía ser ese «asunto pendiente». En cualquier caso, lo cierto es que ignoraba prácticamente todo lo que tuviera que ver con la faceta empresarial de la vida de Brendan.

La cocina de Effie era blanca, moderna y lo bastante grande como para dar cabida a una mesa de generosas proporciones. La última noche, Effie estaba ocupada en los fogones mientras Cassie y yo conversábamos sentados a la mesa. Sobre la encimera humeaba un hervidor eléctrico de arroz y una cacerola generaba cálidos y succulentos aromas desde el horno. Una gran puerta abierta dejaba a la vista el frondoso jardín.

Effie me preguntó si me importaba que abriera una botella de vino y le respondí que no. Sacó una botella del armario.

—Oh, vamos —dijo—. Toma sólo una copa. Hay que vivir peligrosamente. Todavía falta media hora para que comamos.

Negué con la cabeza. No era el momento. Aún no.

Cassie me pidió que la acompañara al jardín trasero. Me tomó la mano.

Cuando salimos, dijo:

—Espero haberte ayudado.

—Ya lo creo. He encontrado a mi hombre.

—Ah. Genial. ¿Y qué tal ha ido?

—Está de viaje —dije, echándome a reír—. Aunque ahora que ya sé dónde encontrarle, habrá más ocasiones.

Se volvió a mirarme.

—Dime lo que piensas del tal William.

—No entiendo a qué te refieres.

—¿No te parece un tipo raro?

—Depende.

—Juro que le vi merodeando junto a la puerta de mi cuarto la última noche que estuvo aquí.

—Espero que te equivoques.

—No lo creo. La noche que fuimos al cine, no pareció estar para nada interesado en la película. Y después, hubo algo. Las cosas de las que quería hablar. No sé, pero no veía la hora de que subiera a ese avión y perderle de vista.

Seguimos caminando en silencio.

—Quiero preguntarte algo.

—Dime.

—Me molesta no saber nada de vuestra rama de la familia, de los MacAskill. Es como si hubiera ahí un agujero negro. Tu madre y tu padre... Parece haber ahí un gran misterio.

—No es ningún gran misterio. Nuestra madre fue la novia de un soldado y murió cuando tu madre tenía apenas cuatro o cinco años. Prácticamente no la conocimos. Nuestro padre no estaba... bien. Fue complicado.

—Eso es lo que quiero saber. ¿Qué queréis decir exactamente cuándo decís que vuestro padre no estaba bien?

Me reí. ¿Cómo cuantificar la locura?

—Oh, vamos —dijo, impaciente—. Sabes muy bien a lo que me refiero.

—La verdad es que no.

—¿Abusaba el abuelo de mamá?

Creo que me limité a mirarla en silencio.

—Quiero saberlo —dijo—. Eso explicaría muchas cosas.

Fui presa de una brusca oleada de impaciencia. ¿Explicar cosas?

—Durante la mayor parte de mi vida hemos estado solas las dos. Mamá y yo. Creciendo juntas. A menudo me he preguntado... No sé, mamá es distinta de las demás madres. Y ha dicho cosas sobre su infancia. Y también sobre el hecho de que su padre no estaba bien y de que no había mujeres en la casa. Es difícil no hacerse preguntas.

—A veces no hay explicaciones sencillas para nuestro modo de ser —dije—. A veces simplemente somos. Productos de un millón de pequeños estímulos.

—Te estás saliendo por la tangente —contestó, separándose de mí y cruzándose de brazos.

—Muy bien. Hazme una pregunta sencilla y te daré una respuesta sencilla.

—¿El abuelo abusó sexualmente de mi madre?

—No.

Aunque su rostro se ensombreció bajo una pátina de preguntas no formuladas, se limitó a decir:

—De acuerdo. —Y después—: Gracias.

Cuando terminamos de cenar, los platos estuvieron recogidos y Cassie volvió a su ordenador, le pregunté a Effie qué era lo que la había atraído de Sextus años atrás, cuando aún estaba casada con John.

Suspiró y estudió su taza de té vacía.

—Era la única persona que yo conocía que era feliz siendo exactamente quién era.

—¿La única? ¿En serio?

—La única —respondió.

—Entonces, ¿cómo es que no te has quedado con el señor Feliz-siendo-quien-es?

—Porque ha llegado un punto en que ya no soporto a la persona que él se siente feliz siendo.

—El verano pasado podrías haberme engañado.

—Bueno, cuando una tiene mi edad, es mejor diablo conocido...

—Hay un montón de diablos ahí fuera —dije—. Sí, pero algunos son más divertidos que otros.

En el aeropuerto, Effie comentó que mi visita había sido extraña y, en cierto modo, enriquecedora. Volvía a tomarme la mano.

—Quizás éste sea un nuevo y valeroso principio. El comienzo de la mejor parte de nuestras vidas.

Dijo que iba a proponerse verme más a menudo y que quería que Cassie me conociera mejor

ahora que las cosas parecían haberse arreglado entre nosotros.

—Ha sido extraño haber hablado de nuestro padre —añadió después.

—Hace mucho tiempo, creía que le odiabas —repuse.

—Hace mucho tiempo, probablemente así fue.

—Cassie me preguntó anoche si él había abusado sexualmente de ti.

—Caramba.

—Me lo preguntó así, sin más.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no.

—Gracias. —Miró al frente durante unos segundos—. Una vez me dijiste que... no le soportabas,

—Puede ser.

—¿Fue por mí?

—Sí... No... No lo sé.

—Vamos, seguro que puedes darme una respuesta mejor.

—Una vez le golpeé. Y cayó al suelo. Me sentí terriblemente culpable y lo pagué con él. ¿Tiene sentido?

—La verdad es que no.

—Le tumbé y al hacerlo quedó al descubierto mi fundamental impotencia. Es la mejor explicación que se me ocurre.

—Tumbaste a mucha gente en esa época, *a ghraidh*. Y casi siempre por mi culpa.

—Nunca después de eso —dije.

—Me alegra saberlo. Al menos sirvió para algo.

Me había quedado sin palabras. Clavé la mirada en la multitud de gente que descargaba bolsas de viaje y maletas de los taxis, coches y autobuses, consciente de pronto de la miríada de intimidaciones que encierran las separaciones. Había quien se besaba con suavidad y quien se tomaba la mano. Un hombre sin afeitado y un alto adolescente hablaban en voz baja. Luego se abrazaron. El muchacho besó fugazmente al hombre en la mejilla, se volvió de espaldas y se dirigió hacia las puertas automáticas. El hombre siguió donde estaba durante un instante, perplejo. Un agente con un grueso fajó de multas de aparcamiento en la mano se acercó a él. Hablaron brevemente.

Abrí la puerta del coche y bajé. Luego cogí la maleta del asiento trasero. El agente se movió en dirección a nosotros.

—Este verano —dijo Effie—. Retomaremos las cosas donde las hemos dejado.

Asentí con la cabeza, a pesar de que sabía que no lo haríamos. El camino hacia el entendimiento concluye aquí, imperfecto como siempre. Aunque finalizado.

El agente indicó a Effie que circulara sin disimular su impaciencia. Ella le ignoró.

—Pronto cumpliré los cincuenta —dijo—. Espero que me des algunos consejos. —Me dio una gran botella de agua mineral—. Toma. Para el camino.

—¿Qué le digo a Sextus? —pregunté.

—Dile que dentro de poco cumpliré los cincuenta. A ver cómo reacciona. Si se atraganta, házmelo saber. —Sonrió. Podría haber pasado por una mujer de treinta.

Esperé a que dijera algo más, pero ella se rió, me lanzó un beso y se marchó.

La vi alejarse. Entré al aeropuerto presa de la ansiedad. Volvía de nuevo solo a casa.

BOBBY O'BRIAN se encontró conmigo en Halifax, Como de costumbre, allí la primavera tardaba en llegar y los tristes cielos grises maniataban la tierra ennegrecida. Si los viajeros iban en mangas de camisa en el aeropuerto de Toronto, en Halifax el aire era gélido y arenoso. Bob me contaba que había nevado durante la mañana en Creignish hacía dos días. Hicimos el trayecto prácticamente en silencio.

—La gente le ha echado de menos —comentó en una ocasión.

Cuando acabábamos de dejar atrás New Glasgow, entre las calles desiertas alcancé a ver el estrecho de Northumberland. Mi destino final quedaba en el extremo más alejado del agua. Me sentí inquieto mientras contemplaba la realidad que se abría ante mis ojos. Principios y finales. «Según su esposa, Bell está allí.»

En Antigonish pregunté si podíamos parar durante un momento en la cancillería.

El obispo me estrechó entre sus brazos y gritó a la gente de la oficina que se acercara a saludarme. «No adivinaríais quién está aquí.»

Hasta Rita, la secretaria, pareció sorprendida ante semejante muestra de entusiasmo.

Cuando nos quedamos solos, le pregunté sin rodeos:

—¿Qué hay de la historia de MacLeod?

—Bah. Ni rastro. Ni siquiera un bendito murmullo.

—¿Por qué? ¿Cuál es su teoría?

—No es una teoría —respondió, malhumorado—. Es un hecho. No tienen ninguna posibilidad de salirse con la suya. Un abogado inteligente así lo concluyó. Aunque supongo que se habrá enterado de la triste noticia.

—¿La triste noticia?

—El padre Roddie.

—¿Qué le ha pasado?

—Murió, que Dios tenga piedad de su alma. ¿No lo sabía?

—Donde yo estaba prácticamente no llegaban las noticias del exterior.

—Creía que le había escrito para decírselo. Fue de repente. Hace tres semanas. El estrés, supongo. Que Dios tenga piedad de él.

Estudí su rostro y la perplejidad que vi reflejada en él me pareció sincera.

—En cualquier caso, con eso el caso quedó cerrado. Quién va a calumniar a los muertos, ¿eh? Sobre todo cuando las pruebas no eran más que una sarta de mentiras.

Asentí con la cabeza, incapaz de reprimir la inquietud que sentía tomar forma en mi interior.

—En fin —dijo con tono concluyente, dándome una palmada en el hombro—. Es fantástico volver a verle. Se ha quitado años de encima. Ahora salga ahí fuera y vuelva al trabajo.

Bobby me dijo que había tenido noticias del muchacho desde Corea. Decía que le gustaba el país, pero que la añoranza era para él una carga demasiado pesada. Se estaba planteando volver a intentar ser sacerdote.

Le respondí que no me sorprendía.

Cruzamos el paso elevado. Tras los embistes sufridos durante más de cuarenta inviernos, parecía haber estado allí desde siempre. Tan integrado en el paisaje como el cabo Porcupine y las colinas de Creignish. ¿Es esto lo que ocurre? ¿Acaso el tiempo y el invierno trabajan de la mano,

creando uniformidad e invistiendo de humildad a las cosas y a las personas?

—Me alegra saberlo —dije—. Nunca he dudado de su vocación.

Bob miró al frente.

—A menudo pienso en el pobre muchacho de los MacKay. Uno nunca sabe.

Insistió en que comiera con él y con su mujer cuando llegamos a Creignish e hice gala de sociabilidad. Al otro lado del campo alcancé a ver que había luz en la última casa de la carretera de la montaña.

—¿Quizás un par de partidas de cartas antes de que se marche? —sugirió Bobby.

—No. Será mejor que me vaya a casa. A saber lo que me espera allí.

Encontré una nota pegada a la puerta:

«Me han dicho que ha intentado ponerse en contacto conmigo. Le llamaré. Brendan Bell.»

Habían limpiado la casa. Encontré comida en la despensa y leche fresca en la nevera. Obviamente, habían trabajado en grupo. Flores frescas en un jarrón que yo no había visto hasta entonces en el centro de la mesa de la cocina. Reconocí las rosas. Había otras flores amarillas. Helechos verdes. Una pequeña tarjeta decía: «Bienvenido a casa». Como única firma, simplemente una ese.

Oí confesión el sábado y di la misa del domingo. Todo el mundo parecía encantado con mi aspecto, y lo cierto es que, si mi espejo no me engañaba, llevaban razón. Hablé de la reticente primavera, dije que la indiferencia que mostraba el clima era decepcionante. Formulé cautas alusiones a mi propio estado y percibí una multitud de sonrisas muy poco habituales. Después me quedé en la casa vacía preguntándome qué hacer durante el resto del día. Me dediqué a estudiar viejas fotografías y me di cuenta de que, con los kilos que había perdido, había empezado a parecerme otra vez a mi padre, que llevaba ya muchos años muerto. Volvió la ansiedad. Me quedé delante de la fila de diarios y saqué uno. Intenté leer, pero dormí casi todo el día.

Cuando llevaba ya una semana en casa, Stella apareció en mi puerta, sonriente y con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Algo en su pelo captó mi atención.

Dijo que tenía ganas de que le contara mi viaje cuando tuviera ganas de hablar. Según puntualizó, tenía un interés clínico en mi experiencia.

—Desde luego —dije—. Estoy intentando reincorporarme de forma gradual.

—Por cierto. Danny no está bien. Me gustaría que pasara a verle.

—Vaya —dije—. Le vi ayer. En el barco.

A sus ojos asomó una mirada implorante.

—Jessie está muy preocupada.

Sextus estuvo comedido al teléfono, casi formal en sus preguntas sobre mi ausencia.

—Tengo entendido que Effie y tú habéis hablado.

—Brevemente —respondí.

—Me parece genial que por fin hayáis enterrado el pasado

—dijo, alegrándose.

—No creo que sea tan fácil deshacerse del pasado.

—En fin. ¿Cuándo te veo?

—No lo sé. Todavía me estoy readaptando.

—Quizá pase a verte.

—Aquí estaré.

El Jacinta sigue varado en el muelle. El norteamericano ha botado al agua el antiguo Lady

Hawthorne y lo ha rebautizado con el nombre de Serpiente Marina.

Me pregunto qué pensará Danny de eso.

—Avísame cuando el Jacinta esté a punto para salir —dijo cuándo me despedí de él—. Le he dicho en serio lo de las lecciones de navegación. Voy a hacer de usted un auténtico lobo de mar.

Desde el techo de la destartada cabina del Jacinta se ven las islas Henry y Port Hood. En su día había un farero que vivía con su familia en la isla Henry y una comunidad de frugales pescadores en Port Hood. Pero ahora prácticamente todos se han marchado. Los faros se han automatizado o están cerrados. La mayoría han sido abandonados o demolidos. El aislamiento se ha convertido en una opción para los ricos o para los raros. Una elección.

Le reconocí por los zapatos. Parecían caros y tenían esas diminutas borlas de piel tan típicas de los abogados. Fuera de lugar en la arena y en la tosca hierba. Entonces se agachó y nuestras miradas se encontraron.

Yo estaba debajo del barco, arrancando del casco los restos de pintura vieja con una lijadora, de modo que no le oí llegar a causa del chirrido de la máquina. Obviamente, tampoco le oí cuando me gritó. Entonces vi los zapatos y luego la cara.

Rodé hasta salir de debajo del casco y me sacudí el mono, levantando un montón de nubes de polvo de pintura roja. Me quité entonces las gafas de seguridad. No estaba preparado.

Había imaginado nuestra conversación una docena de veces. No tendría nada que ver con ninguna otra. Tranquila. El tono, neutro. «No es mi intención juzgar. Sólo pretendo entender. Quiero que me hable de Danny MacKay. Quiero oírle pronunciar su nombre. Y quiero percibir el remordimiento en su voz. No deseo saber los detalles de la relación que tuvo con él. Ya no importa. Lo único que realmente importa es la expiación.»

Llevaba las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero. Señal de confianza. Había turbación en la expresión de su rostro.

—He oído que estaba por aquí —dije, quitándome los guantes y supongo que visiblemente atribulado.

—Sí. Lucy me ha dicho que pasó a verme al apartamento. Lamento no haber estado allí. No sabía que estaba usted en la ciudad.

—Tenía asuntos personales que atender —contesté.

—Ha estado haciendo preguntas sobre mí. —Había sacado las manos de los bolsillos y había entrelazado los dedos, que doblaba y extendía como si quisiera hacer restallar los nudillos. Su rostro delataba una expresión de recelosa diversión.

Me limité a mirarle sin decir nada. Esperando.

—No sabía que conocía a Eddie Sudac.

—De hecho, no le conocía —respondí. Me crucé de brazos. No sé exactamente por qué.

—Ya me parecía. No creo que Eddie sea la clase de hombre que pueda interesarle.

—De hecho, no sé nada de él.

Se rió y levantó un poco de arena con la punta de su elegante zapato.

—Eddie. Todo un personaje. ¿Sabe cómo se gana la vida?

—Tengo entendido que es sindicalista.

—Eso es lo que dice su tarjeta. Su verdadero trabajo es hacer daño a la gente. Por el bien del sindicato, naturalmente.

—¿Hacer daño a la gente?

—Eso es. ¿No sabía usted que existe gente así en el mundo?

Se había adentrado en una zona de atildada condescendencia y sentí que me embargaba la ira. No dije nada.

—Básicamente su especialidad es mancillar reputaciones. Relaciones. Empresas. Otros sindicatos. Aunque también rompe huesos. Incluso corren peores rumores. Que Eddie está chiflado.

—Interesante.

—No vio el momento de hacérmelo saber... Que un cura había ido a verle, haciendo preguntas sobre mí. Según él, charlaron largo y tendido sobre mi historia. Pero no se acordaba de su nombre, enseguida até cabos cuando Lucy me dijo que había pasado usted por el apartamento. Así que me muero de curiosidad por saber cómo demonios terminó usted hablando de mí con un gilipollas como Eddie Sudac. —Cualquier sombra de ironía había desaparecido, reemplazada por fin por una rabia oscura y amenazadora.

—De hecho —dije, tras una pausa—, sólo quería saber dónde podía dar con usted. No pude encontrarle en el listín telefónico.

—Vaya. ¿Tan urgente era como para que terminara hablando con Sudac?

—Alguien me dijo que le llamara y hablara con él.

—¿Quién es ese alguien?

Sentí una extraña sensación en la mano y una creciente tensión en el hombro que se extendió rápidamente al cuello. Y sentí también que una columna de desprecio me subía por la espalda.

—Eso da igual, ¿no le parece? No creo que le importe realmente quién es ese alguien, ¿me equivoco? —Me esforcé por sonreír.

Había palidecido y se acercó un poco más a mí.

—¿Y para que quería usted encontrarme exactamente? Ahora que me tiene aquí... —Su acento había retrocedido como poco una generación, regresando a algún rincón situado entre las rocas de su lugar de nacimiento.

Vacílé, aunque fue apenas un instante.

—Quiero llevarle a un sitio.

—¿Ah, sí?

—Si me da un momento para que limpie todo esto... Hay alguien a quien quiero que vea.

—De hecho, tengo un poco de prisa.

—No tardaremos.

—Quizá podría darme una pequeña pista...

—Vamos a Hawthorne. Está a tan sólo diez minutos de aquí.

—Ah. Y ¿para qué, si no es mucho preguntar?

—Vamos a visitar a los MacKay.

—Caramba. Qué coincidencia.

—¿Por qué lo dice?

—Porque de allí vengo precisamente.

VI QUE el coche de Stella giraba por el camino de la montaña y decidí pasar por delante de la iglesia y seguir tras ella hasta su casa. Aparqué allí mismo. Nos quedamos en silencio durante un momento, mirándonos. Me acerqué, vacilante, y día me tendió la mano.

—Olvidé decírselo el otro día. Tiene usted muy buen aspecto —dijo con suavidad.

—Gracias. Usted también.

Se rió y se llevó la mano a la cabeza.

—Lo diría, aunque no fuera verdad.

—Se ha hecho algo en el pelo.

—No —respondió, ligeramente a la defensiva.

Un nuevo silencio.

—Le invitaría a pasar si...

—No, no —la interrumpí—. Míreme. Vengo de trabajar en el barco. Necesito una ducha desesperadamente.

—Quizá más tarde. Venga a tomar una copa. O una taza de té, o lo que sea.

—Quizá lo haga.

—Me he enterado de que Danny y usted han hablado.

—Sí.

—Me alegro. No sé lo que le habrá dicho, pero parece que está mejor.

Me encogí de hombros.

—De hecho, no le he dicho nada especial.

—Basta con decir algo. Y con escuchar un poco.

—Quizá.

Y seguimos allí de pie durante unos segundos. Escuchando.

—¿Jessie sigue aún con usted? —pregunté.

—No. Se fue ayer a su casa.

El domingo, los más pequeños celebraban la primera comunión. Los profesores católicos de la escuela del pueblo se habían ocupado de todo el trabajo durante mi ausencia, enseñándoles las nociones básicas sobre las que construir una difusa teología. El sábado les examiné. ¿Quién es tu creador? Dios. ¿Por qué te ha creado Dios? Preguntas inocentes que enmascaran un difícil propósito. Respuestas sencillas, suficientes por el momento. Oí sus primeras confesiones y me llamó la atención que un sorprendente número de ellos ya habían tenido pensamientos impuros. Supongo que es por culpa de la televisión. Mascullé absoluciones carentes por completo de sentido. Asigné penitencias nominales. Les mandé rezar tres avemarías y decir algo agradable de alguien por quien no sintieran demasiada simpatía.

Sí, padre.

—Te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Gracias, padre.

Habían acudido con sus padres para recibir la santa eucaristía. Eran nueve. Las respuestas se deslizaban fácilmente desde sus lenguas. Pude ver en sus rostros cómo debería ser siempre la fe. «Ahora se mueven en ella con soltura, dejando espacio para el crecimiento —pensé—. Pero no será siempre así de cómoda.» Quise advertirles de la tensión que acompaña el progreso y

adelantarles que no volverían a sentirse así de cómodos en la fe. La cruel paradoja de la fe: con cada sacramento llegan nuevas preguntas y cada vez menos respuestas. Crecimiento y curiosidad: los elementos de la crisis.

El domingo por la tarde fui en coche al Long Stretch. Abrí la verja, entré al jardín y me quedé allí sentado un buen rato, mirando el caserón. Un almacén de recuerdos, en su mayoría desagradables. Todas las generaciones deberían destruir las moradas de las anteriores. Purgar cualquier evidencia de la corrupción pasada. Las moscas muertas, la mierda de murciélago, el polvo y los recuerdos. Purgarlo todo. Dejar que la imaginación rellene los huecos con el sentimiento. ¿Qué tiene de malo el sentimiento? ¿Qué hay de malo en la mitología? Ambos son palpables sustitutos de la realidad.

Lo he revisado todo al detalle: el matiz de cada expresión, todas las posibles interpretaciones de cada palabra.

—Ahora que no puedo culparle a usted, me culpo a mí mismo —dije por fin—. Debería haber podido ayudarle.

El rostro de Brendan era el vivo retrato del dolor.

—¿Y cómo cree que me siento yo? Conocía al chico y él confiaba en mí. Hablábamos en el confesionario. Allí él se sentía seguro. Me lo contó todo. ¿Se lo imagina? ¿Verme allí sentado escuchándole, convertido de pronto para él en una fuente de consuelo? ¿Y de esperanza? Pero no podía hacer nada, salvo intentar tranquilizarle. —Negó con la cabeza, con los ojos fijos en las borlas de sus zapatos y las manos una vez más en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Qué les dijo a sus padres?

—Nada. Uno de los dos sabe lo que hay que saber. Pueden compartirlo cuando se sientan preparados para ello.

—Pero ¿hubo alguien? ¿Alguien que...?

—Sé lo que necesita saber y lo que su padre necesita saber, pero fui depositario de esa información bajo el doble sello de la confianza y del sacramento de la penitencia.

—¿Esa fue la única relación que mantuvo con él?

Me estudió durante un largo instante.

—Sí —dijo por fin—. Por supuesto.

—Tenía que preguntarlo.

Asintió con la cabeza.

Cuando se volvía ya de espaldas, dispuesto a marcharse, se detuvo como si de pronto hubiera tomado una decisión sobre alguna cuestión de importancia.

—No le debo ni a usted ni a nadie ninguna explicación. El muchacho y yo teníamos más cosas en común de las que usted o cualquiera llegue a apreciar nunca. Danny simplemente lo sabía. De algún modo, pudo verlo en mi rostro, leer en él mis desgraciados recuerdos. Los heridos nos reconocemos entre nosotros. Vemos los signos que delatan la herida allí donde ni siquiera los expertos alcanzan a ver nada. Por eso confiaba en mí.

—Le miré a los ojos y me pareció que buscaban compasión.

—No puedo quitármelo de la cabeza. Creía que quizá, si iba a ver a sus padres... Pero no ha servido de nada, ni a ellos ni a mí. No nos lo ha devuelto, ¿verdad?

Su rostro tenía el aspecto demacrado y desolado de un hombre mucho mayor. Nos limitamos a mirarnos durante un buen rato. Hasta que de pronto sentí la primera punzada de comprensión.

—¿Usted? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—La memoria es extraña. Reprimimos, pero nunca olvidamos. Por eso no creí que pudiera

serle de ayuda. Estaba sumido en mi propia autocompasión. Intente imaginar ser víctima y también verdugo, encerrado en usted mismo. No le pido que me crea. Sólo que intente imaginarlo.

Se dirigió al coche y abrió la puerta. Luego se quedó allí de pie con el brazo apoyado en el techo del vehículo. Y dijo:

—Si realmente es importante, si en una situación como ésta existe realmente un culpable, le aconsejo que busque más cerca de usted. No debería tener que decirle que... podría haberlo encontrado por usted mismo. Está todo en la literatura.

Le vi subir al coche y alejarse.

Sólo tenía una idea en la cabeza: «Se ha terminado». Sin embargo, no sentí ningún alivio.

LOS SÁBADOS por la tarde siempre venía al menos un pecador. Algún adolescente alarmado o algún marido culpable. Como mínimo, una o dos ancianas a las que les remordía la conciencia por algún pequeño acto de maldad o algún pensamiento poco caritativo. Siempre había alguien deseoso de confesarse. Pero ese sábado no fue así. Uno solo habría marcado la diferencia.

Bell se marchó y se llevó con él la fatal información de la que era depositario. «Busque más cerca de usted», había dicho. Y de hecho fue como si una puerta se hubiera cerrado de golpe. Se acabó. La intimidad de cada cual es siempre impenetrable. Bien que lo sé.

Tendría que haberme sentido aliviado. Bell había quedado fuera de toda sospecha. El padre Roddie, muerto, enfrentado al único sistema judicial que realmente importa.

Recibí una llamada de MacLeod, aunque apenas le escuché mientras me hablaba. Estaba enfadado. No me importó.

—No crea que esto ha terminado aquí. Esta clase de cosas no permanecen enterradas. La historia saldrá a la luz. Lo que ocurrió no puede deshacerse. ¿Me oye?

—Le he oído, sí —respondí. Estoy aprendiendo el nuevo lenguaje de la indiferencia—. Tiene usted trabajo por delante. Estaré esperando.

—Cuenta con ello —dijo antes de colgar.

En fin.

A las cuatro menos cinco llené el termo de café y me dirigí a la iglesia. Tomé asiento en un banco junto al confesionario, a la espera de oír los primeros vehículos en el exterior, los sonidos que anunciaran la presencia de alguien en la puerta, alguna señal que me llevara a moverme al interior de la sofocante cabina. A la espera del ritual balbuceo procedente del otro lado, de la recitación de sus deshonoras y mezquinas intimidaciones. Perdóneme, padre, porque he pecado.

A menudo abordaba la confesión presa del temor, consciente de que era ahí precisamente donde quedarían a la vista mis deficiencias como sacerdote. Mi desprecio por la debilidad, el odio al fracaso, la reticencia a conceder un fácil perdón. ¿Cuánto hace que no oigo una confesión sincera? ¿Cuánto hace que no la hago?

El aire estaba en calma, como es habitual cuando lo impregna la humedad. Así era desde hacía dos días. La primavera había llegado por fin tras la última ráfaga de viento procedente del norte del Atlántico, y lo había hecho caliente y húmeda. Un sábado de junio. Dos días antes, la niebla había llegado para quedarse. Pudimos verla avanzar: un gran muro suave y lento moviéndose hacia el norte desde el estrecho. Yo había terminado de pintar el *Jacinta* y esperaba que el día amaneciera soleado. Desde la habitación delantera de la rectoría pude ver una mancha de agua negra y lisa al otro lado de la carretera, justo debajo de la capa de niebla.

Danny Ban había reservado el remolque para el barco. El dueño del remolque y un muchacho estaban ya preparados. Cuando llegué, maniobraban el largo remolque rodado hasta insertarlo debajo del *Jacinta*. Cuando el barco estuvo firmemente instalado sobre la estructura, lo trasladaron con cuidado a puerto. Danny iba a bordo, de pie delante del timón, y puso en marcha el motor, que despertó con un rugido, justo antes de que lo liberaran. Reculó entonces hasta el centro del puerto, soltando una humareda azul desde la popa y arrojando chorros de agua aceitosa de los intestinos del barco, para moverlo despacio hacia el muelle.

—Si mañana sale el sol, saldremos —dijo. Pero una densa capa de niebla cubría el día.

Eran las cuatro y cuarto. Todavía no había aparecido nadie.

A punto estuve de preguntárselo directamente a Danny Ban. En los tiempos en que ostentábamos ilimitada autoridad, cualquier sacerdote mayor y más sabio que yo no habría vacilado. Habría puesto un brazo paternal alrededor de aquellos fornidos hombros y le habría hablado como se habla a un niño.

—Deberíamos explorar el pasado en busca de pruebas...

«Puede que mañana», pensé. Cuando brille el sol. Cuando estemos en el agua, más cerca de nuestra unidad primera.

—Quizá debería bajar al puerto —dije en voz alta a las cuatro y media. Simplemente para ver. Puede que le encuentre allí.

Me quité la estola, la doblé y me la metí en el bolsillo antes de salir.

Sextus bromea siempre diciendo que el lugar tiene una personalidad bipolar. La luz del sol lo convierte en un rincón gárrulo, sensual y reconfortante. Bajo la niebla, o bajo el manto de nubes bajas que ocupan el cielo durante largas temporadas, se vuelve melancólico y austero. De camino al norte, el mar estaba oscuro y suave, y el cielo, bajo y plumizo, casi tocaba el agua.

Eran casi las cinco cuando llegué al puerto, que estaba desierto, con excepción de una destartalada camioneta. No parecía haber nadie a la vista. La marea estaba sorprendentemente baja y la cabina del Jacinta apenas asomaba por encima del muelle.

—Un nombre interesante, sin duda.

Me volví y, presa de una inexplicable sensación de fastidio, vi a Willie Hawthorne apoyado contra una pared. Cuando se acercó a mí, me pareció que caminaba con paso vacilante. Apetaba a alcohol rancio.

—Diría más bien que es un nombre extranjero. —Español —dije—. Es casi el nombre de una flor. —Ha sobrevivido bastante bien al invierno.

—Supongo que igual que todos.

—Creo que la última vez que le vi fue en la gran ciudad. Menuda aventura, ¿eh?

—Me han dicho que allí es usted toda una celebridad.

Se rió.

No se me ocurrió nada más que decir, así que aseguré un cabo para acercar el barco al muelle y así poder bajar a tierra.

—El dueño de ése ha tenido que largarse a la ciudad para algo —dijo, señalando con la cabeza el que había sido el Lady Hawthorne—. Supongo que se ha enterado de que lo compró un norteamericano. Menudo nombre le ha puesto, ¿eh? Serpiente Marina.

—Diferente, sí —dije.

—Le va que ni pintado teniendo en cuenta quién era su antiguo propietario.

Hubo algo en su voz que me llevó a volverme a mirarle. Había en sus labios una sonrisa extrañamente insinuante.

—Supongo que no le apetece un trago —dijo, sacándose una botella del bolsillo—, sobre todo después del trabajo que le ha costado dejarlo.

Decliné el ofrecimiento con un gesto de la mano y volví a ocuparme del cabo.

—Claro que el muchacho de Danny Ban no era trigo limpio, como las víboras, y no me cabe duda de que habría terminado por joder ese barco, disculpe mi lenguaje. No había más que ver cómo lo utilizaba. Habría sido una lástima. Un barco tan bonito como ése. —Examinó la botella—. Se me olvida que es usted sacerdote. Disculpe.

—No se preocupe.

—No, el muchacho iba a acabar mal de todas formas. Sabiendo cómo era, no puedo decir que me sorprendió cuando me enteré de que se había quitado de en medio.

Me incorporé, atento, de pronto obligado a escuchar.

—No, qué va. Para mí no fue ninguna sorpresa. —Había perdido la mirada en la distancia, como si pudiera ver allí algo importante. Se mordía la parte interna de la mejilla—. Yo sé cosas que nadie más conoce.

—No sé de lo que habla —dije, y me volví de nuevo hacia mi barco.

—Me enteré de lo que pasó en Creignish. De que llamó marica a aquel muchacho. Cualquiera diría. El, que era mucho peor.

—Escuche, no tengo intención de...

Pero William hablaba ya dirigiéndose a nadie en particular y me esforcé por entender lo que decía. Sus indeseadas palabras borbataron, confusas.

—Fue un inadaptado desde siempre. Eso es lo que era. Lo sé de buena tinta. Y entonces aparece el cura ése, el tal Brenton Bell. Menuda pieza. No crea que no me di cuenta. Uno de esos jodidos pervertidos de Newfoundland. Se les ve a la legua.

Me di cuenta de que me había vuelto a mirarle, enmudecido. «Pregunte a ese sacerdote, al tal Brenton Bell que mandaron aquí.»

—Lo vi en él cuando tenía apenas nueve o diez años, cierto como que estoy hoy aquí. —Asentía vigorosamente con la cabeza.

—Cierre la boca —dije por fin. Pero era como si no pudiera oírme.

—Ya lo creo. Lo sé de primera mano. Menudo era el pequeño Danny.

—¡Cállese!

—De primera mano, como se lo cuento. Siempre te buscan cuando te saben débil. Así es como funcionan. El chaval sabía cuándo estaba bebido.

—Cierre su maldita boca.

—Le daba dinero.

Me acerqué a él, pero William seguía con los ojos fijos en la carretera.

—Estoy esperando que el norteamericano vuelva del pueblo. Voy a contarle toda la historia. Me ha dicho que quería escribirla. Quizás hasta escriba un libro con ella. Sobre ese cura y lo que hizo. El tal Brenton Bell.

He intentado recordar hasta la fecha —y sin éxito— los instantes siguientes a fin de reconstruir la secuencia precisa de los pequeños acontecimientos físicos y mentales que tuvieron lugar a continuación. He llegado incluso a plantearme utilizar algún tipo de droga o recurrir a la hipnosis, pues al parecer, cuando me abruma las dudas, es de crucial relevancia que sepa exactamente lo que ocurrió en ese muelle. Hay algo que siempre bloquea la memoria, impidiendo la claridad. Y me pregunto: ¿será miedo? ¿Será el miedo de que una fuerza impulsada por la conciencia venza a la razón cuando nuestra fe en la piedad por fin nos abandona? ¿Será el miedo a nuestra capacidad de autodestrucción?

En mi lucha por ser objetivo, vuelvo a verme allí de rodillas, con la cabeza colgando, el cuerpo apoyado sobre los brazos tensos y los nudillos duros contra el asfalto del muelle. Mis hombros se agitan, los pulmones jadean, faltos de aire, y la garganta expulsa sollozos entrecortados. Nubes bajas se ciernen sobre los barcos alineados a lo largo del muelle. Soy el único ser vivo. ¿Dónde está William?

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor, pero no hay nadie a la vista.

Una solitaria gaviota entra en escena y aterriza con lo que intuyo debe de ser cierta urgencia

en el borde del muelle.

Se oye un sonido primario, un suave gemido que en nada se parece al susurro del viento. De pie junto a la petrificada gaviota, miro abajo. Y es entonces cuando llega la indeseada certeza: imágenes que intento reconciliar con el hombre que siempre había creído ser, el sacerdote, el abogado de la esperanza y de la reconciliación.

William estaba estirado junto a una escotilla abierta con el cuerpo contorsionado. Tenía una pierna rota. Intentaba mover un brazo y también hablar. La sangre manaba de un muslo, allí donde la botella se le había roto con la caída. A pesar de que la boca lo intentaba, no emergió de ella palabra alguna. Tan sólo un gorjeante gemido. Entonces una mano revoloteó levemente en un gesto inconfundible. Un gesto silente pidiendo ayuda.

Mi mano ensangrentada buscando consuelo en un bolsillo y hallando en él una suave tela de seda, la estola confesional, símbolo de mi poder para administrar la finalidad de la muerte y con ello expurgar el temor que ésta provoca. William terna los ojos fijos en mí. Sus labios lucharon por emitir algún sonido hasta que, por fin, escapó de ellos una débil palabra.

—¿Padre?

La boca húmeda volvió a intentarlo. De nuevo, una sola palabra. «Padre.»

Y entonces:

—Ayúdeme, padre...

Recuerdo que clavé en él la mirada, presa de una terrible oleada de repulsión. Luego di media vuelta y me marché.

Mientras me alejaba en coche del muelle, pensé en Mullins y giré hacia el norte. Cuando subía por la extensa colina cerca de casa de los MacDougall, me crucé con un coche que no reconocí y vi al norteamericano al volante. Las terribles palabras del juicio resonaron en mi memoria... «Ese día, el día de la ira, de la devastación y de la desgracia, un gran día, y desbordante de amargura. Cuando habrás de regresar y juzgar al mundo con el fuego.»

Mío era el poder de mitigar la ira y la devastación. Tenía la obligación de ahuyentar la desgracia. Me hice rápidamente a un lado de la carretera. Cuando a punto estaba de dar media vuelta, entendí que no tenía ningún sentido regresar. Nunca podemos volver atrás.

Los minutos pasaron como si fueran horas. ¿O acaso eran las horas como minutos? Una vez más, la razón regresó de inmediato al pasado cuando un ronco camión de bomberos pasó como una exhalación entre un destello de luces. Una ululante ambulancia le seguía.

Di media vuelta y fui tras ellos hacia el muelle.

Media docena de curiosos estaban de pie a un lado del muelle, mirando mi barco. Había una mujer de rodillas. Tenía la cabeza rubia pegada al rostro cetrino de Willie, buscando en él algún signo de vida. Desapercibido en mitad de la conmoción, me aparté a un lado. Dos bomberos desaparecieron por el borde del muelle. Otro sacó arrastrando del camión lo que parecía una tabla de planchar de exageradas proporciones con tiras de velero y se la entregó a los dos que estaban abajo. Dos de los miembros del personal de la ambulancia esperaban con una camilla.

Sólo el norteamericano parecía haberme visto.

—Usted es el cura, ¿verdad? ¿MacAskill?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Soy Dave Martin —dijo al tiempo que me tendía la mano. La expresión de su rostro parecía decir: «¿No debería estar usted también ahí abajo?»

Pero no dijo nada más y se volvió de espaldas.

Llegó un coche patrulla justo cuando los paramédicos subían a Willie hasta el muelle y transferían su cuerpo inmóvil a la camilla. El agente se acercó al grupo. Hubo una discusión que

no alcancé

a oír. Entonces se volvió a mirarme, como si de pronto se hubiera acordado. Sonrió y se acercó.

—¿Es ése su barco?

—Sí.

Sacó una libreta y un bolígrafo.

—Tiene usted buen aspecto.

—Gracias.

—¿Conoce a este tipo?

—Es de Hawthorne —dije, y deletreé su nombre—. William. Creo que el apellido es Beaton.

Anotó con cuidado la información.

—Vive con su madre.

—¿Alguna idea de lo que ha podido ocurrir?

—Estábamos hablando...

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un rato.

—¿Qué le ha pasado en la mano?

—No estoy seguro. Él estaba bebido. Como histérico. Debo de haber apartado la mirada durante un momento.

—Espere aquí. —Fue hacia la ambulancia y subió a la parte de atrás, volviendo a aparecer instantes más tarde—. ¿De qué hablaban?

—Asuntos personales —respondí.

El agente me estudió de una forma sospechosa.

—¿Personales?

—Le conozco. Conocemos a gente en común. Sinceramente, en este momento no lo recuerdo. No sabría decirle con exactitud qué ha ocurrido.

—¿Ha estado bebiendo, padre?

—No —respondí, quizá demasiado cortante.

—Tenía que preguntarlo. No quiero decir nada con eso. Tengo entendido que ha estado usted fuera.

—Sí.

—Buena idea la de marcharse. Se ha perdido un poco de agitación. O, quizá, la falta de ella. Creo que ha hablado con MacLeod, el periodista. —Sonreía.

Asentí con la cabeza.

—Mal asunto —dijo, negando con la cabeza.

La ambulancia arrancó despacio, haciendo girar las silenciosas luces de colores. Se detuvo durante un instante al llegar a la carretera y giró entonces hacia el norte.

—¿No deberían ir más deprisa? —pregunté.

—Ya no es necesario —respondió el agente.

—Eso no lo sabemos —dije, luchando contra la desesperación.

—Tenemos aquí a un médico.

—¿Qué médico?

—Ella —dijo, señalando a la mujer que había estado agachada sobre Willie, buscando en él algún signo de vida—. Se ha roto el cuello al caer. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Sabe muy bien dónde —fue mi respuesta.

—De acuerdo. Voy a quedarme un rato aquí, registrando su barco. ¿Alguna objeción?

—Ninguna —dije.

—A lo mejor, cuando hablemos, podemos... ponernos al día de otras cosas.

—Quizá.

Mucho más tarde, cuando el policía vino y se marchó, es importante recordar el momento exacto en que fui consciente de que mi vida había llegado a su fin. La secuencia de acontecimientos es ahora vivida, conservada en el recuerdo con extraordinario detalle. Yo estaba en mi estudio. Una luz bronceada entraba a raudales por la puerta, iluminando el trozo de pared. Me volví a mirar hacia el gran ventanal del salón. La niebla había desaparecido. El cielo era de un azul intenso. Un nuevo día. Regresé a mi escritorio.

Con los periódicos que había amontonado junto a una caja de cartón, había puesto la fotografía de mi padre y de sus amigos. Sandy, Jack... Tres chicos cuyo transitorio optimismo había quedado eternizado por la cámara. Dos soldados con sus uniformes nuevos del ejército. Jack en ropa de trabajo. Y el ciervo muerto colgando sobre el guardabarros de la furgoneta. Sólo la cara del ciervo parece reflejar la gravedad del lugar donde se encuentran, la conciencia de lo que les espera. Cazadores y cazados. A la larga indistinguibles.

Dios que era también Dios, prometió la redención de las consecuencias de nuestros inevitables fracasos. Ahora lo veo muy claro. La promesa de la redención es simplemente un mito más.

Me recorrió una sensación cuando menos peculiar. Y me pregunté: ¿es esto lo que sintió Sandy Gillis? ¿Y Danny? ¿Es esto lo que el diablo intentó decirme en la falla del Niágara? ¿La fe, la esperanza y las fantasías? ¿Puede ser cierto? ¿Mi fe es simplemente otra cultura?

Conocí a un hombre que murió y vivió por la fe y por la justicia. Y creo que su sacrificio trajo esperanza a la gente de fe.

¿Podría yo ser ese hombre?

Entonces me acordé: es domingo.

Cogí una libreta y un bolígrafo. Escribí: «Hoy no hay misa».

Crucé el camino de acceso y colgué la nota en la puerta de la iglesia. Los primeros olores del verano, la humedad, los brotes tempranos y la tierra despertando de su sueño refrescaban el aire. La extensa bahía azul respiraba suavemente.

Volví a mi mesa y estudié el montón de diarios durante un instante más.

Luego los metí en la caja. Es decir, todos menos dos. Los dos que pertenecían a los años que había pasado en Honduras. Queda todavía un secreto que no puedo desvelar.

Stella llamó.

—Acabo de enterarme —dijo.

—Lo siento.

—No. No debe hablar así. —Su voz sonó firme.

—¿Podría venir?

—No. Tengo que ir a ver a tía Peggy.

—Claro.

—Quizá mañana.

—Lo entiendo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, eso creo.

—Aguante un poco.

El domingo por la tarde, el agente volvió a aparecer.

—Hay un testigo —dijo.

—¿Ah, sí?

—La testigo dice que vio a William agitar los brazos delante de usted y tambalearse. William tenía cero treinta y uno de alcohol en sangre. Estaba como una cuba. Hubo una disputa. La testigo creyó en un primer momento que se trataba de una pelea. Usted se movió tan rápido que ella no supo decir si lo que intentaba era impedir que cayera... o qué. Supongo que lo que ocurre es que no está segura de lo que vio. —Me estudió, atento a mi reacción.

Me limité a devolverle la mirada.

—¿Quién era la testigo?

—La médico. La pareja del dueño del barco que está detrás del suyo. El escritor de Nueva York. Era la mujer rubia que certificó la muerte del tipo en la escena de lo sucedido.

—¿Y qué hay de su esposo? ¿El escritor? ¿Sabía él algo?

—Nada. No estaba allí. Pero confirma que el viejo Willie estaba totalmente fuera de sí y que poco antes le había oído decir un montón de estupideces.

Cuando ya se iba, el agente me dijo que no tenía de qué preocuparme.

—Quizá tenga usted tiempo para un café —dije.

—Todo el tiempo del mundo. —Regresó a la habitación y se sentó.

Estudié la placa que llevaba en la chaqueta. «Cabo L. Roberts.»

—¿Qué significa la ele? —pregunté.

—Leo.

—Intuyo que es usted católico.

—Buena intuición. Aunque no soy un buen católico.

—Supongo que conocerá sus oraciones. El acto de contrición.

—Ésa sí la sé —dijo con una sonrisa—. ¿A qué viene la pregunta?

—Una vez tuve un amigo, un cura, que decía que el acto de contrición no era más que un montón de palabras. Buenas palabras, naturalmente. Pero no eran ningún acto de nada. Mi amigo tenía fe absoluta en la acción.

—Supongo que decir que lo siento y realmente sentirlo es un tipo de acto. Y hablo como católico en falta.

—Eso es exactamente lo que yo le decía a mi amigo. Pero él era muy testarudo. El único acto de contrición verdadero es una gesta que lleve implícita alguna suerte de sacrificio.

—Eso es muy extremo —dijo Leo, levantando su taza de café.

—Mi amigo diría que la contrición debería llevar a un cambio de comportamiento. Y que nada cambia si no hay acción, en algunos casos una acción violenta.

—Muy radical —dijo mientras negaba tristemente con la cabeza—. ¿Dónde está ahora su amigo? O quizá no debería preguntarlo. —Sonrió.

—Es una larga historia —dije. Recordé la vía de evasión favorita de mi padre.

La caja que contenía los diarios estaba entre los dos. Vacilé durante apenas un instante. Luego la empujé hacia él.

—No creo que vaya a seguir dándoles uso.

El obispo llamó por teléfono instantes después de haber recibido mi carta.

—No pienso tragarme toda esta basura. Es producto de la tensión. Necesita un descanso. Tómese un año. Vaya a Tierra Santa. Estudie. Le enviaremos a Roma. O simplemente no haga nada durante un tiempo.

Le di las gracias. Le dije que lo pensaría.

—Muy bien. Voy a romper esta carta en mil pedazos. Esto no ha ocurrido. ¿Me ha oído?

—Le he oído, sí.

—Conozco toda la historia. Tengo mis propias fuentes. Las bendiciones llegan a veces envueltas en los disfraces más extraños.

Stella cruzó el campo y llegó a casa por el camino trasero.

—Esto es información muy íntima —dijo—. Pero tiene que saberlo. Confío en que no saldrá de aquí.

Asentí con la cabeza.

Sólo su hermana y ella lo sabían.

—Danny Ban no debe enterarse.

—Willie culpó al muchacho —dije.

—El chico tenía sólo nueve años, por el amor de Dios —dijo Stella.

Había sido la primera en entender lo que había ocurrido. Adoptó una postura profesional y convenció a su hermana de que debían mantenerlo en secreto por el bien de tía Peggy.

—Estoy segura de que usted lo entiende —dijo. ¿Qué habría sido de tía Peggy si hubieran delatado a Willie? Incluso aunque hubiera evitado la cárcel, Danny Ban le habría matado. De ahí que acordaran callar, por consideración a Peggy. Nadie lo sabría nunca. Nadie, salvo yo, Jessie y, por supuesto, el joven Danny—. Es algo que ocurre con cierta frecuencia en las familias muy allegadas —dijo.

Estuve de acuerdo. Todas las familias tienen sus secretos. Pero ¿por qué, después de tantos años, el muchacho había actuado así?

Se encogió de hombros.

—Se hizo amigo de un joven sacerdote de Newfoundland. Hablaban mucho. Entonces empezaron los rumores. Probablemente tuvieron algo que ver los escándalos que habían empezado a salir a la luz en la región de donde procedía el cura. Ya sabe usted cómo es la gente. Sé que los rumores molestaban a Danny. Creo que en cierto modo se sintió amenazado por ellos.

—¿De dónde cree usted que procedían los rumores?

—Cualquiera sabe. —Guardó silencio—. Supongo que no hay nada más que decir. Me ha parecido que debía saberlo por su propia tranquilidad mental.

—Gracias —dije—. Jessie y usted han cargado con un pesado secreto...

Sonrió.

—Estoy convencida de que sabe usted todo lo que hay que saber sobre la carga que suponen los grandes secretos.

—Hace un tiempo mencionó un lugar en la República Dominicana.

—Sí —dijo.

—Quizá le tome la palabra.

—Sólo tiene que decírmelo.

Vacilé.

—Y quizá podría acompañarme.

—Quizá. Aunque...

—¿Aunque qué?

Me puso una mano fría en la mejilla.

—Soy una mala sustitua. Lo aprendí hace ya tiempo, y dolió.

—¿Sustitua de qué? —pregunté débilmente.

—Creo que lo sabe muy bien.

Tan sólo pude asentir con la cabeza. En silencio.

—Pasaré a dejarle las llaves de Puerto Plata y le daré el nombre de la mujer que me cuida el apartamento.

—De acuerdo.

Danny Ban cruzaba en ese momento el aparcamiento del centro comercial cuando me vio. La verdad es que había esperado que no me viera. Había demasiado que explicar. Demasiado que callar.

Pero se acercaba despacio hacia donde yo estaba con la ayuda de dos bastones.

—Hombre—dijo—. Creía que iba usted a llamarme el domingo por la mañana. Luego rezaron por el alma de Willie en misa. Supuse que estaría demasiado ocupado para salir a navegar.

—Un día de éstos —dije.

—Me han dicho que estará un tiempo fuera.

—Sí. He venido a comprar algunas cosas.

—Muy bien.

—Estaré fuera como mínimo un mes. —Le dije que tenía mucho en que pensar. Quizás había llegado el momento de dar un giro radical a mi vida.

—Sería una lástima —dijo.

—No hay nada decidido.

—Pero ¿volverá?

—Sí.

—No se preocupe por el barco. Yo se lo cuidaré. Me trae buenos recuerdos.

Le di las gracias.

De pronto una profunda tristeza le tiñó el rostro.

—¿Qué cree usted que les pasa por la cabeza? —preguntó.

—Quién sabe. Sólo podemos suponer que hubo un momento al final..., un soplo de paz.

Asintió con la cabeza.

—Es una lástima que lo deje. El sacerdocio necesita de más personas sensatas como usted.

Me reí.

—Hablo en serio —dijo—. Eso es lo que dicen.

—No sé en qué me convertiré, pero le aseguro que jamás dejaré de ser un sacerdote. Ya sabe lo que dicen: cuando eres sacerdote, lo eres para siempre.

—Usted ya me entiende. No estoy hablando sobre... la teoría.

—Puede pensar en mí como lo ha hecho hasta ahora. No tengo intención de cambiar demasiado,

Asintió con la cabeza.

—Pero no vuelva a llamarme padre.

—Será difícil —dijo—. En eso reconozco que soy un hombre de la vieja escuela. —Y de pronto cogió los dos bastones con su enorme mano izquierda y me tendió la derecha para que nos diéramos un apretón de despedida—. Por si no vuelvo a verle.

Impulsivamente, di un paso adelante y rodeé con los brazos sus hombros encogidos, poniendo la cabeza junto a la suya para que no pudiera verme los ojos.

Recuerdo que me quedé así un buen rato, aferrado a su corpulento y debilitado cuerpo mientras él me daba afectuosas palmadas en la espalda como se hace con un niño asustado.

Y recuerdo a la gente que de camino a sus compras de fin de semana miraba sin ocultar su incomodidad a dos hombres maduros abrazándose en un aparcamiento. Preguntándose qué podía estar ocurriendo.

notes

Notas a pie de página

¹ Danny Bad: Danny el Malo. (*N. del T.*)

² En español en el original. (*N. del T.*)

³ Verso de la canción *country* titulada *Could I Have This Dance*, utilizada en la banda sonora de *Urban Cowboy*. (*N. del T.*)

⁴ *Sin*, «pecado»; *bad*, «malo». (*N. del T.*)

⁵ Departamento Canadiense de Recursos Marinos y Pesca. (*N. del T.*)

⁶ Espino. (*N. del T.*)

⁷ «Trátame como a un idiota» es la traducción al castellano del título de la canción de Elvis. (*N. del T.*)

⁸ Juego de palabras de difícil traducción. El autor juega aquí con el sonido original de *Troy* («Troya»), que deriva en el gaélico *Traihg*, cuya pronunciación es prácticamente idéntica al infinitivo *Try* («intentar»), (*N. del T.*)

⁹ MacKay's Point. *Point* significa «punta geográfica» y también «argumentación». (*N. del T.*)

¹⁰ Orfanato canadiense famoso por un escándalo de abusos sexuales a menores. (*N. del T.*)

¹¹ Juego de palabras: Bell, el apellido del sacerdote, significa «campana» en inglés. (*N. del T.*)

¹² Versos de la canción *Where or When* de Billy Eckstine. (*N. del T.*)

¹³ La bandera nacional de Canadá antes de 1965. (*N. del T.*)